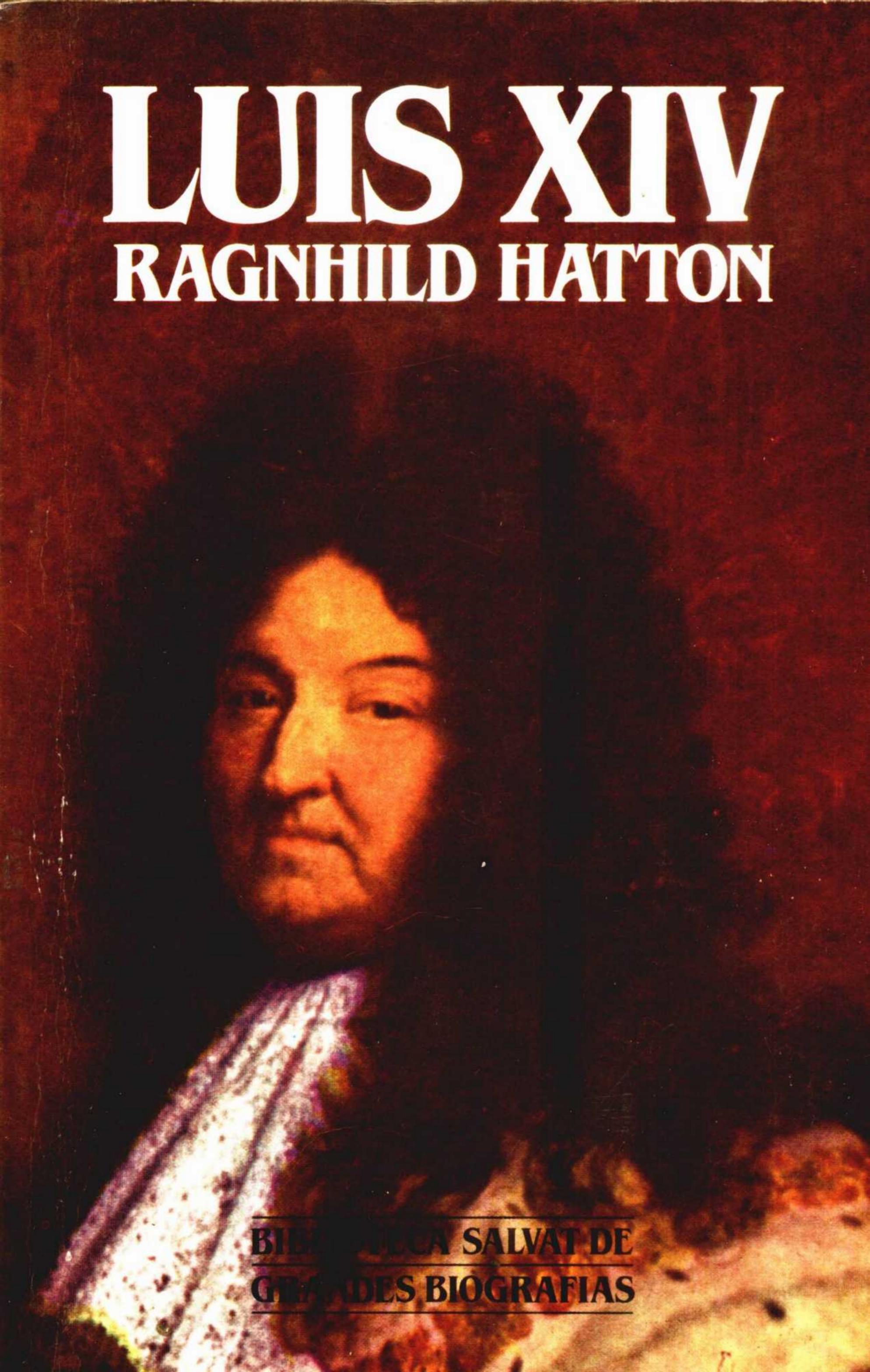


LUIS XIV

RAGNHILD HATTON

A portrait of Louis XIV, the Sun King of France, is the central focus of the cover. He is depicted from the chest up, wearing a dark, ornate coat with a wide, light-colored ermine-trimmed collar. His hair is powdered and styled in a large, curly wig. The background is a dark, mottled brown. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his clothing and the contours of his face.

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

The left side of the image shows the spine and front cover of a book. The cover is decorated with a repeating pattern of stylized, overlapping floral or sunburst motifs in red and white. The pattern is dense and covers the entire visible surface of the cover.

LUIS XIV

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

LUIS XIV

RAGNHILD HATTON

Prólogo

VICTOR L. TAPIE

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Louis XIV and his world*, publicada por Thames and Hudson, Londres.

Traducción del inglés a cargo de Camila Batlles.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.

Indice

	<u>Página</u>
Prólogo	9
1. La Europa que vio nacer al Rey Sol	17
2. La educación del delfín	25
3. La experiencia de la Fronda	51
4. El amor en la vida de Luis XIV	82
5. El difícil «oficio de rey»	109
6. Luis XIV, promotor de cultura	123
7. Política exterior	127
8. El realismo de los últimos años	159
9. El dorado ocaso del Rey Sol	178
Notas	195
Cronología	199
Testimonios	203
Bibliografía	205

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1985.

© Thames and Hudson, Londres.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)

ISBN: 84-345-8165-5

Depósito legal: NA-1235-1984

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.

Printed in Spain



Luis XIV (1638-1715)

Luis XIV, el Rey Sol, nació en Saint Germain-en-Laye, en 1638. Durante su largo reinado (1643-1715) consiguió situar a Francia en un lugar hegemónico entre las naciones europeas, si bien haciendo pagar al país el alto precio de múltiples guerras internas y exteriores. Su padre, Luis XIII, murió cuando el delfín contaba sólo cinco años. Durante su minoría de edad, se ocupó de la regencia la reina madre, Ana de Austria, la cual confió el gobierno al cardenal Mazarino, que lo desempeñaría hasta su muerte, en 1661. De 1648 a 1653 se produjo en Francia la crisis de la Fronda, de la que la monarquía saldría fortalecida. En 1660, Luis casó con la infanta española María Teresa de Austria, y un año más tarde, muerto Mazarino, asumiría personalmente el ejercicio del poder, convirtiéndose en el prototipo del monarca absoluto: centralizó la administración, reorientó la economía sobre bases fuertemente mercantilistas, excluyó a la nobleza, como tal estamento, de los asuntos de gobierno (sustituyéndola por la burguesía, mucho menos poderosa) y dejó prácticamente en suspenso a los parlamentos. En el exterior llevó a cabo una política expansionista que chocó con la oposición de Inglaterra, Holanda, el Imperio y España, con los que mantuvo frecuentes guerras. Tuvo una activa vida amorosa —un segundo matrimonio,morganático, con Madame de Maintenon, y varias amantes—, fruto de la cual fue su numerosa descendencia. Muy preocupado por elevar el nivel cultural de Francia, creó un buen número de Academias y protegió el arte, la literatura y las ciencias. Este mitificado rey, que identificó el Estado con su persona, murió a los setenta y siete años de edad en Versalles, el complejo palaciego que mandara edificar como símbolo de la magnificencia de su reinado.

Retrato de Luis XIV, por Hyacinthe Rigaud. Museo del Louvre, París.



Prólogo

Luis XIV, el Rey Sol

por Victor L. Tapié

Nacido en 1638, rey a la muerte de su padre en 1643, Luis XIV, el Rey Sol, murió el 1 de septiembre de 1715, poniendo punto final a uno de los más largos e importantes reinados de la historia de Francia. Tanto para sus contemporáneos como para la posteridad, representó el modelo más acabado de monarca absoluto. *Lex Rex: el rey es la ley*. Francia llegó a ser el Estado más poderoso de Europa, el más envidiado también, y aquel donde la civilización más brillante coexistía con etapas de la más extremada miseria para una parte de la población. Casi fatalmente, la figura de Luis XIV ha suscitado o el reproche o la adhesión. Sin duda, en nuestra época, resulta cada vez más difícil comprender la psicología personal de un soberano convencido de su derecho divino y de su vocación, un tanto contradictoria, de mantenerse en la supremacía mundial y de socorrer a sus gentes a un mismo tiempo. Es necesario, además, tener en cuenta las posibilidades de Francia, sociedad entonces predominantemente agraria, muy alejada de la civilización industrial y tecnológica de nuestros días.

Trabajos recientes de historiadores franceses permiten hacer un balance de la vida económica y material del país, mucho mejor que lo hubieran podido hacer el mismo Luis XIV y sus ministros, y reconocer, además de la extrema diversidad de las regiones, las fuerzas generales que se oponían al éxito de la política real.

Francia tenía fama de ser un país particularmente rico por la variedad de su suelo, por su venturosa configuración, que le daba acceso a tres mares (la Mancha, océano Atlántico y mar Mediterráneo), y por su numerosa población (alrededor de dieciocho millones de habitantes). Frente a los otros Estados europeos, la autoridad del poder real, reforzada por Richelieu, y los progresos del poderío militar le aseguraban en Europa una situación cada vez

más ventajosa. Sin embargo, en Francia, como en el resto del continente, se sufrían las presiones de un pasado medieval en el que se habían ido fijando lentamente las condiciones de la propiedad del suelo y de la producción. La mayoría de los habitantes —quizás el noventa por ciento— vivía de la agricultura, cultivando la tierra como arrendatarios o colonos, sometidos a rentas señoriales, diezmos eclesiásticos y contribuciones cada vez más exigentes impuestas por el rey. La comunidad de la aldea, el señorío y la parroquia constituían las células administrativas del país. El trabajo conservaba sus formas tradicionales, dictadas por la experiencia y adaptadas convenientemente a la extremada variedad de los terrenos de labor. La técnica no aseguraba grandes rendimientos a la hora de la recolección (de tres a cinco veces lo sembrado y de dos a cinco quintales por hectárea) y la red de comunicaciones no permitía una circulación fácil de las mercancías. Para quien explotaba la tierra, lo esencial era conseguir lo suficiente para alimentar a su familia y pagar las cargas en especie o en metálico. Pero esta economía, extremadamente frágil en sí misma, estaba expuesta a dos peligros: uno era el de las catástrofes meteorológicas, muy frecuentes por aquella época a consecuencia de un cambio de clima (años lluviosos y fríos), que traían consigo inmediatamente hambre, aumento de la mortalidad, verdaderas crisis demográficas, endeudamiento de los campesinos, con el consiguiente embargo de tierras y animales, pobreza de las comunidades rurales obligadas a hipotecar o vender sus bienes comunales y ruina para las familias. Otro peligro era la guerra, con todos los estragos que causaba y, sobre todo, las epidemias que la seguían.

Al principio de su reinado, desde 1648 a 1653, la guerra civil (la Fronda) devastó regiones enteras que jamás lograron reparar sus ruinas; en cambio, una vez terminada ésta y hasta la de Sucesión de España, la última del reinado, prácticamente no sufrió en su propio suelo las consecuencias de las guerras, cuyas desgracias se abatieron sobre los países vecinos.

Los recursos del Estado dependían del pago del impuesto directo (la taille) y de los impuestos indirectos, cobrados por medio de los arrendatarios de impuestos; pero cuando las exigencias de la guerra coincidían con un periodo de malos años (1693-1694-1709) la situación se hacía trágica. También es cierto que el gobierno no cesó de pedir al país un esfuerzo desproporcionado a sus recursos.

El reinado de Luis XIV fue el de un rey que identificaba su grandeza personal con la grandeza de Francia, y que quería decidir por sí mismo en todo. En adelante ya no habría primer ministro ni

miembros de la familia real ni príncipe ni cardenal en el Consejo de Estado. El rey trabajaría con ministros burgueses («un reinado de vil burguesía», dice Saint-Simon), altos funcionarios muy competentes, verdaderas dinastías ministeriales (Le Tellier y luego su hijo Louvois fueron ministros de la Guerra; Colbert, inspector general de Finanzas, de quien durante veinte años dependió toda la administración general del reino, fue ministro de Marina, cargo en el que le sucedió su hijo Seignelay, mientras que el hermano de Colbert, Croissy, se hizo cargo, tras Lionne y Pomponne, del Ministerio de Asuntos Exteriores, que pasó luego a manos de su hijo Torey, yerno de Pomponne). Estos ministros accedieron a la nobleza, casaron a sus hijas con duques y consiguieron privilegios reales con los que amasaron grandes fortunas. Pero se lo debían todo al rey a quien servían, mientras que la nobleza, alejada de la política, desempeñaba cargos en el ejército o funciones honoríficas en la corte, como medio empleado por Luis XIV para tenerla «domesticada», es decir, retenida como clientela propia.

Un canciller jefe presidía el Consejo de Justicia. Los parlamentos fueron reducidos a su papel exclusivamente judicial y, bien pronto, la monarquía adquirió el carácter administrativo que habría de conservar hasta el fin del Antiguo Régimen. El clero —uno de los tres estamentos del reino y el único que constituía un verdadero cuerpo— dependía del rey, puesto que éste, en virtud del Concordato de 1516 o de ciertos privilegios, era quien nombraba a los obispos, aunque luego el papa les concedía la investidura canónica. Las asambleas del clero, como las provincias del reino, votaban el don gratuito, es decir, una contribución a las finanzas del Estado. Pero este clero bien reclutado, e indiscutiblemente ilustrado, cuidaba de mantenerse en equilibrio entre el poder laico y el papado, firme en una doble fidelidad a la Iglesia católica y al rey de Francia. En provincias, los intendentes, cuyas comisiones, originalmente temporales, habían llegado a ser estables, se encontraban por encima de todos los oficiales de justicia y hacienda, de cargos sobornables, y recibían del inspector general la misión de distribuir y cobrar la taille, cuidar del patrimonio forestal y vigilar y alentar la vida económica del país. Ningún país de la Europa de entonces (ni Alemania, mal repuesta de la guerra de los Treinta Años, ni España, cuya fuerza estaba en declive) se encontraba sometido a una autoridad central capaz de obtener tantos recursos fiscales de la población y de introducir tantas innovaciones.

Desde Ernest Lavisse, a principios de siglo, se ha tendido a exagerar la obra de Colbert, la originalidad de su política mercantilista con el impulso a las manufacturas, la protección a la agricultura

ra, el cuidado de los caminos y bosques, la fundación de compañías de comercio y navegación y el establecimiento de colonias en América (en las islas y en Cánada) y en la costa africana y la India. Tanto se ha exagerado, que alguien ha podido pensar que todo fue debido exclusivamente a la política de magnificencia del rey, que pretendía dominar Europa para su gloria personal y satisfacer su afición a las grandes edificaciones haciendo construcciones en París y Versalles. En realidad, la obra de Colbert tropezó con profundas dificultades, casi insuperables: un periodo de retroceso general, la resistencia de una población, aferrada a sus privilegios locales y a sus propios modos de trabajo y desconfiada frente a las innovaciones, que sentía su libertad frenada por las intervenciones del poder. No es menos cierto que, si Colbert no obtuvo los resultados que eran de esperar y no pudo garantizar al Estado las finanzas seguras que él deseaba, su obra de gran reformador tuvo muchos resultados eficaces, aunque incompletos.

Después de la muerte de Colbert (1683), la situación de Francia fue menos favorable por el solo hecho de la nueva competencia de países extranjeros. Alemania acababa de experimentar un incremento demográfico y militar; los Estados personales del emperador se habían acrecentado con los territorios recuperados a los turcos (Hungría) y, sobre todo, la nación inglesa, después de la revolución de 1688, fue llevada por la elite de sus gobernantes a un auténtico auge del comercio marítimo, a la conquista de nuevos mercados, al establecimiento en las colonias, y se procuró los beneficios de un sistema financiero y bancario más flexible (Banco de Inglaterra, fundado en 1694), del que no había equivalente en Francia.

Este derrumbamiento de la coyuntura explica las crecientes dificultades de los treinta últimos años del reinado de Luis XIV. Sin embargo, no hay que subestimar el prestigio alcanzado por Francia, que se debía entre otras causas al auge de su civilización.

El adelanto intelectual del país —favorecido por el mecenazgo personal del rey—, la fundación de academias, el esplendor de la lengua —considerada ya tan apta como las lenguas clásicas para la expresión del pensamiento y tan capaz como ellas de crear obras maestras de literatura—, los monumentos de París, la calidad de la fabricación francesa, y Versalles, cuyo esplendor no tenía par en Europa, todo contribuía a hacer de la monarquía de Luis XIV algo importante o inimitable. Además, la potencia militar, obra de Louvois, no había cesado de afirmarse, gracias al valor estratégico y táctico de los generales y oficiales, a los éxitos en las batallas y sitios de plazas fuertes, a las fortificaciones construidas por Vauban que protegían las fronteras y daban mayor seguridad a las ofensivas.

Francia tenía reputación de ser invencible y la conservó hasta la guerra de Sucesión española. La flota fue muy castigada en la guerra de la Liga de Augsburgo, pero otros navíos sustituyeron a los desaparecidos.

Se llega así al problema crucial del reinado de Luis XIV. Al principio de su reinado personal (1661), dos años después de la firma del Tratado de los Pirineos, todo respiraba paz y esperanza de años tranquilos. La opinión francesa había afirmado, con ocasión de la entrada de la nueva reina en París, su voluntad de paz, «que es la reunión de todos los bienes».

En estas condiciones, ¿cómo pudo Francia enredarse en una serie de guerras que duraron desde 1667 hasta 1714, a saber, la guerra de Devolución, terminada con la Paz de Aquisgrán de 1668; la guerra de Holanda, que duró hasta la Paz de Nimega de 1679; una guerra contra España, en 1683, seguida de la tregua de Ratisbona (1684); la guerra contra una coalición europea, llamada guerra de la Liga de Augsburgo o de los Nueve Años, que duró de 1688 a 1697 y terminó con el Congreso de Ryswick; y finalmente, de 1701 a 1714, la guerra de Sucesión de España que acabó con los Tratados de Sucesión (1713) y de Rastadt (1714)?

La voluntad real no persiguió un único objetivo en todas estas guerras, sino que cada una tuvo un carácter particular. La guerra de Devolución (1667) es un paseo militar con intención de reclamar los derechos de la reina sobre una parte de la herencia paterna, a la muerte de Felipe IV. La guerra acaba con la mediación anglo-holandesa-sueca, que asegura para Francia la posesión de algunas ciudades del norte. La reivindicación del rey respondía a la ideología monárquica de toda Europa, en donde, al plantearse un problema sucesorio, cada gobierno pretendía siempre tener antiguos derechos sobre los territorios de la herencia. El objetivo de la guerra de Holanda fue muy diferente: se trataba de destruir el poderío económico de un país rival. Como la victoria se obtuvo demasiado fácilmente (Madame de Sévigné escribió el 20 de junio de 1672 que la dicha del rey era enorme), las inexorables condiciones fueron rechazadas por las Provincias Unidas y esto les valió la alianza de España y el Imperio. La Paz de Nimega garantizó a Francia el Franco Condado y una frontera continua al nordeste; la guerra permitió también consolidar la autoridad del rey en Alsacia.

Los territorios se cedían, según la costumbre, con su dependencia, y era normal discutir sobre viejos títulos después de haber firmado la paz. Pero la idea de haber decidido por Cortes extraordinarias (las Cámaras de reuniones) los territorios que Francia debía recobrar, y la desmesura de las anexiones, suscitaban entonces la

indignación y el odio de Europa contra Luis XIV. Sin embargo, su prestigio seguía siendo tan grande que Europa recurrió a él para socorrer a Viena contra la ofensiva de un poderoso ejército turco. Luis XIV, que entonces tenía cuarenta y cinco años, hubiera podido, con su intervención y un poco más de prudencia en el asunto de las uniones, restablecer su autoridad moral y su poder en toda Europa. Su negativa a prestar ayuda en Viena fue a la vez un error y una falta. Es probable que las treguas de Ratisbona, que acordaron las uniones por veinte años solamente, fueran firmadas con segundas intenciones de una y otra parte. Luis XIV hizo ver demasiado pronto la suya, exigiendo en 1688 un reconocimiento definitivo. Acabó de desacreditarse ante la opinión europea con la devastación del Palatinado y la revocación del Edicto de Nantes.

Hasta entonces había podido contar con la benevolencia de los reyes de Inglaterra, Carlos II y Jacobo II Estuardo. Tras la revolución de 1688, la Inglaterra de Guillermo de Orange alienta y financia una coalición contra Luis XIV. Sin embargo, con ocasión del arreglo general del Congreso de Ryswick, Francia revela una moderación que se puede atribuir en parte a la influencia de Pomponne, pero de la que no es posible excluir al mismo rey. Francia acepta posponer las uniones espectaculares a ganancias más esenciales: conservar Estrasburgo y asegurarse la posesión del valle del Sarre. Además, intenta volver a conquistarse la confianza general por medio del reconocimiento de una dinastía protestante en Inglaterra y de la devolución de Lorena a su duque. Tan prudentes medidas hacían posible las negociaciones sobre un eventual reparto en la sucesión española, si ésta llegaba a plantearse. En el interior, el abandono del impuesto de guerra llamado capitación, que era un impuesto personal, respondió a la preocupación de una política fiscal más flexible y favorable al despertar general del comercio que se manifestaba en todo el país. En 1700, Luis XIV aceptó el testamento del rey de España en favor de su nieto, y sin duda era sincero cuando afirmó elegir la solución más conveniente para la paz de Europa. Pero sus contemporáneos no le creyeron, sobre todo Inglaterra, sin la cual Alemania no hubiera entrado en la Gran Alianza. La última guerra contra una coalición menos europea que la precedente (España y Baviera se hallaban de parte de Francia) tuvo el carácter de una guerra mundial, a causa de la mayor importancia de lo que en ella se ventilaba: el comercio con la América española, que Inglaterra no quería dejar en manos de la alianza económica de Francia y España. Para Francia se convirtió pronto en una guerra defensiva, la más terrible de todas, en la que el rey y la nación, llevados al borde de la ruina, hicieron en la

primavera de 1709 y en 1710 las correcciones necesarias. No es, pues, posible atribuir a la política exterior un único objetivo y dejar de reconocer, tras el periodo de provocación y agresiones, el propósito de admitir lo razonable con el fin de preservar la seguridad del territorio agrandado, pero más coherente y sólido, y de salvaguardar una nación cuyas fuerzas morales y conciencia colectiva se habían afirmado a lo largo del reinado.

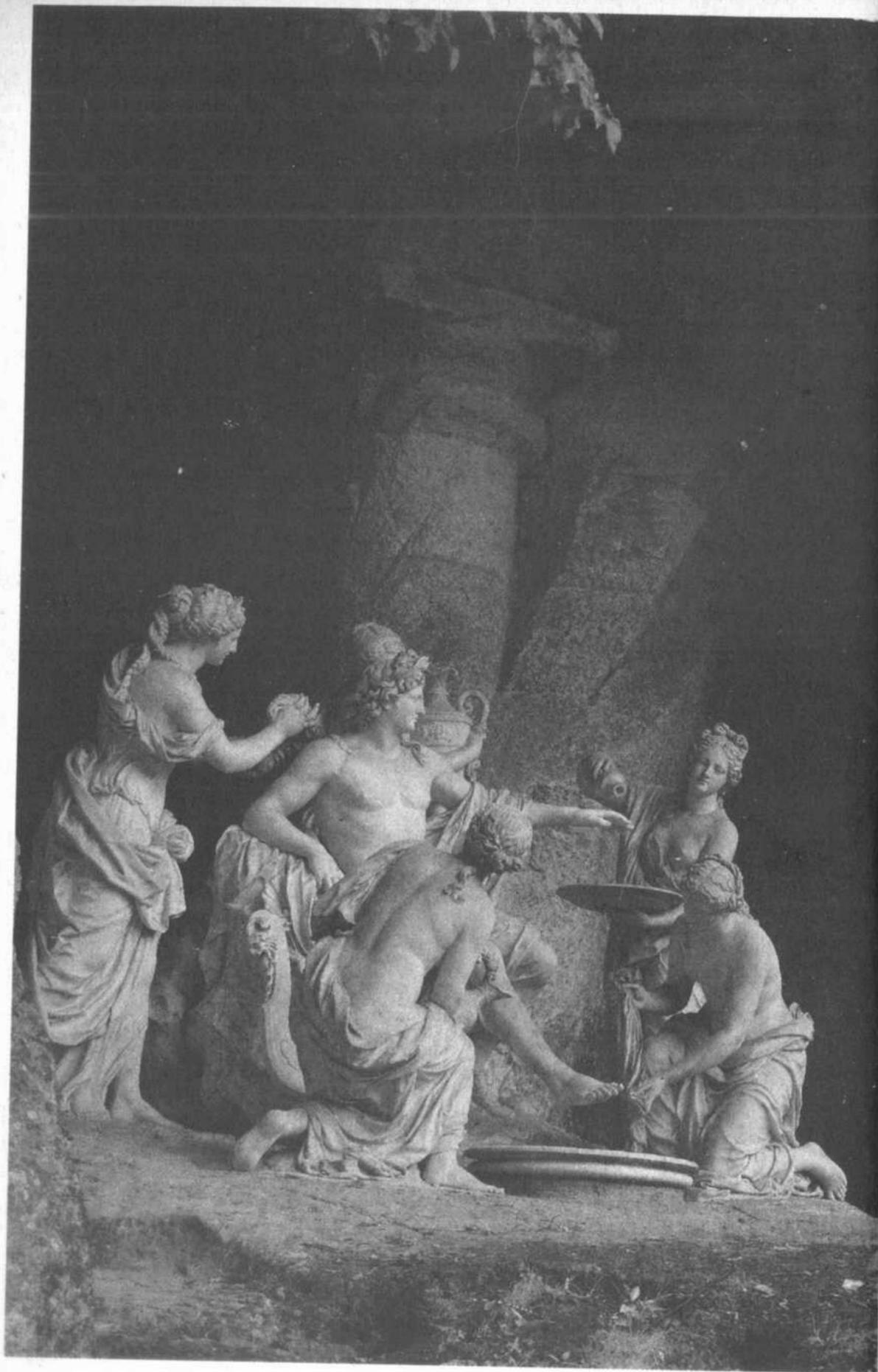
La rapidez del auge económico en los dos años que separan la Paz de Utrecht de la muerte de Luis XIV, no puede serle atribuida al rey. Pero testimonia que, de manera bastante sorprendente, Francia, sometida a tan duras pruebas después de tan brillantes éxitos, conservaba numerosos recursos y mucha fuerza. El rey había de hacer frente a una fuerte oposición, en particular a causa de su política religiosa contra los jansenistas y porque la nación entera —aunque por razones diversas— aspiraba al cambio y quería volver a una mayor libertad después de este autoritario reinado.

Luis XIV era seguramente más respetado que popular, pero su recuerdo, apreciado desigualmente desde su muerte, iba a ser inseparable de uno de los más prestigiosos periodos de la historia de Francia.

1. La Europa que vio nacer al Rey Sol

Luis, decimocuarto rey de Francia con ese nombre, nació el 5 de septiembre de 1638 en Saint-Germain-en-Laye, no en el amplio castillo que hiciera construir allí Francisco I, sino en un pequeño edificio de ladrillo —dentro del recinto del castillo— construido por su abuelo materno, Enrique IV, y concebido como casa de recreo. Francia se hallaba a la sazón envuelta en la lucha político-religiosa que se venía librando en Europa desde 1610 —conocida posteriormente como guerra de los Treinta Años— tras declarar la guerra a España en 1635. Sus consecuencias afectaron la infancia y adolescencia de Luis, y posteriormente habrían de influir de modo decisivo en su actitud respecto a su política tanto interior como exterior.

Razones de peso habían inducido a Francia a demorar inicialmente su participación en el conflicto, así como, posteriormente, a sumarse al bando protestante. Desde el inicio mismo de la guerra, que alineó en un mismo frente a los Estados austríacos y españoles de los Habsburgo y a la mayor parte de los príncipes y sus aliados escandinavos, Francia había desempeñado indirectamente un papel en el bando que se oponía a aquéllos. España era un poderoso vecino, poseedor de vastos territorios y, al parecer, inagotables provisiones de oro y plata procedentes de su imperio en ultramar, así como de un ejército de reconocido prestigio. Por otro lado, Francia estaba cercada, en cierto sentido, por España. Otro rey francés, Carlos VIII, había sacrificado en 1494 la brecha en los Pirineos —las provincias de la Cerdeña y el Rosellón— en favor de España con la esperanza, que resultó vana, de obtener plena libertad para invadir Italia. En virtud de la victoria de España en las prolongadas guerras italianas, Sicilia, Nápoles y la mayoría de los puertos toscanos —los llamados *presidii*— habían pasado en 1559 a formar parte del Estado español, mientras que el ducado de Milán se convertía en una propiedad privada de su monarca. Las islas Baleares, así como la flota de galeras española que operaba en el Mediterráneo, facilitaban el transporte de tropas al norte de Italia, y desde allí, a los territorios situados en la frontera oriental de Francia,



François Girardon, escultor de la época, realizó esta bella obra, titulada Apolo servido por las ninfas en la gruta de Tetis. Palacio de Versailles.

que por herencia habían pasado del antiguo Estado de Borgoña a España: el Franco Condado, Luxemburgo y los Países Bajos. En 1609, los Países Bajos del norte obligaron a España a aceptar una tregua de once años en la lucha que por la autonomía local había estallado en la década de 1560-70 y que posteriormente pasaría a ser una lucha por la independencia. Todo parecía indicar que los holandeses —bajo el mando de expertos comandantes de la Casa de Orange— lograrían mantener su independencia como *República Holandesa*,¹ aun después de que en 1621 se reanudara la guerra con España, una guerra que pasaría a formar parte de la de los Treinta Años. La zona sur de los Países Bajos —más vulnerable desde el punto de vista geográfico y estratégico— había vuelto al imperio español tras obtener confirmación de sus derechos locales, y albergaba a lo más selecto del ejército de España. Por consiguiente, Francia se mostraba particularmente vulnerable en su frontera septentrional, dado que las vías fluviales del Mosa, el Lys y el Escalda favorecían a España. Hacía mucho que resultaba patente que París, dada su posición, carecía de unos límites de defensa naturales, y en 1636 los españoles capturaron y ocuparon por espacio de un año Corbie, a unos ciento treinta kilómetros al norte de la capital. Durante los años que duró la guerra —hasta 1659—, Francia hubo de soportar más de una docena de invasiones procedentes del norte y el este.

La división del vasto imperio Habsburgo en una rama española y otra austríaca, tras la abdicación de Carlos V en 1556, fue acogida con alivio en medios franceses, puesto que desposeía a Felipe II, hijo de Carlos, del poder y prestigio que su padre gozaba en Alemania. Felipe heredó España y todas sus posesiones, así como el ducado de Milán —antaño un feudo imperial—; pero las posesiones austríacas, así como el derecho a presentarse como candidato de la Casa de Habsburgo a las elecciones para acceder a la dignidad de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, fueron a parar a Fernando, hermano menor de Carlos V, y a sus herederos. Fernando sumó a los territorios austríacos los Estados de Bohemia y Hungría —este último muy mermado por el avance otomano desde 1520— que había heredado. Era de sobra conocida la preocupación que le causaba la seguridad de su propia frontera oriental frente a los turcos, por lo que abandonó los demás problemas del Imperio más o menos a su suerte. El riesgo de que se



Medallón con las figuras de los abuelos de Luis, Enrique IV y María de Médicis, y de su padre, Luis XIII, de niño, por Guillaume Dupré.

hiciera realidad el poderío de los Habsburgo austríacos en Alemania desapareció, y la tensión producida por «el anillo de hierro que rodeaba el corazón de Francia» se alivió durante un tiempo.

Las circunstancias, sin embargo, cambiarían con los años. De hecho, el establecimiento de unas relaciones relativamente satisfactorias con el sultán otomano, si bien a costa de rendirle tributo, permitió a los herederos de Fernando reemprender la política activa en el Imperio. Fernando de Estiria, candidato Habsburgo en las elecciones imperiales siguientes, había advertido oportunamente en 1607 y 1609 que, en caso de ser elegido emperador, se proponía combatir el protestantismo, ya fuera luterano o calvinista, y no se sentiría obligado a respetar el tratado de la Paz de Augsburgo (1555). Con el propósito de apoyar a la Iglesia de Roma y los intereses de la Casa de Habsburgo, manifestó sin recato que estaba dispuesto a intervenir en las luchas que se venían librando por los prósperos ducados de Clèves, Jülich, Berg, Mark y Ravensberg, en el territorio del Rin, cuando su anciano gobernante, que no tenía hijos, muriera.

Tal perspectiva no dejaba de ser alarmante para Francia, pues no sólo era contraria a la política de coexistencia entre las tres principales Iglesias, que Enrique IV y su consejero Sully deseaban fomentar, sino que la presencia de tropas austríacas de los Habsburgo, tan próximas a la frontera oriental francesa, plantearía un grave problema político y pondría en peligro los enclaves en territorio alemán —los obispados de Metz, Toul y Verdún— que habían pasado a Francia como pago por la imprescindible ayuda prestada a los príncipes protestantes alemanes contra Carlos V en 1550. A partir de esa fecha, Metz, Toul y Verdún fueron administrados como posesiones francesas, protegidas por ciertos derechos pactados, si bien no habían obtenido su soberanía formal. Ante lo arriesgado de la situación, Enrique IV decidió declarar la guerra a fin de evitar que los ducados del Rin cayeran en poder de los Habsburgo o de algún gobernante vasallo de éstos. Se recaudaron fondos destinados a la guerra con ayuda de los holandeses, temerosos también del poderío de los Habsburgo austríacos católicos, tan próximos a sus fronteras; se reclutaron hombres para formar un ejército, pero el asesinato de Enrique IV, en 1610, a manos de un fanático religioso francés, pospuso hasta 1618 el estallido de la lucha político-religiosa en el Imperio.

El asesinato de Enrique planteaba serios problemas internos. Su único hijo, un varón llamado Luis, contaba sólo nueve años y, como siempre ocurre durante las minorías de edad reales, tal circunstancia vino a beneficiar a las grandes familias nobles francesas

El cardenal Richelieu,
ministro y consejero
de Luis XIII.



—les Grands—. Estas se lamentaban de la creciente acumulación de poder en el centro del país y afirmaban que Francia, en razón de su extenso territorio, debía gobernarse de forma análoga a como era gobernado el Imperio germano: el rey no había de ser más que una mera figura representativa, como lo venían siendo los emperadores desde 1555, y el poder real de las provincias debía estar en manos de la nobleza, cuyos miembros aspiraban a ser reconocidos príncipes territoriales. Dadas las circunstancias, la viuda de Enrique, nombrada regente durante la minoría del rey niño, se vio obligada a sobornar a los nobles más díscolos y poderosos, repartiendo entre ellos los fondos de guerra para obtener su apoyo. Cuando Luis XIII fue declarado legalmente mayor de edad, la situación —como siempre ocurre al concluir una minoría real— mejoró; pero el joven rey y su consejero, el cardenal Richelieu, cuya influencia sobre el monarca era creciente, hubieron de vigilar muy de cerca durante todo el reinado a la nobleza. Se prohibieron los duelos, con el fin de dejar bien claro a los súbditos que sólo debían tomar las armas por orden del rey; y se prohibió que se fortificaran los castillos nobles para impedir cualquier resistencia militar al poder central. Sin embargo, hubo de ejecutarse a numerosos duelistas y destruir no pocas fortifi-

caciones por la fuerza para lograr una mínima obediencia. Los complots para derribar a Richelieu y ganar la confianza del rey —y, a veces, usurpar el puesto del monarca— se produjeron reiteradamente durante la década de 1620-30. Hubo también tentativas por parte de los protestantes franceses (los hugonotes), nobles y burgueses, de conseguir la implantación —a veces con ayuda extranjera— de cantones independientes en territorio francés; los hugonotes estaban deseosos de llevar a efecto las garantías de libertad religiosa otorgadas por el Edicto de Nantes de 1598, confirmado a la muerte de Enrique IV, mientras que el poder central, por su parte, pretendía restringir en la medida de lo posible las libertades de los partidarios de la R.P.R. (*Religion Prétendue Réformée*).

Richelieu, agobiado por los problemas internos, tuvo que abandonar su primera intervención en la guerra de los Treinta Años, destinada a controlar la Valtelina de Graubünden —la Liga de los Grisones— a fin de impedir el paso a las tropas españolas, para ellas vital, desde los campos de batalla milaneses a los alemanes. A partir de 1627, los ejércitos españoles utilizaron la ruta de Valtelina sin ningún impedimento, y Richelieu y Luis XIII hubieron de contentarse con proporcionar apoyo diplomático y financiero a las fuerzas que se oponían a los Habsburgo en el Imperio, con el propósito de impedir una *monarchie* unitaria de los Habsburgo austríacos en Alemania. La ayuda militar danesa destinada al bando protestante, entre 1625 y 1629, demostró ser insuficiente frente a hombres como Tilly, comandante alemán, y el bohemio Wallenstein. Pese a los éxitos espectaculares del rey Gustavo Adolfo de Suecia, a su muerte los suecos resultaron estrepitosamente derrotados en Nördlingen, en 1634, debido fundamentalmente a que las tropas españolas habían recibido como refresco ocho mil hombres que atravesaron el paso de Valtelina. Esa derrota del bando contrario a los Habsburgo hizo imprescindible la intervención militar francesa, y a la declaración de guerra contra Felipe IV en 1635 siguió otra, en 1636, contra los Habsburgo austríacos.

La situación de guerra originó dentro de Francia tensiones que afectaron profundamente a la familia real. A los catorce años, Luis XIII fue obligado a casarse con Ana, infanta española —llamada «de Austria» al igual que todos los príncipes y princesas de la casa Habsburgo—, que tenía su misma edad. El matrimonio no se consumó hasta no haber cumplido ambos los dieciocho años. Ella era más alta y de naturaleza más robusta que su débil marido, a quien no caía nada bien. El era un joven sensible y serio, decididamente práctico, a quien complacía hacer trabajos manuales en su taller o herrería, que se sentía atraído por la caza y era un experto en



Retrato de Luis XIII, por Philippe de Champaigne. Museo del Louvre, París.

cetrería. Su esposa se le antojaba demasiado española en su orgullo y en su empeño en guardar las distancias, y demasiado frívola en materia de distracciones; Ana, a diferencia de él, era una apasionada del juego; a él le gustaba cenar y acostarse temprano, mientras que ella prefería hacerlo más tarde.

Durante varios años Luis XIII se mostró indiferente a las recomendaciones de sus consejeros y confesores, los cuales le recordaban su deber de dar un heredero a Francia. La reina se había quedado encinta al poco de consumarse el matrimonio, en 1618, pero tuvo un aborto a los pocos meses, provocado al parecer por haber disputado una carrera con una de sus damas de compañía. Un segundo embarazo, en 1630, acabó también en aborto, y a partir de esa fecha Luis XIII evitó el lecho de su esposa. Los recelos en cuanto a la lealtad de la reina hacia Francia y las continuas tensiones entre Ana y Richelieu acabaron por amargar la relación de la pareja real. Ana, que a petición de su esposo se había deshecho de buena parte de su séquito español, mantuvo correspondencia clandestina con su país natal y se vio envuelta en unas intrigas que, si no abiertamente traidoras, en todo caso eran contrarias a la política de su esposo y del primer ministro. Comenzaron a circular rumores de un próximo divorcio y de que ella iba a ser confinada de por vida en un convento. En cierto momento crítico, le salvó la lealtad de sus sirvientes: una de sus damas de compañía consiguió penetrar en la Bastilla para dar instrucciones a La Porte, criado de la reina, que había sido arrestado por transportar las cartas de Ana. El hombre se aferró a la historia transmitida por la dama de la reina, incluso bajo amenaza de tortura, a fin de que coincidiera con las respuestas que sabía iba a dar Ana al ser interrogada. La posición de la reina mejoró «milagrosamente», según se dijo, al quedarse embarazada la noche que pasó el rey en las habitaciones de su esposa en el Louvre, en diciembre de 1637. En aquel episodio hubo otra circunstancia, aparte de una tormenta y las maquinaciones de Guitot, capitán de la guardia del rey, que incidió de modo decisivo: Luis, convencido ya de la lealtad de Ana y de su afán por complacerle, había comenzado a prestar oídos a quienes le señalaban el peligro que representaba para Francia el que su pusilánime hermano Gastón, cuya conducta era del todo imprevisible e irresponsable, pudiera llegar a convertirse en el próximo gobernante.

2. La educación del delfín

El embarazo de la reina, al que se dio cumplida publicidad, fue acogido con alborozo. Se elevaron fervientes plegarias para que tuviera un varón, plegarias que fueron al parecer escuchadas, pues finalmente nació Luis. Pronto se dijo de él que era «un regalo de Dios a la nación», y *Louis le Dieu-Donné* fue el nombre que se le impuso en la ceremonia de bautizo celebrada en 1643. (Era costumbre francesa que los vástagos reales fueran bautizados en una ceremonia íntima al poco de nacer, y más tarde bautizados de nuevo solemnemente, por lo general a los siete años, «la edad de la razón».) Las celebraciones de 1638 fueron múltiples y variopintas, incluyendo una soberbia iluminación de París que venía a expresar la esperanza de los franceses de forma simbólica: un sol naciente emergiendo detrás de una nube. Las nuevas referentes al heredero real eran comunicadas con regocijo y recibidas con idéntico entusiasmo. Los datos de que era un niño robusto, de buen apetito y que había nacido con dos dientes fueron objeto de comentarios, no sin cierta intención política, por más de un diplomático. ¿Era eso señal de que Luis sería un gobernante rapaz que devoraría las mismísimas vísceras de Europa? Los triunfos franceses que se sucedieron a partir de 1637 en el ámbito militar parecían presagiar un aumento de la influencia de Francia. ¿Se convertiría en una potencia «exorbitante» que aspiraría a conquistar más territorio europeo del que le correspondía?

El apetito y los dientes precoces de Luis causaron desde el primer momento más de un problema a sus amas de cría. Es sabido que tuvo ocho nodrizas antes de ser destetado, puesto que el dolor producido por unos pezones llagados no quedaba compensado con el honor de haber sido elegida para amamantar al futuro rey de Francia. La reina —que, siguiendo la costumbre imperante, no amamantó a sus hijos— le amaba con locura. Si su orgullo se vio ampliamente recompensado por la importancia que adquirió al ser la madre del heredero de la corona, su alegría por tener a alguien en quien volcar sus sentimientos de ternura reprimidos superó en mucho a su orgullo.



A la izquierda, figura alegórica de Francia representada como una mujer encinta, rodeada de niños y sosteniendo un violín, instrumento favorito de la reina Ana. A la derecha, Luis, el delfín, es depositado en los brazos de su padre, según un grabado de Abraham Bosse (1638). Biblioteca Nacional, París.

Ana se tomó sus responsabilidades muy en serio. El nacimiento de su segundo hijo, Felipe, en septiembre de 1640, fue también motivo de alegría para ella, pero su obsesión por salvaguardar los derechos de su primogénito la indujo a tratar a su segundo varón de forma tal que fomentó y posiblemente acentuó un cierto rasgo femenino en su naturaleza. La hostilidad y los celos de Gastón, hermano menor de Luis XIII, habían servido a todos de lección en la corte: andaba siempre metido en intrigas, demostrando estar ansioso por asumir las riendas del gobierno. Las teorías de la época en materia de educación tendían a buscar la fórmula ideal de criar a un futuro rey. ¿Cómo enseñarle a ser un gobernante eficaz y a la vez lo bastante humilde para no convertirse en un tirano? Una especulación análoga, si bien menos sistemática en cuanto a los resultados, se centraba en el problema de la educación de los hijos menores de las familias reales: ¿qué hacer para que no representa-



Luis XIV con su nodriza, por Longuet de la Giraudière. Museo de Versalles. Según parece, el hecho de que el delfín tuviera ya dos dientes al nacer creó serios problemas a sus nodrizas.



*Gastón de Orleans,
hermano menor
de Luis XIII.*



*Luis XIV con su
madre, Ana de
Austria. Medalla
diseñada por J. Varin.
Biblioteca Nacional,
París.*

Museo de Chantilly

ran una amenaza para el primogénito cuando éste pasara a ocupar el cargo al que le había destinado Dios? El sistema adoptado por Ana fue el de seguir vistiéndolo a Felipe con enaguas pasada la edad de quitárselas —que era a los cinco años—, y tratarle más o menos como a una hija, confiando en que eso le haría dócil y no plantearía problemas a Luis en el futuro. El interés que siempre demostró Felipe por la ropa, los lazos y los adornos, así como su homosexualidad, han sido achacados a la educación que recibió. Pero tal vez se haya exagerado la responsabilidad de Ana en el asunto, como también la homosexualidad y los rasgos femeninos en Felipe. La disposición emocional a enamorarse de jóvenes apuestos probablemente venía dada por el ambiente de la corte, donde hubo, durante su adolescencia, una camarilla de homosexuales; que ese amor hallara una expresión física no se puede asegurar, aunque todo parece indicar que así fue. Tuvo once hijos: de éstos, dos hijas con

la princesa inglesa Enriqueta, y un varón y una hembra con Liselotte von Pfalz —Isabel-Carlota, princesa palatina—, que nacieron con vida y sobrevivieron a la infancia. La anécdota de que tuviera que armarse de valor la noche de bodas de su segundo matrimonio tiene su explicación en la repugnancia física que le inspiraba esa mujer obesa, fea y más bien tosca que era Liselotte, especialmente en comparación con la hermosa y divertida Enriqueta. Cuando Felipe y Liselotte eran ya ancianos, él le confesó —aunque eso a ella no la conmovió, sino que más bien ofendió su sensato talante protestante, como prueba una carta suya en que relata el episodio— que había conseguido vencer su impotencia merced a una reliquia sagrada colocada estratégicamente.

Por lo que sí cabe criticar a Ana en cuanto a su forma de criar a Felipe, es por no haber logrado hacerle emocionalmente independiente de ella, pues no hay duda alguna de que él sintió adoración



Luis y su hermano Felipe. Detalle de una pintura anónima que lleva por título *Madame Lansac et les Enfants de France* (Museo de Versalles). Era costumbre de la época vestir con faldas a los varones hasta la edad de cinco años.

por su madre hasta el final de sus días. Es sencillo, sin embargo, comprender lo ocurrido: Luis había de ser preparado para reinar, y a los siete años disponía de su propio séquito y sirvientes; Felipe, en cambio, permaneció con las mujeres haciendo compañía a su madre. El afecto que sintió ésta hacia él era muy distinto del cariño con mezcla de respeto que mostraba por su hijo mayor, nacido para ser rey; Felipe era un chico alegre, afectuoso y un tanto parlanchín, sin la timidez de Luis, ni su gravedad y reserva, y su buena apariencia no se había visto desfigurada, como le sucedió a Luis, por un ataque de viruela que padeció en 1647. El carácter de Felipe era complejo: sentía gran amor por la belleza y el arte, poseía un gusto exquisito y se dedicó con entusiasmo a la decoración y acondicionamiento de su castillo en Saint-Cloud; pero a la vez tenía un gran valor como soldado, según demostró en la guerra de Holanda, en 1672-78, cuando al mando de sus tropas decidió correr un riesgo que le supuso la victoria en Mont Cassel. A su hermano mayor le atormentaban los celos y la inseguridad respecto a su valor, que no pudo poner a prueba puesto que, como rey, le habían aconsejado previamente, cuando tuvo oportunidad de luchar en Heurtebise, que no arriesgara su vida por temor al efecto que ello causaría en la moral de los franceses si resultaba muerto en la empresa. Luis aceptó el consejo, pero le quedó un gran resentimiento por habersele privado de demostrar su valor en el combate. Si hubiera podido demostrarlo o no, teniendo en cuenta que había sido condicionado a «anteponer los intereses de Francia», es otra cuestión que nos lleva —como en el caso de Felipe— al debatido tema de la predisposición hereditaria y las normas de conducta, para el que no pueden ofrecerse respuestas tajantes. La hipótesis de que Luis, impulsado por sus celos, negó a Felipe una segunda oportunidad de lucirse en una empresa militar, condenándole a llevar una vida frívola y pervirtiendo su personalidad, no es sostenible si tenemos en cuenta que a Felipe se le concedió el mando de las tropas encargadas de defender la costa francesa del Canal de la Mancha, en la guerra de los Nueve Años, contra la invasión de las potencias marítimas. En cualquier caso, el carácter y las inclinaciones de Felipe se formaron a una edad temprana, y ambos hermanos se vieron en gran medida prisioneros de sus respectivos papeles como «hijos de Francia» en aquella época: el hermano menor no podía ocupar una posición, como héroe de guerra, que pudiera llegar a representar una amenaza para Luis.

La relación entre los hermanos fue bastante buena, tanto de niños como ya de adultos. Felipe fue siempre leal, y Luis puso cuanto estuvo en su mano para resolver las crisis conyugales de su



Busto de Luis XIII, por Jean Varin. Museo del Louvre, París.

hermano cada vez que sus cuñadas, heridas en su amor propio, se quejaban de las favoritas de Felipe. Tuvo pocos enfrentamientos con él, aunque hubo algunos, cuando ambos eran ya maduros, a propósito de la conducta de sus respectivos hijos y de las oportunidades que se les brindaban. La disputa más seria entre ellos, y la última, ocurrió en 1701, cuando Luis se atrevió a reprochar al hijo de Felipe que tuviera abandonada a su esposa, que era la hija mayor legitimada del rey. Felipe, indignado, recordó a su hermano con insolencia sus numerosas infidelidades conyugales en su juventud. Ambos perdieron los estribos y se gritaron. Aquella misma noche murió Felipe a consecuencia de un ataque cerebral, al parecer provocado por la pelea.

En sus ocasionales arrebatos de mal genio, Felipe nos recuerda a su padre. Los sentimientos poco afectuosos de Luis XIII hacia su esposa se exteriorizaron a veces en duras críticas por su manera de educar a sus hijos, en especial a Luis. Cuando el niño atravesó

una fase en la que le intimidaba la presencia de personas adultas que no tenía ocasión de ver todos los días, su padre hizo una escena y se quejó amargamente de que al delfín se le permitiera mostrarse antipático con su padre y los amigos de éste. Tales hechos, referidos en las memorias del rey y descritos —inoportunamente— en sus cartas a Richelieu, han influido en los estudiosos a la hora de analizar la relación de Luis XIII y su hijo. Ciertos historiadores se refieren al «odio» existente entre ambos; otros, siguiendo el ejemplo de Saint-Simon, sostuvieron que Luis XIV no honró la memoria de su padre y jamás pronunció su nombre, lo cual carece de fundamento. Si leemos detenidamente la correspondencia que mantuvo Luis XIII con Richelieu, descubrimos a un padre satisfecho y contento con él; y por lo que respecta a Luis XIV, se sabe que puso gran empeño, contra las recomendaciones de sus consejeros, en conservar el pequeño castillo de su padre en Versalles tal como éste lo dejó. El nuevo hubo de ser construido en torno al edificio creado por Luis XIII, edificio que, según los historiadores, era «como la joya más bella en el centro de una diadema». Las palabras de Luis fueron más explícitas: «Si lo derribáis —advirtió a sus arquitectos— lo volveré a construir piedra a piedra.»

Lo que Luis XIV pudo haber heredado de los genes o del carácter de su padre es menos sencillo de determinar. Físicamente no guardaba ningún parecido. El padre murió cuando el chico contaba sólo cuatro años, y los dos rasgos que tenían en común —su pasión por la caza y su destreza como jinetes— tienen fácil explicación: casi todos los monarcas de la época sentían gran afición por la caza o por la equitación, puesto que ambos deportes garantizaban cierto grado de intimidad para cualquier gobernante del siglo XVII, agobiado por sus responsabilidades de Estado. La leyenda en torno a las hazañas de caza de Luis XIII era bien conocida, en especial la que aseguraba que había dado muerte a seis lobos en un mismo día. Uno de los objetos más apreciados por Luis, de niño, era un arcabuz con el que cazaba gorriones en los jardines de las Tullerías, y que había sido forjado en el taller de su padre. La afición y aptitudes de Luis en materia de música caben atribuirse, con bastante certeza, al lado paterno de la familia, puesto que, aunque la reina Ana era aficionada a la música, en particular la de violines, Luis XIII era un consumado músico y compositor de talento.

Por otro lado, Luis se parecía mucho a su madre —parecido que fue acentuándose con los años— en su apetito voraz y su tendencia a la obesidad, en su nariz larga y su fuerte mandíbula; y dado que era la reina quien guiaba la vida de su hijo —y en no pocos aspectos la controlaba— hasta que éste alcanzó la madurez, su in-



Luis XIV con su madre, Ana de Austria (Biblioteca Nacional, París). La reina prestó gran atención a la educación religiosa del delfín.

fluencia sobre él fue tanto más acusada. Era ella quien elegía a sus preceptores y criados, y quien vigilaba muy de cerca su educación. Lo mismo que otras madres regias de la época, se hizo cargo de su formación religiosa y le inculcó la necesidad de observar las normas y enseñanzas de la Iglesia. Quienes le conocieron bien en su madurez aseguran que Luis no tenía un talante religioso, si bien asistía puntualmente a los servicios y la convicción de que «Dios lo gobernaba todo» le proporcionaba gran alivio en sus quehaceres de gobernante. Desde pequeño se le había insistido —como a buena

parte de los herederos a las distintas coronas europeas en el siglo XVII— que su elevada posición no se debía a ningún mérito propio, sino a haber sido designado por Dios para tal fin, y que ante Dios habría de responder por sus actos como monarca. Tal principio, junto con el de que tenía el deber de hacer lo más conveniente para Francia, por encima de sus propias inclinaciones, fue el sistema elegido para imponer disciplina al muchacho cuando llegó a su adolescencia y se vislumbró la necesidad de que accediera a una temprana mayoría legal. La primera crisis sería que se produjo entre Luis, cuando tenía veintiún años, y quienes le habían criado y educado viene a demostrar que el joven rey había asimilado dicha lección perfectamente.

Desde edad temprana Luis demostró ser un chico muy viril, a quien complacía practicar ejercicios físicos al aire libre. Dadas las tradicionales ideas acerca del oficio de rey, así como la situación de guerra en que se hallaba Francia, casi todos sus juegos se centraban en actividades de carácter militar, como pasear con sus amigos por el jardín tocando el tambor o realizando ejercicios de instrucción. Posteriormente aprendería a montar a caballo y a pasar revista a las tropas. Se hizo para él un maravilloso juego en plata de soldados, a pie y a caballo, con su equipo y pertrechos militares, un ejército de Francia fielmente reproducido en miniatura. Más tarde se construyó para él y sus amigos, en los jardines del palacio real, un pequeño fuerte con un cañón auténtico que disparaba cartuchos de fogeo. Cuando Luis, a la edad de siete años, pudo disponer de su propio séquito y sirvientes (cuando fue «alejado de las mujeres», según la frase de la época), comenzó a adiestrarse en el tiro al blanco y pronto se convirtió en un experto tirador.

De mayor le complacía ejercitarse en las artes de la equitación, la esgrima y la danza, y con el fin de mantenerse en forma y llegar a dominarlas, todas las mañanas se levantaba temprano para hacer ejercicios en una habitación dispuesta como gimnasio, equipada con potros de madera y demás aparatos. Horas más tarde era sometido a duros entrenamientos por los mejores maestros de equitación. Desde muy joven se acostumbró a que le regalaran perros y caballos, animales por los que sentía pasión, y más adelante él mismo se complacía en regalarlos a su vez a los demás. Jamás abandonó el hábito de alimentar personalmente a sus perros favoritos, y cuando estuvo convaleciente del ataque de viruela contraído en 1647, un buen día manifestó que ya se encontraba muy recuperado y pidió con voz débil que le llevaran a su habitación a su nuevo pony inglés.

De pequeño, como todos los niños, Luis gozaba escuchando

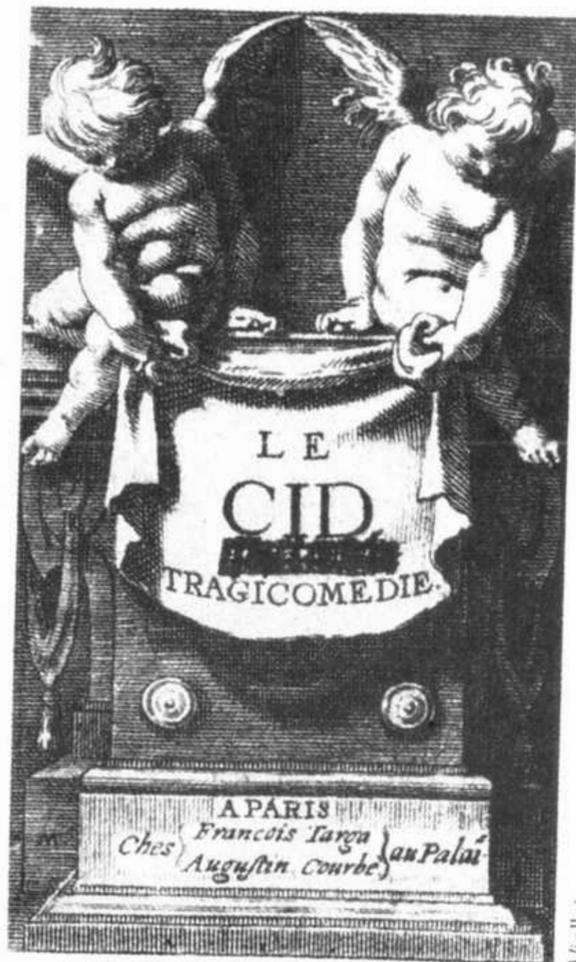


Retrato ecuestre de Luis XIV, niño. Montar a caballo era una de sus aficiones favoritas. Biblioteca Nacional, París.

cuentos y relatos. Mientras estuvo con las mujeres, predominaron los cuentos de hadas, siendo su preferido el de *Piel de asno*, una versión más del eterno tema de la virtud recompensada: la bella y bondadosa muchacha tan pobre que tenía que abrigarse con una piel de asno y que al final, tras no pocos avatares, resulta ser de sangre real y se casa con el héroe, que a su vez es príncipe. A partir de 1645, su ayuda de cámara La Porte —el criado que en cierta

ocasión cometió perjurio en bien de la reina Ana—, tenía por costumbre leerle, a la hora de acostarle, capítulos de la *Historia de Francia*, obra que acababa de ser publicada por Mézeray. La Porte, que había hablado con la reina sobre la conveniencia de esas lecturas y acerca del temperamento de Luis, elegía aquellos capítulos que a su juicio constituían ejemplos ideales a seguir: el peor pecado era ser un rey carente de independencia, un *roi fainéant*, que dejaba que sus favoritos decidieran por él. El preceptor de Luis, Hardouin Pérefixe, siguió un sistema parecido en sus lecciones de historia, y escribió un libro sobre el reinado de Enrique IV con el expreso propósito de presentar al abuelo de Luis como un modelo que él debía emular: experto jinete y soldado, eficaz gobernante en tiempos de guerra y de paz, que perseguía denodadamente el bienestar de su pueblo. En su madurez, Luis siguió haciendo que le leyeran en voz alta. Esto era, en parte, un medio de ahorrar tiempo; así, por ejemplo, la *Gazette de Hollande*, con su amplia sección de noticias, le era habitualmente leída una hora antes de la cena por el ministro de Asuntos Exteriores de turno, con el fin de que el rey pudiera formular las preguntas oportunas o discutir problemas. A Luis le deleitaba que le leyeran en voz alta, como lo prueba el hecho de que con frecuencia se lo pidiera a Racine y a Boileau, y en ocasiones, a Molière y a Quinault.

El dominio de la lengua francesa y su conocimiento de los conceptos clásicos fueron los resultados más destacables de la temprana educación que recibió Luis. Ambas cosas le fueron en cierta medida inculcadas a través de las obras de Corneille y la explicación de su temática, más que a través de lecciones directas; su apasionado interés por las artes también se despertó en él cuando era sólo un niño, estimulado por las obras maestras que ponían a su alcance sus educadores y sus comentarios acerca de las mismas. Los estudios formales se ceñían a los idiomas (francés, italiano, español y latín), matemáticas, dibujo, música y algo de geografía. Tales estudios se interrumpieron al cumplir Luis diez años, cuando estallaron las guerras civiles de la Fronda. Al finalizar dichas guerras, y como quiera que había alcanzado su mayoría de edad, todo su tiempo en materia de estudios lo dedicaba a los asuntos de Estado. Luis era el primero en lamentar las lagunas habidas en su educación, y más adelante tuvo ocasión de resarcirse de ello disponiendo un extenso plan de estudios para su heredero. En cierta medida exageraba los beneficios que le hubiera aportado una más amplia educación. Tal vez hubiera podido adquirir un mayor conocimiento del latín, que, a diferencia del italiano y el español, apenas dominaba. Tenía escasa inclinación por las matemáticas, lo que le



Portada de *El Cid*, de Corneille (Biblioteca Nacional, París). La temática de las obras de este autor —la lucha entre el deber y las inclinaciones personales, las dificultades inherentes a la conquista de la gloria— ejercieron un fuerte impacto sobre Luis.

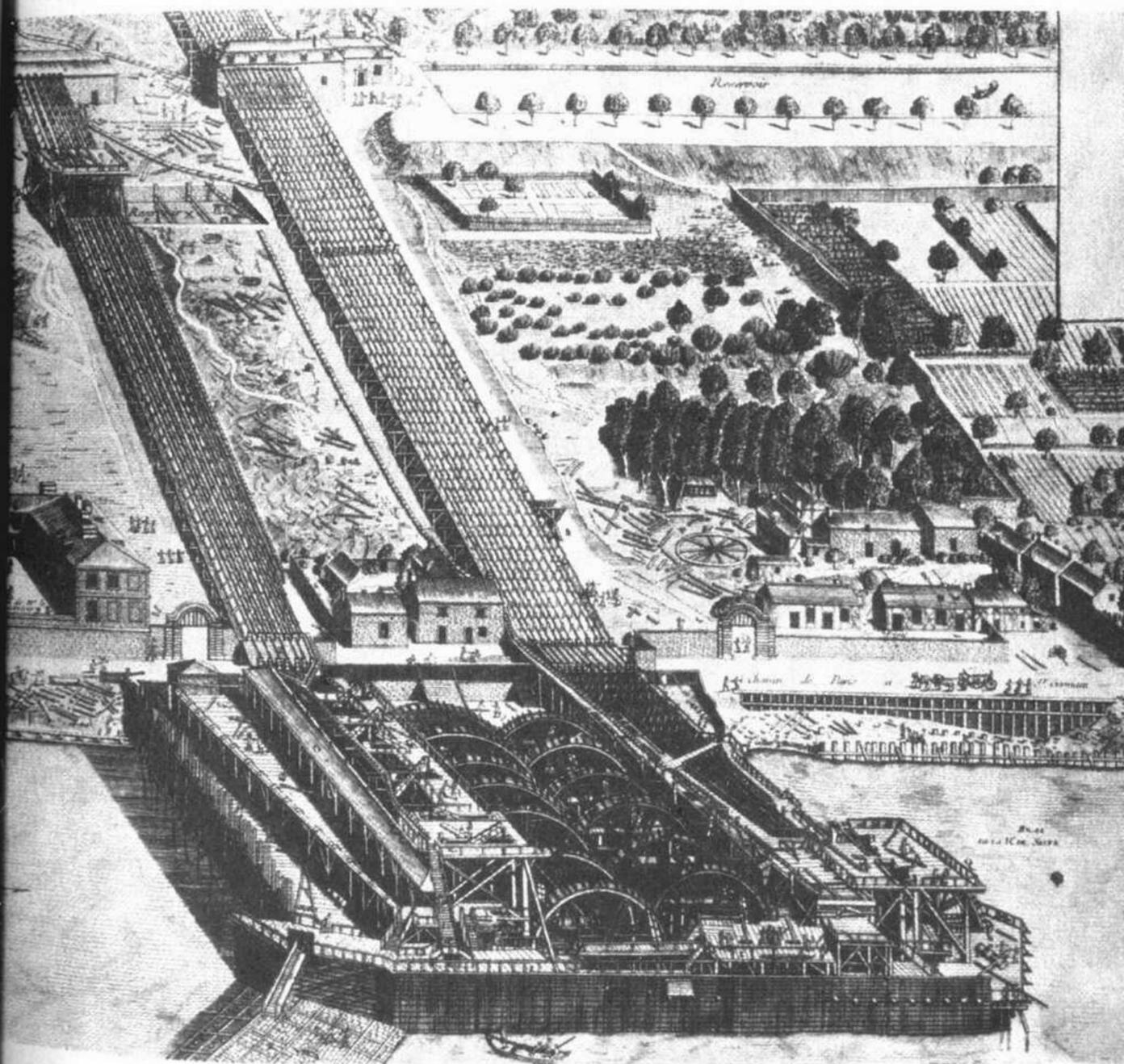
Viollet

La llamada máquina de Marly, terminada en 1682, mediante la cual se hacía llegar agua del Sena a Versalles.

supuso una desventaja cuando hubo de aplicarse en las ciencias militares, pese a lo cual llegó a poseer un profundo conocimiento de los principios del arte de la guerra, en especial todo lo referente a las operaciones de sitio y logística. En términos generales, sus inclinaciones eran más de carácter práctico y sensual que especulativas y académicas. Su conocimiento, en las cuestiones donde había de prevalecer el deber sobre el placer, tuvo que adquirirlo por medio de la perseverancia: leía informes, prestaba atención a cuanto le decían y luego meditaba sobre ello y observaba, sacando el máximo provecho de las experiencias acumuladas. Hay un comentario en una de sus cartas de 1680, a raíz de su visita a Dunkerque para inspeccionar la flota francesa, que resulta sumamente revelador. «Ahora todos los papeles sobre asuntos navales me parecen mucho más claros.» Tenía muy buena disposición para estudiar a fondo un tema cuando era necesario, aunque más tarde lo abandonara, así como la costumbre de rodearse de los hombres idóneos para que le asesoraran.

Cuando Luis, como monarca, se sentía personalmente interesado en algo, no necesitaba acicate alguno; él mismo tomaba la iniciativa. Sentía pasión por todas las artes, así como por la claridad y precisión de la lengua francesa. Al dictar sus memorias y repasar

los capítulos redactados por sus historiadores, demostró vivo interés por el estilo y el significado de las palabras. Nunca fue, ni tampoco alardeaba de ello, hombre aficionado a la lectura, pese a la nutrida colección de libros y manuscritos que había reunido. Con todo, su oficio de rey le deparaba muchas satisfacciones, y a lo largo de su vida fue descubriendo nuevas aficiones, como la que se despertó en él por la botánica cuando tuvo que tratar con La Quintinie diversos proyectos relacionados con sus jardines. Las ciencias cobraron vida para él cuando apoyó la creación de la Academia de las Ciencias, así como cuando ciertas obras de construcción y otros proyectos —como la máquina de Marly— atrajeron su interés. La geografía empezó a adquirir para el rey un mayor significado cuando pudo examinar ciertos mapas y globos terráqueos que eran en parte fruto de las expediciones y conquistas francesas en ultramar.



Giraudon

Si bien la posición que ocupaba Luis sirvió para abrirle horizontes, no es menos cierto que a la vez se los estrechó, como podremos ver más adelante, en dos aspectos muy importantes que se hallaban interrelacionados: el pensamiento religioso y el político. En ambos casos Luis se vio, o creyó verse, en la obligación de renunciar en parte a sus inclinaciones con tal de mantener la cohesión del Estado que le había sido encomendado.

Ciertas lecciones aprendidas en su niñez fueron más bien asimiladas por él de forma indirecta que directamente recibidas, teniendo como protagonistas a sus criados, la reina y Mazarino, su primer consejero. Luis aprendió muy temprano a contener la lengua y a no revelar ciertas informaciones obtenidas de sus servidores, a quienes fastidiaba no poder hablar libremente delante del niño. Un día, Luis y sus sirvientes tuvieron un serio disgusto cuando al chiquillo se le escapó, en presencia de su madre, el apodo de «el gran Turco» con el que era conocido Mazarino entre quienes desconfiaban de él o no simpatizaban con este antiguo diplomático papal, poderoso ya antes de morir Richelieu y todavía más a la muerte de Luis XIII. En efecto, poco antes de morir, en diciembre de 1643, Richelieu rogó al rey que confiara en el criterio de Mazarino y en su pericia en cuestiones internas y exteriores. Luis XIII le nombró padrino de su hijo en la ceremonia de bautismo celebrada el 21 de abril de 1643, pues tenía la certeza de que no viviría hasta que el delfín cumpliera los siete años. Además, incluyó a Mazarino entre los regentes designados para gobernar durante la minoría de edad del futuro rey, iniciada el 14 de mayo de aquel mismo año.

En opinión de algunos —opinión que todavía sostienen ciertos historiadores—, Mazarino se convirtió también en padrastro de Luis XIV al contraer matrimonio en secreto con la reina Ana. En los últimos años, sin embargo, han aparecido varios argumentos de peso que vienen a desmentir tajantemente esa hipótesis. Mazarino, aunque no era sacerdote, estaba decidido a permanecer célibe, no fuera que, de presentarse la oportunidad de ser papa —tal como él esperaba—, no pudiera ser elegido por no haber mantenido el celibato. Por otra parte, el acentuado orgullo de Ana por su sangre real habría sido otro obstáculo para dicho matrimonio, e incluso para una relación física con aquel italiano de humilde cuna que se había abierto camino merced a su extraordinaria habilidad. El creciente fervor religioso de Ana y su autocontrol tras la muerte de Luis XIII parece que fueron también factores decisivos. Ana, al igual que Mazarino, era muy dada al disimulo —lección que ambos enseñaron, si bien involuntariamente, a Luis XIV—, pero la respuesta a una amiga que inquirió acerca de su amor por Mazarino parece sincera:

El cardenal Mazarino, que en este grabado aparece acompañado por Luis XIV, tomó a su cargo la educación del pequeño rey. Fue para él un gran maestro en el arte de gobernar.



Biblioteca Nacional, Paris/Viollet

«Reconozco que me gusta y que me inspira ternura, pero mi afecto no llega a ser amor, y si lo es, yo lo desconozco. No son mis sentidos, sino mi mente la que se siente fascinada por la suya.»

Mazarino poseía una amplia cultura; era muy aficionado a la lectura, coleccionista de libros y manuscritos, y amante de la música, la ópera y el teatro. Vestía con gran elegancia, se perfumaba con las más finas esencias y tenía un gusto impecable. Su delicadeza y su *esprit* atraían a la reina. Otro factor a su favor era que hablaba español y que había realizado su primera misión diplomática en la amada patria de Ana. Aunque no poseía la nacionalidad francesa, sentía gratitud hacia Francia y hacia el difunto Luis XIII. Fue por mediación francesa como obtuvo el capelo cardenalicio, y fueron las oportunidades que se le ofrecieron en Francia, y a las que él sacó el máximo provecho, lo que le permitió amasar una gran fortuna y dedicarse a lo que más le complacía: construir y amueblar palacios y coleccionar obras de arte y piedras preciosas, en especial diamantes de la más alta calidad. Su amistad y apoyo,



Retrato de Mazarino, por Philippe de Champaigne. El inteligente ministro contó siempre con la total confianza de la reina Ana.

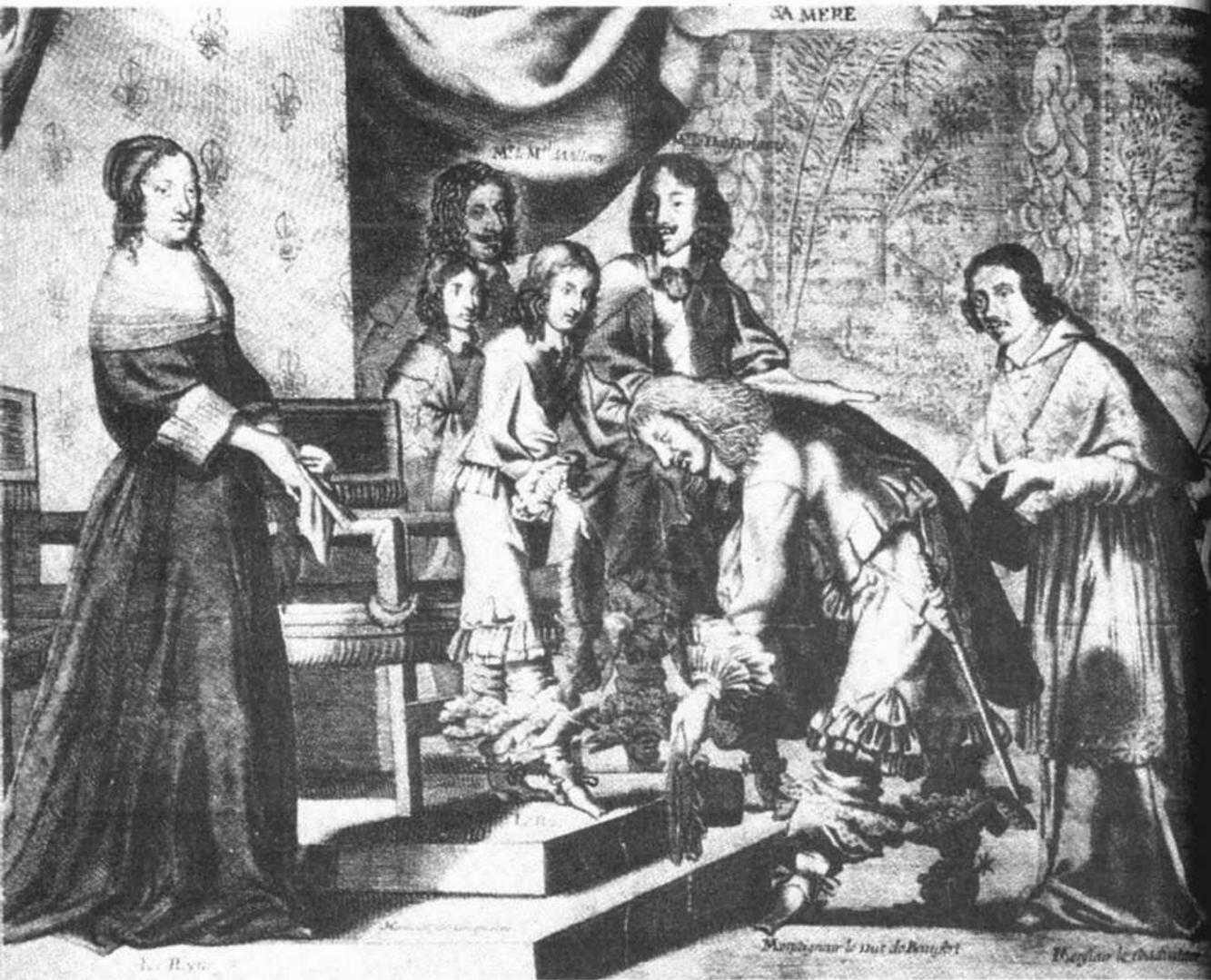
su destreza política y administrativa, su astucia y los contactos y partidarios que había logrado, se hicieron indispensables para la reina, mujer hábil pero que carecía de preparación y estaba obsesionada con salvaguardar el patrimonio de su hijo. Ambos, unidos por consideraciones personales y políticas, perseguían la misma meta. Desecharon de común acuerdo el consejo de regencia nombrado en el testamento de Luis XIII,² y Ana pasó a ser la única regente hasta la mayoría legal de su hijo.

Mazarino fue para Luis el gran maestro en el arte de gobernar, el hombre que le instruyó para su puesto de rey. Ello tuvo lugar a tres niveles: a nivel inconsciente, el ejemplo residía en la conducta de Mazarino, que era amable y cortés y daba la impresión de ceder cuando en realidad lo que hacía era perseguir afanosamente sus propios objetivos; su habilidad para impresionar e influir por medio de su impecable gusto y la cuantía de su fortuna eran también factores importantes. A nivel práctico y directo, Mazarino instruyó a Luis paso a paso en todo lo referente a los asuntos de Estado, el valor del ceremonial, cómo presidir reuniones del consejo, el análisis de los despachos recibidos y el modo de impartir órdenes; al cumplir dieciséis años, Luis solía pasar un par de horas diarias —de nueve a once de la mañana— con Mazarino, aprendiendo a tomar

decisiones políticas. Por último, Luis experimentó, de manos de Mazarino —esencialmente a través de cartas hábilmente redactadas—, el descabro de su propia voluntad. En las instrucciones que Luis dejó para su hijo confesaba haber odiado al cardenal en aquella época, pero también que había llegado a bendecirle por inculcarle el principio de que Francia estaba por encima de las inclinaciones personales del rey.

Luis nunca llegó a identificarse plenamente con Mazarino, ni siquiera de niño, debido a que poseía un temperamento menos intelectual. Mazarino, con sus maneras atrayentes y delicadas, no estaba a la altura de soldados-héroes como Enrique IV, y durante la infancia de Luis —aunque las negociaciones para la paz ya se habían iniciado a partir de 1643-44 en Alemania— la conversación en la corte giraba invariablemente en torno al valor demostrado en el campo de batalla y la gloria de los ejércitos franceses. Al recordar los primeros años de su vida, Luis reprochaba también a Mazarino el haberse aprovechado de su posición para beneficiarse personalmente dejando a la corona empobrecida y al Estado plagado de deudas.

La guerra civil, la más terrible de las guerras, fue vivida por la familia real de una forma más directa que la entablada contra sus enemigos extranjeros. De hecho, la primera Fronda³ estalló justamente cuando parecía que Francia se estaba imponiendo a sus enemigos extranjeros: en Rocroi, Flandes, en 1643, el ejército francés derrotó estrepitosamente a las tropas de Felipe IV; en Alemania, eran los franceses y suecos quienes llevaban la ventaja y emplearon esencialmente métodos militares para promover las negociaciones de paz. En Francia, el malestar venía provocado en primer lugar por los impuestos, consecuencia inevitable de la guerra en el extranjero. Tales impuestos recaían, directa e indirectamente, tanto sobre las gentes acaudaladas como sobre los pobres; pues, si bien eran estos últimos quienes soportaban siempre todo el peso de los impuestos indirectos en tiempos de guerra, al clero se le exigían también donativos más generosos para el Estado, y a los nobles se les obligaba, por diversos medios, a que ayudaran a financiar la guerra. Los funcionarios públicos solían verse, por su parte, obligados a pagar cuantiosas sumas cada vez que la *pauvette* —un tributo anual que garantizaba que los cargos públicos adquiridos pasarían a sus herederos— era sometida a revisión, como sucedió en 1648. El aumento decretado en mayo de aquel año sobre un determinado grupo de funcionarios (los de las cortes soberanas) fue leve, pero bastó para que el Parlamento de París nombrara un comité con la misión de reformar el gobierno de Francia. En junio, sus delegados



habían redactado una carta constitucional encaminada a poner fin a la labor emprendida por los Borbones: pretendían acabar con el sistema de inspectores reales —los *intendants*, enviados por Richelieu a las provincias—, y que el control tributario volviera a los Estados —que no habían sido convocados desde 1614— o fuera depositado en manos del Parlamento. Toda la cólera iba dirigida contra Mazarino, el extranjero que se enriquecía mientras Francia había de soportar las vicisitudes impuestas por la guerra. El malestar se extendió a las clases humildes de París, y luego a otros parlamentos y a otras poblaciones —en Burdeos y Marsella hubo graves alzamientos semirrepublicanos y radicales durante la Fronde—, y, lo que es más significativo, alcanzó incluso a la nobleza, que opinaba que Mazarino había usurpado el derecho de los príncipes de sangre a aconsejar a la reina Ana. ¿Por qué había hecho venir a París a varios miembros de su familia? ¿Acaso pretendía fundar una dinastía de favoritos? Tales eran los interrogantes que se planteaba un estamento social que juzgaba la vida intolerable si el honor era mancillado, y que dieron otro motivo más a la nobleza para insistir en sus tradicionales intentos de implantar Estados o provincias au-

El duque de Beaufort, el arzobispo coadjutor de París, Paul Gondi, y el señor De la Motte rinden pleitesía a Luis XIV y a la reina regente. Biblioteca Nacional, París.



Luis XIV en su minoría de edad, por Nicolas Mignard. En sus ropas pueden apreciarse ya los símbolos de la majestad.

Giraudon

tónomas en Francia, aprovechando los periodos de minoría de edad de los reyes.

Ana, por consejo de Mazarino, cedió en la cuestión de los *intendants*, pero como quiera que el Parlamento seguía insistiendo en una carta constitucional que circunscribiera el poder de la corona, ella —desoyendo los consejos de Mazarino y animada por la victoria de Condé sobre los españoles en Lens— mandó arrestar a tres de sus dirigentes, entre ellos al reverenciado Broussel y a Paul de Gondi, entonces arzobispo coadjutor de París y que posteriormente sería cardenal de Retz. Tales arrestos provocaron barricadas y revueltas. Los prisioneros fueron liberados, pero ello no impidió que estallara una guerra civil que duraría cuatro largos años, y de esta manera, la *Fronde parlementaire* —Fronde parlamentaria— de 1648-49 pasó a ser la Fronde de los príncipes de 1650 a 1652.



Luis XIV como vencedor de la Fronda (Museo de Versalles), pintura que más tarde se convertiría en una alegoría del triunfo de la monarquía absoluta.

Los franceses celebran la paz. Grabado anónimo. Biblioteca Nacional, París. Los problemas de la guerra civil supusieron para Luis el final de una infancia tranquila y despreocupada, pero también una valiosa, aunque dura, escuela en la que aprendería el arte de gobernar.



Los efectos que tuvo la Fronda sobre Luis XIV han sido ampliamente estudiados, y aunque no es nuestro propósito describir aquí la contienda civil con detalle, conviene hacer referencia a ciertos incidentes ocurridos durante las guerras libradas entre la familia real y sus partidarios, por un lado, y las coaliciones de *frondeurs*, por el otro. Sólo así es posible juzgar debidamente el efecto que todo ello tuvo sobre Luis.

En cierto sentido, la infancia de Luis terminó al estallar la Fronda. No sólo la vida se hizo para él insegura e incómoda —destino compartido por multitud de niños de todas las edades—, sino que su madre y Mazarino comenzaron a hacerle partícipe de asuntos políticos y militares que él desconocía.

A la muerte de su esposo, Ana trasladó a sus dos hijos a un palacio más pequeño y alegre que el Louvre, el Palais Cardinal, legado por Richelieu a Luis XIII, al que se rebautizó con el nombre de Palais Royal. El palacio poseía bellos jardines y un teatro. Luis y Felipe jugaban en sus jardines y allí asistieron por primera vez a representaciones de ballets y comedias. Mientras duró la guerra civil, Ana y sus dos hijos, en especial Luis, se convirtieron en trofeos que se disputaban las facciones en pugna, hasta el punto de que el hogar de la familia llegó a ser en ocasiones casi una prisión; en tales momentos se veían obligados a abandonar París, y no precisamente para trasladarse alegremente a visitar otros castillos, sino en repetidas huidas que suponían una verdadera humillación. Esto sucedió en septiembre de 1648 —una huida de breve duración—, en enero de 1649 —seis meses— y en julio de 1652 —tres meses—. Los héroes

de la guerra entablada contra enemigos extranjeros cambiaron de bando. Por el amor de una dama *frondeuse* —la hermana de Condé, Ana Genoveva de Borbón Condé, duquesa de Longueville—, vizconde de Turena llegó apresuradamente de Alemania con un ejército mercenario para apoyar la causa que ella había abrazado, si bien el dinero de Mazarino sirvió para dispersar a los soldados, pero ello no impidió que Turena se pasara al bando de los *frondeurs*. Sin embargo, Condé —quien, como todos los príncipes de sangre, se enfrentaba a Mazarino— permaneció fiel a la corona porque se hallaba comprometido, a causa de un litigio en torno al testamento de su padre, con su hermano Conti, que era un cabecilla de la Fronda. Condé contribuyó a poner fin a la Fronda parlamentaria mediante un golpe de fuerza.

Entre agosto de 1649 y enero de 1650, sin embargo, el empeño de Condé por derribar a Mazarino se hizo tan patente que Ana decidió pararle los pies antes de que pusiera en peligro la corona: ocupaba Condé el cuarto lugar en la línea de sucesión y comenzaba a solicitar favores y cargos que podían llegar a interferir con los poderes del rey. A Luis no se le pidió —como aseguran algunos historiadores— que fingiera respecto a su amistad con Condé durante la reunión del consejo en la cual éste, Conti y Longueville fueron arrestados. Lo cierto es que Luis y Ana estuvieron rezando sus oraciones hasta que se hubieron practicado los arrestos, aunque se había informado al rey de las razones para tal medida. Poco después, Luis y su madre acompañaron al ejército en una campaña en Normandía y Borgoña, destinada a intimidar o someter a las fuerzas militares de los Condé y otros nobles rebeldes en aquellas provincias. Fue allí donde Luis escuchó por primera vez los disparos del enemigo y presencié sus efectos: durante una revista de las tropas reales que sitiaban Bellegarde, un oficial que se hallaba de pie junto a él cayó muerto de un disparo efectuado desde las murallas de la fortaleza.

En febrero de 1651 se hizo necesario poner en práctica la facultad del disimulo. París se hallaba dominada de nuevo por los sentimientos de hostilidad hacia Mazarino. El Parlamento solicitó a la reina que se deshiciera de él y pusiera en libertad a Condé y a sus compañeros de presidio. Mazarino huyó y Ana, temiendo ser apresada, decidió la noche del nueve al diez de febrero llevarse a sus hijos fuera de la capital y reunirse con Mazarino en un lugar fijado de antemano en el campo. Luis estaba ya vestido y calzado cuando la muchedumbre, alertada por los rumores de una inminente huida, rodeó el Palais Royal, aporreó sus puertas y pidió a gritos ver al rey. Su tío Gastón había sido persuadido de que cerrara las



Le grand Condé, por Coysevox (Museo Condé, Chantilly). Luis II de Borbón, príncipe de Condé, era respetado por sus victorias en Rocroi (1643) y Lens (1648), temido por su ambición, detestado por su orgullo y comparado —por su prominente nariz y su insuficiente barbilla— a un ave de presa. Siguiendo sus ambiciosos planes, se pasó al bando español, aunque fue perdonado en la Paz de los Pirineos (1659).

puertas de París y enviara a un capitán de su guardia a investigar los rumores. La reina, sin perder su sangre fría, hizo acostar a Luis y le ordenó que fingiera estar dormido. El oficial pasó a ver a Luis, y a la luz de su lámpara le pareció que se hallaba dormido. La muchedumbre se resistía a confiar en la palabra del capitán y no hubo más

remedio que dejar pasar a una delegación para que se acercara al lecho real y comprobara que el rey se hallaba acostado en el lecho.
La familia real estaba virtualmente prisionera en París, y Mazarino intentó una reconciliación con Condé a cambio de la liberación de éste, la de su hermano y la de su cuñado. Condé, ofendido, negó en redondo a discutir las condiciones y partió apresuradamente hacia París para hacerse cargo de la Fronda de los príncipes. Mazarino fue desterrado a los territorios del arzobispo elector de Colonia, desde donde mantuvo correspondencia con la reina. Ambos esperaban el momento en que Luis sería declarado mayor de edad, cosa que se llevó a cabo, tan pronto como resultó posible el 7 de septiembre de 1650, cuando tenía catorce años recién cumplidos, festejándose el solemne acontecimiento con torneos, funciones de ballet y demás celebraciones seculares. Luis bailó en público por primera vez y le permitieron jugar a los naipes y apostar dinero.

3. La experiencia de la Fronda

Una vez que Luis fue declarado legalmente mayor de edad, Mazarino se sintió lo bastante seguro como para contratar a un ejército privado con el fin de invadir Francia y «liberar al rey». Tal acción impulsó a Gastón y a su hija Ana María Luisa —*Mademoiselle*, según la llamaban en la corte—, mujer de armas tomar, a adherirse abiertamente al bando de Condé. Turena, por su parte, volvió a unirse al bando de la corte, toda vez que su lealtad como soldado le impedía combatir contra el rey que, según frase de la época,



Enrique de la Tour
d'Auvergne, vizconde
de Turena.



Viollet

La amnistía general, grabado de la época que reproduce el lit de justice del 22 de octubre de 1653.

«hi
ca
po
re
jus
de
re
ría
co
ro
lia
es
ca
de
en
qu
po
ba
bo
sei
un
ter
la
co
ya
Es
los
rai
zo
trc
Mi
ke
roi
pe
rai
de
jus
las
les
a

«había tomado posesión de la corona». Y fue Turena quien salvó la causa real, a pesar de que París fue conquistada —temporalmente— por Condé el 2 de julio de 1652. La batalla por la capital se libró justamente a las afueras de la puerta de Sain-Antoine, mientras el rey, Mazarino y demás miembros de la corte observaban la lucha desde la colina de Charonne. Todo parecía indicar que las tropas reales, más numerosas y mejor preparadas, se alzarían con la victoria, cuando de improviso el cañón de la fortaleza de la Bastilla comenzó a disparar sobre los hombres de Turena, causando numerosas víctimas. La traición había partido del mismo seno de la familia real: Mademoiselle, tras obtener de Gastón plenos poderes por escrito, penetró en la Bastilla y dio orden de que dispararan el cañón. En medio de la confusión que siguió, fue abierta la puerta de Saint-Antoine para que el ejército de Condé entrara victorioso en París, impidiendo así el regreso del rey y sus hombres.

La firmeza y decisión de Turena fueron decisivas en los meses que siguieron a la toma de París. Mazarino, a la sazón trastornado por la muerte de su sobrino, Paul Mancini, víctima del cañón de la bastilla en la batalla de Saint-Antoine, comprendió, cuando se hubo recuperado del disgusto, que era preciso mantenerse en un segundo plano a fin de que la corte y los rebeldes pudieran llegar a un acuerdo. Turena tenía a su favor el conflicto de intereses existente entre el Parlamento y la nobleza, que desunía las fuerzas de la Fronda, y la convicción, cada vez más extendida tanto en París como en otros lugares de Francia, de que los actos de los *frondeurs*, ya fueran llevados a cabo por la *noblesse d'épée*,⁴ la *noblesse de robe*⁵ o el bando de los radicales, hacían el caldo gordo al rey de España. Carlos, duque de Lorena, obtuvo de manos de Felipe IV los fondos necesarios para unirse a las tropas de Condé a las afueras de París, con la finalidad de ampliar el dominio de los rebeldes a zonas más extensas de Francia y, a ser posible, unirse a otros centros de oposición a la monarquía, tales como Burdeos y Marsella. Mientras tanto, las tropas de Felipe IV habían reconquistado Dunkerque y Gravelinas, en Flandes. Turena no era lo bastante poderoso para luchar contra ambos bandos, el de Lorena y el de Condé, pero sí logró impedir que se unieran y dar tiempo así a que prosperaran las negociaciones entre la corte y el Parlamento.

El 21 de octubre, Luis XIV regresó a París. Al día siguiente se decretó una amnistía general, con algunas excepciones, en un *lit de justice*,⁶ y se fijaron los términos mediante los cuales, en el futuro, las funciones del Parlamento se limitarían a registrar las actas reales. En 1641, Richelieu había privado al Parlamento de su derecho a debatir asuntos políticos, y no sólo se ratificó esa prohibición, sino



que se prohibió expresamente a sus miembros que intervinieran en asuntos de finanzas. El Parlamento aceptó de buen grado la prohibición real de mediar entre el rey y los príncipes de sangre, pero se alzaron voces de protesta ante la negativa a acceder a sus demandas constitucionales. El temor a un nuevo malestar obligó a la corte a retirar el perdón que, según se había dejado entrever, se concedería al cardenal Retz. Aunque su nombre no figuraba en la lista de los excluidos de la amnistía, fue arrestado y enviado a presidio. Pero aún después de haber sido quitado Retz de en medio, se realizaron algunos intentos por devolver al Parlamento el derecho a intervenir en los asuntos financieros y de este modo poder influir en la política; era justo, se decía, que «examinara» los proyectos económicos presentados ante él para ser registrados.

En 1655 la cuestión quedó zanjada cuando la *Chambre des Enquêtes* (Audiencia) convocó una sesión conjunta de todas las cámaras en el Palacio de Justicia sin haber informado previamente al rey ni haber obtenido su autorización. Para entonces, la autoridad de Luis XIV se había visto reforzada con su consagración como rey en la catedral de Reims, el 7 de junio de 1654, y la crisis se superó cuando decidió hacer una demostración de autoridad real, si bien empleando sumo tacto. El rey, informado en Vincennes —donde se hallaba cazando en compañía de Mazarino— de estos acontecimientos, partió al galope hacia París vestido con su atuendo de montar, penetró en la asamblea y habló brevemente pero con firmeza;⁷ Turena le explicó la necesidad de imponer nuevos tributos para proseguir la guerra contra España; Mazarino, hábilmente, repartió algunos obsequios y advirtió de los peligros de una nueva Fronde. El Parlamento de París tuvo que transigir y aceptó, al menos de momento, el hecho de que las asambleas deliberantes, por mucho disimulo con que se llevaran a cabo, no iban a ser toleradas.

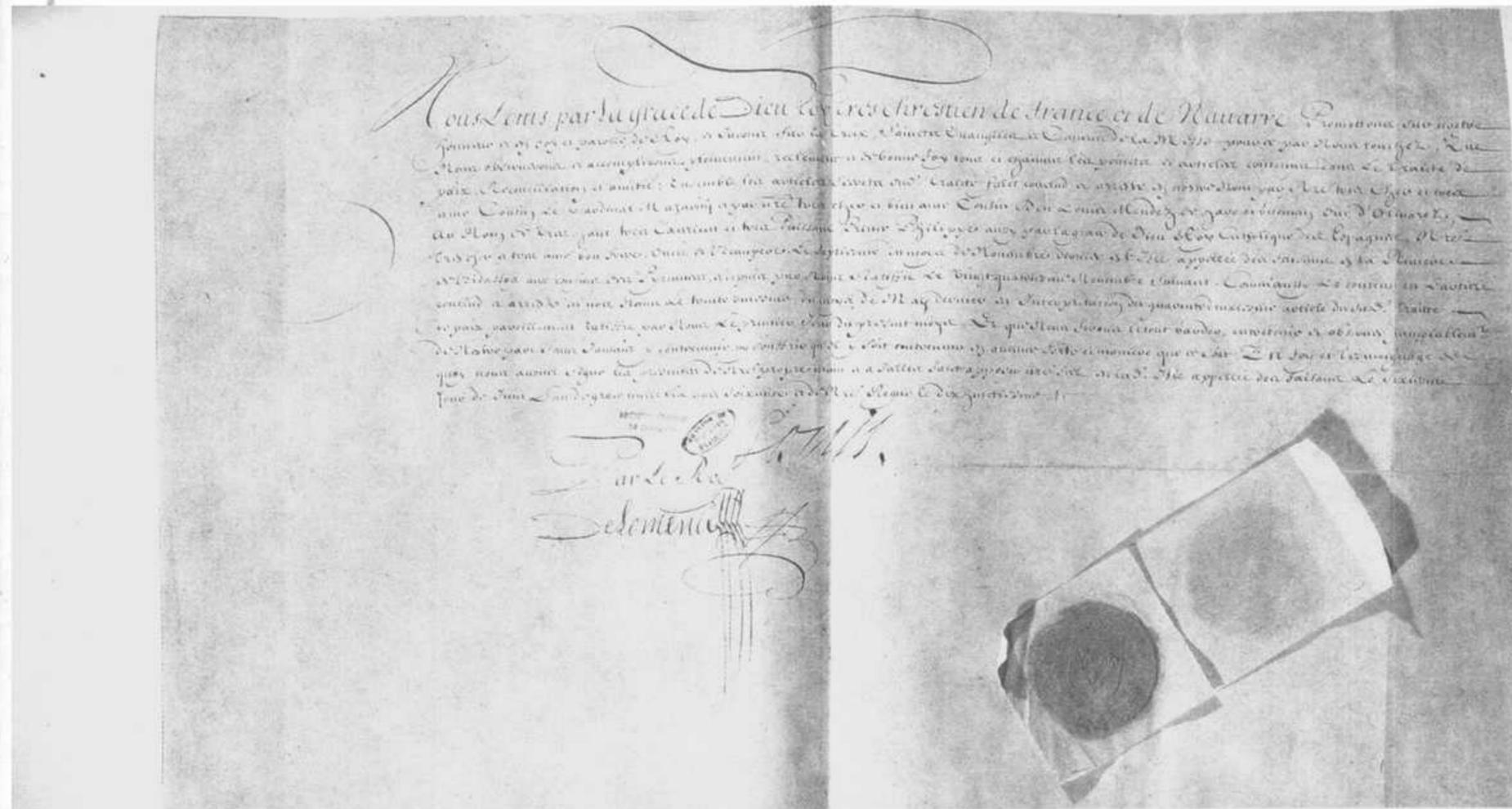
Con el propósito de vencer a los españoles, que no habían sido derrotados pese a las revueltas portuguesa y catalana que Francia venía apoyando desde 1640, Mazarino se alió con la Inglaterra de Cromwell, consiguiendo de este modo para Francia el apoyo de una fuerte potencia naval. El precio satisfecho por esa alianza fue el acuerdo de que Dunkerque, una vez arrebatado a

◀ Consagración de Luis XIV en la catedral de Reims, el 7 de junio de 1654. Como rey consagrado, Luis hubo de tocar, dos días más tarde, a un buen número de personas afectadas de escrófula, con la vieja frase: *Le roi te touche, Dieu te guérit*. Ceremonias como ésta se repetirían a lo largo de su reinado.

España, pasaría a ser inglés. Tal acuerdo sería ratificado por la Paz de los Pirineos en 1659, añadiéndose también Jamaica en reconocimiento por las victorias inglesas en las Indias Occidentales. En virtud de dicho tratado le fueron devueltos a Francia la Cerdaña y el Rosellón, mientras que ciertas zonas de Artois, Flandes, Hainault y Luxemburgo se conseguían a cambio de un perdón —que implicaba la restitución de posesiones y cargos públicos— para los *frondeurs* que habían luchado junto a España, nombrándose muy especialmente a Condé. Carlos, duque de Lorena y aliado de Felipe IV, tuvo que ceder una parte considerable de su ducado a Francia. Así mismo, fueron cedidas unas «rutas militares» que permitieron el paso de tropas a Metz y Alsacia, y se hizo constar el derecho de Francia a ocupar la totalidad del ducado si su gobernante colaboraba con los enemigos de ésta.

Una de las consecuencias lógicas de la Fronda fue la gratitud y respeto de Luis hacia la persona de Turena; otra, la decisión del joven rey de volver a trasladarse al Louvre, pues se quejaba de que el Palais Royal no era sino una residencia particular que no poseía tan siquiera un foso que lo defendiera. El recuerdo de haber visto a franceses luchando contra franceses no le abandonó jamás, hasta el punto de que la unidad y el consenso llegaron a ser para él casi una obsesión en años posteriores, e influyó decisivamente en su política hacia los jansenistas y los hugonotes. A partir de entonces, nunca confiaría plenamente en ninguno de los que habían combatido junto a los españoles contra Francia, y especialmente Condé. Temía las conflictivas aspiraciones de la nobleza —consideradas desde su punto de vista— y resolvió que, tan pronto como le fuera posible, ejercería un gobierno personal que evitara una segunda Fronda; pensaba que, si no había un primer ministro a quien culpar de haber arrebatado a los súbditos (nobles y humildes) la confianza en su rey, sería mucho más sencillo mantener el poder de la corona. La Fronda, por consiguiente, vino a reforzar aquellos principios que le habían sido inculcados y que, por coincidir con su propia forma de ser, él aceptaba plenamente: la confianza en el buen sentido, en la razón y el «equilibrio justo», así como la dedicación al «oficio de rey», el ejercicio profesional de sus deberes públicos para el que Dios le concedería la sabiduría necesaria.

En cuanto a la reina Ana, la Fronda supuso para ella un renovado conflicto emocional. Su hermano Felipe IV había apoyado a los nobles rebeldes franceses y se había servido de ellos. Ana aspiraba a una reconciliación entre Francia y España, y su sueño de ver casado a Luis con la hija mayor de Felipe, que tenía su misma edad, sellaría esa reconciliación. Describió a su hijo las glorias, los



Luis XIV firma la Paz de los Pirineos. Archivo General de Simancas, Valladolid.



El joven rey Luis XIV, por Jean Nocret.

tesoros y las orgullosas tradiciones españolas con tal entusiasmo, que a la hora de tener que elegir éste entre los dictados de su corazón y una alianza dinástica con una familia de tan elevado prestigio, logró imponerse, tras una dura batalla, la razón. Mazarino le hizo ver también las ventajas que supondría, en el futuro, su matrimonio con una española: si morían los descendientes varones de Felipe IV, el derecho de Luis y de sus hijos a la sucesión española, o a parte de la misma, se vería reforzado y Francia se libraría al fin de uno de sus vecinos Habsburgo.

Luis había tenido ya oportunidad de ver algo de esa posible «herencia española» cuando presenció, en 1657, el asedio de Montmédy, en Luxemburgo. Y pudo ver más todavía en el verano de 1658, cuando se unió a las tropas francesas en Flandes durante el asedio a Dunkerque y la cercana Mardyck, sitiada desde el mar por la flota de Cromwell. Su presencia en esa campaña fue un primer paso hacia su independencia tanto de su madre como de su maestro, pues en ese terreno Mazarino, que le acompañaba, no era un experto, y no había lugar allí para una reina. No era la primera vez que Luis veía el mar. En 1647 había hecho una breve visita a Dieppe, acompañado de la reina regente, y le habían obsequiado un barco de guerra sueco con el que tomó parte en una batalla naval simulada. Ahora, a los veinte años de edad, contemplaba el mar con los ojos de un adulto, fascinado por la belleza estética de una flota a toda vela, y comprendía la importancia de las marinas de guerra como instrumento político. Su posterior decisión de ofrecer a Carlos II de Inglaterra una fuerte suma de dinero por Dunkerque fue una decisión personal, y el papel desempeñado por esta plaza a partir de 1662, una vez en poder de los franceses, fue muy significativo tanto en tiempos de paz como en la guerra.

Quienes en 1658 velaban por la seguridad de Luis temían exponerle a riesgos innecesarios, de modo que no intervino en la batalla de las Dunas (14 de junio), cuando Turena hizo fracasar el intento español (en el que tomó parte Condé) de levantar el asedio francés. Sin embargo, Luis pudo visitar las trincheras, y a partir de entonces comenzó a interesarse por todo lo relativo a los asedios. No resultó herido por ninguna bala, pero unas fiebres –probablemente tifoideas– contraídas en Mardyck le llevaron a las puertas de la muerte. Su recuperación fue lenta, y en un dibujo que le hizo Le Brun durante su convalecencia en Compiègne, famoso por sus «aires saludables», presentaba un aspecto pálido y visiblemente desmejorado.

Luis extrajo otras enseñanzas de los tiempos de la Fronda. La primera hacía referencia a los Estuardo. A consecuencia de la alianza



Sothebys, London



Museo de Versailles/Giraudon

Retratos de Luis XIV (por Le Brun) y de María Mancini. Cuando Luis, en 1658, quiso hacer un obsequio a María tuvo que pedir dinero a Mazarino para comprar un juego de perlas grandes y perfectas.

entre Mazarino y Cromwell, los parientes varones que Luis tenía entre los Estuardo, y que se hallaban exiliados en Francia tras el arresto de Carlos I en 1647, se trasladaron a Flandes y combatieron en el bando español. En los años posteriores a la Restauración, Luis XIV llegó a la conclusión de que la traición de los Estuardo a Francia estaba motivada por haber abandonado los franceses su causa en 1650. A partir de 1688, resolvió no repetir el error de Mazarino: los Estuardo no serían obligados a abandonar Francia, por más que Guillermo III insistiera en que fueran expulsados de suelo francés.

La segunda enseñanza se refería al dinero: la humillante experiencia de una familia real empobrecida y rodeada de riquezas le indignaba cuando recordaba la fortuna de Mazarino, la de la nobleza y la de servidores de la corona como Fouquet. No le importaban sus miserables ropas llenas de remiendos, que a los observadores se les antojaban muy poco dignas de un rey; pero sí le preocupó, y

Vista de París desde el antiguo Pont Neuf, construido con ladrillos. Al fondo puede verse el Pont Royal, el primer puente de piedra con arcos sobre el Sena, que unía la orilla izquierda del río con el Louvre. El palacio ostenta ya su nueva fachada clásica.



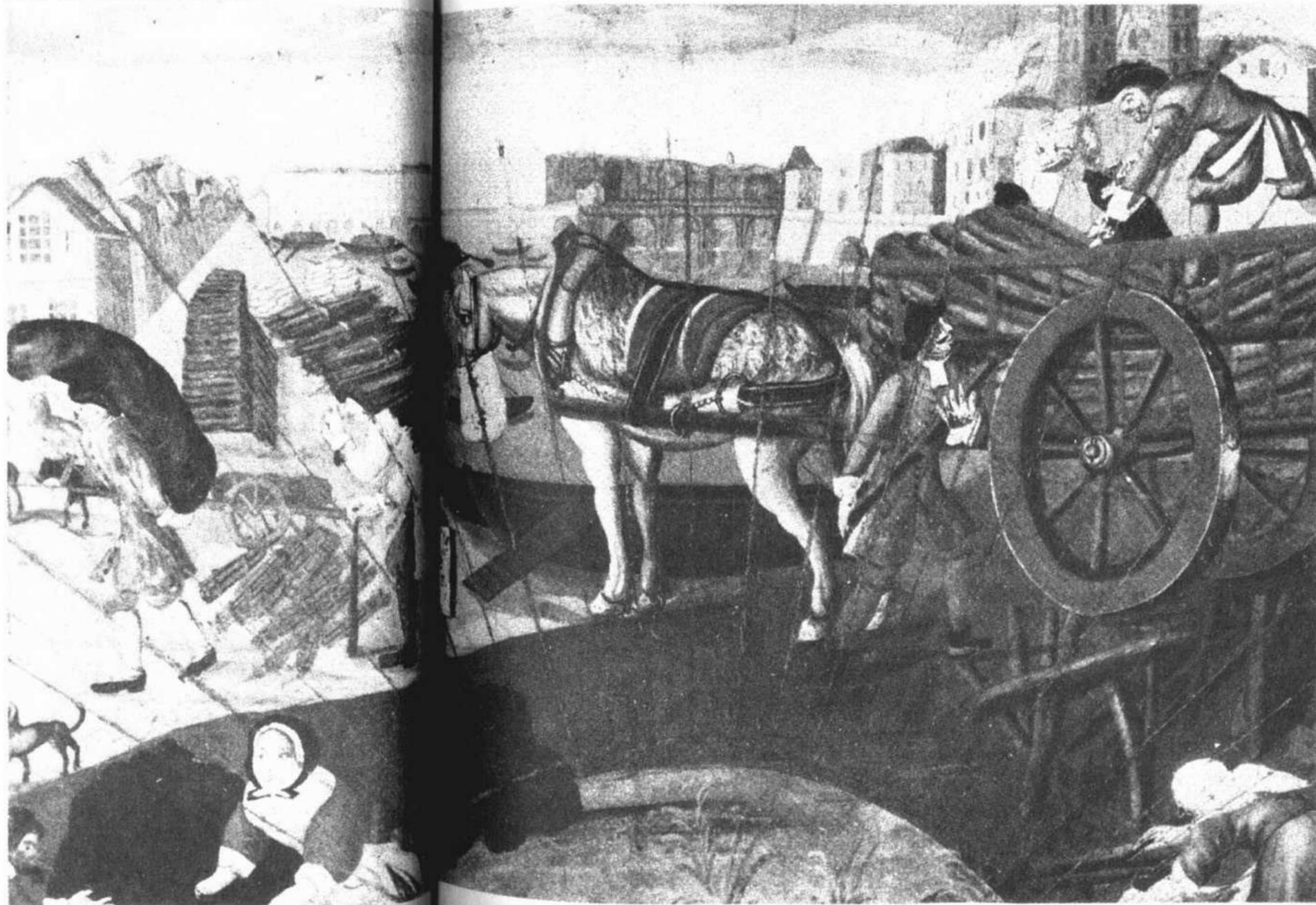
mucho, a finales de la década de 1650-60, la falta de dinero y crédito de la familia real. Las joyas que obsequió a su prometida española en 1660 estaban, a su juicio, muy por debajo de la dignidad de Francia. Aunque tales sentimientos no hicieron de Luis XIV un avaro, sí le convirtieron en coleccionista de joyas y piedras preciosas. Tan sólo uno de sus famosos diamantes, el *Diamant Hortensia*, triangular, de veinte quilates y medio, sigue siendo propiedad del Estado francés y se exhibe en el Louvre; pero sabemos que poseía otras famosas gemas, como el diamante Hope, el *Miroir de Portugal* y el fabuloso *Grand Sancy*, en forma de pera y de aproximadamente cincuenta quilates, que había pertenecido a Carlos el Temerario; también sabemos que en el breve periodo de 1665 a 1668 invirtió una considerable suma en piedras preciosas. Estaba empeñado en que le fueran devueltas las piezas del tesoro real que

Museo de Bellas Artes. Reims/Giraudon

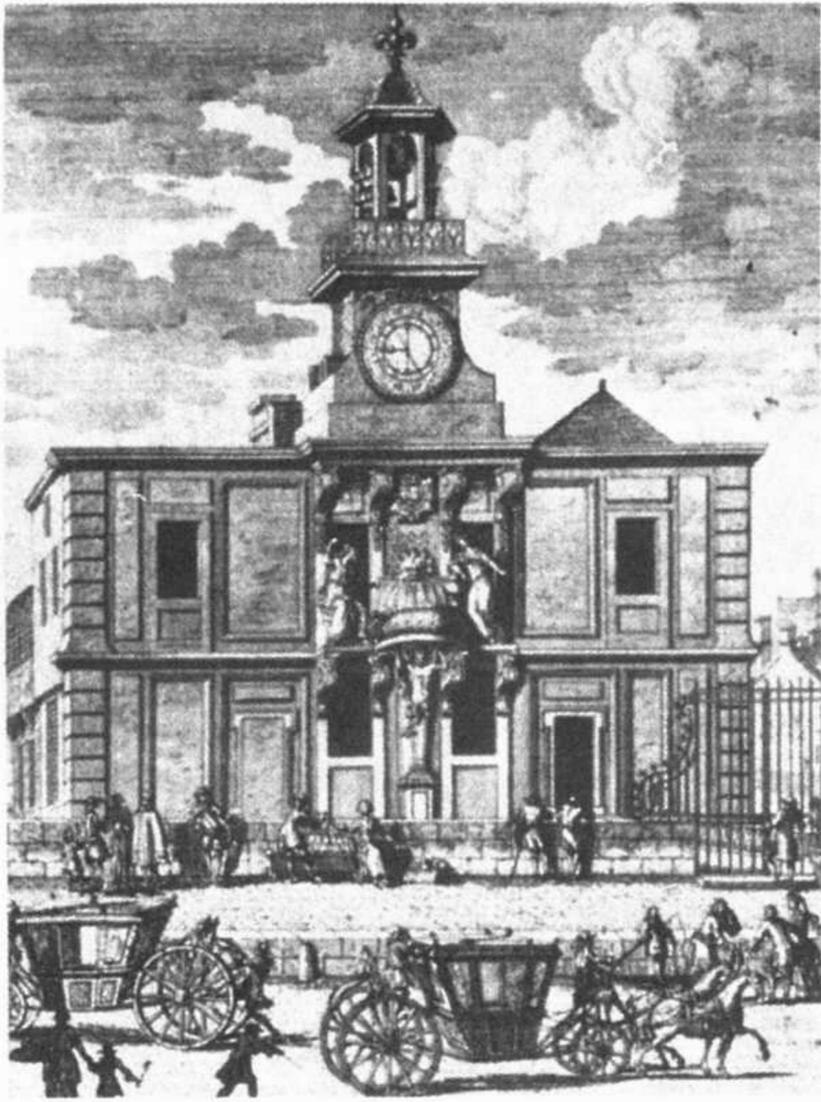


Medalla realizada por Varin en 1665 para conmemorar la decisión de Luis XIV de reconstruir el Louvre.

Aguada anónima de uno de los muelles del Sena. Al fondo puede verse Notre Dame, cuya restauración se completó en 1714.



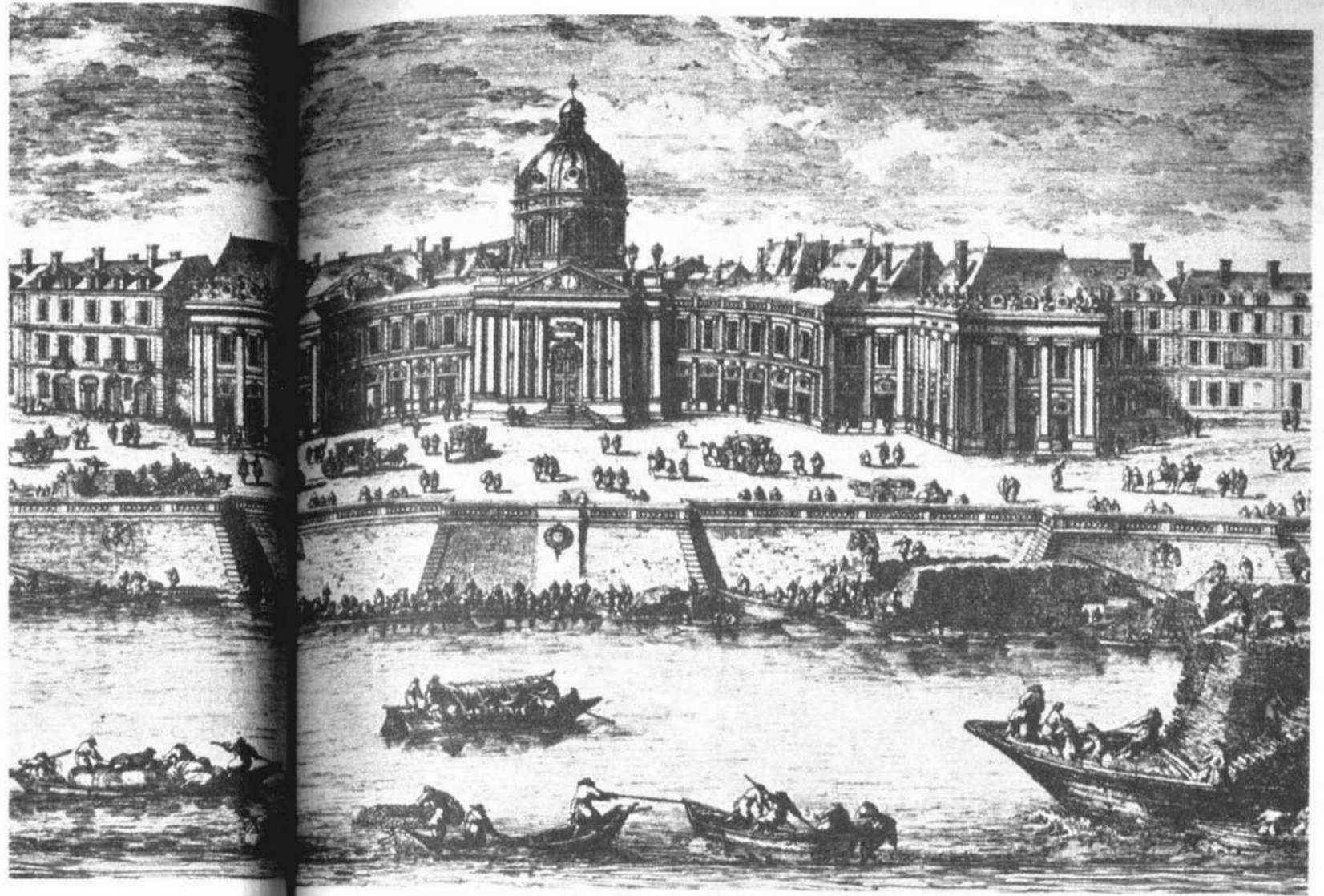
habían sido enajenadas en vida de algún que otro personaje real, o, como en el caso de sus amantes, durante el tiempo en que eran *maîtresse en titre*. La única disputa que sabemos tuvo con su hermano Felipe —exceptuando la pelea acerca del futuro de sus respectivos hijos antes citada— se produjo al descubrirse que su madre había legado todas sus joyas, tanto las personales como las que formaban parte de la colección real, a la hija mayor de Felipe, nacida de su matrimonio con Enriqueta. Este, a quien entusiasaban las joyas, tuvo que transigir por orden real, y sólo se entregaron a María Luisa las joyas personales de Ana. De igual modo, la decisión de Luis de que los muebles y adornos de su *Grande Galerie* fueran de plata maciza cabe interpretarse como una medida, si no contra la inflación, en todo caso en previsión de futuros malos tiempos para la monarquía o el Estado. Dicha plata fue fundida



Pompe de la Samaritaine, una de las primeras fuentes que suministraron agua potable en París. Luis XIV introdujo mejoras considerables en esta ciudad, por la que se sintió siempre profundamente interesado.

cuando, durante la guerra de los Nueve Años, Luis necesitó dinero para financiar las tropas francesas que peleaban en los campos de batalla, aunque ciertos especialistas modernos han resaltado el hecho de que sólo se obtuvieron tres millones de libras, cuando fabricar esos muebles y adornos había costado cuatro veces más.

Esas enseñanzas, que le fueron impartidas o que él asimiló por sí mismo, hicieron que la Fronda fuera tan importante para Luis. Sin embargo, uno de los residuos de esos años que suele ponerse de relieve —el odio que llegó a sentir Luis por París y su decisión de abandonar la vieja capital tan pronto como le fuera posible, para no regresar jamás— carece de fundamento. Luis, su corte y su gobierno estuvieron radicados en París hasta 1682, primero en el Louvre, y más tarde —a raíz de un incendio que asoló el palacio en 1671— en las Tullerías. A partir de 1674, cuando los *Grands Appartements* estuvieron dispuestos, la familia real pasaba cada vez más tiempo



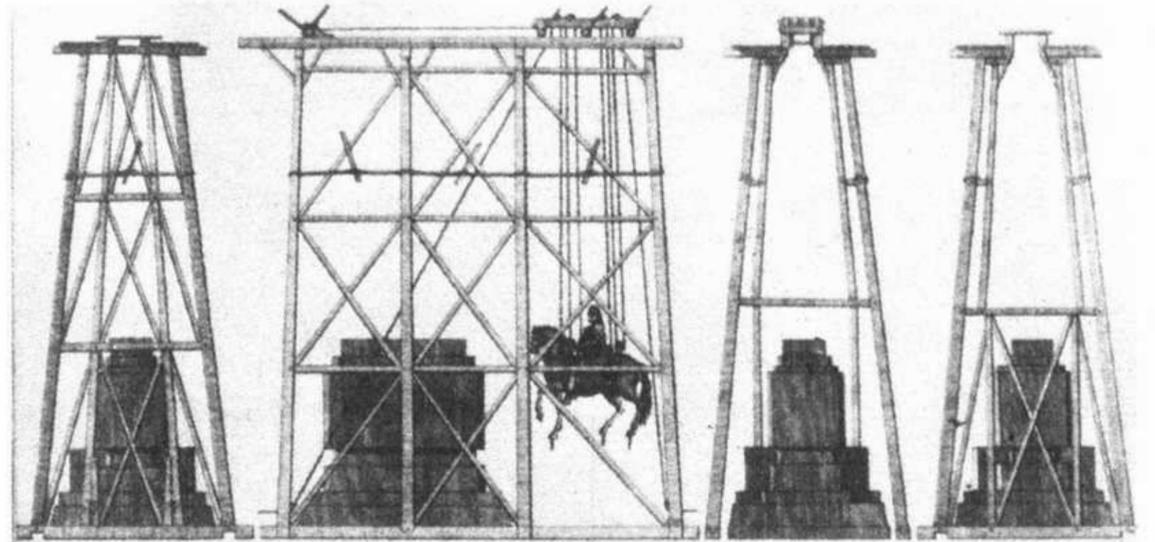
El colegio de las Cuatro Naciones, creado para los jóvenes nobles de las provincias que habían pasado a ser francesas en virtud de los tratados de paz de 1648 y 1659. Grabado de Pérelle. Biblioteca Nacional, París.

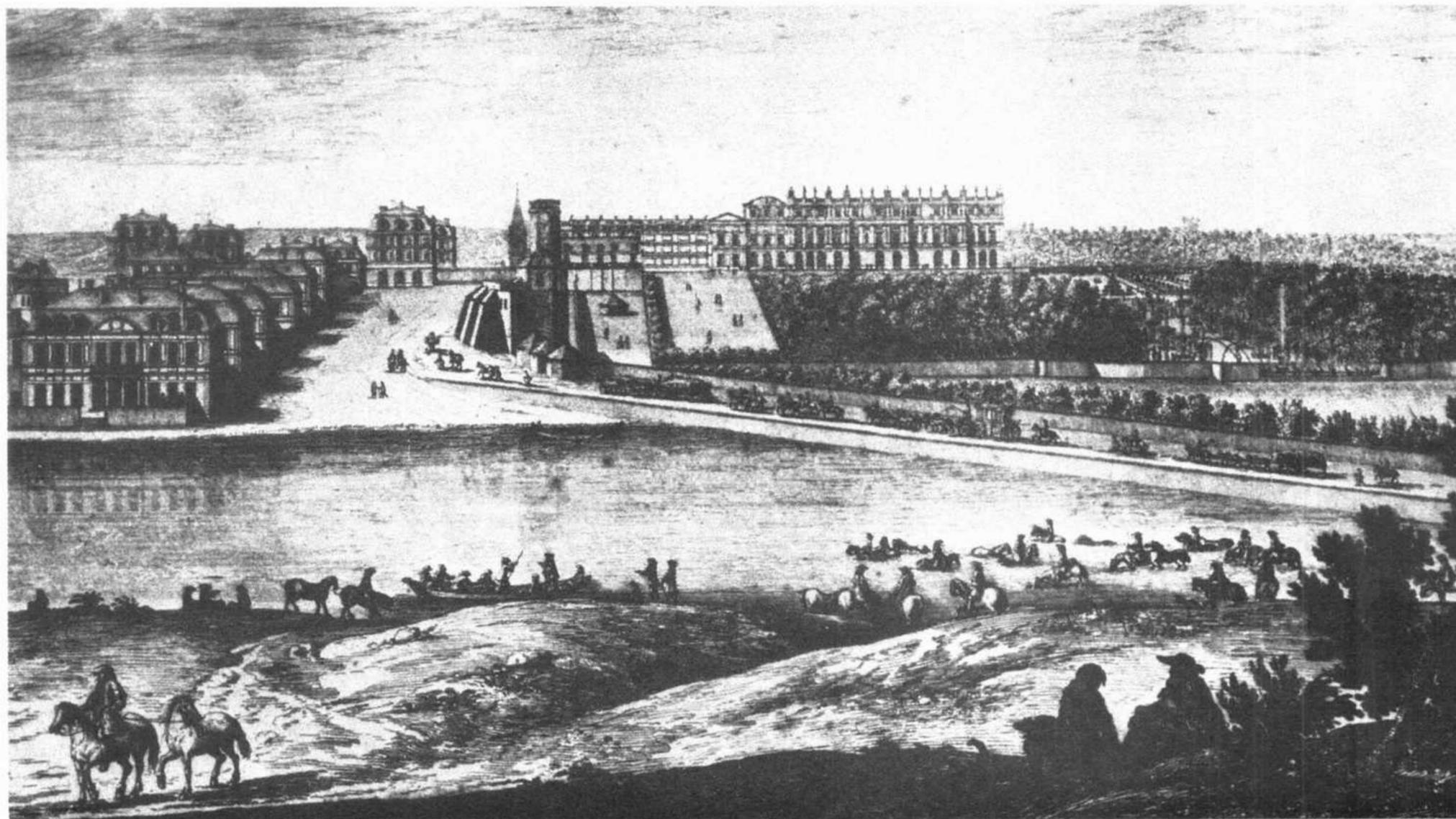
en Versalles, y en 1678 Luis tomó la decisión de mudarse allí permanentemente. Pero siguió toda su vida profundamente interesado por el desarrollo de la capital: construyó el Pont Royal, restauró Notre-Dame, amplió y embelleció el Louvre, mandó construir los Campos Elíseos en unas tierras pantanosas, creó bulevares después de demoler viejas fortificaciones y construyó el Observatorio, el Colegio de las Cuatro Naciones, la Salpêtrière para las personas sin hogar y Los Inválidos para soldados ancianos. Así mismo, se dotó a la capital de dos nuevas puertas (la de Saint-Denis y la de Saint-Martin), de numerosas fuentes y de cinco mil farolas alimentadas con aceite de ballena. Durante su reinado se construyeron dos de las más bellas plazas de París: la Place des Victoires —en homenaje a Luis, cuando en 1680 la nación le concedió el título de *Le Grand*— y la Place Vendôme, construida a petición suya para albergar la biblioteca real, los archivos y varias academias, pero que incluía



◀ Luis XIV ordena la construcción de los Inválidos en el solar de Covenelle, en 1672. Grabado conmemorativo de R. Bonnat.

En 1694, Luis XIV compró el Hôtel Vendôme, y Mansart comenzó a diseñar la plaza que en un principio se conoció con el nombre de plaza de Luis el Grande. En 1699 fue colocada allí la estatua ecuestre del rey creada por Girardon, ocasión que fue celebrada con iluminaciones, fuegos artificiales y regatas entre los navegantes del Sena. La estatua fue destruida durante la Revolución. Grabado anónimo. Biblioteca Nacional, París.





Vista general de Versailles.



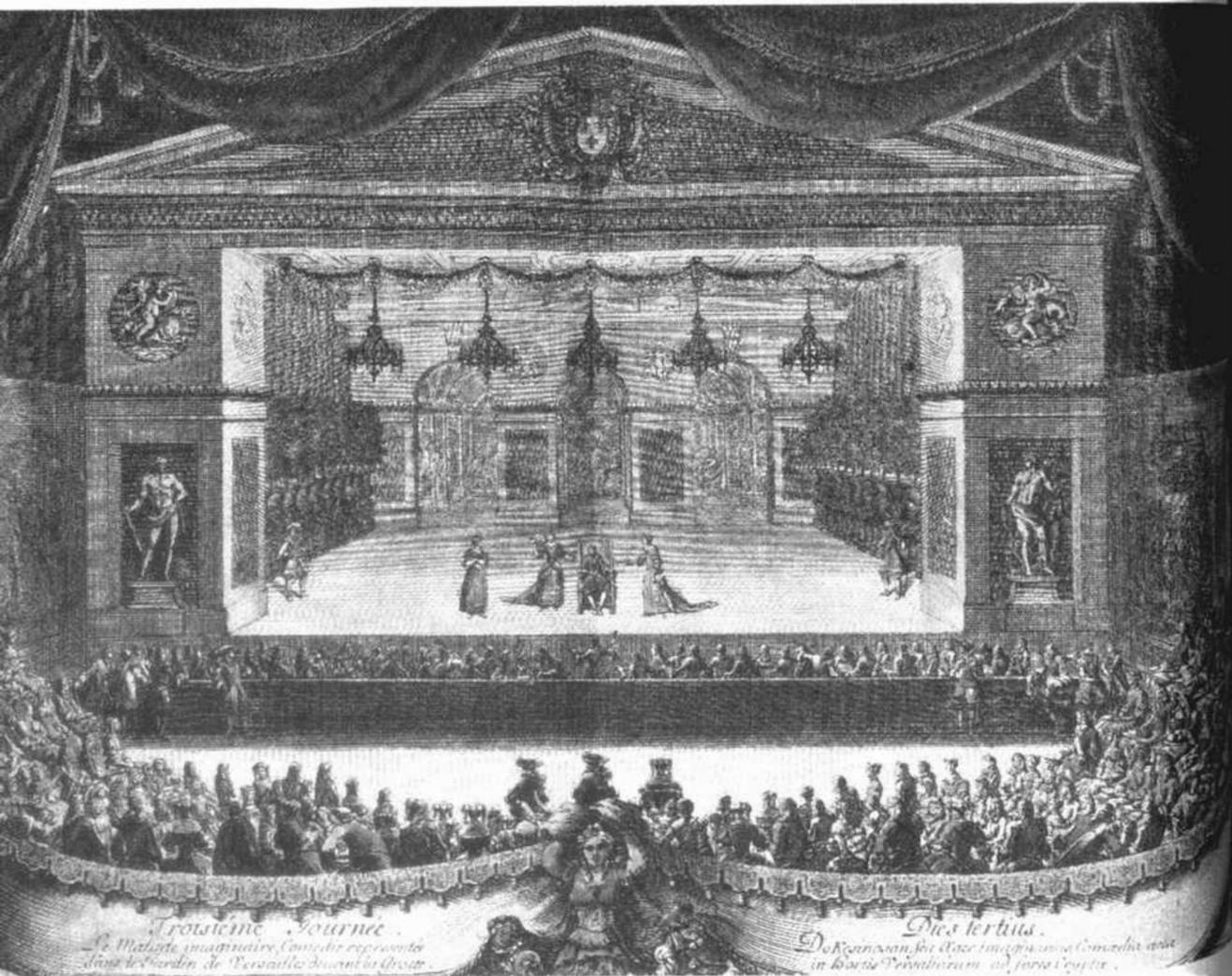
Los jardines de Versailles, tal como aparecen en la actualidad.

2. L'œuvre de son son à la scène est
 en y entrant on voit le groupe
 de statues et on finit en suite le
 tout pour contempler les colonnes
 les canots les balustrades les statues
 et les basses en sortant on va
 dans la salle royale on se vaient
 jusqu'à peller de son nom
 le côté du canal et celui du duc
 au
 3. on remonta après avoir
 on en fera le tour
 4. de la engra aux statues on les
 considéra aussi que la fontaine
 et les balustrades et après on vint
 fait le tour de la grande place
 5. on descendra dans la salle de
 conseil

on sortant du château par le pont de
 de la ville pour la chambre de
 roy on va à la salle de la
 de la salle de la chambre de la
 pour contempler les statues
 les puits de la fontaine
 des cabinets
 2. après on se vaient à gauche et
 on descendra par le degré de la
 en arrivant on se vaient en haut
 on se vaient par le degré de la
 de la fontaine de la chambre de
 le parterre des oranges et de la
 des statues
 3. on tournera pour aller monter
 par la rampe et on va au lieu
 admet de son nom de la fontaine

Páginas de la guía de los jardines de Versalles, escrita por Luis XIV de su puño y letra en 1699. Biblioteca Nacional, París.

Luis fue, desde muy pequeño, un gran aficionado al teatro. La imagen reproduce una representación de El enfermo imaginario de Molière, a la que asistió el rey.

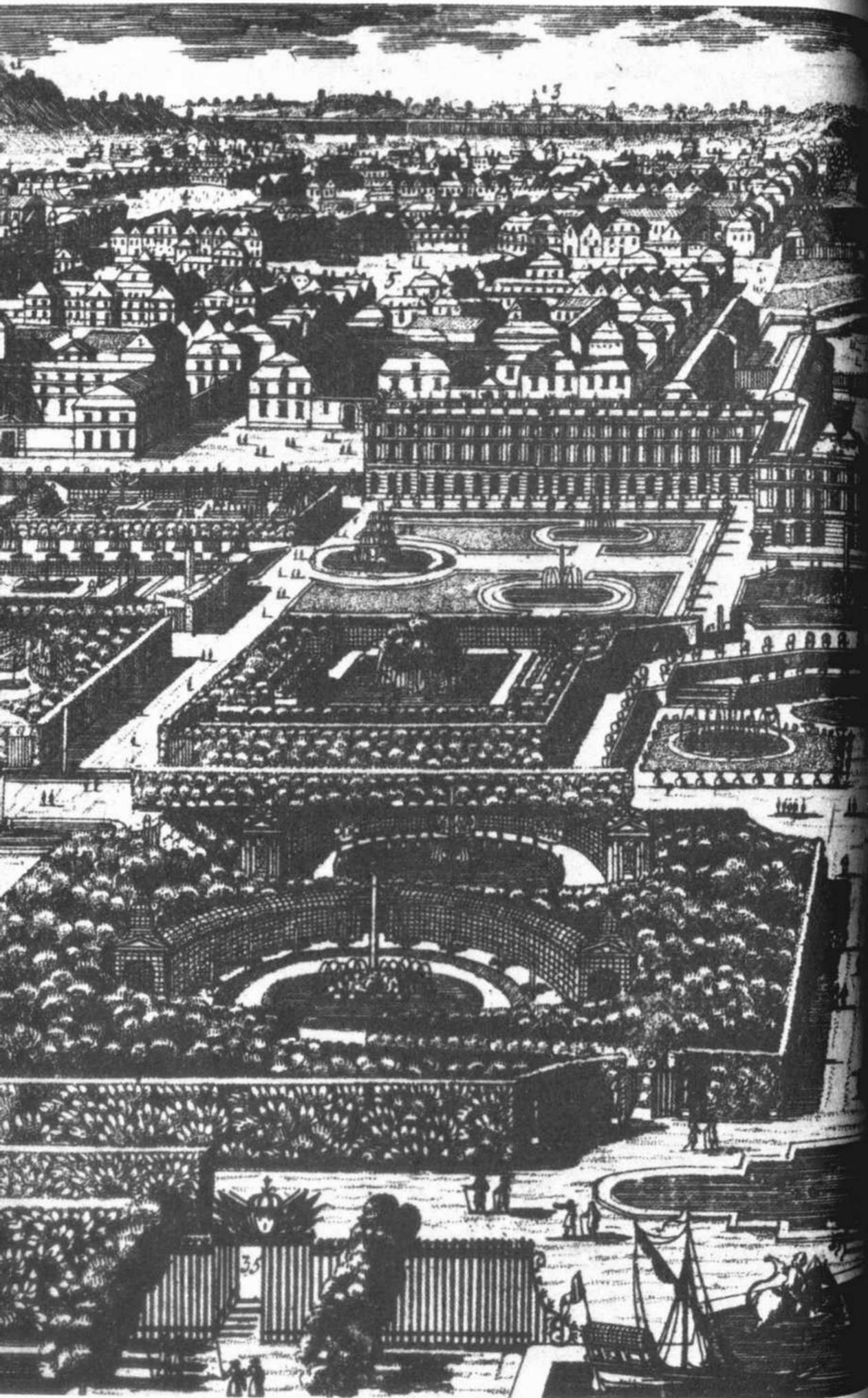


Biblioteca Nacional, París

una estatua donada por la ciudad de París. Luis siguió visitando la capital aun después de 1682, fundamentalmente para asistir a ceremonias religiosas o cívicas, hasta bien entrado en su madurez; a partir de entonces, prefería enviar a sus hijos y nietos en representación suya, o pedía que las diputaciones fueran a visitarle a él.

Cuando en 1669 Luis decidió reconstruir el pabellón de caza de su padre en Versalles, lo hizo impulsado por varios motivos. El pequeño castillo le era muy querido y familiar, y a partir de 1661 los jardines —los *appartements* verdes en el exterior— fueron ampliados y mejorados por Le Nôtre y utilizados para fiestas y representaciones teatrales. Sus fuentes llegaron a sumar más de un millar, se trasplantaron infinidad de árboles, se hicieron lagos y canales y se construyó la máquina de Marly para el abastecimiento de agua. Uno de los motivos que llevaron a Luis a emprender esas obras fue el deseo de conmemorar la dinastía de los Borbones, quienes, a diferencia de las primeras ramas de los Capeto, no disponían de un palacio regio donde residir. Resultaba imposible hallar un marco lo bastante digno dentro de París, pues los derechos de la propiedad privada impedían incluso ampliar los terrenos del Louvre y las Tullerías para que quedaran unidos. Además, la ciudad se hacía cada vez más incómoda para la creciente burocracia real. Su población ascendía a 450.000 habitantes, la congestión del tráfico causaba atascos y había problemas con el abastecimiento de agua y el alcantarillado. Todo ello hacía que resultara tentador y conveniente volver a empezar a partir de cero.

Los motivos personales del monarca desempeñaron, asimismo, un importante papel: la voluntad de comenzar de nuevo, dando libre curso a sus inclinaciones en materia de construcción y diseño de jardines y estatuas; el deseo de crear un marco suntuoso para fiestas cortesanas, celebrando —si bien no oficialmente— primero su amor por Luisa de La Vallière y más adelante por Athénaïs de Montespan; su preferencia por la vida en el campo, donde podía ocupar sus ratos de ocio, cada vez más escasos, montando a caballo, cazando con halcones y perros, conduciendo con habilidad y rapidez su coche ligero o simplemente paseando por sus jardines. Era tal el orgullo que sentía por su parque de Versalles que escribió de su puño y letra una guía para visitantes. Se complacía en sus fuentes y estatuas; sentía pasión por las flores raras y contrató a La Quintinie para que se ocupara de sus árboles frutales, mostrándose muy interesado en las técnicas de poda del célebre botánico. Dangeau, en unos diarios que reflejan las actividades de Luis XIV, indica los días en que el rey «iba a podar sus árboles». Luis, en su edad madura, fue llamado, no sin cierta justificación, *le roi proprié-*



◀ Doble página anterior: Vista general del palacio, los jardines y la ciudad de Versalles, según un grabado de Israël Silvestre (1674). Biblioteca Nacional, París.

taire, el rey hacendado, orgulloso de su casa, de sus tierras y de las diversiones que podía ofrecer a la corte y a sus visitantes.

Luis sufrió en su juventud una crisis emocional, acaecida cuando se vislumbraba claramente el fin de la guerra con España. Las negociaciones para la paz hacía tiempo que se venían preparando, para iniciarse formalmente en 1615 entre Luis de Haro, representante de Felipe IV, y el hábil diplomático francés Hugh de Lionne. Lógicamente, la Inglaterra de Cromwell estaba debidamente representada, y aunque Carlos Estuardo acudió personalmente a última hora a defender su causa, no tuvo ningún éxito ni con España ni con Francia. Una vez persuadido Luis de que sería una medida prudente y caballerosa conceder el perdón a los rebeldes franceses que habían servido con Felipe IV, el interés se centró en las gestiones encaminadas a conseguir el matrimonio de aquél con la hija mayor de Felipe, María Teresa. Aunque tales gestiones finalmente prosperaron, no fue tarea fácil. Para empezar, María Teresa estaba más o menos comprometida con Leopoldo, cabeza del Estado austro-húngaro desde 1657 y emperador de Alemania desde 1658. Su hermana, Margarita Teresa, no convenía a Luis como esposa; doce años menor que María Teresa, era una niña que tardaría en dar a Francia el ansiado heredero. A fin de ejercer cierta presión sobre la corte española, y de paso presentar a Luis a una posible esposa, Mazarino convenció a la reina Ana —quien a su vez convenció a su hijo— de que la corte francesa debía trasladarse a Lyon, en el otoño de 1658, para conocer a la duquesa viuda de Saboya —hija de Enrique IV y, por consiguiente, tía de Luis—, a su hijo, el duque Carlos Manuel, y a sus dos hijas, de las cuales la más joven, Margarita, estaba soltera, con el expreso propósito de ver si ésta y Luis «hacían buena pareja».

Mazarino y Ana habían acordado que Luis se hallaba listo para el matrimonio. Sin embargo, antes de que ninguna boda se hubiera arreglado, el joven rey se enamoró de la sobrina de Mazarino, María Mancini, y solicitó permiso para casarse con ella. Ana estaba horrorizada, pues un matrimonio con una mujer de rango inferior era del todo inaceptable, aparte de que los rumores de que Luis deseaba casarse con María Mancini podían dar al traste con los planes de boda con la infanta española. Mazarino era contrario a los deseos de Luis por razones políticas, y en sus cartas a éste y a la reina manifestó que no le parecía oportuno que su sobrina, por



Mazarino y Ana de Austria, por Richard Parkes Bonington. Museo del Louvre, París.

motivos de rango y temperamento, se convirtiera en la esposa de un rey.

El amor romántico y platónico que sentía Luis por María Mancini puede parecer a primera vista un tanto extraño, por tratarse de un joven que había perdido la virginidad a los dieciséis años. Por aquella época, cuando se disponía a unirse a las tropas para la campaña de 1655 en Flandes, según parece fue alentado —probablemente por razones de higiene, en una época en que la sífilis causaba estragos— a tener su primera experiencia sexual con Madame de Beauvais, camarera mayor de la reina, una viuda que le llevaba cuando menos veinte años.⁸ Luis contrajo gonorrea, no se



Tres de las hermanas Mancini. María sostiene el arco y las flechas, atributos de la diosa Diana, que indican su afición por los deportes, compartida con Luis. Museo del Petit Palais, París.

sabe si contagiado por ella o, lo que parece más probable, por una compañera que él mismo había elegido. Su médico, Villot, juzgó inoportuno ofrecer una detallada explicación, cuando se le consultó acerca de los síntomas que presentaba el rey, y sugirió —según el diario médico real— que el mal podía ser hereditario o provocado por un excesivo ejercicio ecuestre. Luis no tardó en adivinar la verdad, nada difícil dado que el médico le había advertido que su mal podía tener graves consecuencias para sus herederos. Parece, aunque es imposible verificar esta hipótesis, que la repugnancia y el bochorno de Luis —de lo que sí poseemos evidencia— por haber contraído una enfermedad venérea, así como por el tratamiento al que fue sometido, le llevó a centrarse durante un tiempo en los aspectos no sexuales de sus relaciones con las mujeres.

Hacia tiempo que gozaba de la compañía de las jóvenes sobrinas de Mazarino, y según se creía en la corte, había estado enamorado de Olimpia, la segunda de ellas. Mazarino, alarmado, se apresuró a casarla con el conde de Soissons, pues no había dificultad alguna en hallar príncipes de sangre dispuestos a casarse con muchachas que habían de heredar parte de la fortuna de Mazarino, una de las más grandes de la época. A partir de 1657, Luis, por

azar, comenzó a verse con mucha frecuencia con María, la hermana menor, quien a la sazón contaba diecisiete años. Era una muchacha alegre, obstinada, instruida y afectada, un ejemplo típico de una *précieuse*. Estuvo llorando a la cabecera de Luis, en Calais, cuando todo parecía presagiar que las fiebres acabarían con él; más tarde estuvo dándole ánimos durante su convalecencia en Compiègne y Fontainebleau, y formó parte del grupo de jóvenes que en octubre de 1658 acompañaron a la comitiva real a Lyon para conocer a sus parientes saboyanos.

Fue aquél el viaje más largo emprendido por la corte francesa en vida de Luis. En Francia, como en el resto de Europa, los viajes

Mapa que muestra la vulnerabilidad de las fronteras norte y este de Francia. La «brecha» en los Pirineos se cerró mediante la reconquista de la Cerdaña y el Rosellón en 1659.





Efigie de María Teresa en su madurez. El relieve, realizado por Coysevox, fue colocado en la basílica de Saint Denis, el panteón de los monarcas franceses y sus consortes. En él se aprecia la obesidad de esta reina, demasiado aficionada a los dulces y remisa a hacer ejercicio.

Luis XIV en el sitio de Lille, por Le Brun y Van der Meulen. Museo del Louvre, París.



oficiales eran una costumbre secular destinada a mostrar al nuevo rey a su pueblo y permitir que el monarca tomara contacto con los personajes y las circunstancias de cada región. La Fronda y la guerra habían limitado los viajes de Luis al norte del país, con ocasión de las campañas contra el enemigo interno o exterior. Al vislumbrarse el fin de la guerra con España, pudo proyectarse el viaje a Lyon como un acto oficial en tiempos de paz. Fue una ocasión ideal para entradas solemnes, poemas de bienvenida, guirnalda de flores, danzas y demás festejos en todas las poblaciones visitadas. Es errónea la creencia, por otra parte muy extendida, de que Luis permaneció durante su reinado sentado como una araña en el centro de una tela, sin aprender nada de primera mano acerca de los veinte millones de franceses sobre los que gobernaba ni de las enormes diferencias locales existentes entre las tierras que abarcaba su reino. De hecho, si miramos un mapa de la Francia contemporánea, veremos que apenas existe una sola provincia que no fuera visitada por Luis, quien, además, llegó a conocer profundamente muchas de ellas.

La comitiva real de 1658 atravesó la Borgoña y el valle del Ródano hasta Lyon, y la ruta de regreso a París fue elegida expresamente para que el rey pudiera ver —y ser visto— otras zonas centrales de Francia. El suroeste y el sur fueron visitados en 1659 y 1660, permaneciendo la corte más de un año fuera de París, con ocasión del matrimonio de Luis con María Teresa. La ruta elegida discurría a través de Chambord hasta Bayona. Una vez allí visitaron

numerosas poblaciones, entre otras Aviñón, Montpellier y Nîmes. Había tiempo más que suficiente, puesto que la boda de Luis con María Teresa, en un principio fijada para febrero de 1660, fue aplazada —para que la novia tuviera tiempo de preparar un ajuar espléndido— hasta junio. Se puso gran esmero en mostrar al rey aureolado por toda su autoridad en poblaciones otrora dominadas por los *frondeurs*, como Burdeos y Marsella; en esta última —donde Luis pasó revista a la flota de galeras y contempló el Mediterráneo por vez primera— tuvo lugar la apertura de una brecha en las murallas como símbolo de acatamiento de la población a la corona. Tras la boda, celebrada en San Juan de Luz, la comitiva real atravesó Burdeos, Poitiers, Richelieu, Amboise, Chambord y Orleans hasta el castillo de Vincennes, donde la pareja real permaneció por espacio de un mes hasta que todo estuvo listo para la solemne entrada en París, fijada para el 26 de agosto.

Los posteriores viajes de Luis por el interior de Francia —aparte de las excursiones de caza y las visitas a palacios reales y nobles, junto con la visita a Nantes, en agosto y septiembre de 1661, para reunirse con los Estados de Bretaña y ser proclamado rey— estuvieron relacionados con la guerra y la defensa: maniobras y campañas, edificación de fortalezas e incorporación de nuevos territorios. En la guerra de Devolución, en 1667, sirvió como cadete en Flandes bajo el mando de Turena, y en 1668 estuvo con Condé en la invasión y ocupación del Franco Condado. En esas campañas pudo ampliar sus conocimientos, adquiridos en la década de 1650, de



Mapa de las provincias de Francia en 1684, momento del apogeo de la expansión francesa.

Réunion des Musées Nationaux

las provincias norteñas y visitó nuevas tierras en las zonas orientales de Francia; así mismo, tuvo oportunidad de conocer lugares que, tras ser arrebatados a España, pasaron a ser franceses. Estuvo presente en el sitio de Lille –cedido, junto con otras poblaciones de los Países Bajos, en 1668– y tuvo ocasión de conocer buena parte del Franco Condado –cedido en 1678–. En la guerra de Holanda (1672-78), la ruta, elegida por razones políticas,⁹ le brindó la oportunidad de conocer otro rincón de Francia: desde Charleroi a lo largo del Mosa hasta alcanzar el territorio del obispado de Lieja. Fue desde allí, en tierras pertenecientes al arzobispo elector de Colonia, aliado de Luis, desde donde se atravesó el Rin para invadir las provincias del norte de los Países Bajos. Los holandeses, que lograron detener el avance francés, no tardaron en contar con aliados –entre otros, el emperador Leopoldo y Carlos II de España–, y con cada nueva temporada de campañas se emprendían viajes a través de la zona nordoriental o el este de Francia: Maestricht fue sitiada en 1673 –luego restituida en virtud del tratado de paz–, el Franco Condado fue conquistado por segunda vez y pasó a ser oficialmente francés en la mesa de negociaciones de Nimega. El conocimiento de la zona este de Francia, así como de territorios conquistados o cedidos en virtud de la paz de 1678-79, se vio ampliado durante los años relativamente pacíficos de la década de 1680, durante los cuales Luis visitó las fortificaciones y fortalezas ideadas y construidas por Vauban con el fin de crear una frontera que fuera tan fácilmente defendible como la que se construyó en 1678 contra Flandes.

4. El amor en la vida de Luis XIV

Durante la guerra de los Nueve Años (1668-97), Luis volvió a realizar numerosos viajes. Estaba siempre presente en la inauguración de la temporada de campañas y permanecía con uno u otro ejército hasta julio, si las cosas iban bien, o hasta el final —últimos de septiembre o primeros de octubre— cuando existía peligro de que los enemigos de Francia logaran invadir el país. A medida que fue haciéndose mayor, sin embargo, sus desplazamientos se limitaban a simples visitas a los palacios reales. Ello se debía en parte a que su segunda esposa, morganática, detestaba viajar y le había convencido de que no le convenían tantos viajes; pero también se debía a que, por aquella época, Luis tenía, además del delfín y de sus dos hijos habidos con Madame de Montespan, una segunda generación de príncipes reales —los duques de Borgoña, Anjou y Berri, nacidos en 1682, 1683 y 1686, respectivamente, hijos del delfín y de Mariana Victoria de Baviera— a los que podía emplear en el ejército o encomendarles otros deberes reales. Su despedida de la vida activa como soldado tuvo por marco el gran campamento levantado en Compiègne para las maniobras de 1698, donde esos tres nietos, junto con los tres hijos de Luis que aún vivían, formaron parte de su séquito. Cuando el segundo de sus nietos, Felipe de Anjou, viajó al sur en 1701 para tomar posesión de la corona española que le había sido legada por Carlos II, su abuelo se despidió de él en Sceaux. Acompañaban a Felipe en ese viaje sus preceptores y servidores, hombres pertenecientes a la generación de su padre. Durante la guerra de Sucesión de España (1702-13/14), Luis XIV, pese a estar todavía al mando de las fuerzas armadas y de mantener estrecho contacto por carta y mediante reuniones con sus generales, no visitó a los ejércitos.

El viaje de Felipe se producía casi medio siglo después del que realizó Luis XIV, a la sazón un joven de veintiún años, a través de Francia hasta Lyon (1658). En aquella ocasión acompañaba al rey un séquito compuesto por personas jóvenes y alegres, y éste, sin manifestar ni rastro de aquella timidez tan evidente en su adoles-



Luis XIV durante las maniobras llevadas a cabo en Camp Coudon, Compiègne, en 1698. A su izquierda, el legitimado duque de Maine. Biblioteca Nacional, París.

cencia, se sentía libre y dichoso. Las descripciones que se hacían de él por aquella época, en los albores de su reinado, eran, naturalmente, halagüeñas, aunque justificadas por sus brillantes ojos azul grisáceo, su boca bien perfilada, su barbilla hendida, su cabello ondulado, la gracia y dignidad con las que cumplía sus deberes reales, y su destreza como bailarín y como jinete. La compañía de María Mancini contribuía sin duda al buen humor de Luis, aunque eso todavía no lo había adivinado la reina Ana. Luis se mostró tan desenvuelto y animado en su encuentro con su prima de Saboya, que su madre temió que fuera a enamorarse de Margarita y prometerse con ella en matrimonio, malogrando así los planes de Ana de

casarle con la infanta española. Las gestiones para esa boda, hábilmente llevadas a cabo por Mazarino y Lionne, culminaron con el consentimiento de Felipe IV a un matrimonio entre Luis y su hija mayor. Se envió un mensajero a Lyon, y las cortes de Saboya y Francia se separaron, pudiendo salvar, en la medida de lo posible, las apariencias.

A Luis parecía preocuparle poco todo lo que no fuera el presente. Era cierto, según reconoció, que Margarita le había gustado y hubiera estado dispuesto a casarse con ella si tal hubiera sido su deber; pero también reconoció que un matrimonio con la infanta española resultaba más ventajoso y que María Teresa, a juzgar por su retrato, era más hermosa. Sin embargo, cuando regresó a París y los jóvenes acompañantes de su séquito reanudaron sus placenteras y galantes diversiones, muy en consonancia con las inclinaciones de la propia María, Luis comenzó a temer que tendría que separarse de ella. El amor entre ambos jóvenes se hizo demasiado patente y, efectivamente, tuvieron que separarse. Mazarino envió a su sobrina a Brouage, el viejo puerto cercano a La Rochelle. La entrevista que sostuvo Luis con su madre, que duró una hora y en la que no logró obligar a Ana a consentir en su matrimonio con María, tuvo dos resultados: podría despedirse de María y escribirse con ella. Las cartas que se cruzaban ambos jóvenes eran abiertas discretamente y leídas sin su conocimiento. En ellas quedaba bien claro que la esperanza es lo último que se pierde, pues Luis prometía a María no casarse con ninguna otra si no podía hacerlo con ella, y confiaba en una negativa española a las condiciones de paz propuestas por Francia, o bien que la reina y Mazarino cambiarían de parecer. Ana y Mazarino empezaron a temer que los rumores del amor de Luis por María pudieran ofender el amor propio de Felipe IV y dieran al traste con los planes de matrimonio y las negociaciones de paz. Era preciso actuar con rapidez. Las amenazas de Mazarino de abandonar Francia si Luis persistía en su empeño no dieron resultado, pero al fin, tras apelar con insistencia a su sentido del deber como rey y hacerle ver que peligraba su gloria personal, el cardenal se salió con la suya. Mazarino empleó varios recursos en sus cartas a Luis, que todavía se conservan. En ocasiones le recordaba amablemente que, años atrás, había recabado su consejo acerca de cómo llegar a ser un gran rey; en otras se mostraba firme: «Dios ha creado a los reyes para garantizar la propiedad, la seguridad y la paz de sus súbditos, no para que sacrifiquen todo eso en aras de sus propias pasiones...» «Aunque es verdad que en cierto sentido sois amo... habréis de rendir cuentas a Dios de vuestros actos, para vuestra propia salvación, y demostrar ante el mundo



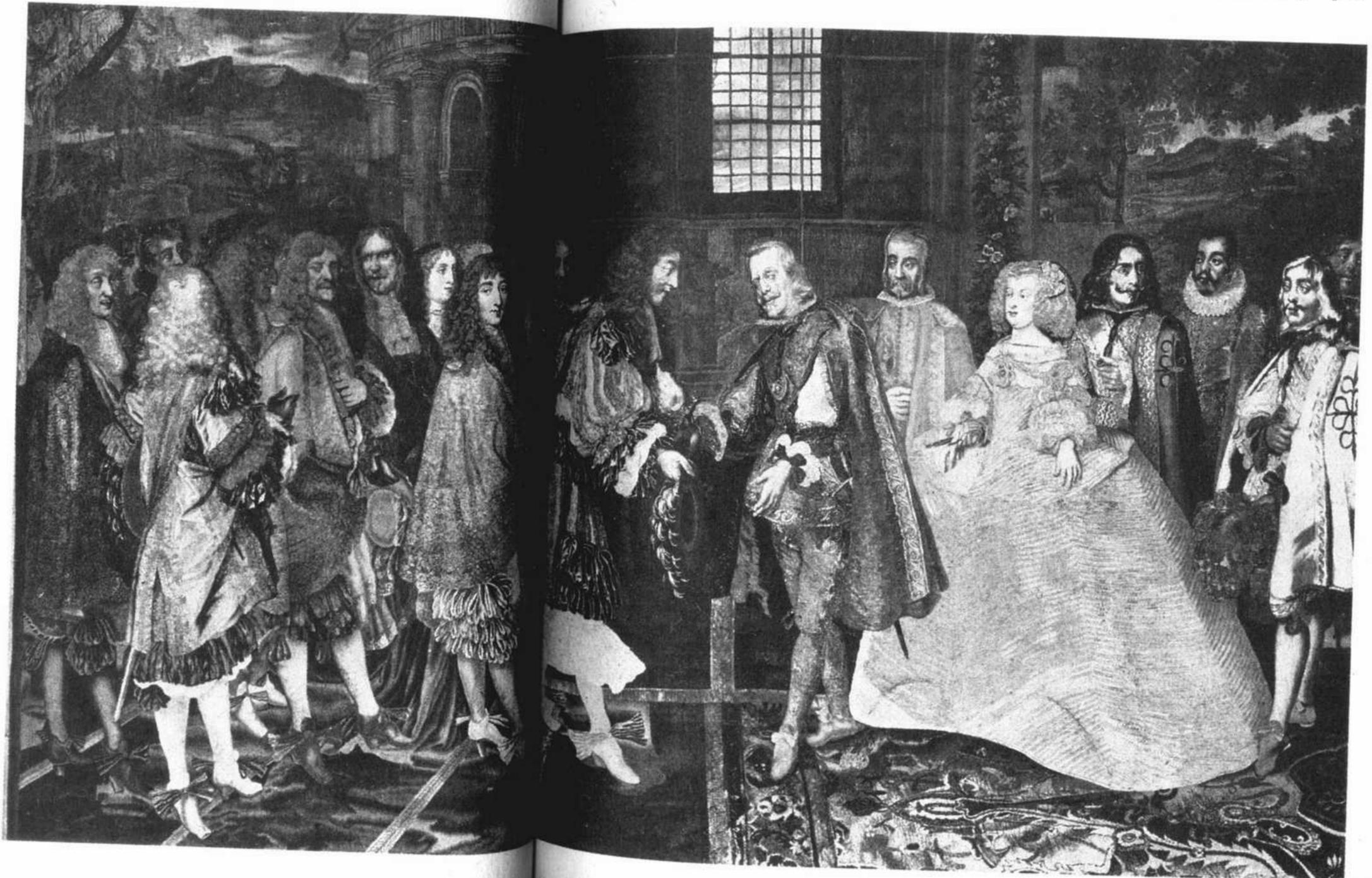
Don Luis de Haro en la isla de los Faisanes (retrato anónimo). Museo Condé, Chantilly. Don Luis, negociador español de la Paz de los Pirineos, aparece enmarcado por el río Bidasoa y la isla de los Faisanes, que formaban la frontera entre España y Francia.

que habéis sabido preservar vuestra gloria y reputación.... No se trata de vuestros deseos, sino que está en juego el bienestar de vuestros súbditos y de vuestro reino.» El cardenal supo asestar perfectamente el golpe de gracia: «Permitidme aseguraros que el príncipe de Condé y otros se hallan a la espera de ver qué sucede... y no dudarán en aprovecharse del menor pretexto que vos les déis.»

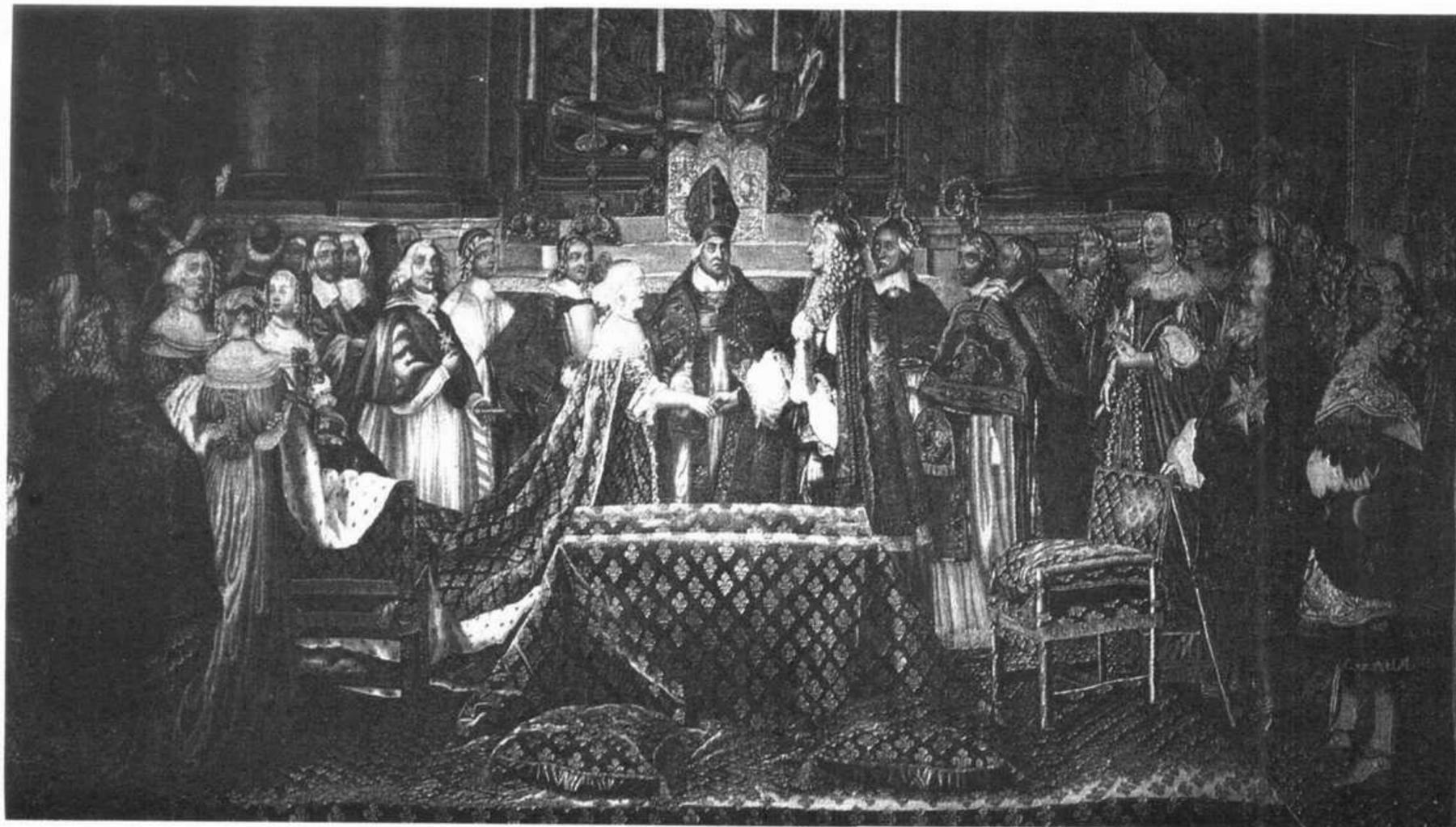
Luis tuvo que claudicar, pero logró convencer a la reina de que le permitiera verse con María Mancini para exponerle la situación. Se vieron el 13 de agosto en la ciudad de Saint-Jean-d'Angély. Su encuentro sólo sirvió para ahondar más la pena que sentían de estar separados, y siguieron escribiéndose. A Luis nunca le resultó fácil romper su palabra, y no dejó de escribir a María hasta

que ella, en septiembre de 1659, interrumpió su correspondencia con él. Mazarino, que andaba muy atareado ultimando las negociaciones con Luis de Haro, dio un suspiro de alivio al saber que su sobrina había liberado a Luis de su amor por ella, permitiéndole seguir por la senda del deber, y a María le aconsejó que leyera a Séneca, asegurándole que hallaría gran consuelo en su lectura.

Algunos historiadores han aventurado la hipótesis de que, de haber podido casarse con María Mancini, Luis habría sido más dichoso y mejor persona. Eso es imposible asegurarlo, pero el hecho de que, más tarde y estando ambos casados, se encontraran de nuevo y el rey manifestara entonces una total indiferencia hacia ella indica bien a las claras que su romántico amor había pasado al olvido. El dulce amor que le inspiró Luisa de La Vallière, y que



Tapiz gobelino que representa el encuentro de Luis XIV y Felipe IV, junto con sus respectivas familias, en la isla de los Faisanes. La cámara de conferencias, suntuosamente decorada con tapices y colgaduras, marca la frontera entre Francia y España con alfombras de distinto diseño bajo los pies del grupo francés y del español. En el lado español puede verse a la infanta María Teresa inmediatamente detrás de su padre, y a Velázquez entre los palaciegos.



Tapiz gobelino que reproduce el matrimonio de Luis XIV con María Teresa. Embajada de Francia en Madrid.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100

llegó a consumarse físicamente, sin duda representó mucho más en la vida personal de Luis: la seducción de los sentidos en el verano de 1661, en Fontainebleau. Luis se sintió siempre atraído por mujeres de temperamento alegre, vivarachas e instruidas, como prueba su idilio, más apasionado, con Madame de Montespan, y el hecho de que en 1648 decidiera unirse a Madame de Maintenon. El buen oído para la música era cualidad que él apreciaba mucho, y disfrutaba cantando y bailando con su cuñada Enriqueta, lo cual provocó no pocas censuras. Luisa de La Vallière solía cantar para él, mientras Luis la acompañaba a la guitarra. Madame de Maintenon era también una consumada cantante.

A Luis no le disgustó su esposa cuando la vio por primera vez. El 4 de junio, dos días después de la ceremonia de la boda por poderes celebrada en San Sebastián, Luis —que había llegado a España de incógnito— pudo verla brevemente por una puerta entreabierta en una habitación de Fuenterrabía, donde la madre y el hermano de Luis se hallaban conversando con Felipe IV y su hija: era joven, menuda, rubia y de ojos azul claro. El 7 de junio la familia real francesa dio la bienvenida a la novia en suelo francés. Los cuadros que hoy se conservan en el Museo del Prado reproducen las comitivas de ambas cortes; los gobelinos, que actualmente se hallan en el palacio del Elíseo, conmemoran el encuentro y la boda que se celebró dos días más tarde. María Teresa era una muchacha dócil y amante de la naturaleza. Adoraba a su marido y sufrió mucho a causa de sus infidelidades. No poseía una naturaleza robusta: sus embarazos le causaron problemas y tuvo unos partos difíciles, y de sus seis hijos sólo uno, el primer varón, logró sobrevivir.¹⁰ Solía pensarse que era estúpida y que por ello aburría a su esposo, pero unos estudios recientes han venido a demostrar que era más culta e instruida de lo que pudiera creerse. No compartía la afición de Luis por los deportes y ejercicios al aire libre, y es posible que él la encontrara demasiado piadosa y sumisa. Tampoco compartía su pasión por la lengua francesa —sus conocimientos del francés fueron siempre muy rudimentarios—, y no podía entretenerle comentando con él la última comedia, poesía o chiste. Ciertamente a Luis le irritaba el que ella acudiera siempre a su madre, que era tía de María Teresa, en busca de consuelo. Era como si ambas mujeres españolas le censuraran en silencio —aunque su madre no siempre lo hacía en silencio— y pretendieran hacerle sentirse culpable por tomar una amante, la joven Luisa de La Vallière, durante el primer embarazo de su mujer. Fruto de ese idilio, que duró dieciséis años —si bien Luisa no pudo abandonar la corte hasta 1674— nacieron cuatro hijos.



Luisa de La Vallière representada como Diana (Museo de Versalles). Su pericia como amazona y su gusto por el ejercicio al aire libre fue lo primero que sedujo a Luis cuando se conocieron, en abril de 1661.

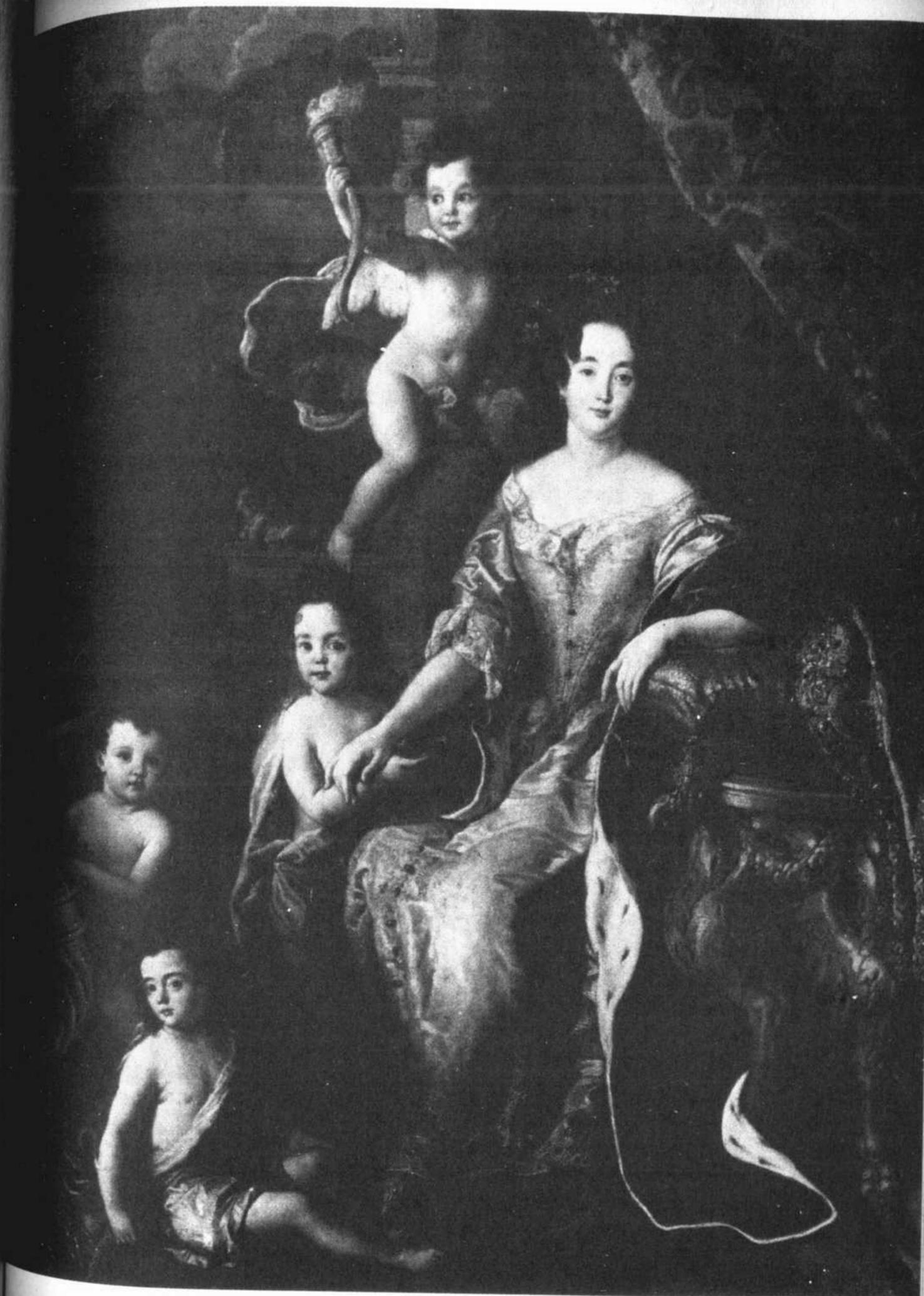
Ni Luis ni la gran mayoría de los franceses hallaban nada reprochable o insólito en el hecho de que el rey tuviera amantes o hijos ilegítimos. Cuando la amante de turno era presentada en la corte, pasaba a convertirse, como fue el caso de Luisa de La Vallière, en la *maîtresse en titre*, y los hijos ilegítimos reconocidos se criaban en la corte junto con el resto de la familia real. Desde muy joven, Luis supo que muchas familias famosas procedían de los hijos bastardos de sus antecesores, y tenía íntima amistad con varios miembros de la casa de Vendôme, a su vez descendientes ilegítimos de su abuelo Enrique IV. El mismo palacio que sirviera de marco al amor entre él y Luisa exhibía orgullosamente los nombres entrelazados de Enrique y Gabrielle d'Estrées, de Francisco I y Ana d'Etampes. En sus instrucciones al delfín daba por sentado que los reyes tenían amantes y él no ocultaba las suyas, advirtiéndole a su hijo, sin embargo, que debía guardarse de las que adquirieran influencia en política.

No hubo, por consiguiente, problema moral para Luis respecto a su primera amante, si bien la desaprobación de su madre —así como los lazos afectivos que le unían a ella— le obligaron a aplazar el reconocimiento de Luisa como *maîtresse en titre* hasta después de morir Ana, en 1666. A los hijos habidos de esa unión que nacieron antes de esta fecha se les mantuvo discretamente apartados de la corte, criados por madame Colbert; una vez legitimados, pasaron a formar parte de la familia real, aunque sin ostentar —puesto que no tenían derechos de sucesión— el título de *enfants de France*. Sí hubo graves problemas, sin embargo, en cuanto a la relación de Luis con Madame de Montespan. El hecho de ser ella casada suponía un doble adulterio y provocó serias críticas por motivos religiosos. Hubo no pocos intentos de obligar al rey a romper dicha relación, más él no estaba dispuesto a hacerlo y prefirió no comulgar en Pascua —no cumplir con su «deber pascual», como se decía entonces— cuando comprendió que debía prometer abandonar a Athénais para recibir la absolución. Se solicitó al Parlamento de París que concediera a Madame de Montespan la separación legal de su marido con tal de acabar con el doble adulterio. Los abogados no tenían prisa alguna en acelerar los trámites y, pese a la insistencia de Luis, el decreto no se produjo hasta pasados cinco años. Los hijos nacidos de esa unión no pudieron ser reconocidos hasta 1673.

A fin de evitar el escándalo, Luisa de La Vallière retuvo el título de *maîtresse en titre* mucho después de haber cedido su puesto en los afectos del rey a su amiga Athénais. Pero nadie se llamaba a engaño. Los festejos, con sus obras alegóricas, ballets, poemas y



La France galante. Alegoría de la vida amorosa de Luis, en la que se advierte cierto tono crítico. Grabado de Bernard Picart. Biblioteca Nacional, París.



Athénais de Montespan con cuatro de los hijos que tuvo con Luis XIV. Obra de P. Mignard. Museo de Versalles.



Giraudon

Luis XIV, en un grabado de Robert Nanteuil, realizado en el año 1668. Biblioteca Nacional, París.

En este otro grabado de Nanteuil, de 1676, se aprecian ya rasgos de fatiga y aburrimiento. La comparación de ambos retratos ilustra el deterioro personal de Luis en esos ocho años.



Giraudon

de Montespan, pero también se dice que ese amor no murió, sino que el rey se vio obligado a romper con una mujer culpable de adquirir filtros de amor, si no veneno, y de decir misas negras o mandar decirlas en su nombre. Está claro, sin embargo, que la Montespan nada tuvo que ver con la pléyade de adivinos, abortistas, proveedores de veneno y de ceremonias ocultas que fueron arrestados e interrogados por un tribunal especial, la *Chambre Ardente*.

Se sabe también que, ya en 1676, estando Athénaïs embarazada de Francisca María —Mademoiselle de Blois—, Luis llevaba una vida licenciosa, y que su relación con ella se rompió definitivamente durante el embarazo del séptimo y último hijo que tuvo ésta, en 1678. Su fecundidad —había tenido ya dos hijos con su marido— perjudicó a Athénaïs. Aunque a Luis le agradaban los niños, encontraba que las mujeres, en sus últimos meses de gestación, resultaban menos interesantes y divertidas, y no deja de ser sintomático que Luisa se convirtiera en su amante en julio de 1661, cuando María Teresa estaba embarazada de cinco meses del delfín, y que su relación con Athénaïs se iniciara en el verano de 1667, fecha en

que el rey, la reina y sus damas, entre ellas la Montespan, viajaron a los Países Bajos, mientras Luisa, embarazada de varios meses, era enviada a su casa.

Athénaïs, a medida que avanzaba su gravidez, empezó a temer la posibilidad de perder al rey. Tenía dos características en común con la reina: era una apasionada del juego y celosa por naturaleza, aunque por desgracia para ella no fue lo bastante discreta ni prudente como para ocultar su irritación ante la creciente amistad del rey —pues en este caso no se trataba de amor— con su vieja amiga, Francisca Scarron, Madame de Maintenon. Sus sentimientos eran mezcla de temor y rabia, pues sabía que su posición se vería socavada si Luis hacía caso de los sermones de Francisca y decidía «ser fiel a la reina». La indignación desempeñó asimismo un importante papel en el asunto. ¿Acaso no había sido ella quien brindó a Francisca Scarron, viuda con escasos medios económicos, la oportunidad de situarse ventajosamente al persuadir al rey de que encomendara sus hijos mayores¹¹ a su cuidado? ¿No fueron las generosas recompensas de Luis por sus servicios lo que permitió a Francisca adquirir la propiedad de Maintenon y vivir en la corte como marquesa de Maintenon? Ambas mujeres se pelearon y Luis, muy en contra de su voluntad, se vio mezclado en sus disputas. El rey culpaba a Athénaïs de perturbar su paz doméstica en unos momentos en que había de resolver graves problemas de Estado, pero de no existir ya un elemento de hastío en su relación, él no le habría atribuido el mayor peso de la culpa y no se habría lanzado tan ávidamente a la conquista de compañeras más jóvenes, atractivas y alegres.

La lista de las amantes de Luis entre los años 1676 y 1680 sirvió en cierta medida para reconciliar a Athénaïs y a Francisca, pues ambas sentían idéntica antipatía por la favorita de turno: Francisca, irritada con cada nueva amante porque el rey no seguía sus consejos, y Athénaïs confiando en que, dada la frecuencia con que Luis cambiaba de amante, acabaría por regresar junto a ella. Ninguno de los lances amorosos de esa época tuvo larga duración, aunque el último, con Mademoiselle de Fontanges, que tenía diecinueve años y era «bella como un ángel», pudo haber sido duradero de no haber enfermado, con lo que dejó de ser la muchacha alegre y amante del campo —su destreza de amazona era comparable a la de Luisa cuando era joven— que en un principio había atraído a Luis. Su mal se manifestó poco después de dar a luz un niño que nació muerto, y conviene resaltar que Luis no tuvo hijos, al menos que él quisiera reconocer, con ninguna de sus amantes temporales. Las esperanzas de Athénaïs no se cumplieron. Continuó en la corte



Retrato de Madame de Maintenon, por Mignard. Museo de Versalles. El reloj de arena y el libro simbolizan la seriedad de su carácter.

hasta 1691, pero aunque Luis visitaba sus apartamentos todos los días, ponía gran cuidado en no quedarse nunca a solas con ella. En 1691 Athénaïs, como hiciera Luisa antes que ella, se recluyó en un convento, aunque, a diferencia de su amiga, no tomó los hábitos religiosos.

La victoria fue para Madame de Maintenon. Luis, abrumado por la muerte de Mademoiselle de Fontanges, decidió abandonar la vida licenciosa. Regresó al lado de su esposa, aunque seguía frecuentando la compañía de Francisca, con quien le complacía conversar. Ella le llevaba tres años, pero era todavía una mujer atractiva e inteligente, además de piadosa, ocupada en una escuela que había fundado, ingeniosa y divertida, si bien no tan graciosa como los miembros de la familia Montespan. Había un fuerte lazo de unión entre ellos: el amor por Luis Augusto, el hijo mayor de Luis y Athénaïs. Luis comprobó que podía comentar con Francisca las cuestiones que le irritaban o preocupaban: el temor a que el pie de su hijo, cojo a causa de la poliomielitis, no sanara; los problemas

cotidianos; los problemas que le causaba su familia y sus responsabilidades en general; y su preocupación, que en ocasiones le asaltaba, por la salvación de su alma. El apodo, un tanto burlón, que Luis impuso a Francisca, *Votre Solidité*,¹² indica el consuelo y la fuerza que él hallaba en su compañía y amistad, si bien a menudo ha inducido a los historiadores a creer equivocadamente que la Maintenon era más constante en materia de juicios y amistad de lo que realmente fue. Se ha dado por sentado que se hicieron amantes en 1681, pero no parece probable que fuera así. Según propia confesión, Francisca era frígida por temperamento. No se sabe si todavía era virgen (se había casado con el poeta Paul Scarron en los últimos años de su vida, cuando estaba ya inválido), pero por el modo en que ella se refiere en sus cartas a los desagradables deberes de las esposas se advierte claramente que tales deberes no suponían para ella ningún placer. Es más que probable que exigiera como pago a sus favores un matrimonio morganático, dándosele a entender al rey cuando, tras morir la reina en 1683, pidió permiso para retirarse a su propiedad, alegando que no sería oportuno que ella permaneciera en la corte. Las cartas que envió a su hermano en esa época rebosan entusiasmo y dejan entrever la posibilidad de alcanzar un extraordinario honor y una posición elevada; asimismo, parecen indicar que el rey cedió a sus condiciones. Se desconoce la fecha de la boda —algunos historiadores la sitúan en octubre de 1683, otros en junio de 1684, e incluso en 1697— y jamás se hizo pública. La posición de Francisca fue aceptada en el círculo familiar, como lo prueba el hecho de que permanecía sentada en presencia de los hijos y nietos del rey, legítimos y legitimados.

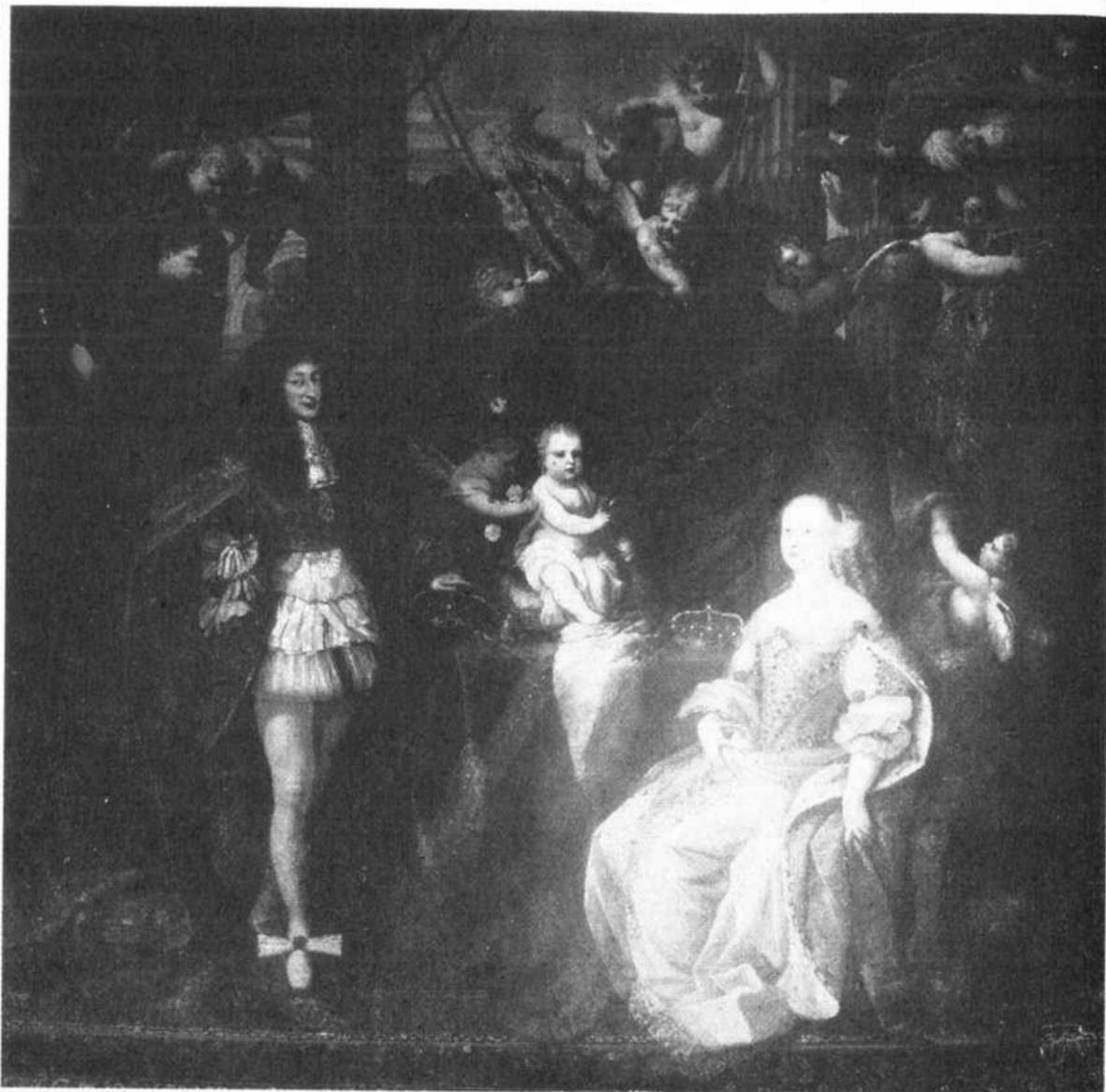
A Luis le gustaban mucho los niños, tanto los suyos como los de los demás. Le complacía ser padrino de niños a cuyos padres él pretendía hacer mercedores de la estima general: autores como Molière, a quienes muchas personas de alcurnia miraban con desdén; ministros y funcionarios que le habían rendido buenos servicios y cuyos matrimonios con miembros de familias nobles él mismo había fomentado. La muerte de sus hijos Felipe, duque de Anjou, en 1671, de casi tres años de edad, y de la pequeña María Teresa, en 1672, de cinco años recién cumplidos, le causó un gran dolor; otras dos hijas y un varón habrían de morir tan jóvenes que casi no llegó a conocerlos. Un destino que los reyes compartían con sus súbditos. Expresado en términos estadísticos, de un promedio de cinco hijos, en los siglos XVI-XVIII, tan sólo dos alcanzaban la madurez; por consiguiente, María Teresa y Luis fueron menos afortunados que la mayoría, puesto que sólo vieron sobrevivir al delfín. De sus hijos ilegítimos, varios murieron en la infancia o muy jóve-



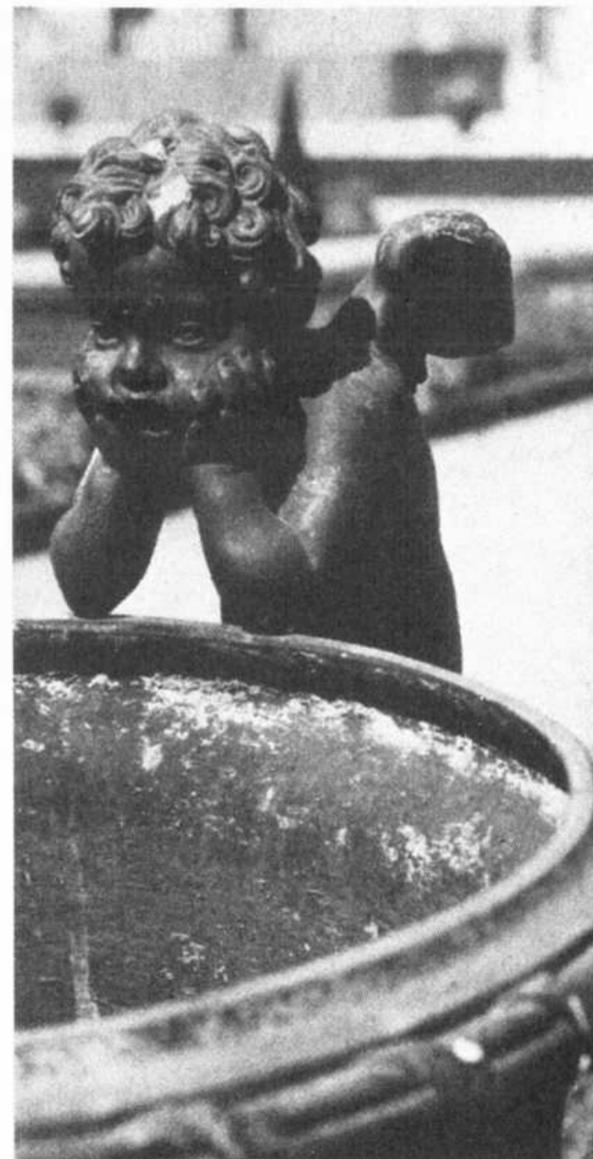
Giraudon

El duque de Guise, disfrazado de «príncipe americano», en el desfile organizado para celebrar el nacimiento del delfín. Grabado por Silvestre. Museo de Versalles.

nes; dos hijos legitimados murieron en la adolescencia. De los cuatro hijos que tuvo Luisa, sólo uno, Mariana —la primera Mademoiselle de Blois, nacida en 1666— sobrevivió a la infancia; de los siete de Athénaïs, sobrevivieron cuatro: Luis Augusto, duque de Maine (nacido en 1670), Luisa Francisca, Mademoiselle de Nantes (nacida en 1672), María Francisca (segunda Mademoiselle de Blois, nacida en 1676), y Luis Alejandro, conde de Toulouse (nacido en 1678). De mayores, los hijos de Luis le causaron a menudo problemas, pero,



Luis era muy amante de los niños y le agradaba que en la decoración de los jardines de Versalles abundaran las figuras infantiles. Putto en Versalles.



◀ Luis XIV y su familia, según una pintura de la escuela flamenca. Museo del Prado, Madrid.

Giraudon

para entonces, los hijos y nietos del delfín le llenaban de alegría, por motivos tanto personales como dinásticos. Cuando nació el delfín, Luis sostuvo la mano de su esposa durante el prolongado parto. En honor suyo se celebró en París, en 1662, el más espléndido carrusel, en el que los jinetes iban ataviados con magníficos trajes, a la manera de figuras históricas y mitológicas. Cuando la esposa del delfín tuvo, a su vez, un parto largo y difícil en el que peligraron su vida y la de la criatura, el rey, que había dado de comer personalmente a su nuera, se mostró visiblemente conmovido al anunciar el tradicional «Tenemos un príncipe». Su satisfacción no era únicamente por motivos dinásticos, como ya se ha dicho antes; los niños le gustaban, por decirlo así, en abstracto y por el hecho mismo de ser niños, como prueba la orden que dio a los escultores encargados de decorar Versalles y sus parques: «*Toujours les enfants.*»

Luis sabía bien cómo tratar a los niños, según lo demuestran múltiples anécdotas recogidas de fuentes dignas de crédito. Se ha dicho que dispensaba al delfín un trato distinto al del resto de sus

hijos, lo cual no es cierto, al menos en su niñez. Nada podría ser más acertado psicológicamente que la respuesta de Luis al delfín cuando éste, que contaba a la sazón cuatro años, le pidió que castigara a un soldado que no se había descubierto ante él. De ningún modo, le explicó su padre; el soldado había cumplido con su deber levantando su alabarda al pasar ante la familia real: no podía a un tiempo presentar armas y quitarse el sombrero. Las instrucciones que él dictó —y en parte escribió y revisó— durante los primeros años del delfín —como muchas otras normas dadas por Luis a los responsables de la educación del niño— rebosan sentido común. Sin embargo, consciente de las deficiencias habidas en su propia educación, exageró el celo que puso en la educación de su hijo; los preceptores que eligió, entre ellos Bossuet, no eran los indicados para hacerse cargo de un niño de corta edad, y el delfín llegó a detestar los estudios. El rey no se daba cuenta de lo que ocurría y pensó equivocadamente que podría obligar a su hijo por la fuerza a convertirse en un *honnête homme*. No se le ocultaba



Bustos de Luis XIV y del delfín de joven, realizados por Coysevox. Museo de Versalles.



que el delfín era más tímido, especialmente en su presencia, y menos apuesto y vivaracho que los hijos de la Montespan, quienes sabían a la perfección cómo distraerle y complacerle; de modo que era este hijo quien le causaba mayor preocupación, el único *hijo de Francia* nacido de su carne. Cuando el muchacho dejó atrás la adolescencia, Luis intentó por todos los medios infundirle confianza en sí mismo. Cada vez que el delfín tomaba parte en una campaña, las frases repetidas hasta la saciedad eran siempre las mismas: no arriesgues tu vida inútilmente; Francia te necesita; ya has hecho suficiente por conquistar tu gloria; me siento muy satisfecho de ti. Compartían numerosas aficiones: el delfín era un intrépido cazador, amante de la música y experto coleccionista de obras de arte, afición que le fue inculcada por Luis; el día en que su hijo cumplió veinte años, el rey le regaló cincuenta mil escudos «para que comprara cuadros».

Luis Augusto, su hijo predilecto de la década de 1670-80, participó también en la guerra. Aunque no era en absoluto el cobarde descrito por Saint-Simon, sus dotes militares resultaron insuficientes para acallar los rumores que le tachaban de inútil, lanza-



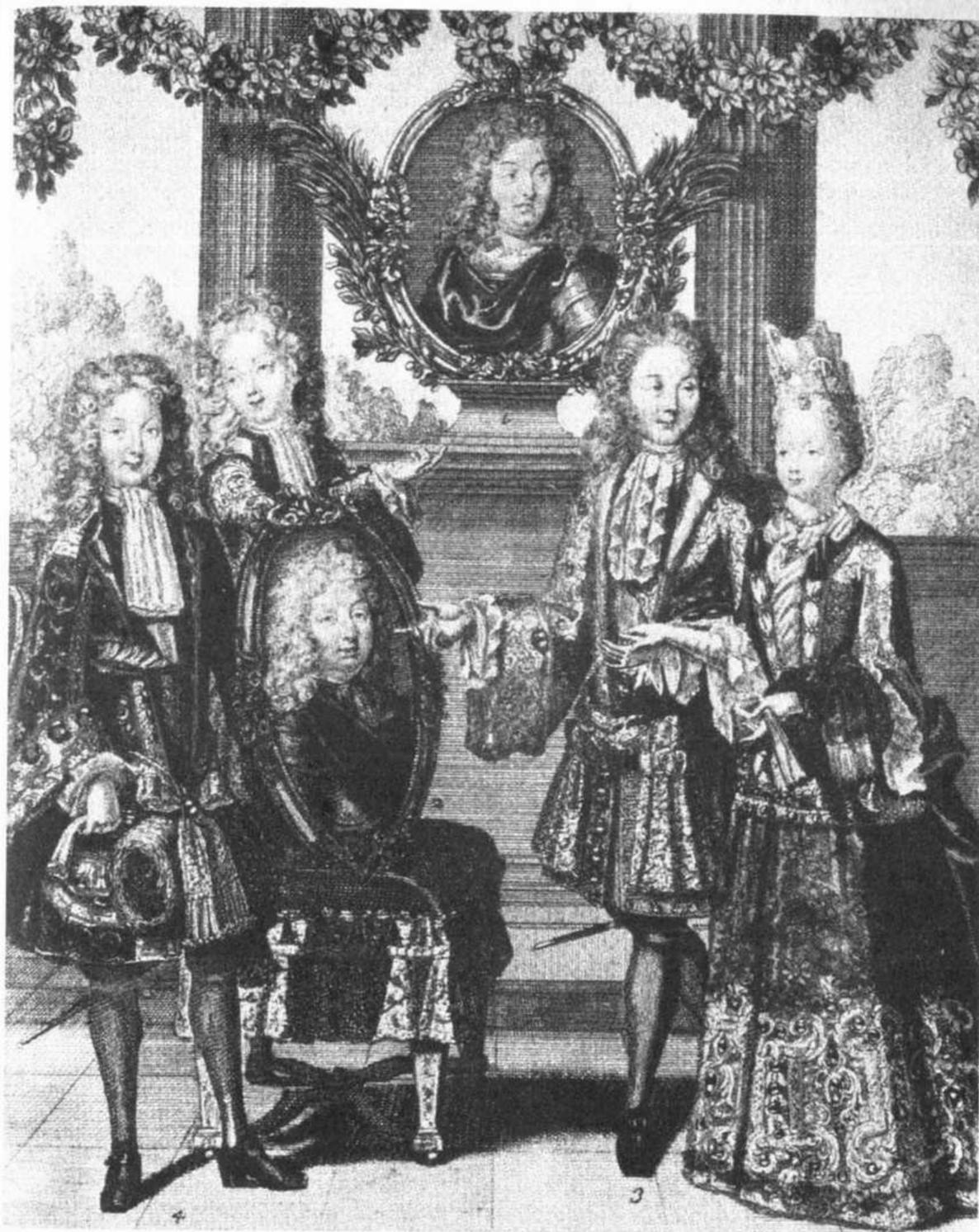
Luis Augusto, duque de Maine, por M. Dossier. Biblioteca Nacional, París. Los hijos legitimados de Luis XIV eran llamados «los bastardos» por sus enemigos en la corte.



Citraudon

Luis Alejandro, conde de Toulouse, otro de los hijos legitimados de Luis. Fue un brillante marino y tuvo ocasión de demostrar su valor en la batalla de Málaga. Retrato anónimo. Museo Condé, Chantilly.

dos por los palaciegos que aborrecían a los bastardos. El otro hijo de la Montespan, el conde de Toulouse, dio al rey mayores motivos de satisfacción: cursó una brillante carrera en la Marina y derrochó valor e iniciativa en la batalla de Málaga, en 1705. Ambos varones contrajeron matrimonios ventajosos, y las tres hijas ilegítimas, merced a las generosas dotes que les dio el rey, casaron con príncipes de sangre. Mariana, hija de Luisa, casó con Armando de Borbón,



Biblioteca Nacional, París

El nieto mayor de Luis XIV, duque de Borgoña, con su esposa María Adelaida de Saboya y sus dos hermanos menores. El duque señala un retrato del delfín, y de la pared cuelga otro del monarca.

príncipe de Conti, que murió cuando ella tenía diecinueve años. Estuvo toda su vida enamorada del hermano menor de su esposo, Francisco Luis de Borbón —quien al morir su hermano heredó el título de príncipe de Conti—, y ambos sostuvieron un discreto idilio; esta joven estaba muy unida a su hermano, el delfín, y le acompañaba en los actos a los que su segunda esposa —morganática— no podía asistir. De las hijas que tuvo Athénaïs con Luis, la mayor,

María Adelaida, esculpida por Coysevox como Diana, diosa de la Caza. En el dormitorio de Luis XIV en Versalles se conserva otro busto suyo realizado por el mismo escultor. Es uno de los pocos motivos de decoración que sabemos con seguridad que existía allí en vida de Luis.



Museo del Louvre, Paris/Giraudon

Luis XIV asiste a una de las clases del delfín. Museo Camavalet, París.



Luisa Francisca, casó con Luis III de Borbón, príncipe de Condé, una boda de prestigio, aunque ellos no fueron felices. Francisca María, la más joven, tuvo mayor fortuna en su matrimonio al casar con el sobrino legítimo del rey, Felipe, duque de Chartres —y duque de Orleans al morir su padre en 1701—. La madre de Felipe, Liselotte, se quejaba ásperamente de que el matrimonio de su hijo con una bastarda cuya madre no tenía una gota de sangre real mancillarían los blasones de sus descendientes. Mucho más tarde, cuando una hija de ese matrimonio casó con el nieto legítimo de Luis, el duque de Berri, Liselotte se mostró entusiasmada. Berri gozaba de su predilección y tal matrimonio convirtió a su amado Felipe en suegro de un descendiente legítimo de Luis XIV.

Los tres varones habidos del matrimonio del delfín con la princesa bávara acaparaban la atención del rey: el aire que respiraban debía ser puro, sus nodrizas bonitas y su educación excelente. Ya

ancianos, Luis y Madame de Maintenon se complacían con la viveza de espíritu de María Adelaida de Saboya, la novia de su nieto mayor, el duque de Borgoña, que no había cumplido aún los doce años cuando llegó a la corte en 1696. Hasta que no se hubo consumado el matrimonio, en 1699, vivió con ellos como una niña, mimada pero afectuosa, y asistió a la escuela de Saint-Cyr. Siempre gozó de la predilección del rey, y fue a través de uno de sus hijos —nacido en 1710 y llamado Luis— como sobrevivió la dinastía en la línea directa. El delfín —de quien se había profetizado que, hijo de rey, sería a su vez padre de un rey,¹³ aunque él mismo nunca llegaría a reinar— murió a consecuencia de la viruela en 1711; al año siguiente, un violento ataque de sarampión o una especie de plaga bubónica acabó con la vida de María Adelaida, de su esposo y de su hijo mayor; en 1714, el duque de Berri murió a consecuencia de un accidente ecuestre. Tan sólo quedaba el pequeño Luis. En el Museo Carnavalet existe en la actualidad un retrato descolorido, pero conmovedor, que muestra a Luis XIV, en el último año de su vida, con su biznieto de cinco años durante una clase, enseñándole unos mapas y un globo terráqueo.

5. El difícil «oficio de rey»

El 9 de marzo de 1661, fecha de la muerte de Mazarino, Luis XIV penetró en el mundo de la política por su propio pie. El ministro, enfermo de cáncer, había orientado la voluntad del rey hacia el gobierno personal y, según divulgó Colbert, había destinado unos cinco millones de libras a facilitar la independencia necesaria para tal forma de gobierno. Luis se condujo como si se hallara perfectamente preparado para ese momento proclamando de inmediato que sólo él autorizaría las acciones de guerra, que todos los plácets debían serle sometidos a él y que no se desembolsaría ningún dinero sin su aprobación. Disolvió el Gran Consejo. Tres expertos administradores formaban el núcleo de sus asesores de gobierno: Le Tellier, para asuntos militares; Lionne, experto en política exterior, y Fouquet, que se ocupaba de las finanzas y tenía el cargo de fiscal general. La posición distaba mucho de ser segura dentro de esta *triade*. Mazarino había prevenido al rey contra Fouquet, a la vez que recomendaba a Colbert. Por tanto, Luis emprendió una investigación secreta de las cuentas de Fouquet: las cifras que le presentaba el *surintendant* en las sesiones de tarde eran verificadas por las noches entre el rey y Colbert, que había sido nombrado por el monarca ayudante de Fouquet. De este modo lograron entre ambos desentrañar, en la medida de lo posible, la situación económica de Francia y descubrir los ardides mediante los cuales algunos individuos, y en especial Fouquet, se habían ido enriqueciendo mientras la corona se empobrecía.

El panorama parecía, a primera vista, de lo más sombrío. Los ingresos de la corona para 1661, 1662 y parte de 1663 habían sido anticipados. La deuda del Estado se cifraba en once millones de libras y no se habían tomado medidas para consolidarla o pagarla a plazo fijo. El sistema de recaudación de la *taille*, un impuesto que gravaba sobre los súbditos que no eran nobles, era tan ineficaz que nada tenía de extraño un déficit de ocho millones de libras entre la suma calculada y la cantidad satisfecha por los labradores. Las últimas cosechas habían sido nefastas y la *taille*, la *gabelle* —el



Retrato de Fouquet, inspector general de finanzas durante el reinado de Luis XIV.

impuesto sobre la sal— y los diezmos destinados a la Iglesia agobiaban a los campesinos hasta el extremo de producir un grave malestar y algunos disturbios que hubieron de ser sofocados por la fuerza. La moneda francesa estaba por debajo del doblón español y el florín holandés. La balanza comercial era desfavorable.

Pero Francia poseía vastos recursos. Por atrasadas que estuvieran en aquella época su economía y su agricultura, la extensión

de su territorio, la fertilidad del suelo y su numerosa población —mayor que la de ningún otro país unificado de Europa: al menos quince millones de campesinos y otros cinco millones de habitantes vivían de sus ingresos de la tierra, de las rentas, del comercio y los oficios, del ejercicio de sus profesiones, cargos públicos y como obreros urbanos— permitieron al país salir adelante. Como medidas paliativas inmediatas se rebajó la *taille* a fin de atajar el malestar, y el ejército quedó reducido al mínimo para ahorrar gastos. A Fouquet se le brindaron repetidas oportunidades de sugerir reformas y reconocer pasadas irregularidades, pero tardó demasiado en confesar. Pausada y minuciosamente, Luis dispuso el arresto de Fouquet durante la estancia de la corte en Nantes, a finales del verano de 1661, después de haberle inducido a vender su cargo de fiscal general para minimizar el riesgo de una Fronda parlamentaria. La preocupación de Luis, así como su deseo de contar con la aprobación de su madre, quedan reflejados en la carta que le escribió poniéndola al corriente —no sin cierto orgullo por haber resuelto la cuestión satisfactoriamente— de las medidas tomadas para proceder al arresto de Fouquet. La anécdota de que Luis derribó a Fouquet por despecho, porque éste, un simple súbdito, había osado agasajarle como lo hubiera hecho un personaje real en Vaux-le-Vicomte, aunque todavía aparece en algún que otro libro de texto, no es tomada en consideración por los historiadores profesionales. El peligro que acechaba a Luis, según sus propias manifestaciones, era el de que un hombre tan rico, ambicioso y falto de escrúpulos como Fouquet, con un ejército privado en su propiedad de Belle-Île, pudiera poner en peligro la corona y convertirse en un ministro que dictaba la política que debía seguir el rey, impidiendo que se llevara a cabo la obra de reforma que Luis y sus administradores juzgaban necesaria. El severo castigo impuesto a Fouquet es un claro indicio del temor que sentía Luis. Los jueces del *surintendant*, tras un proceso que duró tres años, le declararon culpable y propusieron que fuera exiliado de por vida. El rey, haciendo uso de sus derechos, cambió la sentencia por la pena de prisión en la fortaleza franco-española de Pignerol.¹⁴ Vaux-le-Vicomte fue vendido para pagar las multas impuestas como castigo a los fraudes de Fouquet, y Luis, en lugar de dinero efectivo, requisó muchos de sus tesoros, entre los cuales había tapices, estatuas, ornamentos y mil naranjos. La dureza que mostró el rey para con un ministro reconocido como uno de los hombres más civilizados de la época, mecenas de la joven generación de artistas y sabios, chocó a sus contemporáneos. Por justa que fuera la sentencia real, ¿qué le costaba a Luis demostrar benevolencia y misericordia?

Cuando en la década de 1660-70 se emprendió la labor de reforma y reconstrucción en todas las esferas de la vida francesa, Luis contó no sólo con la colaboración de expertos burócratas adiestrados por Mazarino —el más destacado de los cuales era Colbert, que luego ocuparía el puesto de Fouquet como *surintendant*—, sino también con la de arquitectos, bibliófilos y pintores, que habían sido alentados y apoyados por Mazarino y Fouquet. La continuidad en la administración que venía a representar Le Tellier no dejaba de ser significativa, así como la costumbre mediante la cual la venta de cargos públicos, o los derechos de sucesión de un cargo, permitía a los astutos funcionarios instruir a sus hijos u otros parientes a sabiendas de que el provechoso cargo permanecería en la familia. Nadie, sin embargo, podía adquirir el puesto de miembro del pequeño consejo de ministros de Luis, dado que únicamente el monarca nombraba a los ministros del *Conseil d'en Haut*, si bien la ocasión de rendir eficaces servicios y destacar se conseguía, en primer lugar, a través de la familia y de influencias políticas. Las familias administrativas, la *noblesse de robe*, formaban durante el reinado de Luis una clase singular, esto es, *les gents de la plume* (tal vez mejor descritas como *noblesse de la plume*). Si bien solían contraer matrimonio con miembros de la *noblesse d'épée* e incluso a veces con *les Grands*, seguían ambicionando carreras administrativas y gubernamentales para sus hijos. Formaron clanes y parentescos, y Luis creyó conveniente oponer entre sí a las más importantes de ellas, las familias Colbert, Le Tellier y Phéliepeaux, en especial durante los primeros años de su reinado. Dada la creciente burocratización del gobierno —en 1712, por poner un ejemplo, el Ministerio de Marina disponía de diez despachos—, al cabeza de dichas familias le resultaba relativamente fácil colocar a sus protegidos. El hecho de que entre los diecisiete ministros nombrados por Luis para formar su consejo durante su reinado —cantidad insólitamente reducida, dado que el mismo duró desde 1661 a 1715—, cinco pertenecieran a la familia Colbert, cinco estuvieran emparentados con los Le Tellier y uno fuera un Phéliepeaux, dice mucho en favor de su influencia y destreza hereditaria. Los restantes ministros eran también funcionarios (Lionne, Pomponne, Chamillart y Voysin), con la excepción del duque de Beauvilliers, un palaciego de la vieja nobleza, y el mariscal Milleroy, un soldado de carrera. El *Conseil d'en Haut* se componía de un número reducido de ministros, entre tres y cinco, y a menudo se requería la presencia de expertos burócratas o miembros de las fuerzas armadas, cuya opinión se solicitaba. También eran llamados de vez en cuando miembros destacados de la administración real, los *intendants*, quienes al co-



Jean-Baptiste Colbert, por Jean-Marc Nattier. Museo de Versalles. Este gran organizador de las finanzas y de la actividad económica de Francia también supo aprovechar el cargo en beneficio propio.

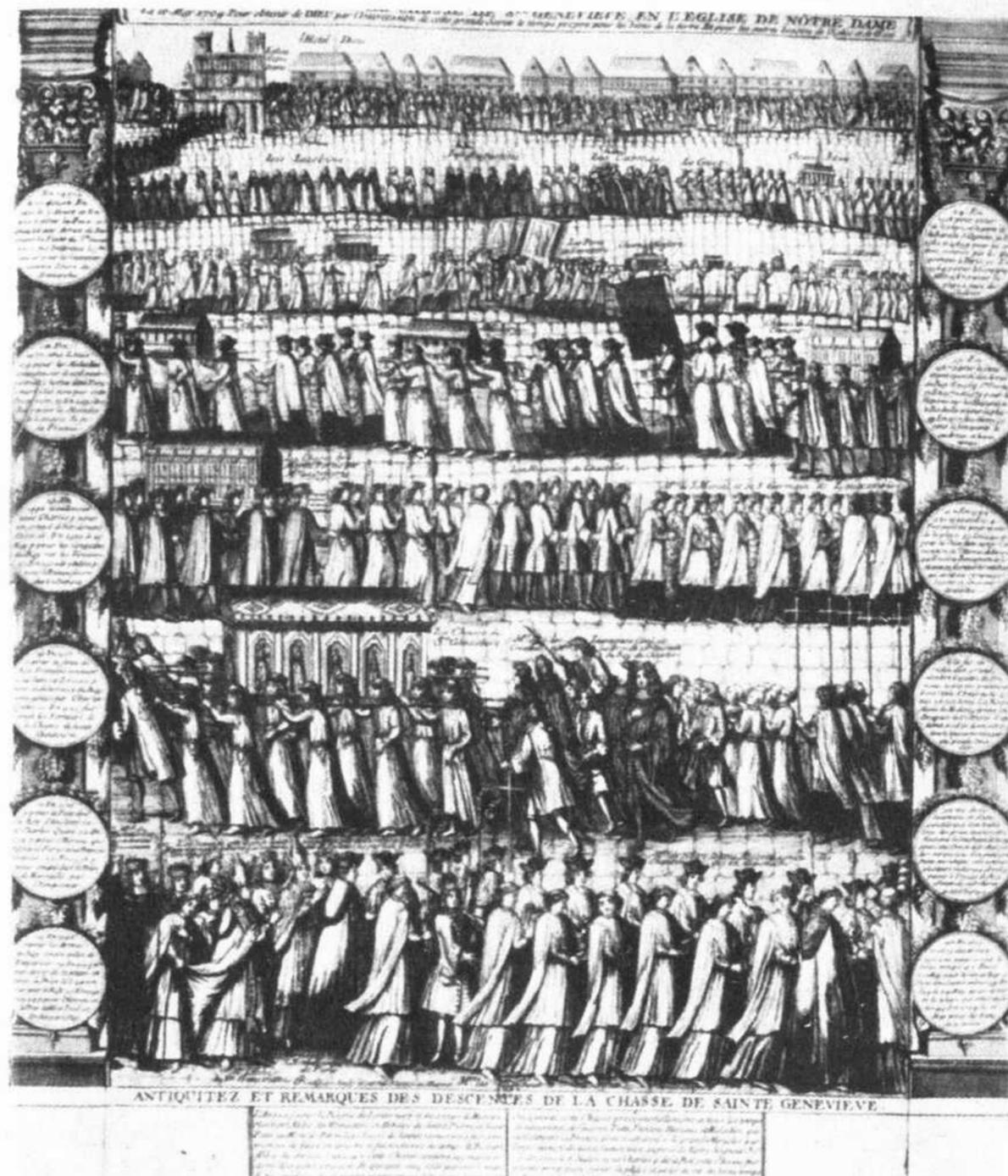
mienzo del reinado dejaron de ser los inspectores itinerantes de la época de Richelieu y Mazarino para pasar a convertirse en gobernadores permanentes de las provincias, donde solían permanecer largo tiempo en su cargo a fin de poder llegar a conocer perfectamente la región, aunque su nombramiento podía ser revocado en cualquier momento por orden del rey.

La labor de reforma de los años 1660 estuvo prioritariamente centrada en los asuntos económicos y financieros. La guerra en Europa había estado vaciando las arcas de Francia a lo largo de casi dos décadas, y las rebeliones de los hugonotes de la década de 1620-30 y la Fronda de los años 1640 y 1650 había causado descalabros en el comercio y la industria. El país había sufrido un considerable retraso en comparación con sus dos rivales más importantes en el comercio y en la expansión en ultramar, los holandeses y los ingleses, que no habían participado a gran escala en la guerra de los Treinta Años. Francia, potencialmente próspera, había quedado rezagada respecto a países cuya población era mucho menos numerosa, pero que estaban mejor organizados y sacaban mayor provecho de sus recursos. Las intensas medidas que se

aplicaron para enderezar este estado de cosas han sido juzgadas en estos últimos años de modo positivo por historiadores franceses expertos en materia de economía y finanzas. Las manufacturas se revitalizaron y fueron creadas otras nuevas. El proyecto de edificación emprendido por el rey en Versalles, y posteriormente en Marly, resultó muy beneficioso para las manufacturas francesas —tapi- cerías, espejos y tejidos finos— y proporcionó empleo a multitud de pintores, escultores y diseñadores, así como a miles de artesanos, para la fabricación de muebles, objetos de plata y de decoración en general. La vida en la corte, que exigía poseer un amplio y suntuoso guardarropa, sirvió para dar trabajo a fabricantes de encajes y de botas, sastres, bordadores y sombrereros. Francia ambicionaba exportar a Europa y a ultramar, y así nuevos productos, en especial relojes, tejidos finos, encajes y objetos de arte vinieron a sumarse a las tradicionales exportaciones de productos elaborados por los campesinos, tales como la sal, el vino, el coñac y los tejidos rústicos, entre otros.

Se fundaron múltiples compañías de comercio, que Luis apoyaba directamente con dinero, e indirectamente alentando a la nobleza a emprender el comercio con ultramar, resaltando que un noble no perdía su categoría por el hecho de hacerse comerciante.

Mobiliario de la habitación de Luis XIV en Versalles. Las manufacturas francesas se beneficiaron con la construcción de este gran palacio.



En París, el 16 de mayo de 1609, las reliquias de Santa Genoveva fueron sacadas en solemne procesión desde Notre Dame para implorar ayuda, tras un año nefasto de hambre y malas cosechas. Biblioteca Nacional, París.

Las exigencias del ejército y la marina impulsaron también una producción a gran escala de uniformes, armas, cañones y barcos. La paz y el nuevo régimen fomentaron la voluntad de trabajo con la esperanza de cosechar los frutos de ese esfuerzo. Aunque la población seguía a merced de catástrofes tales como una sucesión de malas cosechas o epidemias de paludismo, tifus y peste, en términos demográficos estas pérdidas pronto eran subsanadas, así como las que ocasionaba la guerra. La puesta en práctica de unos méto-

dos más eficaces de control sobre los impuestos vino a garantizar al gobierno el poder disponer de más dinero, pese a la reducción de la *taille*, y en poco tiempo se recobró la confianza en la moneda del reino, si bien la libra francesa siempre fluctuaba en el mercado internacional y tendía marcadamente a la baja en tiempos de guerra.

El siguiente paso, que se inició simultáneamente con la tarea de reformar la situación económica y financiera, y que de hecho dependía del éxito alcanzado en esa parcela, fue el de reformar el ejército y crear una marina de guerra. Le Tellier había llevado a cabo una importante labor administrativa, y lo que se pretendía ahora era crear un ejército lo suficientemente disciplinado a nivel de oficiales para que fuera un instrumento eficaz al servicio de la política de la corona. Era preciso, para prevenir una nueva Fronda, destruir el concepto del oficial propietario de su regimiento: el ascenso debía basarse más en el mérito que en el rango de nobleza, y la instrucción de futuros oficiales debía estar sometida al control central. Ello no quiere decir que Luis y sus consejeros estuvieran en contra de la nobleza; por el contrario, Luis opinaba que ésta, en virtud de su tradición de servicio en el ejército y de su *ethos*, era la clase idónea para proporcionar oficiales al mismo. Sin embargo, el rey insistía en que eso no bastaba por sí solo para que el joven noble fuera apto para ingresar en el nuevo ejército: era necesario que recibiera instrucción, a fin de garantizar su adhesión y obediencia, y debía aprender a cumplir órdenes para saber impartirlas. Al mismo tiempo, Luis pretendía conceder altos grados militares a los oficiales que se hicieran merecedores de los mismos, aunque pertenecieran a un estamento social inferior. Un medio de resolver el problema era que el propio Luis, o un miembro de su familia, estuviera nominalmente al mando de un ejército para impedir que los oficiales de alcurnia se sintieran ofendidos por hallarse efectivamente bajo el mando de un hombre como, por ejemplo, Vauban (que pertenecía a una familia de la pequeña nobleza empobrecida).

En los primeros años de la década de 1660-70, el ejército se había reducido por razones económicas; pero fue ampliándose —así como los depósitos de víveres y municiones— a medida que crecían las tensiones con España respecto a los derechos de la reina. En la guerra de Devolución y en la de Holanda, el ejército disponía de numerosas tropas alquiladas —un tercio de los 120.000 hombres que totalizaban el ejército—, pero al estallar la guerra de los Nueve

Grados y uniformes en el ejército de Luis XIV. ▶





Años, se pudo formar uno de 220.000 hombres, compuesto principalmente por franceses, y en la guerra de Sucesión de España, incluyendo a la milicia, de unos 350.000.

Esos numerosos ejércitos, sin embargo, eran reducidos al término de las hostilidades, mientras que los soldados que formaban el núcleo de la tropa fueron destinados en tiempos de paz a trabajos tales como la construcción y mejora de fortalezas y palacios reales. Algunos fueron acantonados en ciudades y pueblos, generalmente en aquellas zonas que habían demostrado ser rebeldes, o que tenían fama de serlo; de dicha práctica —destinada a ahorrar gastos a la corona— surgieron las siniestras «dragonadas», las cuales ejercían presión sobre los protestantes franceses para obligarles a volver a la fe católica. Las innovaciones en materia de armas y artillería datan fundamentalmente de los años 1680, y estuvieron motivadas, en parte, por las reformas tácticas llevadas a cabo en los ejércitos europeos que luchaban contra los turcos, y en parte por las experiencias extraídas de los propios enemigos de Francia, allá por los años 1690: en Steenkerk, por ejemplo, los soldados de Luis obtuvieron una victoria gracias, en cierta medida, al hecho de haberse apoderado de los fusiles de sus enemigos muertos a fin de poder disparar más rápidamente. La artillería francesa, sin embargo, seguía siendo inferior a la de los ejércitos de Marlborough durante la guerra de Sucesión de España, un factor de considerable importancia en las grandes batallas libradas en esa guerra.

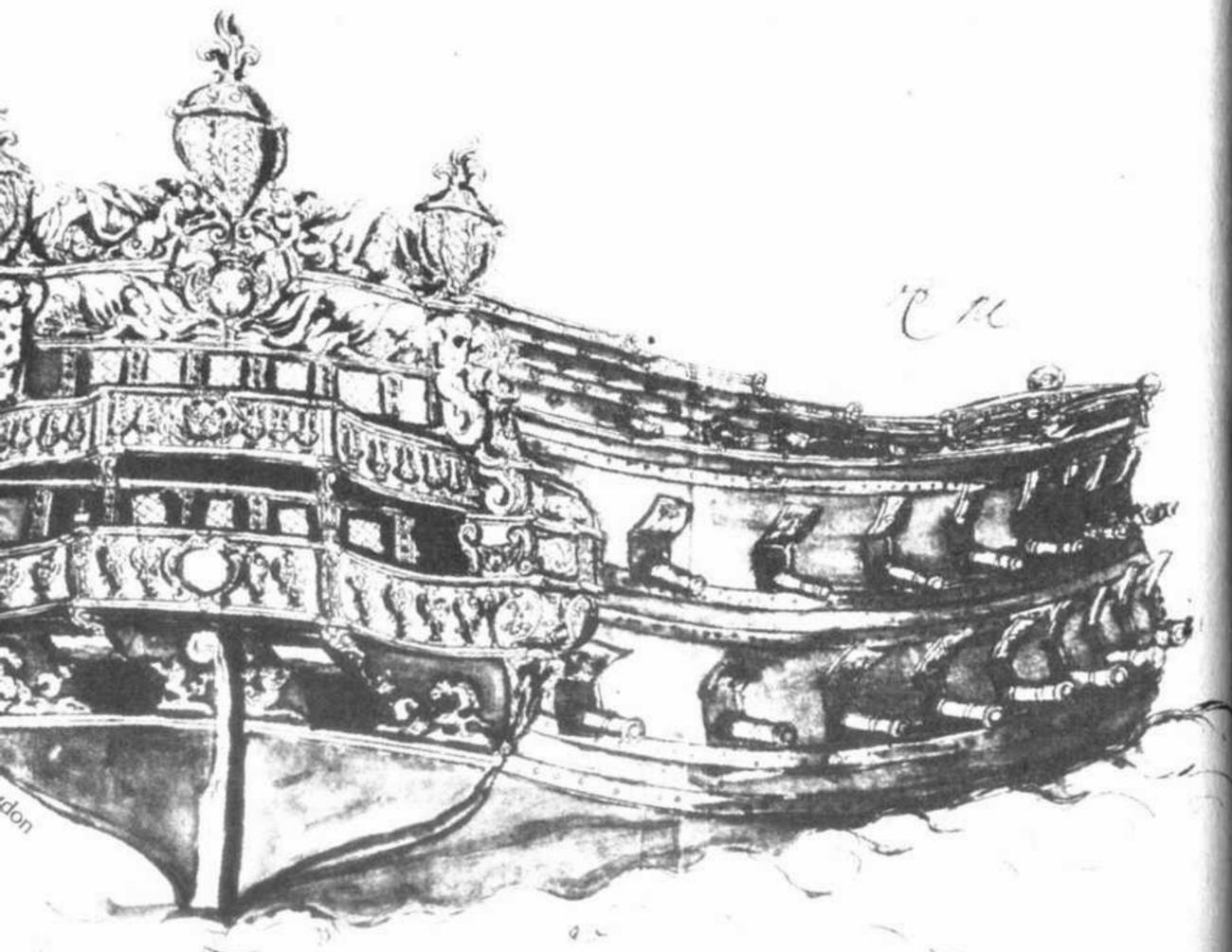
Si el ejército era esencialmente obra de Le Tellier, de su hijo Louvois, de Martinet y de Vauban, la marina de guerra era responsabilidad de Colbert y de su hijo Seignelay, y a su muerte, de Pontchartrain, perteneciente a la familia Phéliepeaux. Unido al desarrollo de la marina de guerra propiamente dicha —de menos de veinte barcos en buen estado en 1661 se pasó a sesenta barcos de guerra en 1667, ciento cuarenta en 1677 y doscientos treinta en 1688— estaba el de la marina mercante, que, fundamentalmente por lo que se refería a los barcos que hacían el comercio con las Indias Orientales, debidamente armados, podía llegar a constituir una reserva en tiempos de guerra. No deja de ser significativo que Colbert colocara los asuntos de las colonias francesas bajo la competencia del Ministerio de Marina: sin ese amplio control de las principales vías de comunicación, el desarrollo de las colonias no hubiera sido viable. Asimismo, el modo en que eran administradas la marina mercante y la armada contribuyó a que hicieran su apari-

◀ *Retrato ecuestre de Luis XIV como comandante de las fuerzas armadas, por Van der Meulen.*



El capitán Jean Bart frente a los pequeños pero veloces barcos corsarios. Grabado de Antoine Trouvain. Biblioteca Nacional. París.

Junto a estas líneas, representación alegórica de la marina mercante, según una pintura anónima. Abajo, estudio realizado por Le Brun de un antiguo barco de guerra. Museo del Louvre.



ción las guerras corsas a partir de 1692 y de 1704, cuando las escuadras de Inglaterra y Holanda resultaron ser un adversario demasiado poderoso para Francia. Los oficiales con larga experiencia de servicio en barcos mercantes eran admitidos en la armada francesa con la misma facilidad que los oficiales específicamente adiestrados para servir en ella.

Además de los barcos de guerra que se habían hecho a la mar y tenían su base en Brest y Tolón, se creó una flota de galeras, destinada fundamentalmente a operar en el Mediterráneo para proteger el puerto de Marsella contra los piratas del norte de África; pero también había una reducida flota de galeras apostada en Rochefort, dispuesta a operar en aguas occidentales y noroccidentales. Las dificultades para dotar de tripulación a las galeras eran crecientes. Aunque había suficientes oficiales, los galeotes eran escasos desde que se habían aliviado las tensiones cristiano-islámicas en el Mediterráneo. Existe una cláusula, ciertamente reveladora, en el segundo Tratado de Reparto (1700), que contemplaba Nápoles, Sicilia y los puertos toscanos como la parte del patrimonio español correspondiente al delfín, recalando que los galeotes de esos territorios pasarían a ser de su propiedad. Luis se instruyó en todo lo relativo a la armada de forma análoga a como se había instruido, de niño, en lo referente al ejército, es decir, por medio de modelos. Se construyó una flota en miniatura, dotada de todo género de embarcaciones, que fue botada en el canal de Versalles, y se montaron batallas simuladas. Esta flotilla, bajo el mando del marqués de Langeron, acaso no sea tan conocida por las generaciones actuales como las góndolas que la República de Venecia obsequió a Luis y que él empleaba con frecuencia para dar paseos nocturnos amenizados con música.

6. Luis XIV, promotor de cultura

La preocupación e interés demostrados por Luis XIV en lo referente a las fuerzas armadas era comparable a su profundo interés por lo que podríamos llamar la vida intelectual y artística francesa, porque consideraba que tenía una importancia práctica a la par que un valor estético. El rey era, en muchos aspectos, un innovador, dato que Voltaire quiso resaltar con su «*Non seulement il s'est fait de grandes choses sous son règne, mais c'est lui qui les faisait.*»

En la Academia Francesa, fundada por Richelieu en 1653, Luis insistió en la necesidad de una interpretación más liberal del concepto «hombres de letras». Consiguió que Racine y Boileau figuraran entre sus miembros, pero, pese a que apoyó personalmente a Molière, éste no resultó elegido. La tarea encomendada a la Academia —un diccionario francés— avanzaba con lentitud, y en 1663 Luis creó la Petite Académie des Inscriptions et Médailles (Pequeña Academia de Inscripciones y Medallas), compuesta únicamente por cuatro miembros y destinada a cuestiones de relativa urgencia, como la redacción de textos para monedas, medallas y estatuas, la revisión de obras en verso y prosa dedicadas al rey



Medalla de Luis cuando era joven
En su rostro puede apreciarse algo
del encanto que María Mancini
evocara en sus memorias.



Luis XIV y su ministro Colbert visitan la Academia de Ciencias de París. Obra de H. Testelin. Museo de Versalles.

—para asegurarse de que eran merecedoras de tal honor—, y la organización básica de las festividades conmemorativas de acontecimientos reales y de Estado. Sería sencillo ridiculizar a esta Academia —cosa que ya se ha hecho— tachándola de mero instrumento de censura o de que fue creada a mayor gloria del rey; pero su propósito era, en realidad, el de elevar la categoría del idioma francés que se empleaba oficialmente, garantizar el rigor histórico y encargar diseños que reflejaran el simbolismo del Estado y las preferencias del rey en materia de claridad. Las magníficas medallas del reinado de Luis XIV deben mucho a la labor de los miembros de la *Petite Académie*, quienes buscaron a expertos medallistas como Varin y Mauger, y eligieron al grabador Grandjean cuando en 1704 se acuñó una edición de medallas conmemorativas de los primeros años del reinado. Para esa primera edición —que fue seguida por otras— se empleó un nuevo tipo de letra, auspiciado por Jean Anisson, el tipógrafo real, considerada todavía como una de las mejores fundiciones posrenacentistas, y los textos corrieron a cargo de Charpentier, Racine y Boileau.

Cierto que existía la censura, pero en los informes de censores que han llegado a nuestras manos —en buena parte correspondientes al último periodo del reinado—, se hace más patente su interés por el nivel de calidad que la supresión de toda crítica. La negativa a la publicación de un libro debía estar justificada, y los motivos aducidos entre 1699 y 1704 —cuando el sobrino de Pontchartrain, el abate Jean-Paul Bignon, encargado de la Biblioteca del Rey, coordinó la labor de cincuenta y seis lectores expertos— son diversos: algunos manuscritos fueron rechazados por juzgarlos demasiado «triviales», otros porque podían «fomentar la superstición» y otro por «inmoral, por cuanto describe el amor incestuoso entre un muchacho y su hermana». Sí influían, sin embargo, las consideraciones políticas en el periodo posterior a la Revocación, toda vez que los libros considerados peligrosos desde el punto de vista religioso —bien por demasiado galicanos, demasiado jansenistas o demasiado quietistas— no estaban autorizados, como tampoco las sátiras religiosas que fueran demasiado explícitas. En términos generales, sin embargo, se seguían criterios eruditos y las órdenes del rey de que se publicara todo cuanto fuera *utile* se cumplían escrupulosamente. Existían, no obstante, otras formas de censura más severas. Un impresor de Lyon fue ahorcado en 1694 por redactar y vender un libelo acerca de Madame de Maintenon que implicaba a la persona del rey y en el que describía a su difunto esposo, Scarron, como un fantasma que rondaba a Francisca en Versalles reprochándole su conducta inmoral.

En 1665 se fundó el *Journal des Savants*, y se pidió a hombres ilustrados y prácticos que aplicaran sus conocimientos a la tarea de inventar y descubrir procedimientos útiles para las manufacturas francesas. La Academia de Ciencias, creada en 1666 —compuesta por quince miembros, cada uno de los cuales percibía quince mil libras al año—, aspiraba a fomentar el trabajo en el ámbito de las ciencias naturales y apoyaba la labor llevada a cabo en Francia por investigadores extranjeros como el matemático Huygens, de la República Holandesa, y los astrónomos Cassini de Italia y Romer de Dinamarca. Así mismo, la Academia contribuyó en gran medida, como hicieron sucesivos ministros de Marina, a perfeccionar la cartografía y la hidrografía. Un interés más personal en las artes en general llevó a Luis a fundar la Academia de Pintura y Escultura (1655), la Academia Francesa en Roma (1666) y la Academia de Arquitectura (1671), en las que sus miembros promovían las artes visuales y los proyectos de construcción, tan importantes para el rey. También en este caso, el apoyo económico se ampliaba a artistas extranjeros, incluso los que no trabajaban ni dentro de ni para Francia, aunque a medida que la situación financiera se hizo más apremiante, a fines de los años 1680 —una disminución en el número de contribuyentes, causada por cambios demográficos anteriores a 1661, coincidió con unos onerosos e inesperados gastos de guerra—, todo dinero sobrante era preferentemente empleado dentro de Francia, llegándose incluso a suspender los proyectos de construcción de Versalles.

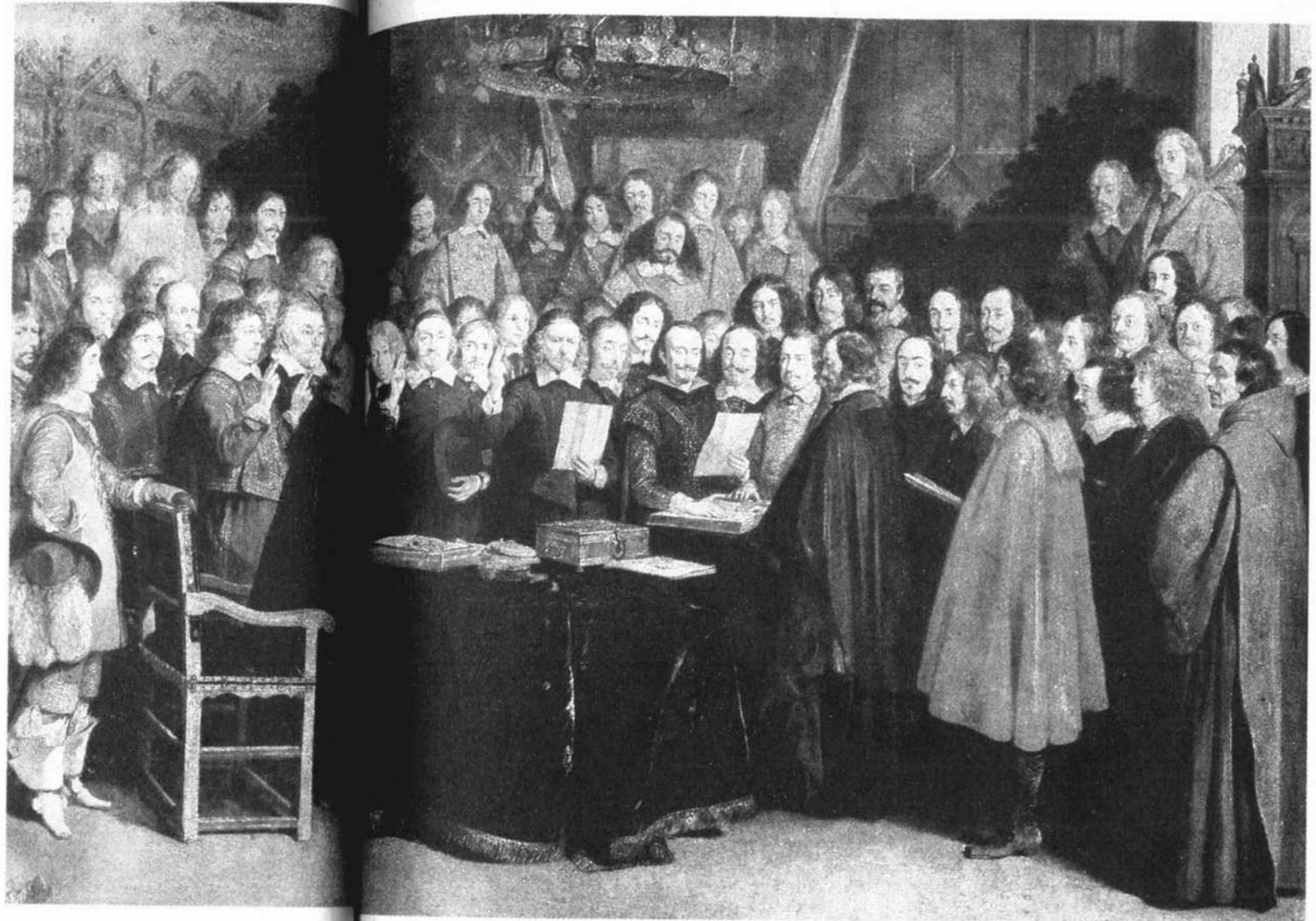
7. Política exterior

Los problemas internos de Francia se agudizaron durante los primeros años de gobierno personal de Luis XIV. Según evoca en sus *Instrucciones al delfín*, el panorama extranjero aparecía tan sereno —los tratados de Westfalia y de los Pirineos habían pacificado Europa— que hacía que un joven rey ambicioso de glorias militares lamentara la falta de oportunidades de conquistarlas. La situación europea, sin embargo, no permanecería estable durante mucho tiempo, y dado que la posición de Francia en Europa representaba la preocupación primordial del monarca, los asuntos extranjeros cada vez acaparaban más su atención, al tiempo que cuatro guerras (1667-68, 1672-79, 1688/9-97, 1702-13/14) le obligaban a suspender la labor de la reforma emprendida en el país. No había que ir muy lejos para hallar los motivos. Francia había ampliado sus fronteras del norte y el este y podían ser fácilmente invadidas: a lo largo de los valles ribereños que llevaban desde Flandes y los territorios del bajo Rin hasta el interior de Francia, a través de Lorena y el paso de Belfort en la región de la Borgoña, y por encima de los pasos de Saboya y Barcelonnette, más al sur. Surgieron problemas que eran ajenos a Francia en sus orígenes, pero que afectaron profunda e inmediatamente sus intereses estratégicos. A este respecto, las reacciones de Luis en lo que se refería a política exterior cabe interpretarlas como defensivas de intención, aunque luego acabara estallando la guerra. La misma recuperación que había experimentado Francia, así como el empeño de Luis y sus ministros en explotar los recursos del país, representaba un problema para otras potencias extranjeras. La obsesión de Luis por reforzar su posición estratégica en el norte y el este alarmó a sus vecinos alemanes; su insistencia en situarse al mismo nivel que las potencias marítimas en lo tocante al comercio y las empresas coloniales levantó represalias. A este respecto, las iniciativas de Luis conllevan unas implicaciones agresivas que provocaron el temor a que Francia se convirtiera en una potencia demasiado grande y vinieron a ser los catalizadores de la guerra.



La fortaleza de Pignerol, en los Alpes saboyanos. Luis sacrificó esta plaza en 1696 a fin de conseguir la paz en Italia.

Juramento de ratificación del tratado de Westfalia en Münster, por Gerard Terborch. National Gallery, Londres.



Las experiencias de Richelieu y de Mazarino indicaban algunas pautas a seguir, centrando la atención en el cerco Habsburgo, que presionaba a Francia, y en el norte de Italia, como el punto donde cabía romper el contacto. Fue por ese motivo por lo que Richelieu se había aferrado a Pignerol, que controlaba los pasos montañosos de los Alpes Marítimos, y Luis siguió esa política al adquirir Casale, en 1681, a un duque de Mantua arruinado. Pero Luis se enfrentaba a otros problemas no menos acuciantes, los cuales, a la hora de la verdad, le indujeron a renunciar a su posición en el norte de Italia para salvaguardar la frontera oriental de Francia, y a abandonar todo control e influencia en la parte sur de la península italiana y sus islas, pese a que un barco de guerra había derrotado a treinta y siete galeras españolas frente a las costas de Elba en 1664, y a que el testamento de Carlos II, en 1700, nombraba al nieto de Luis heredero de todas las posesiones españolas, incluyendo las de Italia. Por el mismo motivo —la necesidad de concretar prioridades—

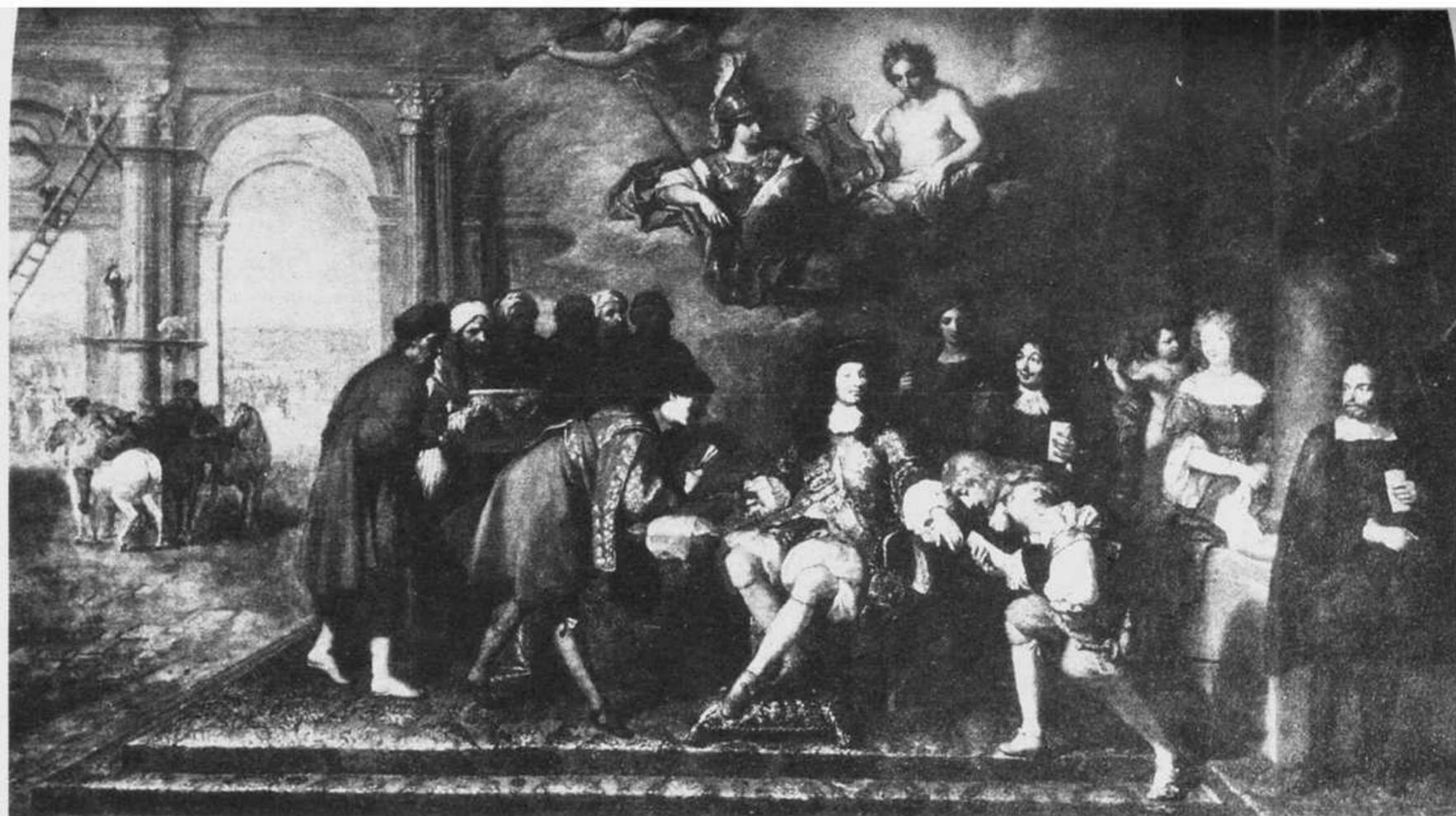
Luis se vio forzado en 1693 a llegar a un acuerdo con el papado y modificar su postura galicana, que había adoptado en 1682. Poco a poco, Luis fue abandonando la cuestión de Italia para centrar su atención en dos asuntos de vital importancia: los puntos débiles de sus fronteras en el norte y el este y la expansión del comercio y la colonización francesa para suplir los ingresos procedentes de la tierra en un reino donde los precios agrícolas oscilaban sistemáticamente y descendían cada vez que había una buena cosecha —en especial, el precio del grano— y se producía una lenta disminución de los valores del suelo.

La Paz de Westfalia había otorgado a Francia soberanía sobre los obispados de Metz, Toul y Verdún, de tal modo que esos territorios, desde hacía tiempo ocupados y administrados por Francia, pudieron ser plenamente incorporados a Francia y sus límites exactos fijados por medio del examen de cartas y demás documentos respecto a «dependencias», lo cual venía a ser una concomitancia

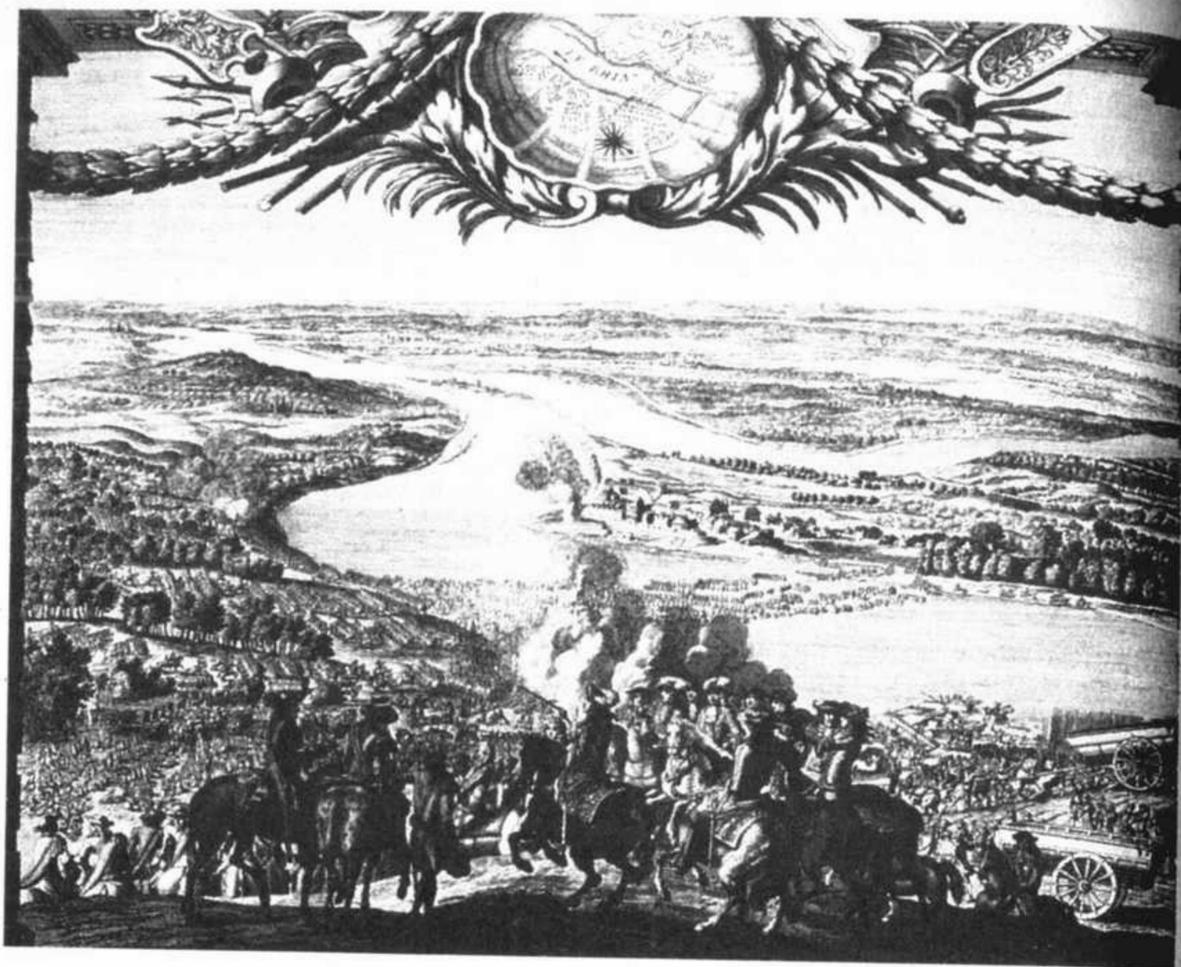
normal en toda cesión de tierras, un largo proceso, dado que el nuevo dueño pretendía reclamar tanto como la ley le concediera y el antiguo propietario se resistía a entregar más de lo que estuviera obligado a ceder. La tarea de determinar qué lugares en litigio —por lo general pequeños, si bien de suma importancia estratégica— debían pasar a Francia junto con los obispados, comenzó inmediatamente después de 1648, pero la guerra contra España, que duraría hasta 1659, la primacía de las reformas en Francia y las dos primeras guerras de Luis —emprendidas contra los países del norte— pospusieron en gran medida el proyecto de «reunión» hasta después de la Paz de Nimega (1678-79), cuando se hubo resuelto satisfactoriamente la cuestión del rechazo, por parte imperial y de los Habsburgo, al acuerdo de 1648.

Tal rechazo se planteaba más con respecto a Alemania que con respecto a los obispados. En la Paz de Westfalia, los Habsburgo austríacos y el Imperio habían cedido a la corona de Francia «todos los derechos, propiedades, dominios, posesiones y jurisdicciones» de la ciudad de Breisach —una fortaleza clave conquistada por los franceses durante la guerra de los Treinta Años—, así como en los landgraviatos de la Alta y Baja Alsacia y del Sundgau. Diez ciudades imperiales, conocidas con el nombre colectivo de *Decápolis*, fueron cedidas tan sólo bajo el término de «dominio provincial», lo que no entrañaba necesariamente posesión territorial. Esa fue la semilla del futuro conflicto. ¿Significaba ello que dicho término reservaba para el Imperio los derechos soberanos, o resolvería el último párrafo del tratado —que afirmaba que «nada de lo expuesto más arriba mermará en modo alguno los derechos soberanos de Luis XIV»— la cuestión a favor de Francia?

La tensión entre Francia y el emperador, que no entre Francia y el Imperio, se había agudizado desde la firma del tratado de paz de 1648. En virtud de éste, Fernando III se comprometía a no apoyar a Felipe IV de España ni directa ni indirectamente en su guerra contra los franceses, pero al poco tiempo envió tropas a luchar del lado español en Flandes. El Imperio estaba cansado de la guerra, y los Estados del Rin —conscientes del peligro que corría Viena— formaron una liga para salvaguardar su neutralidad. Mazariño consiguió que Francia fuera admitida en la Liga del Rin, y a instancias de sus miembros alemanes se incluyó una cláusula en la capitulación del emperador Leopoldo —quien sucedió a su padre como gobernante del Estado austríaco en 1657 y fue nombrado emperador en julio de 1658— que estipulaba que debía abstenerse de apoyar a los enemigos de Francia, bien con armas o con dinero. La Liga se disolvió después del tratado de paz en 1659, y no se



La Paz de Nimega, por Charles Le Brun. Museo de Budapest.



La travesía del Rin, en 1672, previa a la invasión francesa de la República de Holanda. Luis XIV aparece en el centro, con su bastón alzado. Biblioteca Nacional, París.

renovó en 1655, pese a los esfuerzos de Luis en ese sentido. En tiempos de paz, los Estados del Rin tenían menos necesidad de formar una asociación que en cierto modo resultaba adversa a Austria. Su posición en el Imperio se hallaba en todo caso protegida por las garantías francesa y sueca de aquel *Landeshoheit* (soberanía) que determinados príncipes habían logrado obtener, no sin muchos esfuerzos, del emperador, y Viena continuó representando la fuente de la que podían extraerse, siempre que se presentara la ocasión, derechos y privilegios. Y esas ventajas se valoraban más que el dinero que Luis XIV podía y estaba dispuesto a ofrecer en subsidios y pensiones.

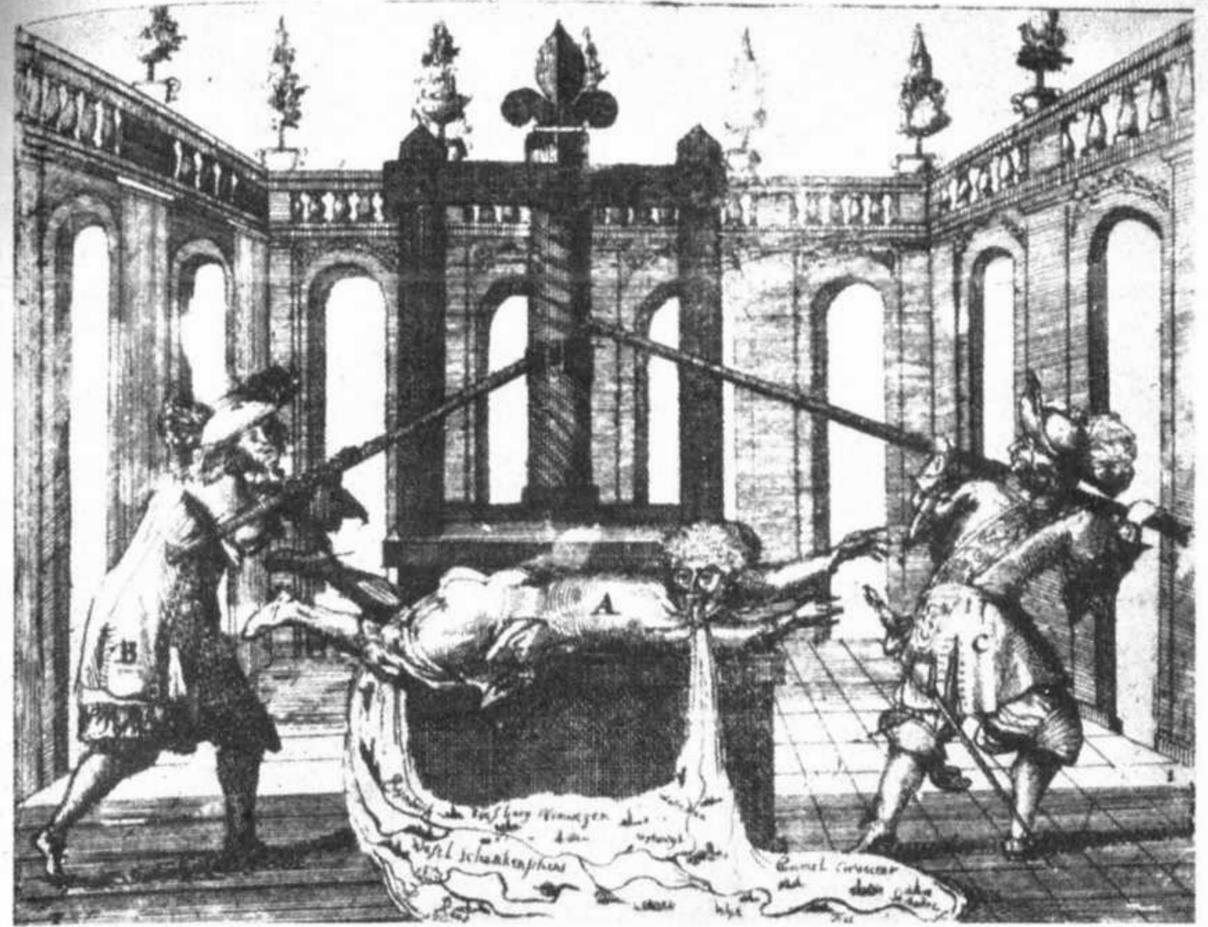
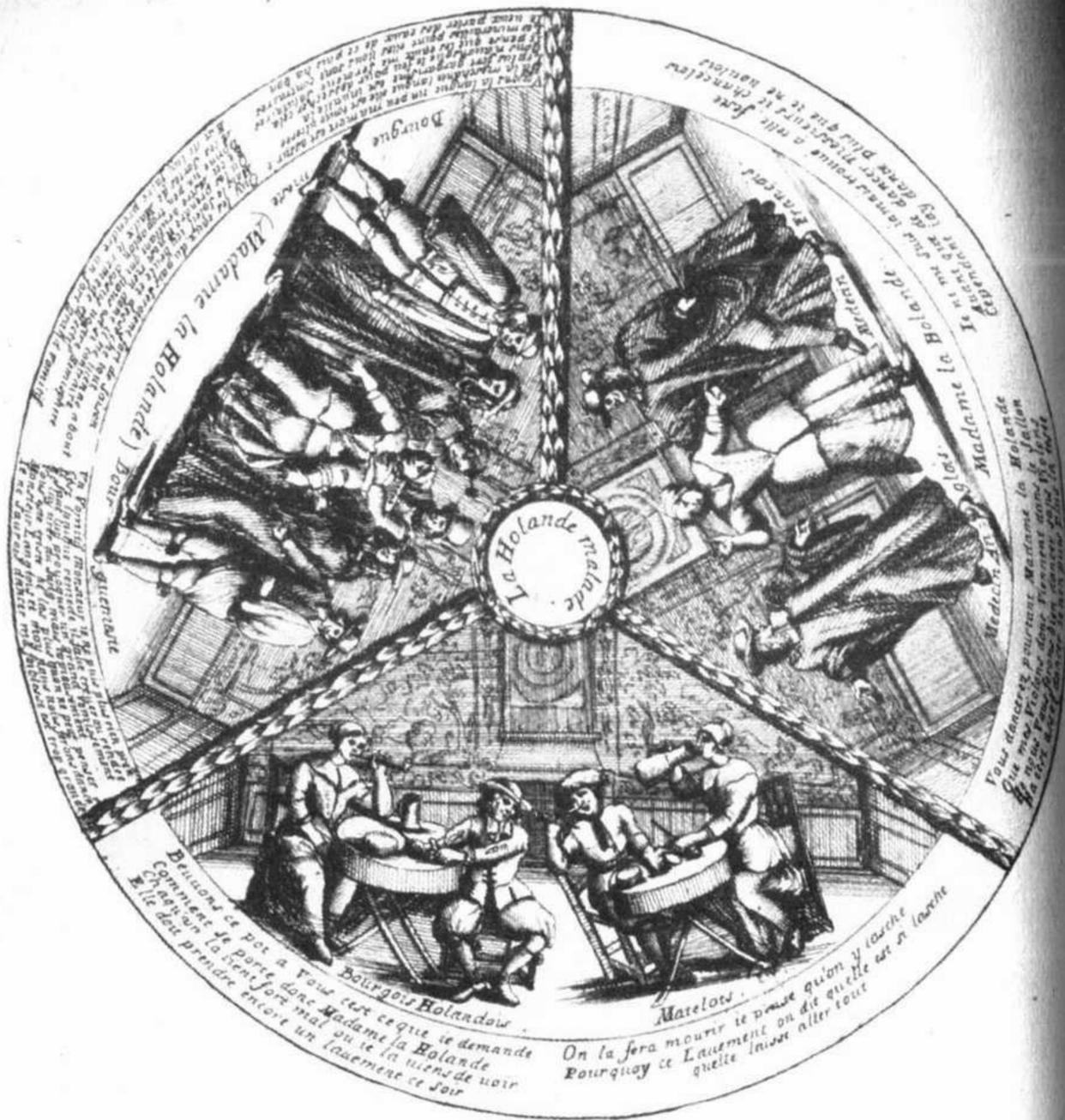
Y lo que era más importante todavía, la guerra entablada por Luis a propósito de los derechos de la reina, en 1667, no era bien vista en el Imperio, pues se decía que el rey de Francia ya había obtenido ventajas suficientes en virtud del tratado de paz de 1659 y, por consiguiente, debía perdonar y olvidar el hecho de que la dote de su esposa no se hubiera satisfecho. El ataque francés contra Flandes alarmó de modo especial al arzobispo elector de Tréveris, y la invasión francesa del Franco Condado causó profundo malestar



Entrada de Luis XIV y la reina María Teresa en Douai (1667). Grabado realizado a partir de una pintura de Van der Meulen sobre este episodio de la guerra de Devolución.

en los Estados del Rin. La noticia de que España, en el congreso de Aquisgrán, había evitado hacer concesiones en el este y se había limitado a hacerlas en el extremo occidental de Flandes fue bien acogida, pero las semillas de sospecha contra Francia ya se habían implantado. Estas comenzaron a fructificar cuando Luis dirigió su ambiciosa mirada sobre Lorena, y alcanzaron su plenitud —en beneficio de Leopoldo— tras el ataque de aquél contra la República Holandesa en 1672.

Es preciso reconocer que los primeros pasos hacia las hostilidades fueron dados por Leopoldo, de quien Luis se había creído a salvo en virtud de un tratado de neutralidad firmado en 1671. Cuando en mayo de 1673 el emperador persuadió al arzobispo elector de Tréveris de que admitiese la entrada de tropas austríacas en sus fortalezas de Coblenza y Ehrensbreitstein, que dominaban pasos vitales del Rin, los ejércitos de Luis estuvieron a punto de verse obligados a retroceder; y cuando Leopoldo ocupó Philippsburg —perteneciente al obispo de Espira— se dio por sentado que se produciría un inminente ataque contra Alsacia. Las represalias tomadas por Luis fueron, por fuerza, rápidas y agresivas: ocupó la



La Hollande Malade, un grabado anónimo que fue utilizado como propaganda francesa contra Holanda. Biblioteca Nacional, París.

◀ Propaganda holandesa contra Francia que alude a la «situación» de la República tras los ataques de Luis en 1672 y 1673. Biblioteca Nacional, París.

Decápolis, sitió y ocupó la capital de Tréveris y se dispuso a atacar Philippsburg. A raíz de ello, Leopoldo pudo unir Alemania –superando incluso divisiones religiosas– contra Francia, y en mayo de 1674 el Imperio declaró la guerra a Luis. Algunos Estados alemanes, tales como Baviera, mantuvieron su alianza con él, pero el arzobispo elector de Colonia tuvo que ocultar sus lazos con Francia y retirarse de la guerra de Holanda, mientras que el elector de Brandemburgo –que poseía territorios e intereses en el Rin– intervenía en la guerra en 1675 del lado holandés.

A partir de esa fecha, y pese a los aliados alemanes que Luis había logrado conservar o adquirir en tiempos de guerra, la revocación del acuerdo de 1648 pasó a ser un objetivo perseguido a la vez por el Imperio y los Habsburgo austríacos. En vista de las invasiones y estragos padecidos por Alsacia en 1657 y 1676-77, Luis, por su parte, llegó a la conclusión de que era imperativo cerrar las

brechas, las *portes d'entrée*, de su frontera oriental. A partir de entonces la propaganda difundida por ambas partes, la francesa y la germano-holandesa, fue incesante y aumentó cuando después de 1688 los ingleses se sumaron al bando contrario a Luis. Doctos tratados, panfletos sutiles y menos sutiles, comedias divertidas, canciones populares, versos procaces y toscas caricaturas fueron acumulándose en tal cantidad, que han logrado confundir a los historiadores interesados tan sólo en los hechos de uno u otro bando, o a los que se inclinan a aceptar los argumentos de unos u otros como si fuera el Evangelio.

En la «guerra de Holanda», los ejércitos franceses tuvieron bastante buena fortuna –una vez recuperados de la sorprendente escalada de la guerra–, y Luis empleó toda su habilidad diplomática para obligar a la coalición antifrancesa a aceptar la Paz de Nimega. En virtud de la misma, la República, que había sido atacada por

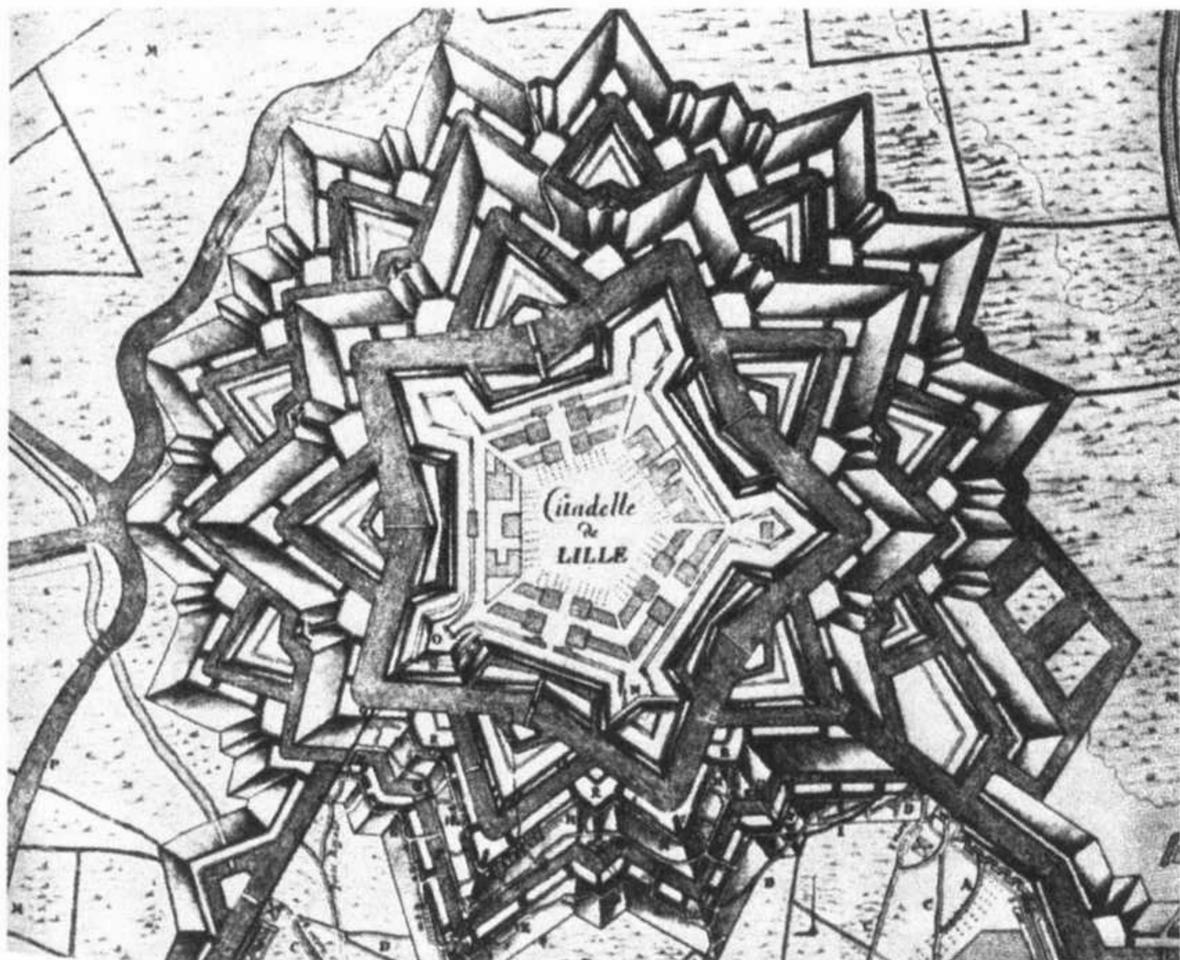
Luis, obtuvo compensación (*satisfactio*) mediante la abolición de la prohibitiva tarifa arancelaria de Colbert, de 1667; a su vez, España, que había declarado la guerra a Luis, pagó *satisfactio* mediante el Franco Condado y ocho plazas en Flandes. El *statu quo* respecto a Lorena, el emperador y el Imperio fue restituido, lo cual supuso un gran paso adelante dado que la postura francesa de 1648 se había basado en lo siguiente: Alsacia, incluyendo la Decápolis, formaba parte de Francia. Por añadidura, Luis pudo conservar Friburgo de Brisgovia, conquistado por las fuerzas francesas durante la guerra. Su propuesta de restituirlo sólo a condición de que Philippsburg fuera devuelto al obispo de Espira fue rechazada, y la insistencia de Leopoldo en aferrarse a tan importante llave para Alsacia se interpretó como un mal presagio para el futuro. También lo fue la decisión del duque de Lorena de no regresar a su ducado: la renovación de los términos de la Paz de los Pirineos —que su tío Carlos IV había aceptado en 1659— se le antojó humillante a Carlos V, y más aún la ocupación francesa, recientemente estipulada, de Nancy y Longwy. Prefirió el exilio en Austria, donde llegó a ser virrey del Tirol, casó con la hermana de Leopoldo, adquirió gran prestigio como general y esperó la ocasión de vengarse. Entretanto, los franceses ocuparon Lorena, y Luis empezó a confiar poder ofrecer algún día al duque un equivalente territorial lo bastante tentador para que esa «provincia de Francia» pasara a «unirse en cuerpo y alma a la nación».

Las espectaculares ventajas territoriales obtenidas en virtud del acuerdo de paz de 1678-79 indujeron a los franceses a conceder a Luis el título de *Le Grand*, pero el monarca y sus consejeros eran plenamente conscientes de lo frágil de la posición de Francia, especialmente en el este. Con respecto al norte, las últimas plazas que se habían conquistado permitían la construcción de una *barrière de fer* (barrera de hierro), diseñada y llevada a cabo por Vauban, consistente en unas fortalezas unidas por vías de agua y canales y lo bastante resistente, aun cuando las «líneas» situadas frente a ésta fueran violadas —como lo fueron por Marlborough en la guerra de Sucesión de España—, para detener la invasión del enemigo en territorio propiamente francés.

Era conveniente construir también una barrera defensiva en el este, donde España había cedido el Franco Condado. El Rin y el Mosela constituían en sí mismos unas importantes barreras, pero con la finalidad de impedir al emperador el uso de cabezas de puente vitales, se emprendió entre 1678 y 1681 una política de anexiones mediante la cual, tras el examen de «pertenencias y dependencias» respecto a las nuevas cesiones y otro examen aplicado



Retrato de Vauban, creador de la *barrière de fer*, por Le Brun (Bibliothèque du Genie, París). Bajo estas líneas, proyecto de las fortificaciones de Lille, también obra de Vauban, que formaban parte de la mencionada barrera defensiva (British Museum, Londres).



a las de 1648, se pretendía o bien vincular las posesiones francesas, o bien controlar la política extranjera de los príncipes, que eran obligados a aceptar la soberanía francesa por medio de juramentos de fidelidad, aunque sus tierras no estuvieran administradas por Francia. La piedra angular de dicho sistema fue Estrasburgo, que,

junto con su fortaleza de Kehl —en la orilla opuesta del Rin—, fue conquistada en 1681 no en virtud de una anexión, sino por medio de amenazas y concesiones como castigo a su reciente colaboración con los enemigos de Francia. Luis XIV y Louvois se apostaron no lejos de allí con el ejército de trece mil hombres mientras se negociaban las condiciones que garantizaban la autonomía de Estrasburgo en asuntos internos, incluyendo la libertad religiosa, si bien a costa de entregar la catedral a la Iglesia católica romana. La pérdida de tan importante ciudad imperial libre causó gran amargura en el Imperio, y la política de anexiones dentro de Luxemburgo, un ducado que, aunque español, no dejaba de ser un feudo imperial —y por tanto todavía parte del Imperio—, provocó alarma. Luis suspendió su política de anexiones en Luxemburgo cuando los turcos atacaron al emperador en 1682, pero un año después, al declararle la guerra España, una guerra en cierta medida provocada por las acciones francesas anteriores a 1682 en el ducado de Luxemburgo y en Flandes, la ciudad y la fortaleza de Luxemburgo fueron conquistadas.

Carlos II se había embarcado en esa guerra confiando obtener apoyo militar por parte de las potencias que habían firmado los tratados de 1681 —la República Holandesa, Suecia y el emperador— a fin de impedir que Francia traspasara los límites fijados por el Tratado de Nimega. Las dos primeras potencias ofrecieron sólo apoyo diplomático y financiero, y Leopoldo se hallaba demasiado acosado por los otomanos como para intervenir en la guerra, de modo que España tuvo pronto que solicitar la paz. En 1648 se acordó una tregua de veinte años —la tregua de Ratisbona—, en virtud de la cual, España, el emperador y el Imperio convinieron en que Francia conservaría durante ese periodo tanto las anexiones alemanas como las españolas, comprendiendo éstas —aparte de Luxemburgo— Courtrai y Dixmude en Flandes. Luis confiaba en que Francia podría transformar la tregua, antes de agotarse el plazo, en una paz permanente, e incluso se proyectó un monumento para la frontera oriental que ostentaría la orgullosa inscripción de *Securitati Perpetuae*.

Tales palabras resultaron más aventuradas de lo que los hechos permitían presagiar, y cuando en 1692 se levantó el monumento en las riberas del Rin, Luis se hallaba ya envuelto, muy en contra de su voluntad, en una nueva guerra con sus vecinos alemanes, a quienes su ministro Louvois había definido ya en 1648 como «nuestros auténticos enemigos». La lucha, que estalló en el invierno de 1688-89, siguió la pauta, por esos tiempos ya familiar, de una iniciativa leopoldina y unas represalias ludovicanas. Contando con



Sátira acerca de las ambiciones europeas en las negociaciones de paz.
Biblioteca Nacional, París.

el apoyo papal, Leopoldo había conseguido imponer en 1688 a su candidato, el príncipe José Clemente de Baviera, que a la sazón sólo contaba diecisiete años de edad, como arzobispo elector de Colonia, si bien el coadjutor Wilhelm Egon von Fürstenberg, al que apoyaban los franceses, había sido elegido por la mayoría de quienes tenían el derecho a elegir al sucesor de Maximiliano Enrique. Las demandas para que se arbitrara en esa cuestión, así como en la de una compensación monetaria por la herencia de Liselotte en el Palatinado —que se venía debatiendo desde 1685—, fueron rechazadas. Colonia era lo suficientemente importante como para obligar a Luis y a Louvois a tomar medidas, máxime cuando Francia deseaba por aquel tiempo llevar a cabo una maniobra de diversión en el oeste con el fin de impedir que los turcos firmaran la paz con Leopoldo. El monarca francés y sus consejeros tenían pensado emprender una breve campaña —de unos tres meses de duración— a fin de detener la invasión enemiga, y, con suerte, transformar la tregua de Ratisbona en un acuerdo permanente. Lo cierto, sin embargo, es que se convirtió en una guerra, la de los Nueve Años.

Dicha guerra vino a señalar un momento crítico en las relaciones franco-austríacas. A diferencia de lo que ocurrió en 1673, aunque similar a lo que se repetiría en 1701-02, fue Leopoldo quien

tomó la iniciativa, aunque no existía ninguna otra guerra emprendida contra Luis XIV, dato éste que confirma la seguridad adquirida por Viena tras las victorias contra el sultán en los años 1680. En segundo lugar, los imperiales actuaron sin pérdida de tiempo —al igual que en la guerra de Sucesión de España—, y en octubre y noviembre sus tropas enfilaban hacia las fronteras de Francia. Leopoldo no tuvo que esperar mucho hasta poder disponer de aliados fuera del Imperio, dado que Guillermo III obligó a las dos potencias marítimas a intervenir en la guerra en 1698, y España se unió a esta Gran Alianza en 1690.

Durante la guerra de los Nueve Años, Luis tuvo que afrontar la desconfianza que inspiraba en el Imperio y en los Países Bajos, y decidió emprender una política encaminada a restablecer sus relaciones con ellos. Siguió adelante en su empeño pese a las voces de protesta que se alzaron en Francia, donde se cantaban por las calles baladas que enumeraban las victorias de la guerra —Fleurus en 1690, Stenkerk en 1692, Neerwinden en 1694, además de los sitios de Mons y Namur—, comparándolas, línea por línea, con las anexiones a las que estaba dispuesto a renunciar Luis en el congreso de Paz de Ryswick. Se restituyeron plazas que habían sido conquistadas, y de las anexiones sólo se conservó Estrasburgo. Lorena fue restituida bajo unas condiciones aceptables al duque Leopoldo José, y Guillermo III fue reconocido rey de Inglaterra, aunque los Estuardo no fueron expulsados de Francia como él pretendía: eso habría sido una infamia. Luis hubiera deseado conservar Luxemburgo, pero dado su afán por mejorar sus relaciones con España, no tuvo más remedio que desprenderse de él.

Luis sabía ya que jamás lograría ganarse no sólo la amistad de Leopoldo, sino ni siquiera la neutralidad, pues ello había quedado bien patente durante las negociaciones secretas con Viena en tiempos de la guerra. Las propuestas de Luis de renunciar a sus derechos y los de sus herederos sobre España y su Imperio, añadiendo que tales renunciaciones serían debidamente registradas por el Parlamento de París, fueron rechazadas de plano, toda vez que el precio exigido por Luis era una reafirmación de la Paz de Nimega y la condición de que España no se uniría al Estado austríaco bajo el único gobernante. Leopoldo no estaba dispuesto reforzar la postura francesa de 1648 ni a renunciar a su sueño de restablecer el Estado multinacional de Carlos V, por lo que persistió en su objetivo alemán: Metz, Toul y Verdún, junto con Alsacia, debían volver al Imperio. Asimismo, pretendía reconquistar el Franco Condado para España, aunque se mostrara más bien indiferente a las pérdidas sufridas por este país en Flandes entre 1659 y 1678.

Los aliados holandeses e ingleses de Leopoldo no compartían su afán por alcanzar ese objetivo —se contentaban con la restitución de las anexiones—, y pese a haberle prometido apoyo en sus reivindicaciones a la totalidad del patrimonio español en caso de que Carlos II muriese mientras seguían las hostilidades con Francia, tal compromiso llegó a su fin —a juicio de las potencias marítimas— con la Paz de Ryswick. Agotados sus recursos económicos, al igual que le había pasado a Francia, cuando menos temporalmente, Guillermo III y Heinsius, el gran pensionario holandés, respondieron a los intentos de Luis XIV de hallar solución a la cuestión de la sucesión española exigiendo un reparto que no alterara el equilibrio de poder en Europa o ultramar.

Tales intentos fracasaron estrepitosamente, y los ingleses y holandeses, tal como había vaticinado Leopoldo, eligieron a la hora de la verdad combatir del lado del emperador en la guerra de Sucesión de España. Conseguir para Viena y el Rin una «barrera» contra Francia —revocando el acuerdo de 1648— vino a ser un objetivo primordial perseguido durante toda la guerra, pero en sus últimas fases el emperador Carlos VI dedicó tal atención a los objetivos austríacos en Italia, que fue acusado por el Imperio de anteponer los intereses de su Casa a los de su misión alemana.

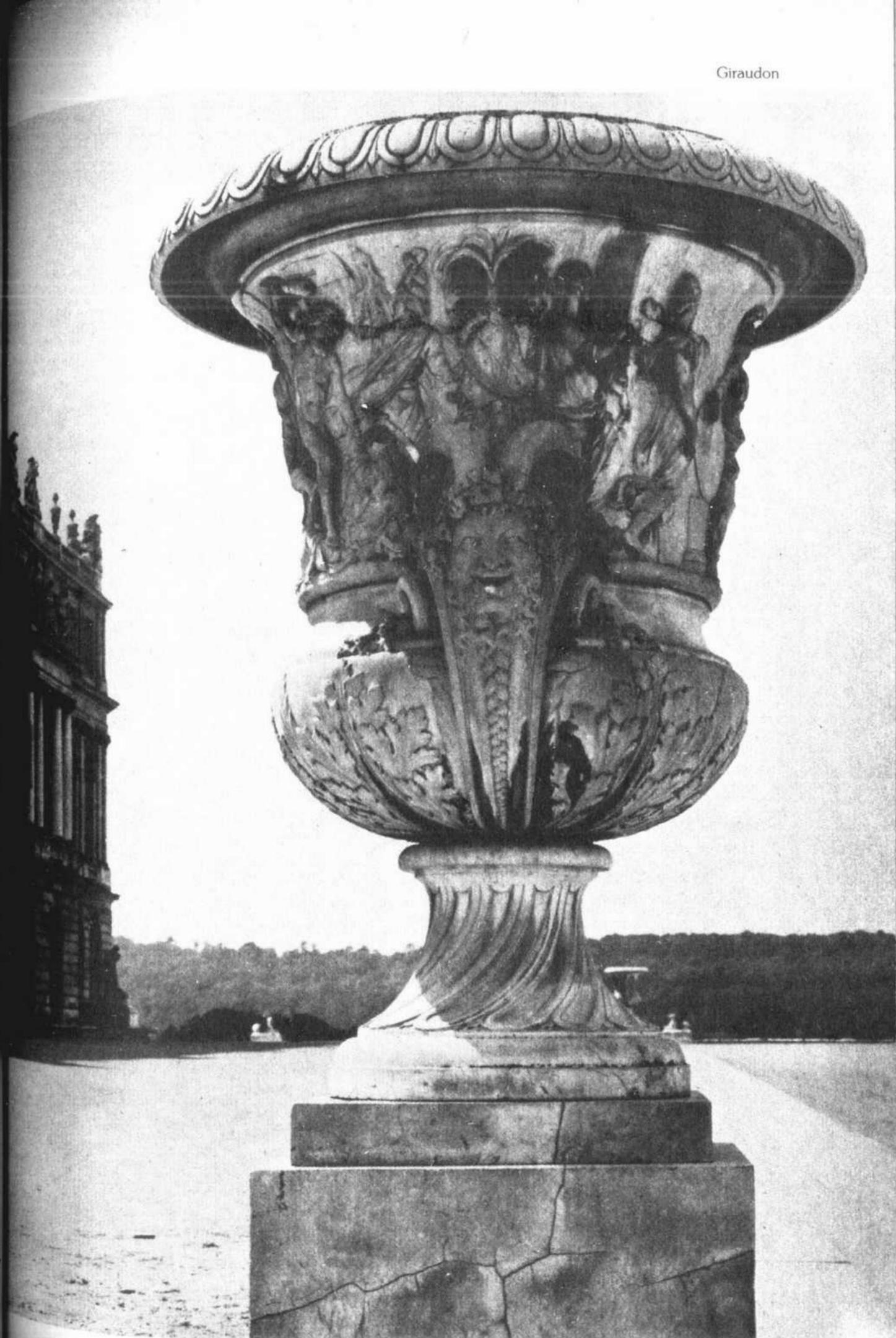
Existe otro aspecto de las relaciones de Luis con Alemania que merece resaltarse. Mientras las probabilidades de los Habsburgo austríacos de restablecer el imperio de Carlos V seguían siendo dudosas —al final se desvanecerían—, Leopoldo, en los años 1680 y 1690, iba ganando mucho terreno en el sureste de Europa, lo cual, a juicio de Luis, hacía peligrar no sólo la frontera oriental de Francia sino el equilibrio de poder en el continente europeo. Las victorias sobre los turcos, aunque participaron otros príncipes —especialmente los papas, los reyes de Polonia y Lituania y los zares de Rusia—, significaron una ampliación territorial importante sobre todo para Leopoldo, dado que el imperio húngaro, al ser reconquistado a los otomanos, pasó por derecho histórico a poder de la Casa de Austria. Luis XIV tuvo escasa fortuna con su campaña propagandística en el Imperio, y en vano trató de alarmar a los príncipes con el fantasma de un emperador todopoderoso que, animado por sus triunfos sobre los turcos, convertiría Alemania en una *monarchie*. El grito de Viena de «*Auf, Auf Ihr Christen*» causó mucho mayor impacto. Tras examinar detenidamente el material de los archivos austríacos nos damos cuenta, sin embargo, de que Leopoldo se mantuvo firme en su «misión alemana» contra el sultán a instancias de sus consejeros, quienes le aseguraron que sólo mediante una victoria en el este llegaría a ser lo bastante poderoso para revocar

el pacto de 1648 en lo que a Francia se refería. La inquietud de Luis XIV ante la cuestión turca en la década de 1680-90 no se basaba, por tanto, en una quimera. Aunque se equivocó al juzgar la situación interna del Imperio, existía efectivamente cierta relación entre la cruzada en Europa contra los otomanos y la seguridad —o vulnerabilidad— de su frontera oriental.

La primera fase del ataque turco, a principios de la década de 1660-70, no presentaba a Luis ningún dilema, puesto que el problema de su frontera no había alcanzado aún su punto crítico. Seis mil soldados franceses contribuyeron a ganar la batalla de San Gotardo en 1664, y Luis puso soldados y barcos a disposición del papado para la defensa de Candía —en Creta—, que acabó en la estrepitosa derrota de 1669. Leopoldo, que aún no tenía hijos, no había adoptado todavía una postura intransigente respecto a la sucesión española, y en 1668 firmó junto con Luis un acuerdo secreto de reparto, en el que reconocía los derechos de su cuñada. Ello prometía a Francia una buena tajada si Carlos II moría sin dejar herederos legítimos: Flandes, Franco Condado, Nápoles, Sicilia y los *presidii* toscanos, Navarra, Filipinas y los puertos africanos, de los cuales, los más importantes eran los de Orán y Ceuta. Las acciones emprendidas por Leopoldo entre 1673 y 1679 anulaban dicho acuerdo y colocaron a Luis en una difícil posición cuando, en 1682, los turcos reemprendieron su ataque. Razones de Estado determinaron, en primer lugar, una política de no colaboración con el emperador, y posteriormente, de decidido —aunque secreto— apoyo a los turcos. Con todo, Luis tenía problemas de conciencia. Públicamente, afirmaba que demostraba su apoyo a la lucha europea contra el infiel al no atacar a Leopoldo en unos momentos en que el emperador tenía serios problemas en el este. Pero la postura negativa del rey de Francia, tradicionalmente conocido como *Rex Christianissimus*, resultaba del todo inaceptable, y el historiador francés Orcibal acierta sin duda cuando atribuye la revocación que Luis hizo del Edicto de Nantes —tan en contra de su deseo de evitar el uso de la fuerza en materia religiosa— fundamentalmente a la necesidad que tenía de una cruzada interna que encubriera el fallo cometido por Francia al no actuar enérgicamente contra los turcos.

Un acuerdo entre Leopoldo y Luis respecto a la sucesión española habría llevado a Francia a una situación conflictiva cada vez más grave con relación a las potencias marítimas. Las condiciones

Jarrón de Versalles que celebra la participación francesa en la derrota de los turcos en San Gotardo (1664).



de paz, a partir de 1659, y las reformas internas de Luis dieron impulso a la industria y el comercio francés, lo que provocaría una dura competencia con la República Holandesa e Inglaterra en la Península Ibérica y en el Mediterráneo y, cuando Francia comenzó a surcar los mares occidentales y del sur con el propósito de acceder a nuevos mercados, en el comercio americano, africano y de Extremo Oriente.

Los primeros conflictos se produjeron con las Provincias Unidas. Los holandeses, antiguos aliados, protestaban, sin embargo, de las ventajas obtenidas por Francia en Flandes, en virtud de la Paz de los Pirineos, y decidieron pararle los pies: *Gallus amicus, sed non vicinus* (francés amigo, pero no vecino). Durante la guerra de los Treinta Años, la República había librado diez campañas con el fin de unir a las diez provincias de los Países Bajos del sur —que en la revuelta inicial de 1568 contra España eran parte, al igual que las siete provincias del norte, de los Países Bajos insurrectos— con el norte; pero esa tarea correspondía a los príncipes de Orange, estatúderes de la República, más que a la oligarquía mercantil. Cuando la oligarquía se halló en una posición de dominio, tras la inesperada muerte de Guillermo II en 1650, durante un largo periodo en que no hubo estatúderes, se opuso a la expansión: toda ampliación del territorio de la República dejaría sin efecto el cierre del Escalda e incluiría la participación de Amberes, que se convertiría en rival de las prósperas ciudades de la Provincia de Holanda, en especial Amsterdam y Rotterdam. Los planes llevados a cabo en tiempos de guerra para un reparto de los Países Bajos del sur entre holandeses y franceses —Francia se quedaría con Artois, donde se hablaba francés, y con Flandes— fueron por tanto abandonados.

La guerra emprendida por Luis con el fin de defender los derechos de la reina puso de relieve los conflictos franco-holandeses. Todos los historiadores franceses sin excepción, al menos hasta la fecha, describen esa guerra —así como la de Holanda, en 1672— como *defensiva*, mientras califican las dos guerras posteriores, la de los Nueve Años y la de Sucesión de España, de *agresivas*. Sólo la más estrecha interpretación legalista podría, no obstante, justificar siquiera remotamente la aplicación por parte de Luis del derecho privado de Brabante, el *Jus devolutionis*, a las relaciones internacionales de 1667. Tal derecho especificaba que el hijo de un primer matrimonio tenía el derecho, a la muerte del padre, de reclamar su herencia antes que los hijos del segundo matrimonio; pero a juicio de los europeos contemporáneos ello no daba derecho a Luis a apoderarse, en nombre de María Teresa, de una parte de Brabante. En esa ocasión, los abogados españoles refutaron, con presteza y

energía, los argumentos legales de los franceses. No parece existir justificación alguna para el ataque premeditado contra la República en 1672, bien preparado diplomáticamente, por más garantías que se dieran a Suecia de que la República no se vería privada de su «existencia internacional», es decir, que no desaparecería del mapa de Europa.

Existen pruebas de que Luis, en años posteriores, sintió remordimientos por esa agresión: un comentario revelador justifica el ataque de 1672 como «disculpable» en un rey joven e inexperto, mimado por la fortuna. Mas la experiencia serviría a Luis de lección, pues las consecuencias del ataque de 1672 le indujeron a sentir gran respeto por la habilidad de Guillermo III, elegido estatúder para rechazar la invasión francesa y para crear y mantener alianzas europeas contra Francia. A partir de esa fecha, Luis tuvo que hacerse a la idea de que la zona sur de los Países Bajos seguiría constituyendo una barrera, y que lo conquistado a España en virtud del tratado de Nimega había de ser dispuesto de tal modo, mediante intercambios y equivalencias, que pudieran establecerse líneas defensivas y edificarse fortalezas al objeto de crear ese «campo cuadrado de combate» (el *pré carré*) que a juicio de Vauban era esencial para defender la frontera septentrional. De hecho, Vauban había hecho ver a Luis XIV, ya en 1668, las deficiencias que presentaba la frontera tras la Paz de Aquisgrán, y hay evidencia de que las ciudades tomadas durante la guerra de 1672-79 fueron expresamente elegidas con el propósito de edificar un adecuado sistema defensivo.

La hipótesis, basada en escasas evidencias —aunque a su autora le parece suficiente—, de que Luis, al analizar el pasado, comprendió sus errores y que, al igual que en las tragedias griegas que tan bien conocía, aceptó la fatalidad que le persiguió como un justo castigo, no significa necesariamente que no hubiera razones políticas de peso detrás de ambas empresas ofensivas. La rivalidad comercial entre Francia y la República se reflejaba en los aranceles proteccionistas franceses de 1667 y en los aranceles preferenciales destinados específicamente al azúcar refinado holandés en 1670-71, así como en los aranceles holandeses sobre los vinos y coñacs franceses de 1671-72. Y lo que es más importante todavía, los franceses opinaban que si la República no estaba dispuesta a respetar el equilibrio, siquiera en mínimo grado, en la expansión holandesa y francesa en los Países Bajos del sur —dejando un Estado que sirviera de muralla entre ambos—, cuando menos habría de aceptar el derecho que asistía a los franceses de ejercer la política de expansión.

En la guerra de 1672, Francia contaba, en un principio, como aliados con el arzobispo elector de Colonia y con Carlos II de Inglaterra; la primera declaración de guerra contra la República partió de Londres; la de Luis siguió después. Pero la desconfianza de los ingleses hacia el monarca francés, ejemplo de gobernante absoluto, llegó a tal extremo que, al cabo de dos años, el Parlamento forzó a su soberano a aceptar una paz. Luis —que gastaba más dinero en subsidios y gratificaciones en Inglaterra que en ningún otro país— se vio incapaz de contener las tres corrientes de desconfianza constitucional, religiosa y comercial que inspiraba su país a los Estuardo, tanto antes como después de la Gloriosa Revolución que llevó a Guillermo, tercer estatúder con ese nombre en la República, a ser el tercer rey de Inglaterra de dicho nombre.

El año 1688 vinculó a las dos potencias marítimas de diversa forma, y acabó debilitando a la República en favor de Inglaterra. Sin duda influyó en ello el que ésta —Gran Bretaña, tras la unión con Escocia en 1707— contara con una población más numerosa, pero la decisión tomada por Guillermo de efectuar importantes cambios en la administración y el ejército de su país, así como el hecho de negar prioridad a los oficiales de la marina holandesa en las empresas navales abordadas conjuntamente, hizo que los ingleses avanzaran lentamente, pero seguros, a expensas de los holandeses. Ambas naciones tenían intereses comunes: las dos estaban decididas a frenar la incursión de los franceses en el comercio europeo, sobre todo el español, así como a entorpecer la expansión y desarrollo de las colonias francesas en ultramar y de su comercio, especialmente el que se llevaba a cabo con el imperio español. De hecho, los tratados de reparto,¹⁵ mediante los cuales Luis y Guillermo intentaron resolver, entre 1698 y 1700, el problema de la sucesión española, fracasaron posteriormente porque el primero no quiso ni pudo asegurar a las potencias marítimas sus exigencias en el reparto: las salvaguardas que garantizaran su comercio en el Mediterráneo —se pidió Gibraltar, el puerto de Mahón, Ceuta y Orán, así como Cádiz, aunque sin mucha esperanza—, en las Indias Occidentales y en la Península Ibérica. Leopoldo se vio obligado al fin a mostrarse más razonable, y en la Gran Alianza de 1701 prometió a las potencias marítimas que podrían conservar «todo» lo que lograron conquistar en las Indias Occidentales.

Leopoldo, no obstante su teórica intransigencia contra un reparto del imperio español en vida de Carlos II —puesto que si el emperador aceptaba el primer o segundo tratado de reparto, escatimaría a su Casa la oportunidad de ser nombrada única beneficiaria—, no puso ningún reparo en discutir el reparto a la muerte de

Carlos, cuando se comprobó que el testamento del difunto rey nombraba heredero de todo al nieto de Luis. El problema estribaba en que las zonas que el emperador estaba dispuesto a ceder a Luis —Flandes y el imperio español en ultramar— eran las mismas donde las potencias marítimas jamás tolerarían la presencia española, mientras que las zonas que Guillermo III y Heinsius estaban dispuestos a conceder al delfín se hallaban en Italia, donde el emperador estaba firmemente resuelto a reafirmar su posición.

Igualmente significativo es el hecho de que Luis, en sus negociaciones con las potencias marítimas entre 1698 y 1701, si bien se mostraba reacio a abrirles posibilidades comerciales en Europa y ultramar —aun garantizándosele a Francia la provincia marítima española de Guipúzcoa, poseedora de numerosos puertos—, no se proponía aferrarse a Italia. En una cláusula secreta del segundo tratado se estipuló que el ducado de Milán, parte de lo que le correspondía al delfín, sería entregado a cambio de Lorena, Saboya o Niza. Una vez que el duque de Lorena hubo consentido entregar su ducado a cambio de Milán, Luis intentó por todos los medios persuadir a Guillermo de que accediera al intercambio de Nápoles y Sicilia por la totalidad del territorio del duque de Saboya: el Piamonte, además de Niza y Saboya. De este modo, la frontera oriental francesa, desde el norte al extremo sur, quedaría asegurada en virtud de la sucesión española, con la excepción de Luxemburgo, a lo que Guillermo y los holandeses —obsesionados con su barrera contra Francia— se negaron tajantemente. Guillermo, inicialmente contrario al proyecto de intercambio de Nápoles y Sicilia, cambió de parecer cuando se vio que los círculos mercantiles ingleses se oponían a que la zona de Italia pasara a ser francesa. Se iniciaron negociaciones para un segundo intercambio, pero la muerte de Carlos II y la revelación de su testamento obligaron a suspenderlas.

El testamento ponía a Luis en un dilema. ¿Debía aferrarse al tratado de reparto —a sabiendas de que las potencias marítimas no contribuirían, sin más concesiones, a obligar a Leopoldo a aceptar dicho tratado— o aceptar el testamento —que excluía todo reparto— en su integridad? Sólo si adoptaba la segunda alternativa podía impedir que se llevara a efecto la cláusula que estipulaba una oferta a Leopoldo con respecto a su segundo hijo, el archiduque Carlos, en caso de producirse una negativa de Luis, y una oferta a un tercer candidato, Víctor Amadeo de Saboya, en caso de que ni Luis ni Leopoldo quisieran acatar los términos del testamento. Luis optó por aceptar el testamento, confiando en que su renuncia a las ventajas territoriales cedidas a Francia estipuladas en el segundo acuer-

do de reparto y la explícita prohibición contenida en el testamento de una futura unión entre el total de las posesiones españolas con Francia o con el Estado austríaco contribuiría a mantener la paz y el equilibrio en Europa.

Como hemos visto, durante el reinado de Luis abundaron los graves problemas que venían planteados por la política exterior, y que, precisamente por el secreto que exigían sus negociaciones, preocupaban de modo especial a los gobernantes de todos los países. En el caso de Luis, encajaban perfectamente con su temperamento y sus dotes, pues era hombre prudente por naturaleza, al que complacía especular acerca de los «intereses» de los Estados europeos y al que atraían las negociaciones basadas en meticulosos y prolijos informes servidos por un cuerpo diplomático mejor organizado que muchos otros.

La inagotable capacidad de Luis para el trabajo duro no influyó tan negativamente en su salud como en la de Guillermo III, igualmente concienzudo, pero de temperamento más nervioso. Luis, hasta que cumplió cincuenta años, compaginaba con toda facilidad trabajo y diversión; pasados los cincuenta, el trabajo fue ganando cada vez más terreno al ocio, a medida que iba perdiendo sus valiosos colaboradores de la generación anterior y debía instruir a otros nuevos. Por consiguiente, Luis ocupaba su tiempo en una rutina cotidiana que apenas si variaba, aunque a juzgar por las anécdotas ofrecidas en la mayoría de libros de texto y biografías, se diría que la de Luis era una vida frívola de *petit y grand lever y petit y grand coucher*, intercalada con actos ceremoniosos en la corte, que parecen indicar que su único alivio lo constituían los ratos que pasaba por las tardes «*entre les draps*» —«entre las sábanas», eufemismo empleado en la corte— con la amante de turno. Asimismo, se ha concedido excesiva importancia al hecho de que todas las noches se acostara con la reina, a excepción de una, en 1667, al comienzo de su aventura con la Montespan, cuando tuvo a su esposa esperándole hasta las cuatro de la mañana, y al pedirle ella explicaciones, disculpó su tardanza alegando que se había entretenido repasando documentos.

Los historiadores profesionales suelen omitir el mundo personal de Luis, en el que amantes, hijos —legítimos o no— y ejercicio físico, acompañado de sus caballos y perros, desempeñaban un importante papel, toda vez que esa parcela de su vida no tuvo decisiva influencia en su política interna ni extranjera. Ello crea una imagen tan incompleta como las historias de alcoba, privando a los especialistas de acceder a unos rasgos de su personalidad que inciden en otras cuestiones de mayor envergadura. Donde sí aciertan

estos especialistas, tras el examen del material de archivo no publicado y el análisis de documentos y memorias publicados relacionados con el oficio de Luis, es en afirmar que, aunque la vida en la corte era una necesidad que respondía a ciertas funciones simbólicas y sociales, tuvo escasa repercusión en el ejercicio del oficio de rey, y consumía tan sólo una pequeñísima parte de su jornada laboral.

Los lunes, miércoles y sábados el consejo de ministros —el *Conseil d'en Haut*— se reunía durante toda la mañana, y en caso necesario continuaba por la tarde. En esas reuniones, que Luis presidía, éste solicitaba la opinión de sus ministros, formulaba preguntas y pedía informes o aclaraciones verbales; se leían y corregían despachos destinados a los *intendants* reales y a los diplomáticos franceses que servían en el extranjero; las cartas recibidas eran leídas en su totalidad o parcialmente. Luis recibía también a otros ministros y expertos, pero la labor llevada a cabo por el consejo era la más importante, puesto que permitía al rey recabar distintas opiniones y argumentos que servían de base a sus decisiones. No se levantaban actas de esas reuniones, aunque el secretario personal de Luis tomaba notas para uso del monarca; sin embargo, a menudo es posible deducir las discusiones que se llevaban a cabo examinando los comentarios marginales y los cambios efectuados en los despachos. Los martes y jueves se reunía por la mañana un consejo, el *Conseil d'Etat*, que se ocupaba de las cuestiones financieras. Luis manifestaba gran interés por la labor de ese consejo, y durante los primeros tiempos de su reinado asistía periódicamente a sus reuniones; más adelante dejó de asistir cuando tenía asuntos más urgentes entre manos. Las mañanas de los viernes las dedicaba a evacuar consultas con los dirigentes religiosos de Francia, el llamado *Conseil de Conscience*, recibiendo en audiencia al arzobispo de París, sosteniendo largas charlas con su confesor o concediendo audiencia a personalidades eclesiásticas visitantes. Durante el tiempo en que Harlay Champvallon fue arzobispo de París —de 1671 a 1689— y Pere de la Chaise, confesor real, ambos ejercieron la máxima influencia sobre el rey en materia de religión, pero en cierto momento, en la época de la revocación del Edicto de Nantes, parece ser que el anciano Le Tellier desempeñó un papel decisivo y Harlay no fue consultado al respecto.

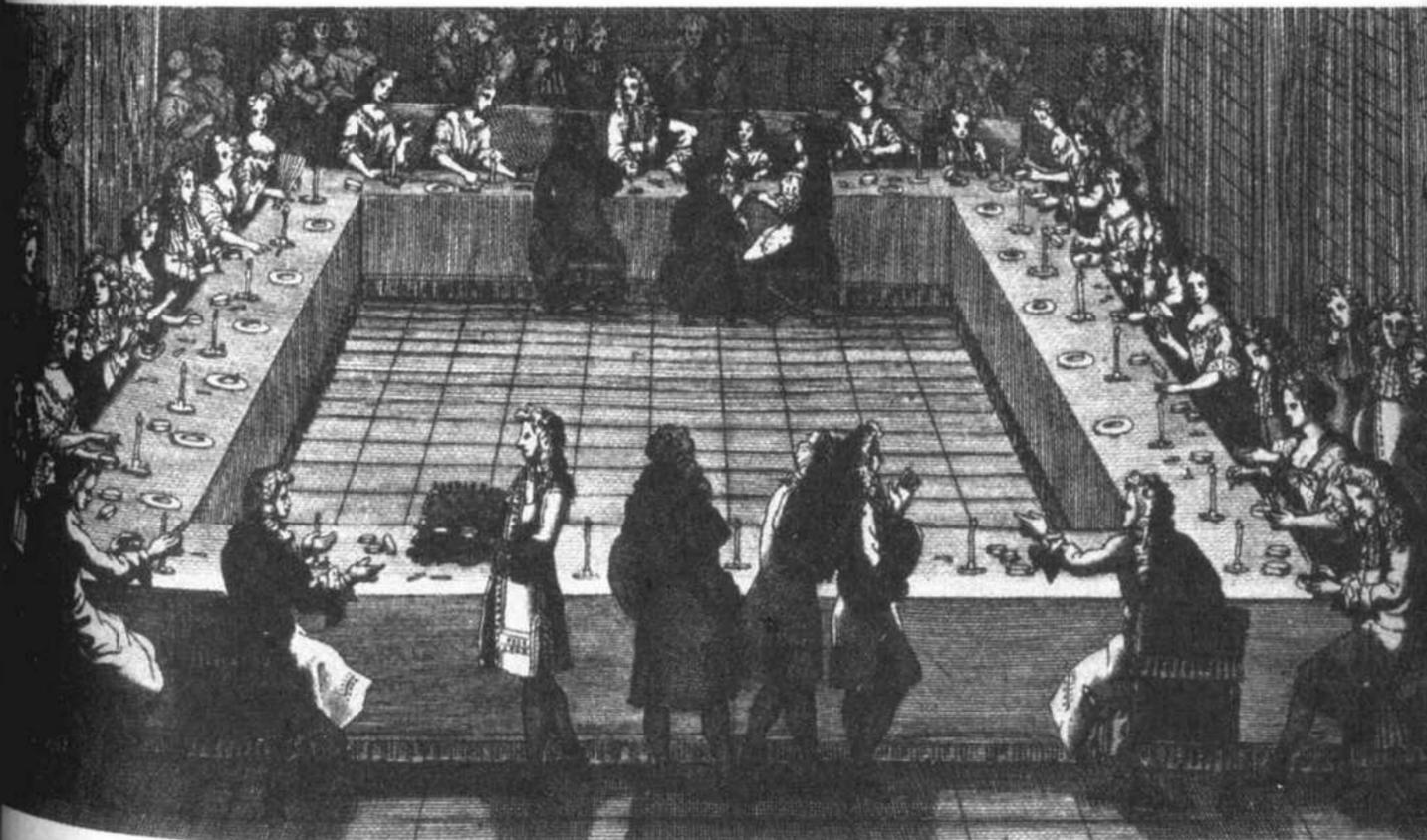
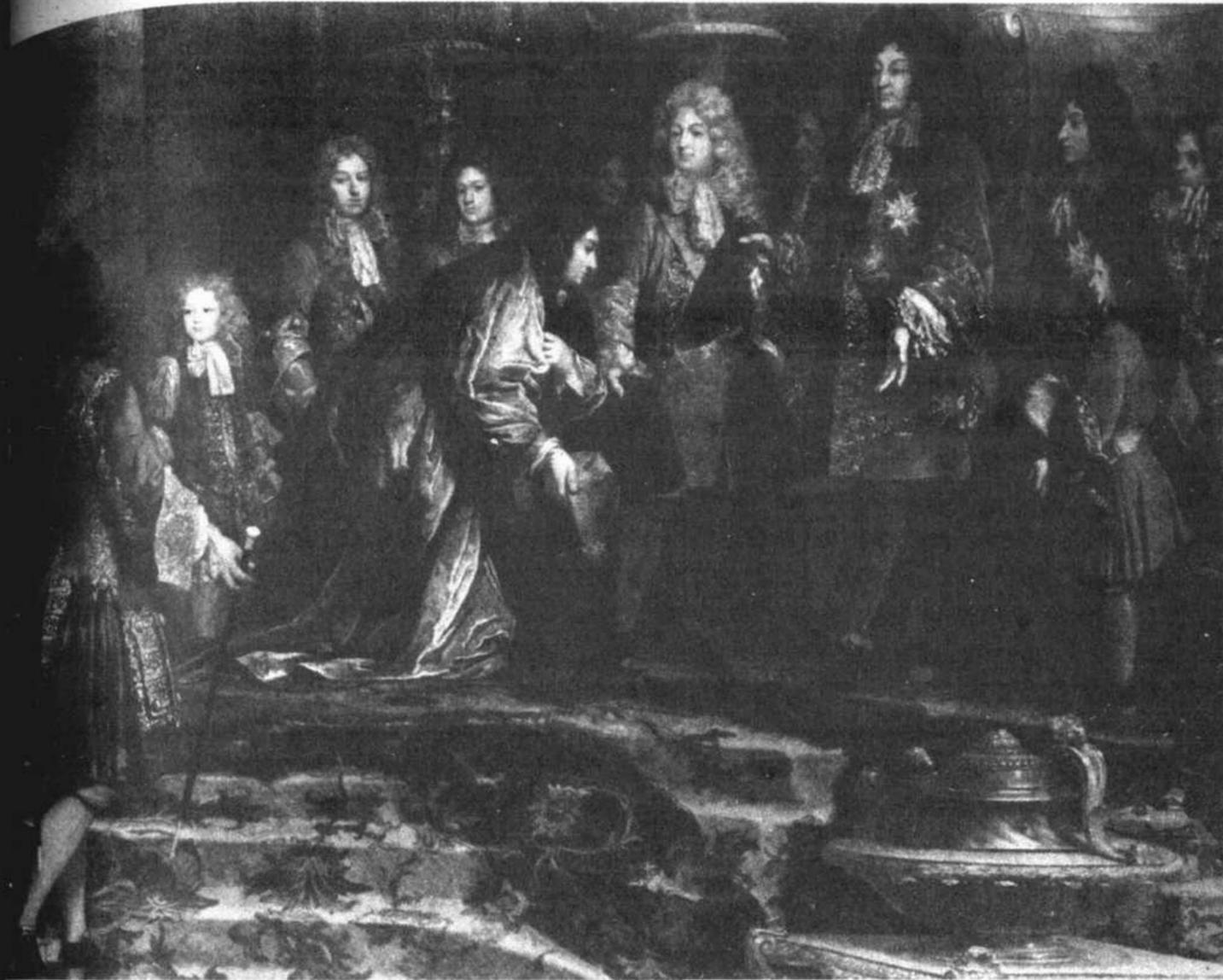
Fuera de esa rutina diaria, Luis recibía a diplomáticos que regresaban o partían a importantes misiones, a comandantes de los ejércitos franceses que habían finalizado sus campañas o que eran llamados a Versalles en el transcurso de las mismas para mantener consultas, y a expertos de todo género, y concedía audiencia a

diplomáticos y embajadas extranjeras. Las embajadas de Génova (1685) y Siam (1687) causaron gran revuelo, la última porque provenía de un país tan remoto, y la primera porque en ella se incluía, por deseo de Luis, el mismísimo dux, que normalmente no salía de Génova. Ambos acontecimientos fueron profusamente reflejados en dibujos y grabados, así como las diversiones de la corte, en especial las grandes fiestas y celebraciones, aunque también las veladas dedicadas a la lotería y los juegos de naipes, en las que se servían espléndidos *buffets* a base de frutas y confites.

Resulta sorprendente que Luis hallara tiempo para dedicarse a otras actividades, aparte de sus ejercicios al aire libre y demás aficiones que le servían para relajarse, como las relacionadas con el proyecto de edificación y diseño paisajístico. Pero el oficio de rey, junto con su creciente preocupación por la política exterior, dirigía sus pensamientos hacia la historia, y en 1663 se contrató a De Périgny, un *lecteur* especializado en esa materia con quien el rey estudiaba el pasado, en especial el periodo de los emperadores romanos, a la vez que analizaba a autores más recientes, como Maquiavelo. Colbert preparaba a la sazón una crónica sobre el reinado, y Luis comenzó a anotar sus ideas sobre los asuntos de Estado en unas hojas que fueron recogidas en un libro (*registre*) por Périgny, y a su muerte por Pellisson. Dichas hojas fueron la base para las *Memorias* —que comprendían desde 1661 hasta 1668— dictadas por Luis, o corregidas por él cuando Périgny o Pellisson redactaban algún capítulo; tales *Memorias*, afirmaba el rey, servirían de enseñanza a su hijo y serían a la vez el medio de dejar clara constancia histórica en cuanto a los motivos y normas que habían dictado su conducta. En general, vienen a constituir, tal como ha señalado Sonnino, un comentario implícito a *El Príncipe* de Maquiavelo, además de una importante labor literaria. A partir de 1672, las hojas de Luis se centran en sus campañas, en parte precisamente por hallarse envuelto en guerras, pero también porque ya había expresado todo cuanto tenía que decir acerca de la política y la sociedad. Constituyen las llamadas *mémoires militaires*, y reflejan los problemas estratégicos considerados desde su punto de vista. El rey conservaba estos escritos junto con sus papeles privados, y según parece, en el verano de 1714, mientras hacía testamento y

Recepción ofrecida por Luis XIV al dux de Génova. En este cuadro, obra de Le Brun, el delfín se encuentra a la izquierda; Felipe de Orleans y su hijo, a la derecha. Museo de Versalles.

Una lotería en Versalles, en 1675. Las loterías, en las que Luis XIV ofrecía obsequios como premio, eran una de las formas de diversión de la corte.





E. Bourgeois: Le Grand Siècle (Paris, 1896)



Dulwich College Picture Gallery/Mansell Collection, London

Dos distinguidos literatos, Jean Racine —por G. Edelinck— y Nicolas Boileau —según un retrato de Rigaud— fueron nombrados por Luis XIV historiadores reales.

◀ Un buffet dispuesto para una de las recepciones nocturnas que tenían lugar en Versalles. Sixième chambre des appartements, por Antoine Trouvain. Biblioteca Nacional, París.

reflexionaba sobre su futuro, pensó destruirlos. Sin embargo, en vez de ello, los entregó al mariscal de Noailles, quien, al morir el rey, los depositó en la Biblioteca Real. De este modo, los historiadores han tenido oportunidad de averiguar —aunque no lo han hecho hasta hace poco— cómo fueron redactadas esas *Memorias*.

Otros valiosos documentos históricos se han perdido. Todos los recogidos por Racine y Boileau, historiadores del rey, se quemaron en un incendio fortuito en Versalles, en enero de 1716, aunque algunos de sus escritos históricos —como, por ejemplo, la historia de la guerra de Holanda, escrita por Racine— ya habían sido publicados anteriormente.

En su lecho de muerte, Luis dispuso expresamente la destrucción de buena parte de esos documentos personales, los cuales se conservaban en estuches de los que sólo él poseía la llave. El 28 de agosto mandó que se los llevaran e hizo que todos los sirvientes abandonaran su habitación. Con ayuda primero del canciller Vovsin y de Madame de Maintenon, y más tarde de Madame de Maintenon únicamente, revisó el contenido de los mismos. Cuando los otros pudieron penetrar de nuevo en sus aposentos, había claros indicios de que se habían «quemado muchos papeles en la chimenea»; Madame de Maintenon revelaría más tarde que sus cartas al rey —así como las que el monarca le había escrito a ella— fueron destruidas aquel día.

Luis mantuvo silencio —o, en todo caso, no conservó las notas que pudo haber escrito sobre el tema— acerca de uno de sus más curiosos actos: la revocación del Edicto de Nantes de 1685. Dicha revocación resulta compleja por varios motivos. Los hugonotes habían permanecido leales a la corona durante la Fronda, e incluso le habían ayudado con dinero; Mazarino había demostrado su gratitud hacia ellos, y el rey a buen seguro no olvidó sus servicios en momentos tan críticos. Por otra parte, Luis era por naturaleza tolerante en materia religiosa, en parte porque él mismo no poseía un temperamento religioso en el sentido de interesarse por las sutilezas de la controversia doctrinal o sentirse atraído por experiencias místico-religiosas. Para él, el primer criterio era la lealtad al Estado, y a ese respecto los jansenistas, con su pasado de rebeldes *frondeurs*, y los quietistas, que amenazaban con socavar los fundamentos de la Iglesia y la sociedad, parecían representar un peligro mayor que los protestantes franceses. Sin embargo, a Luis le preocupaba también evitar una controversia que pudiera debilitar, aunque no llegara a quebrantarla del todo, la unión del Estado en materia religiosa. En algún momento hizo un comentario ciertamente revelador, en el que manifiesta apoyar el ejercicio libre de la religión judía, «siempre y cuando no ofenda a la Iglesia católica».

Después de la Fronda, la oposición a los hugonotes partió en primer lugar de la Iglesia, no de la corte. Muchos miembros de la

Iglesia demostraban su afán por atraer de nuevo a los protestantes franceses a «la Iglesia verdadera» mediante obras misioneras; otros se mostraban indignados de que los hugonotes, aprovechándose de los tiempos difíciles que corrían desde 1598, interpretaran el Edicto de Nantes de forma tal que sus templos se habían multiplicado fuera de los lugares anexionados. Varios ministros, y en especial el piadoso Le Tellier, compartían las quejas de ese segundo grupo, quienes afirmaban que los hugonotes se habían convertido en «un Estado dentro del Estado» y exigían que se coartara esa libertad de la que tanto alardeaban. No fue difícil convencer a Luis de que tomara una serie de medidas, a partir de 1669, a fin de obligar a los protestantes franceses a ceñirse a las concesiones iniciales: en los años 1670, los templos edificadas a partir de 1598 fueron demolidos, los entierros protestantes sólo podían ser celebrados por la noche y se decretaron unas medidas destinadas a fomentar la conversión, como fueron la libre distribución de devocionarios católicos y determinadas compensaciones en metálico para quienes regresaran a la Iglesia de Roma.

Sin embargo, Luis, lo mismo que ciertos dirigentes de la Iglesia, confiaba en unas concesiones papales respecto de la Eucaristía que harían que los hugonotes volvieran a su seno por su propia voluntad. El rey era contrario a las conversiones forzadas, y castigó duramente al *intendant* que por primera vez empleó las «dragonadas» para intimidar a los hugonotes y obligarlos a renunciar a su fe. Su actitud se refleja claramente en el comentario que hizo con motivo de la visita de la embajada de Siam, al decir que lo mismo que las hojas verdes de los árboles variaban sutilmente de color, Dios había dado al hombre religiones que poseían matices sutilmente distintos. Luis acaso hubiera podido resistirse a las presiones que partían del seno de la Iglesia católica francesa, pero cuando se convenció de que su gloria era inferior a la del emperador y otros príncipes que habían luchado contra los turcos desde 1682, accedió a la revocación del Edicto de Nantes, si bien estipulando que los hugonotes conservarían el derecho a su libertad de conciencia —estipulación recogida en el Edicto de Fontainebleau, en virtud del cual se hizo efectiva la revocación—. Hay tres factores decisivos que resultan evidentes. Le Tellier, enfermo y al borde de la muerte, insistió al rey en que, en bien de la salvación de su alma, llevara a cabo la revocación; otros consejeros resaltaron la gloria que representaría triunfar allí donde Enrique IV y Luis XIII habían fracasado y poner fin al cisma religioso en Francia; Luis mismo estaba convencido de que sus relaciones con el papa Inocencio XI —tensas en lo que afectaba a las regalías¹⁶ y por el empeño del rey y de su



Grabado anónimo del siglo XVIII, en el que se muestra a los jesuitas ávidos de riquezas.

Asamblea del Clero en impedir que el papa interfiriera en las «libertades galicanas»— mejorarían con la revocación. No hay evidencia de que la iniciativa francesa pretendiera ser el prelude de una segunda Contrarreforma; de hecho, Luis aceptaba, y en cierto sentido necesitaba, la división de Europa en Estados católicos y protestantes.

Sus esperanzas de obtener la aprobación del papa se vieron defraudadas, pero en Francia su decisión fue aclamada igualmente por católicos, jansenistas, jesuitas y galicanos. En los países protestantes, Luis fue duramente censurado; la tolerancia francesa en materia religiosa se venía practicando desde hacía mucho, y gran número de protestantes holandeses e ingleses se habían afincado en Francia a sabiendas de que podrían ejercer libremente su reli-

gión. El paso de Luis les pareció una medida retrógrada, y a partir de 1685 el monarca fue visto como un fanático empeñado en la conversión por medio de la espada. Lo cierto es que todo ello costó a Luis una pérdida de prestigio en dichos países y contribuyó a fomentar la antipatía que a partir de 1685 les inspiró Francia. Durante mucho tiempo se tuvo la convicción de que ello había influido decisiva y negativamente en la economía francesa, fundamentalmente por motivos psicológicos, puesto que satisfacía sus deseos de venganza el suponer que Luis XIV había quedado arruinado tras la huida al extranjero de un diez por ciento de los hugonotes —quienes en su totalidad sumaban dos millones de seres—, pese a la prohibición de abandonar el país. Las investigaciones llevadas a cabo recientemente han modificado esa creencia respecto a las repercusiones económicas. No cabe duda de que la industria relojera se vio seriamente afectada durante aproximadamente unos diez años, y que en algunas otras industrias, como la del papel, así como en ciertos sectores financieros, en la educación y en las artes y oficios, los países que acogieron a los refugiados salieron ganando. Pero tampoco existe ninguna duda de que, en términos generales, la vida económica y financiera en Francia no se vio seriamente perjudicada por el éxodo de los hugonotes; algunos refugiados regresaron después, y otros de los que se establecieron en el extranjero, o bien apoyaron a Francia —como hicieron los banqueros hugonotes de Ginebra— o se abstuvieron de aliarse con sus enemigos, confiando en que si seguían siendo «franceses leales», Dios acabaría por ablandar el corazón a Luis XIV y le induciría a concederles de nuevo la libertad para practicar en Francia su religión. Desde el punto de vista del respeto por la libertad individual de los siglos XIX y XX, la revocación de Luis resulta abominable; desde el punto de vista católico de la época, sirvió para limpiar la mancha del honor religioso francés y unir a los franceses en la Iglesia verdadera. Visto desde un punto de vista práctico, la pérdida pronto fue subsanada, si bien fortuitamente, por los miles de irlandeses católicos y escoceses jacobitas que, a partir de 1688, huyeron a Francia para ocupar en los puertos del oeste los puestos que habían dejado vacantes no sólo los hugonotes franceses, sino también los súbditos ingleses y holandeses no naturalizados que habían sido comerciantes de efectos navales y agentes en el comercio del vino, y que se habían visto obligados a regresar a sus países de origen al iniciarse las medidas represivas.

La disidencia religiosa en el seno de la Iglesia católica, sin embargo, perduró durante todo el reinado de Luis. La desconfianza que inspiraba al rey el jansenismo era un legado de la Fronda,

Figura alegórica que representa a Luis XIV como vencedor de la herejía. Grabado de Elias Hainzelmann. Biblioteca Nacional, París.



desconfianza que se vio aumentada por su misma incapacidad de entender los puntos más sutiles en las disputas entre jansenistas y jesuitas. Las materias debatidas entre católicos ortodoxos y quietistas le resultaban más fáciles de entender, aunque Luis no alcanzaba a comprender el entusiasmo de Fénelon por la vida religiosa contemplativa; y de nuevo la decisión del rey inclinó la balanza contra aquellos en cuyas doctrinas parecían flojear los lazos morales que preconizaba la Iglesia. El guyonismo¹⁷ y el quietismo eran vistos en Francia —lo mismo que el molinismo¹⁸ en Italia— como agentes corrosivos de la esencia misma de la moral que era preciso destruir. Madame de Maintenon, preocupada por la propagación de estas tendencias en la escuela para chicas de Saint-Cyr, que ella y

Luis habían fundado tras su matrimonio, lamentó su anterior amistad con Madame de Guyon —que había contagiado tanto a las chicas como a las maestras—, y contribuyó a desacreditar el movimiento. El terror de Luis a toda fuerza que creara disensiones fue otro factor decisivo; incluso su actitud galicana con respecto al papa se vio modificada por su empeño en acabar con el jansenismo y el quietismo. La bula pontificia *Unigenitus*, que Luis obtuvo en 1713, supuso hacer importantes concesiones al papa— si bien no de vital importancia para la independencia de la Iglesia galicana—, a cambio de una condena explícita de toda creencia no ortodoxa.

8. El realismo de los últimos años

La labor realizada por Luis XIV y sus consejeros, así como los métodos empleados en la toma de decisiones, siguió en parte oculta a sus contemporáneos, si bien los pasos adoptados revelaban las decisiones tomadas. Las actividades de la corte, en cambio, a nivel tanto real como palaciego, se desarrollaban a la vista de todos. Por lo que al rey se refiere, el rasgo más evidente, a medida que envejecía, era su creciente sentido de responsabilidad hacia sus hijos, ya maduros, y el deber de mediar no sólo en las disputas entre Felipe, sus esposas y sus favoritas, sino también en las disputas entre la segunda y tercera generación de su prole y la de su hermano. Por otra parte, a partir de 1688 se planteó la necesidad de revolver el problema de los Estuardo exiliados. Se dispuso que el palacio de Saint-Germain-en-Laye fuera su residencia, con una pensión de un millón de libras anuales —siempre insuficiente— para sufragar sus gastos. Sin embargo, era frecuente la presencia de los Estuardo en Versalles, y a menudo Luis tenía que hacer uso de sus dotes diplomáticas para suavizar las tensiones entre los que rodeaban a los Estuardo y quienes servían a los miembros de su familia.

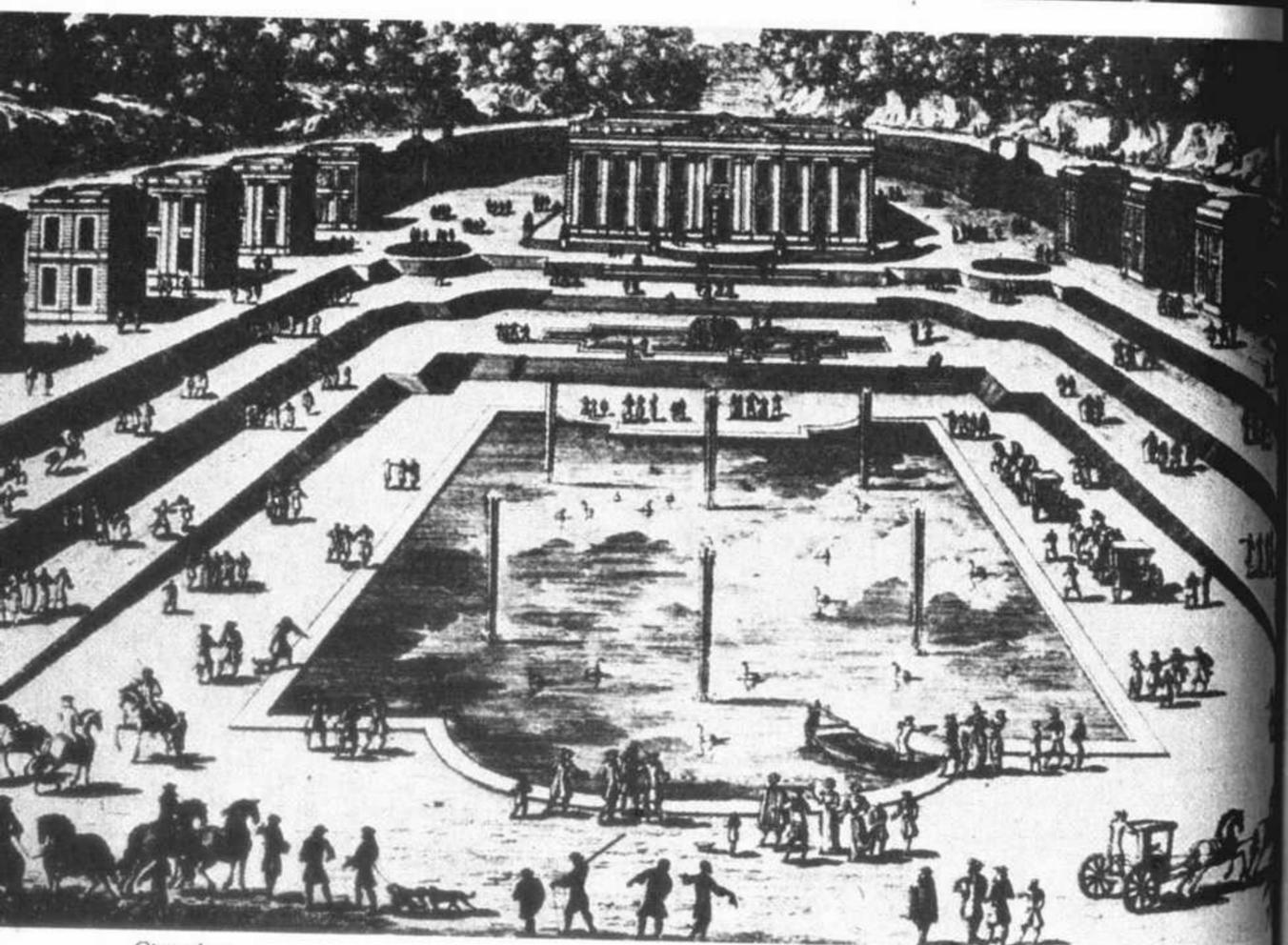
El paso del tiempo es fácilmente constatable si se comparan los retratos de Luis y su familia realizados en 1669, en los que aparecían representados como dioses del Olimpo, con las pinturas o grabados de la década de 1690-1700. Los querubines y cupidos, así como las criaturas que aparecen entre éstos y que apenas se distinguen, han sido sustituidos por seres mortales, ataviados a la última moda —algunas damas lucen un parche sobre el ojo—, muy detallados, aunque persista el trazo idealizador del pincel del pintor o de la pluma del dibujante.

Los palaciegos formaban una raza aparte y cumplían un papel especial, y más bien funcional, que sólo recientemente han examinado los historiadores: el de agentes en la corte que, a un cierto precio, vendían sus servicios como intermediarios cerca de un monarca en teoría accesible a todos sus súbditos, pero que en la práctica no disponía de tiempo suficiente para recibir a todo el que de-



◀ Pintura alegórica, realizada por J. Nocret (Museo de Versalles), que presenta a Luis XIV y a su familia como dioses del Olimpo (1666).

seaba verle o solicitar de él un favor. Versalles estaba siempre abierto de par en par; sus puertas no se cerraban nunca, y el rey solía recibir a las delegaciones o los individuos que acudían a verle durante sus paseos matinales por la *Grande Galerie*, después del servicio religioso. Toda persona que vistiera correctamente podía penetrar en el parque y pasearse a gusto por los jardines, contemplando las fuentes y las estatuas —en contraste con las medidas de seguridad que se tomaban cuando el rey salía a cazar, por temor a un accidente o un atentado—. Si los visitantes deseaban ver el palacio, debían vestir como gentes de elevado rango, lo que significaba que los hombres habían de portar espada —que a veces eran alquiladas cuando no se poseía ese símbolo de *status social*—. Al visitante común y corriente le estaba prácticamente vedado aproximarse a Luis, protegido y custodiado por sus palaciegos. Sus movimientos dentro de palacio eran anunciados al grito de «¡el Rey!», y por los pasos apresurados de quienes le servían. Un diplomático italiano de visita en la corte, que un día le vio abandonar el palacio, dijo que le



◀ El complejo de Marly, iniciado en 1679, está diseñado de forma que los pabellones destinados a los invitados se sitúan en torno al edificio principal, a modo de satélites que rodean al Sol. Todo un símbolo de la monarquía absoluta.



El marqués de Dangeau, cuyo diario, en el que se recogen las actividades del rey de 1682 a 1715, constituye una importante crónica de la vida cotidiana de Luis XIV en esa época.

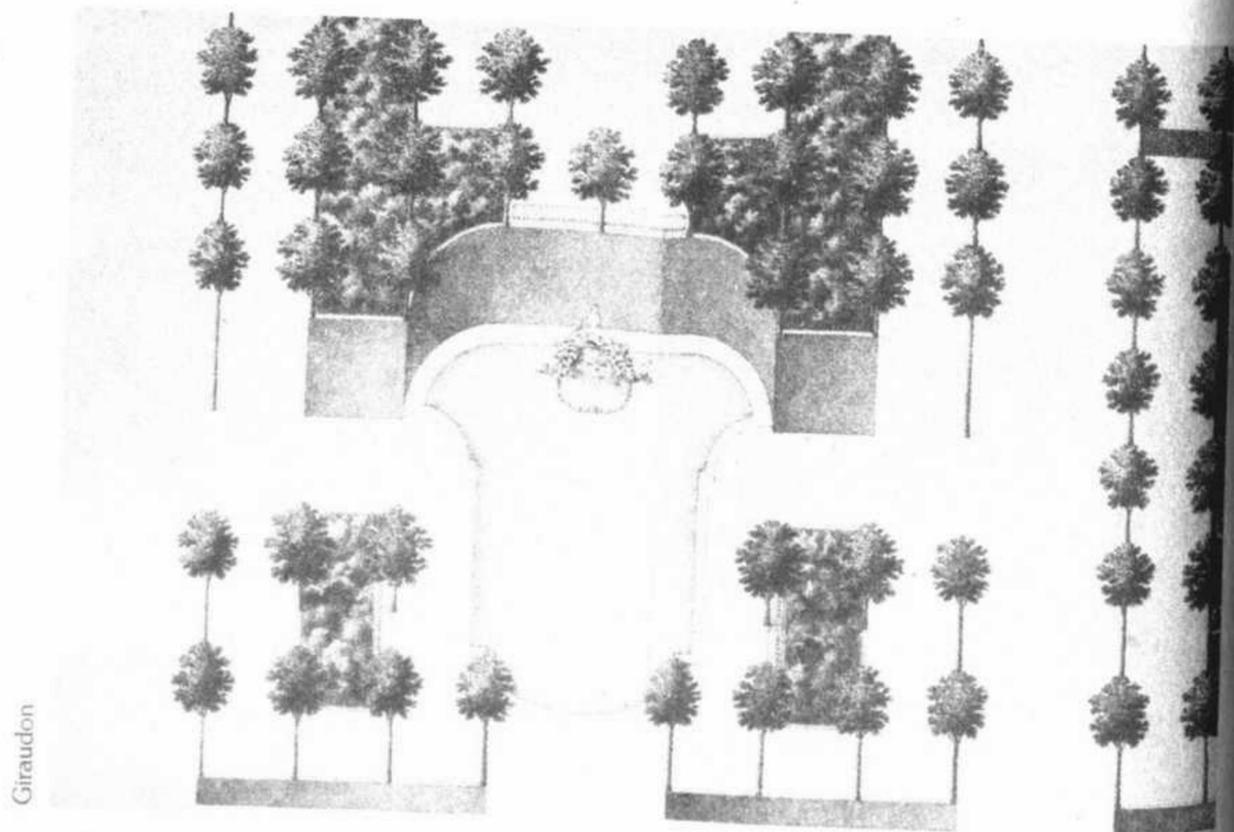
recordó a una abeja reina rodeada por un enjambre de abejorros cuando deja la colmena. Existían, por tanto, amplias oportunidades de ganarse la vida en la corte, bien gestionando —por un precio— la posibilidad de ser recibido por Luis, o, lo que era más corriente, aceptando dinero por presentar plácets u otros asuntos al rey. Las amantes de Luis, tanto Luisa de La Vallière como Athénaïs de Montespan, seguían esa práctica, y muchos opinaban que las mujeres de palacio resultaban más eficaces que los varones. Otros, y en ese caso los varones eran más favorecidos por la suerte, podían incrementar sus ingresos si eran hábiles con los naipes; el marqués de Dangeau vivió durante sus primeros años en la corte merced a las ganancias que obtenía con su inigualable pericia en las mesas de juego.

La vida protocolaria en Versalles, con sus veinticinco mil habitantes entre palaciegos, funcionarios y sirvientes, resultaba en ocasiones fatigosa para Luis, a medida que se hacía mayor. En los tiempos de Luisa de La Vallière y Athénaïs de Montespan solía relajarse y cambiar de ambiente trasladándose a las residencias que había mandado construir para ellas, el hotel de Brion para Luisa, en el recinto del Palais Royal, y el Trianón de «porcelana» para Athénaïs, en Versalles. En sus últimos años, Luis mandó transformar el pequeño Trianón de «porcelana» en el *Grand Trianon*, el cual, pese

a su nombre, era un edificio relativamente modesto, aunque hecho del más exquisito mármol y piedra de variado colorido; posteriormente utilizaría el complejo de Marly, donde los apartamentos del rey se hallaban flanqueados por una hilera de edificios destinados a las visitas. Ambos palacios poseían bellos jardines, llenos de colorido —a diferencia de los jardines blancos y verdes de Versalles—, especialmente en la época de los tulipanes, a los que Luis era muy aficionado. El rey utilizaba esos palacios como lugares de recreo: cenas y conciertos en el Trianón y visitas de fin de semana en Marly. En ambos casos era Luis mismo quien seleccionaba a sus invitados, a fin de evitar posibles tensiones entre éstos.

Esta necesidad de evadirse ocasionalmente del protocolo de la corte, que muchas veces se le antojaba opresivo, no significaba que Luis perdiera su afición por Versalles. El palacio seguía representando la encarnación y el símbolo de la monarquía y sus logros. Se había desarrollado al mismo tiempo que su reinado y no se completó hasta 1710 —aunque ya en la década de 1680-90 podía apreciarse la que sería su forma definitiva—, enclavado en un paisaje que había sido expresamente diseñado para él. Todos los monarcas franceses habían tenido un símbolo, un emblema que les identificaba: el de Enrique IV había sido la salamandra, y otros eligieron puercoespines o medias lunas. En el caso de Luis, el símbolo vino

Diseño de una de las fuentes que decoraban los jardines de Marly. Archivos Nacionales, París.



Giraudon

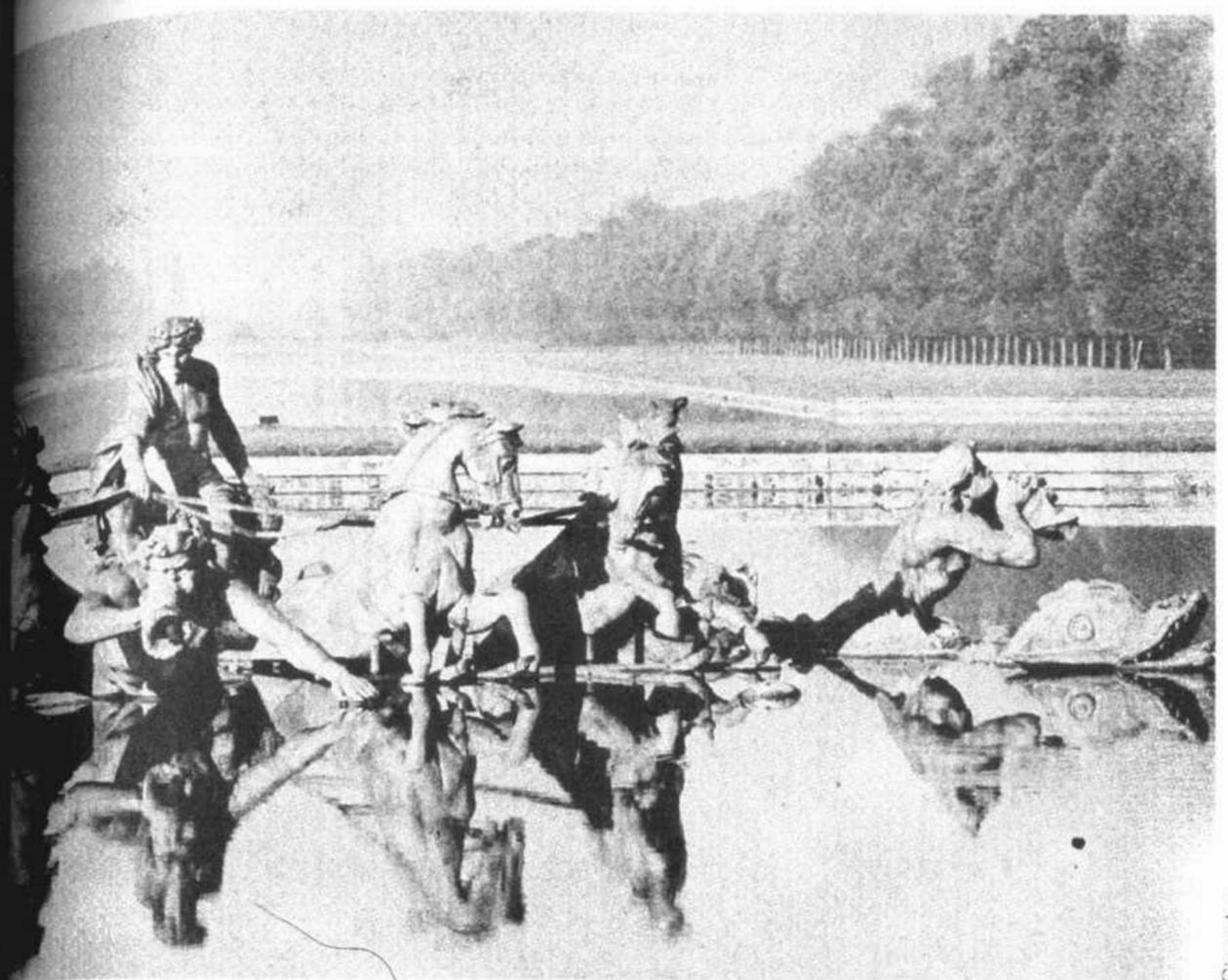
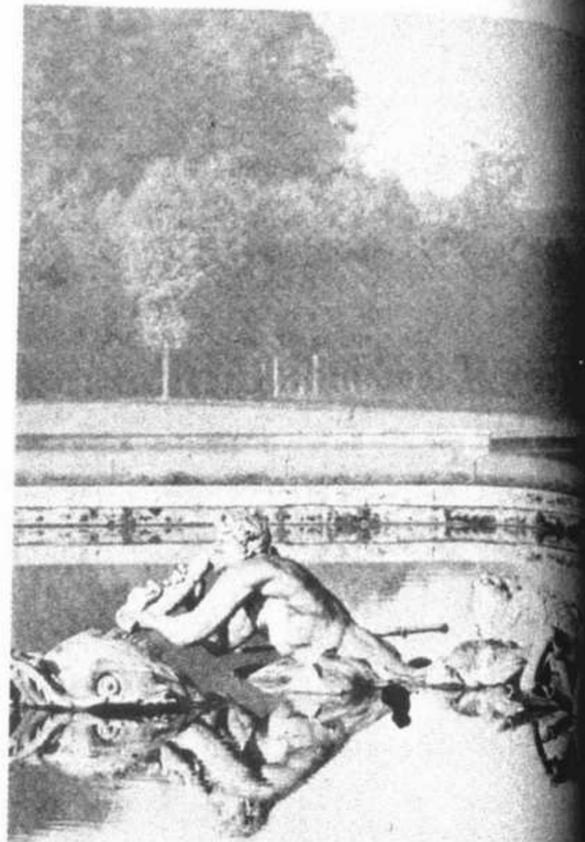
Perspectiva del palacio de Versalles en 1680, antes de que se levantara la fontana de Latona. Biblioteca Nacional, París.



Viollet



Sobre estas líneas, Luis XIV disfrazado de Sol para la representación de un ballet en 1665. A la derecha, la carroza de Apolo, realizada por Tuby, que aparece en el parque de Versalles.



dado, por así decirlo, por sí mismo: su padre había empleado, para anunciar su nacimiento, el Sol emergiendo detrás de una nube y este símbolo fue repetido en las festividades de su coronación. El Sol ha sido el símbolo amado por todos los gobernantes a lo largo de la historia, por cuanto expresaba mejor que ninguno el paternalismo. Aunque otros reyes franceses lo habían utilizado ya antes, se asociaba fundamentalmente con los gobernantes del Imperio Romano. De acuerdo con la cronología histórica del siglo XVII, el hombre vivía todavía en los «tiempos de los romanos», y en el carrusel organizado en 1662 con motivo del nacimiento de su hijo y heredero, Luis se vistió de emperador romano.

Bajo el ímpetu de las enseñanzas clásicas impartidas por los miembros de la *Petit Académie*, el Sol vino a representar el símbolo de Luis, y el mito de Apolo, rey del Sol, era reservado en la poesía y en la decoración para el rey. Fue un tema ampliamente representado en Versalles y sus jardines. El grupo de Apolo y sus musas, en la *Gruta de Tetis*, completado en 1668, hubo de retirarse a fin de disponer de mayor espacio para la construcción del palacio, y sólo lo conocemos por medio de grabados contemporáneos. Pero hay otros tres grupos de estatuas de los años 1660 que aún se conser-

van en Versalles y que nos permiten adivinar qué era lo que el rey y sus consejeros pretendían que se ensalzara en los jardines. Uno de ellos, Apolo en su carroza, no presenta ningún problema en cuanto a interpretación, y el visitante, hoy como ayer, se maravilla de su impecable situación: lo suficientemente bajo para no entorpecer la vista de la terraza, e imponente visto de cerca. Si bien Apolo no aparece en los otros dos grupos, en ambos está representada la leyenda apolínea de forma mucho más significativa para los contemporáneos que la mera exaltación del dios del Sol. En la fontana del dragón, la muerte de Pitón a manos de Apolo viene a simbolizar la destrucción por obra de Luis de las fuerzas divisorias de la Fronza: el dragón aparece atravesado por la lanza de Apolo, mientras las figuras de unos niños nadan pacíficamente y a salvo en el agua. La fontana de Latona ofrecía una interpretación todavía más sencilla para quienes habían vivido los tiempos de la Fronza, y estaba destinada a servir de lección a los que sólo habían oído hablar de esa época: Latona, madre de Apolo y de Diana —de ahí su fácil identificación con Ana, la reina regente—, protege a sus hijos, y los que habían amenazado con hacerles daño, como en la *Metamorfosis* de Ovidio, quedan convertidos en ranas.



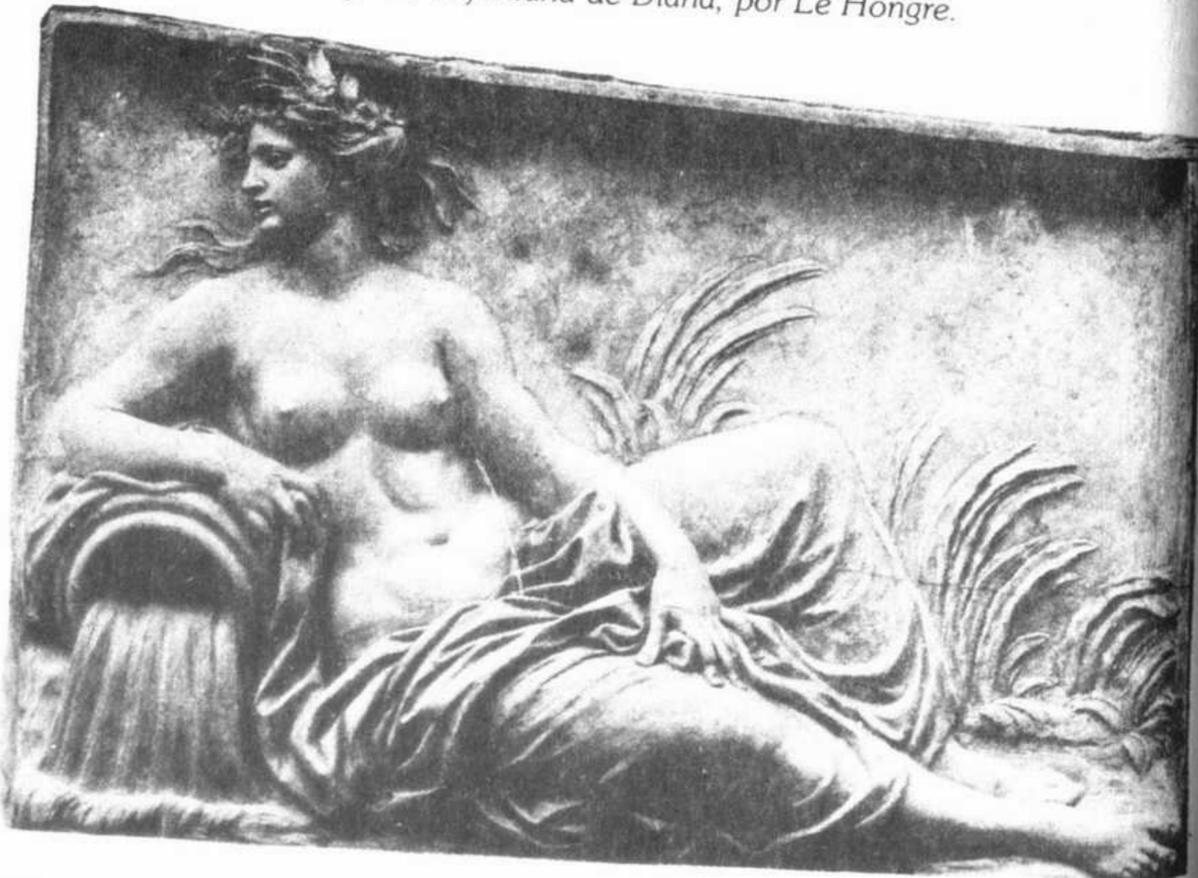
Viollet



Viollet

Sobre estas líneas, a la izquierda, niño esculpido por Le Hongre en la fontana de Diana. A la derecha, Venus accroupie, por Coysevox.

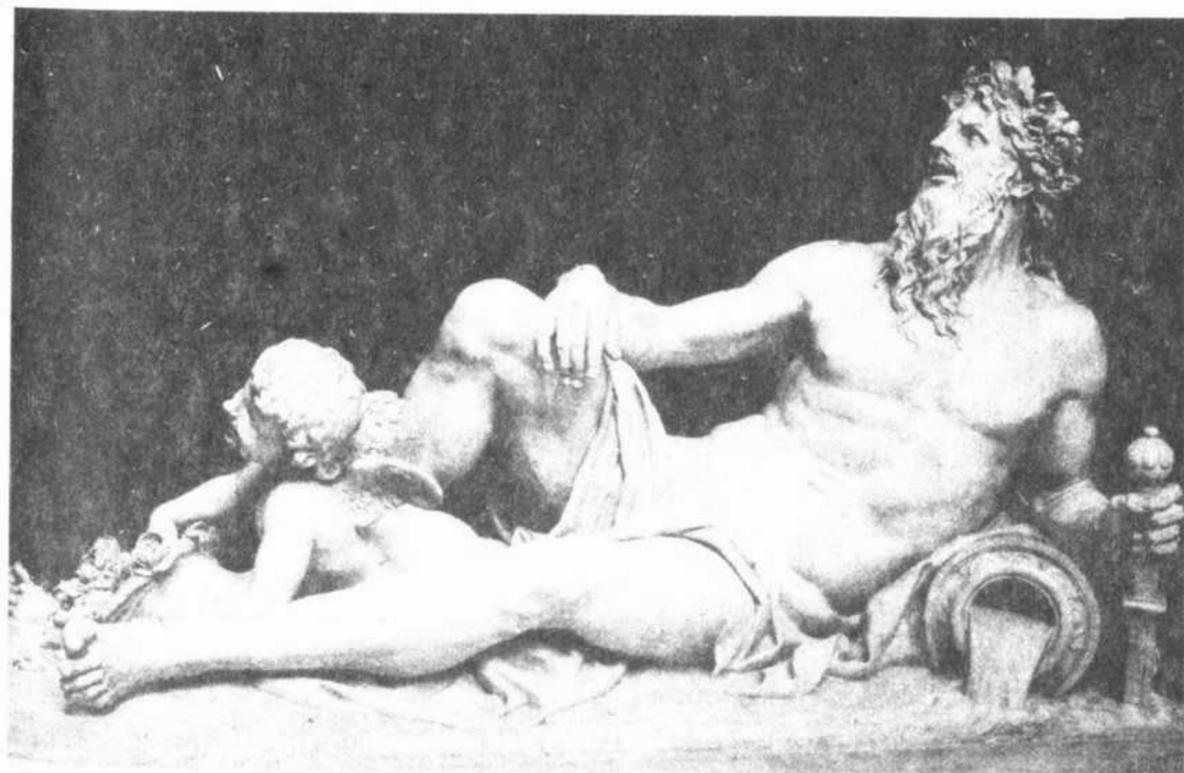
Bajo estas líneas, ninfa de la fontana de Diana, por Le Hongre.



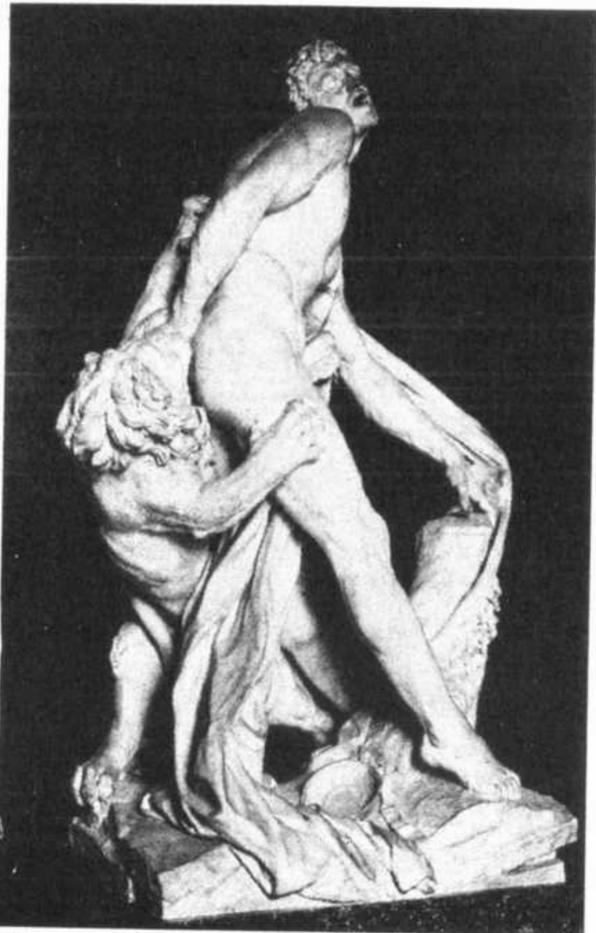
Viollet

El clasicismo de la época, fomentado por hallazgos tales como la Venus de Arlés, en 1651 —la cual, según han deducido los historiadores, fue el modelo para Latona—, así como el interés de los artistas por la escultura griega y romana, iba unido al realismo. Los hermanos Marsy, creadores del grupo de Latona, dieron un tratamiento realista a los campesinos y a las ranas de Ovidio, como Tuby a los caballos en su grupo de Apolo. También en las estatuas decorativas del parque se apreciaba el realismo, en especial en los rostros y figuras de las diosas, ninfas y niños tallados por Le Hongre, Coysevox y Girardon, y se advierte igualmente en las representaciones de los ríos de Francia —el Saona, el Ródano, el Sena, el Marne, el Garona y el Dordoña— como dioses acuáticos, rodeados por símbolos de la abundancia, tales como mazorcas de maíz, frutas y niños. En los gustos de Luis se combinaba el amor por lo clásico con su afición por el realismo. El estilo de Puget, llamado a Versalles en 1668 tras haber trabajado en Tolón, era muy apreciado por el rey, quien adquirió su Milón de Crotona, actualmente conservado en el Louvre. Luis insistía en que los retratos de su persona, realizados ya en su madurez, reflejaran realismo: el gran retrato ceremonial, obra de Rigaud, se ajusta por completo a la realidad, hasta en la expresión de fatiga de sus ojos y en la boca hundida a consecuencia de haberle sido extraídas en 1685 unas muelas de la mandíbula superior; y lo mismo sucede en las pinturas y dibujos que le muestran de cuerpo entero, donde se advierten síntomas de

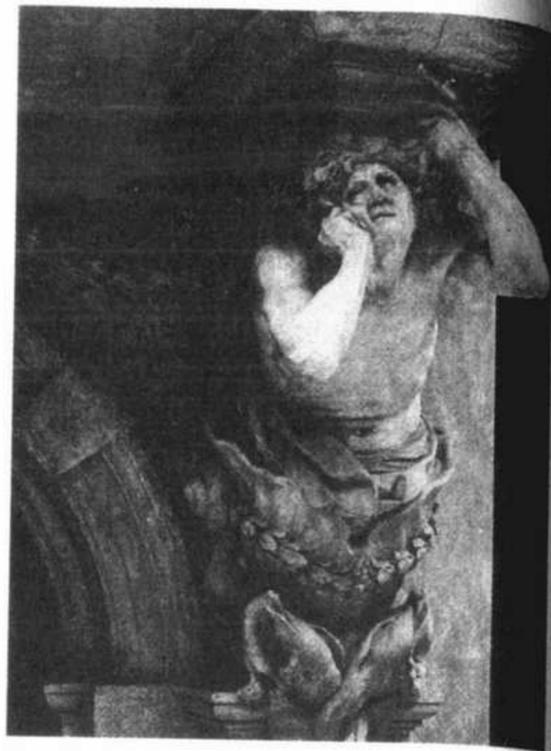
El Garona, por Coysevox. Museo de Versalles.



Viollet



Viollet



Museo de la Sculptura Comparada, Viollet

Cariátide de Puget para el ayuntamiento de Tolón (1656).

Milón de Crotona, por Puget (1683).
Museo de Louvre, París.

obesidad. La vanidad y los complejos de su juventud habían desaparecido. Parecía que había transcurrido mucho tiempo desde que, en 1665, se sintiera preocupado por la forma irregular de su nariz al contemplar por vez primera el hermoso busto de Bernini. A medida que pasaban los años, cada vez le enojaban más las peticiones de bustos y retratos a caballo que llegaban a Versalles procedentes de todas las provincias: Francia se estaba quedando desfigurada con tanto retrato de su persona, protestaba el rey. Así mismo, el gusto por la sencillez vino a sustituir los trajes suntuosos, prefiriendo, en sus últimos años, una simple casaca marrón.

El realismo de Luis, en esos años de madurez, se halla igualmente patente en otras parcelas aparte de la artística. Tal vez el autoengaño sea una debilidad característica de los gobernantes absolutos, y Luis, como todo ser humano, debía desenvolverse dentro de sus propias limitaciones. Según una opinión generalizada, su inteligencia estaba más bien por encima que por debajo de la media normal. Aunque se equivocó no pocas veces al juzgar la situación en el extranjero —en los Países Bajos, en el Imperio y en Inglaterra—, la experiencia le sirvió de lección y, ya anciano, reconoció humildemente haber errado en el camino hacia los objetivos ansiados, especialmente en el que conducía a la paz. En 1698, su prudencia le llevó a advertir a un diplomático enviado a Viena: «No

En este retrato de Luis XIV, del Museo Condé de Chantilly, se aprecia la boca hundida del ya anciano monarca.



Giraudon

blasones de la fuerza que posee Francia, pues sólo conseguirás que vuelva a formarse una coalición contra nosotros; por otro lado, no dejes que piensen que somos tan débiles que pueden aplastarnos sin encontrar resistencia.» Su actitud de moderación respecto a la sucesión española ha desconcertado a los historiadores modernos que se han ocupado de analizar las negociaciones que llevaron a los acuerdos de reparto: Luis comprendió que las potencias marítimas no consentirían un reparto que a su juicio inclinara el equilibrio de poder en favor de Francia. Aceptó la designación de príncipes con menos sangre española que sus nietos como principales herederos de Carlos II —en primer lugar, José Fernando y, a su muerte en 1699, el archiduque Carlos de Austria en 1700—, aceptando así mismo el hecho de que sus jóvenes nietos eran personas no gratas para holandeses e ingleses: aunque habría una unión de coronas, se convino que habría una unión de intereses estratégicos, económicos y coloniales. A cambio, a Luis se le prometieron unas ventajas territoriales que redundarían en beneficio de Francia, estipulándose que el delfín recibiría su parte correspondiente de las posesiones españolas e italianas, las cuales, mediante intercambios, lograrían reforzar la frontera oriental. La provincia fronteriza española de Guipúzcoa pasaría también al delfín.

Cuando se supo que el testamento de Carlos II nombraba



Caricatura que muestra a Felipe V llevando a Luis XIV «la leche ordeñada a la vaca española». Los países europeos veían con disgusto que el trono español fuera ocupado por un nieto de Luis.

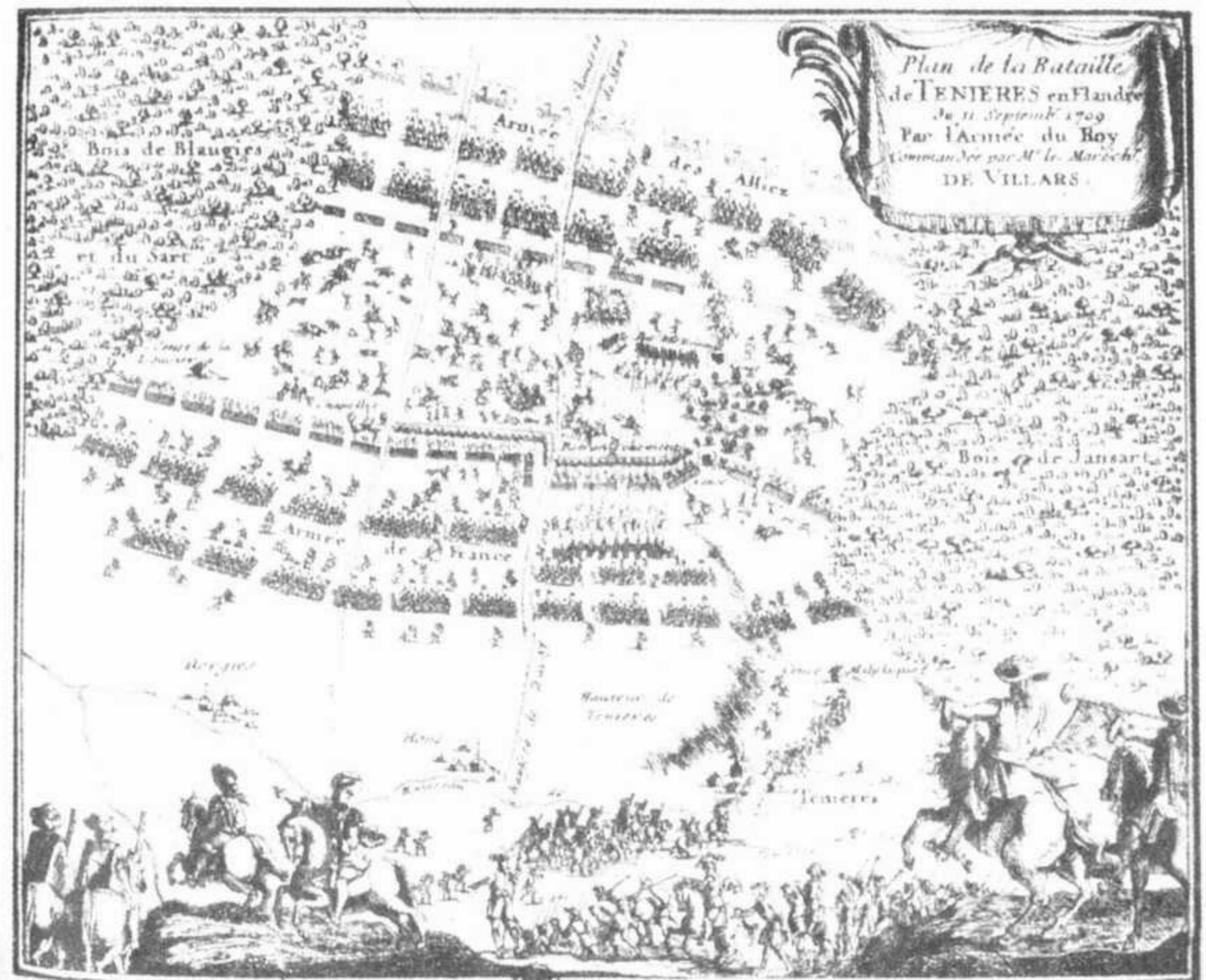
primer heredero a Felipe de Anjou, Luis confió en que su renuncia a esas ventajas territoriales serviría para aplacar a las potencias marítimas. Se hallaba en un durísimo dilema, puesto que, de no aceptar en nombre de su nieto un testamento que exigía recibir el imperio español en su totalidad, el ofrecimiento pasaría al segundo heredero que figuraba en el testamento del monarca español, el archiduque Carlos. Al final comprendió que era más sensato sacrificar los territorios prometidos en los acuerdos de reparto que contribuir a crear otro cerco Habsburgo en torno a Francia. Las esperanzas de Luis en cuanto a lograr mantener la paz general, aunque Leopoldo entrara en guerra, no se vieron cumplidas, fundamentalmente por la exacerbada competencia por el comercio español e hispano-americano —que aportaba oro a las arcas europeas— entre Francia y las potencias marítimas.

Los historiadores de la presente generación han descubierto los rasgos más notables de Luis en los largos años de lucha que siguieron: su empeñada resistencia, su compasión por el sufrimiento de su pueblo, su búsqueda de la paz y su hábil manipulación de los cambios experimentados por Inglaterra en 1710, que



Publicación en París del fin de la guerra anglo-francesa, el 24 de agosto de 1712. Grabado anónimo. Biblioteca Nacional, París.

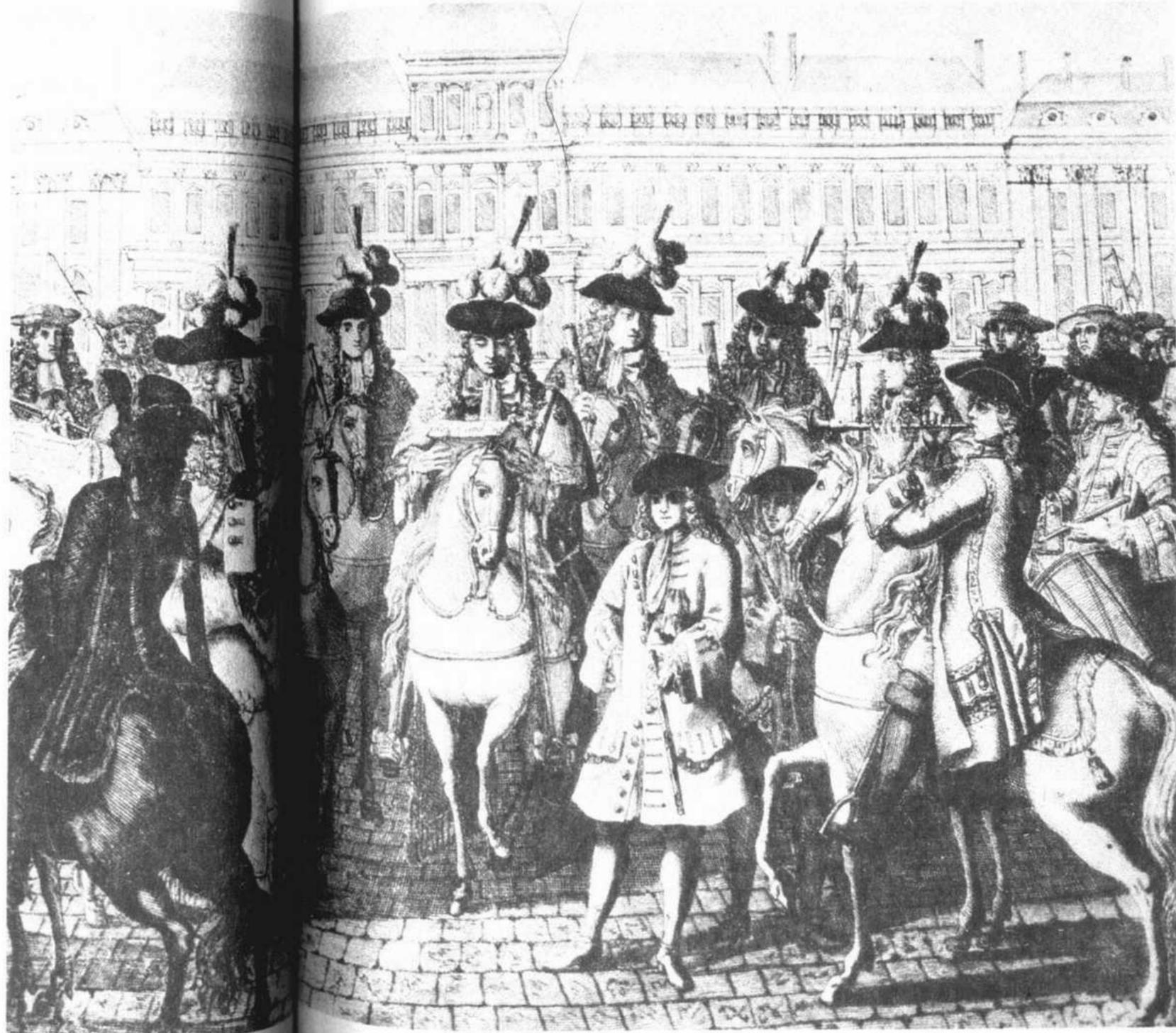
Batalla de Malplaquet (11 de septiembre de 1709), cuyas cuantiosas pérdidas provocaron en Inglaterra una campaña en favor de la paz. Grabado anónimo. Biblioteca Nacional, París.



ostentaba la inscripción de *Securitas Alsatiae* seguía siendo válida. Desde el punto de vista del veredicto de la historia, el rey podía estar convencido de su gloria: el reino que le fuera encomendado para su salvaguarda no había sufrido merma.

El sentido común y práctico de Luis es, asimismo, evidente en la política de sus últimos años de reinado. Al morir la reina Ana de Inglaterra, se negó a poner trabas a la sucesión protestante y no

Anverso y reverso de la medalla realizada por Mauger en 1699, con la inscripción Securitas Alsatiae y la efigie de Luis XIV. Ciertamente, la seguridad del territorio francés fue bien defendida por este monarca.



apoyó la rebelión de 1715 en Escocia, cuando los jacobitas alzaron el estandarte Estuardo en favor de Jaime III. La paz con el emperador y el Imperio, en 1714, fue seguida por la iniciativa encaminada a una alianza entre los Borbones y los Habsburgo. Dado que la Paz de Utrecht había confirmado para Felipe V la corona de España— si bien a costa de sacrificar todas las posesiones españolas en Italia—, la frontera sur de Francia quedaba a salvo. Una cooperación con

Proclamación en París de la Paz de Utrecht (1713). La paz consistía en unos acuerdos entre Francia y España por un lado, e Inglaterra, Portugal, Saboya y la República Holandesa, por otro. Biblioteca Nacional, París.

Viena parecía lo más indicado para impedir que fueran utilizados los pasos de la frontera oriental, donde Francia no había logrado conquistar aún Lorena, pero sí la fortaleza de Landau, en compensación por lo de Philippsburg. Su propuesta fue estudiada, pero como quiera que la declaración de guerra de Turquía contra Venecia se produjo por aquel tiempo, de nuevo surgieron las viejas suspicacias: ¿era Luis sincero, o se trataba de un truco? La «revolución diplomática» tuvo que aplazarse hasta que Austria abandonó el «viejo sistema» en 1756, pero ya Luis había visto la lógica que entrañaba la situación posterior a 1714.

En tanto que Luis sometía a revisión su opinión de Francia en relación a Europa, entre los años 1697 y 1715, se ofrecía también la oportunidad de revisar los asuntos internos, aunque ello no ha sido estudiado muy a fondo; de hecho, buena parte de los historiadores opinan que las nuevas tendencias surgidas en Francia estaban motivadas únicamente por una oposición a Luis XIV. Tal opinión no concuerda con las pruebas obtenidas gracias a un riguroso examen del material de archivo, que demuestran que, tras la extraordinaria actividad de esos años, residía una iniciativa real o de otros a instancias del rey. Tal iniciativa llevó al abandono de la confianza en los ingresos de la tierra. Las viejas ansias de desarrollar las colonias francesas en las Indias Occidentales y las posesiones francesas en Nouvelle France y Arcadia adquirieron una nueva dimensión durante esos años. El comercio de pieles de castor en el norte ya no resultaba provechoso, puesto que muchas pieles habían bajado de precio, y hubo que tomar medidas para adaptarse a las circunstancias. Se establecieron nuevos poblados, uniendo los de los Grandes Lagos, por medio del gran sistema fluvial, con el Golfo de México, y Luisiana, en el Misisipí, recibió su nombre en homenaje a Luis.

Los viajes por mar para descubrir nuevos territorios eran financiados por la corona, deseosa de comprobar si podían hallarse tierras en los mares del Sur que no estuvieran ocupadas por los portugueses o los españoles. Luis había comprendido la necesidad que tenía Francia de descubrir nuevas fuentes de riqueza. «Esta guerra», dijo a propósito de la guerra de Sucesión de España, «es una batalla por el comercio en las Indias Españolas y por las riquezas que rinden.» Las medidas propuestas por el *Conseil de Commerce* en 1700, destinadas a mejorar la posición de las clases mercantiles, fueron aceptadas, y el viejo decreto de que la participación en el comercio con ultramar no entrañaría la derogación del título de nobleza, se extendió al comercio en general practicado en Francia. El deseo de los mercaderes de acceder a la nobleza «automáti-

camente» —una vez que hubieran reunido una cierta fortuna o contaran con varias generaciones dedicadas al comercio— no se cumplió, aunque Luis confirió por propia voluntad numerosos títulos de nobleza a comerciantes en sus últimos años de reinado, cuando el concepto de *commerce honorable* fue llevado a la práctica y la corona y sus servidores se hallaban a la vanguardia de quienes trabajaban en favor de la reforma, contribuyendo a abolir monopolios, a reducir las barreras aduaneras en Francia y a eliminar numerosas cortapisas.

A fines de la década 1690-1700 Luis realizó ciertas tentativas, aunque sin éxito, para lograr un sistema unitario de pesos y medidas. En ese caso, como en tantos otros, la extensión misma de Francia y el poder de los intereses provinciales y sectarios obraron en contra de toda innovación o reforma. Los mercaderes, por poner un ejemplo, se oponían a la participación de los nobles en el comercio interior, por considerarlo una competencia desleal.

9. El dorado ocaso del Rey Sol

En términos generales, el veredicto sobre la política interior de Luis XIV es hoy más favorable que antes. Los historiadores franceses que han examinado sus aspectos legales han llegado a la conclusión de que, lejos de mostrarse arbitrario e injusto, Luis demostró en no pocos casos un profundo respeto por la ley, en tanto que los parlamentarios, la «nobleza de los jueces», empleaban hábilmente su considerable poder para incrementar sus intereses económicos y frenar por medio de tácticas sutiles todo cambio que consideraran nocivo para la clase de los terratenientes (a la que ellos mismos pertenecían en gran número) o para su *status* jerárquico social. Vemos, por un lado, ejemplos de campesinos llevados a la ruina y de oposición a las reformas tributarias reales, así como una tenaz defensa de privilegios y tradiciones; por otro, nos encontramos con un rey profundamente preocupado por la justicia en el cumplimiento de la ley. Los *Grands Jours* de los principios del reinado personal, otrora condenados como justicia sumaria, son vistos ahora como justo castigo a los infames nobles que infringían la ley. Antes de imponer el diezmo, Luis pidió en 1710 a la facultad de Leyes de la Sorbona que determinara si estaba en su derecho, incluso en época de guerra, de exigir a todos los súbditos una décima parte de sus bienes. Ese impuesto, muy mal acogido por las clases de los hacendados pese a su indiscutible legitimidad, tuvo que ser abolido tan pronto como se alivió la angustiada situación de guerra. La *paulette*, impuesto siempre mal aceptado por quienes ostentaban cargos públicos, hubo también de ser abolido en los últimos años del reinado. Los códigos de Luis, por otro lado —el código civil de 1667, el criminal de 1670, el marítimo de 1672, el comercial de 1673 y el *Code Noir* de 1685 (en relación a los derechos de los esclavos en las colonias francesas)—, encajaban perfectamente en la creciente tendencia humanitaria tan característica de fines del siglo XVII. Asimismo, ha podido observarse que a partir de 1680 cesaron los procesos contra las brujas en Francia, mientras que el «asunto del veneno» de 1682 desembocó en una ley que

Felipe II de Orleans, designado regente, no respetó el testamento de Luis XIV, y un día después de la muerte del rey asumió el control absoluto del gobierno.



Musée Condé, Chantilly

imponía la obligatoriedad de llevar un registro de venta de toda sustancia venenosa. Ha podido comprobarse, tras un atento examen, que las siniestras *Lettres de cachet* reales, en virtud de las cuales podía encarcelarse a un hombre o una mujer mediante un simple edicto del rey, eran empleadas fundamentalmente a requerimiento de individuos de rango elevado que pretendían ejercer control sobre sus hijos, en especial en lo que concernía a la propiedad.

Es muy posible que el péndulo se haya desplazado exageradamente,¹⁹ pero es necesario señalar que en otros casos en que se ha consultado material de archivo, la imagen que presenta el rey es el de un absolutismo paternalista que aspiraba al racionalismo con la colaboración de consejeros de parecido talante. Se sigue criticando al rey por haber interferido en la constitución al mandar incluir a sus hijos legitimados, el duque de Mantua y el conde de Toulouse, en la línea de sucesión francesa, pero se trata de un acto políticamente justificable. Es preciso recordar, en primer lugar, que ello ocurrió en 1714, cuando el biznieto de Luis era el único heredero forzoso, dado que Felipe V, a instancias anglo-holandesas, renunció en nombre suyo y de sus hijos a la corona francesa; y en segundo lugar, que ambos (contrariamente a lo que suele afirmarse) iban

por detrás de los príncipes de sangre —los Orleans y Condé—, quienes conservaban el derecho a ser los primeros en la línea de sucesión si el joven Luis moría sin dejar herederos legítimos.

Cuando el anciano Luis se hallaba en su lecho de muerte, en agosto de 1715, era plenamente consciente de que moría dejando al país enfrentado a una minoría, con todo lo que eso suponía para Francia. «El pequeño —dijo a sus más fieles consejeros— tendrá que soportar muchos problemas, pues yo fui rey a los cinco años de edad y recuerdo los obstáculos que se atravesaron en mi camino.» El rey se sentía muy unido al chiquillo —único heredero legítimo al trono que Dios no se había llevado en los terribles años de 1711-14—, mas también le preocupaba el hijo legítimo que siempre había amado. Mientras Felipe de Orleans fue regente, durante la minoría, su poder se vio muy mermado por el consejo de regencia, y se encargó al duque de Maine la tarea de vigilar la educación del futuro rey y la *Maison du Roi*.

Luis repasó también el historial de su reinado. ¿Acaso se había sentido demasiado atraído por la guerra? Volviendo la vista atrás, debía reconocer que sí, y en medidas y elocuentes palabras aconsejó a su biznieto que no siguiera su ejemplo. Según la versión más digna de confianza acerca de las palabras del rey al futuro Luis XV, se aprecia cierto ánimo de autojustificación: «*Ne m'yमितez pas surtout dans les guerres avec vos voisins, soulagez votre peuple le plus que vous pouvez, jay eue le malheur par les nécessités de l'état de ne le pouvoir faire.*»²⁰

La historia hallará, sin duda, culpable a Luis de agresión, al menos durante los años 1667 y 1672, por más que se recalque el aspecto defensivo de las dos últimas guerras, de 1689 y 1702. Los actos agresivos de Luis, sin embargo, se ven con una mejor perspectiva desde que estamos mejor dispuestos a admitir que otras naciones, aquellas que luchaban contra Francia, tenían también motivos agresivos o ambiciosos, pues comprendemos hasta qué punto el temor constituye una fuerza motriz en las relaciones entre Estados y cuán difícil es preservar la paz. Actualmente tendemos menos a analizar los «errores» cometidos por Luis en los años 1700-02 y prestamos mayor atención al dilema que le planteó saber que la República Holandesa y el gobernador de Flandes, el elector Maximiliano de Baviera, habían acordado arrebatarse a Felipe los Países Bajos del sur, así como a su envío de tropas francesas con el propósito de mantener dicho territorio dentro del patrimonio español. Nos consta que Luis no «detuvo» a las tropas holandesas, las cuales, en virtud de un acuerdo holandés-español de 1698, guarnecían ciertas ciudades fronterizas en los Países Bajos del sur,

sino que fue Guillermo III, alarmado ante la posibilidad de que Luis tomara la iniciativa, quien obligó a dichas tropas a retroceder. Asimismo, sabemos que, aunque existen complejas razones tras el reconocimiento, por parte de Luis, del hijo de Jaime II como «rey de Inglaterra», en septiembre de 1701, tal reconocimiento se produjo mucho después de que Guillermo decidiera emprender la guerra contra Francia —lo cierto es que fue después de haberse firmado la Gran Alianza—, aunque también está claro que Luis subestimaba la valiosa munición que con ello ofrecía a Guillermo para su campaña antifrancesa en Inglaterra.

La tendencia a emplear la amenaza de la fuerza, e incluso la violencia, en sus relaciones con otros Estados, parece que fue más propia de Luis XIV que de otros gobernantes de la época, aunque ello tiene su explicación en el hecho de que la posición de Francia era más arriesgada: Luis tenía multitud de vecinos que podían volverse contra él, y dentro de Francia había enclaves —como el principado de Orange (patrimonio de Guillermo III) y la posesión papal de Aviñón— que esos enemigos podían utilizar para sus propios fines.

Al examinar ejemplos clásicos de la conducta agresiva de Luis en los años 1660, comprobamos que dicha conducta formaba parte integrante de la lucha por la hegemonía, y que su afición a las salvas militares y su empeño en conservar los privilegios adquiridos eran inseparables de la diplomacia de la época. Aunque los métodos de Luis resultaran en ocasiones rudos y crueles, solía practicar una diplomacia más flexible y estaba mejor dispuesto que otros monarcas a buscar soluciones. Los actos violentos de Luis, llevados a cabo en 1680, son, sin embargo, innegables. Ciertos historiadores los consideran tan «atípicos» de este rey, que piensan que en esa década se hallaba confundido y dominado por ministros agresivos, tales como Croissy y Louvois.

En 1684, Génova fue bombardeada y tres cuartas partes de sus viviendas quedaron reducidas a escombros; en 1686, Víctor Amadeo se vio obligado a perseguir a los protestantes valdenses; en 1688 fueron saqueadas las ciudades del Palatinado. Existen unas explicaciones racionales para dichos actos. Génova era aliada de España y persistía, por más que se le pidió que desistiera, en dar refugio y pertrechar a las galeras españolas que acosaban a los barcos franceses en el Mediterráneo durante la guerra de 1683-84. Los valdenses dominaban una *porte d'entrée* en Francia y estaban dispuestos, llevados por su celo religioso, a servir de base para los enemigos de Luis. La quema de ciudades del Palatinado, que tanto dolor causó a Liselotte von Pfalz —en especial, a causa de Heidel-



Bombardeo de Génova, el 24 de mayo de 1684. La precisión de este grabado, que se detiene en la descripción de los barcos y las tácticas empleadas, le convierte en un importante documento histórico. Biblioteca Nacional, París.

berg—, tenía como fin demorar la invasión de las tropas imperiales en una época en que las fortificaciones francesas no se habían completado aún y Luis disponía de escasas tropas para la defensa. Pero es evidente que la responsabilidad de esos actos debe recaer sobre el propio monarca, no sobre sus ministros. Es muy posible que se enojara con Louvois y le reprochara el haber amenazado, sin su autorización, con quemar Tréveris, pero sólo contamos con la palabra de Saint-Simon (no siempre de fiar) para avalar esa hipótesis, mientras que en los archivos de guerra hay gran cantidad de documentos que atestiguan que fue el propio Luis quien insistió en la destrucción del Palatinado con el fin de privar a sus enemigos de alimentos y provisiones, a la vez que ofrecía a los habitantes de los pueblos y ciudades la posibilidad de refugiarse en Alsacia.

Es necesario resaltar que los actos de violencia que se registraron en los años 1684, 1686 y 1688-89 eran de un carácter que podríamos definir como «terrorismo defensivo», y que todos los comandantes de la época lo emplearon cuando no había más remedio: Marlborough arrasó Baviera en 1704; el zar Pedro aplicó tácticas de tierra abrasada en Polonia y Lituania en 1707-08; Carlos XII de Suecia creó una zona de seguridad en torno a su campamento de invierno en Ucrania, en 1708-09, mediante la evacuación y quema de poblados enteros. Los remordimientos de Luis, por consiguiente, no se debían tanto a sus métodos empleados en la guerra, como a las repercusiones negativas que tuvieron éstas en el pueblo francés, las cuales vinieron a sumarse a los avatares —como el durísimo invierno de 1708-09— que la naturaleza hizo padecer a los sectores más humildes de la sociedad. Es posible que a medida que menguaban sus fuerzas, los problemas planteados por la política exterior que a Luis le parecieron (y de hecho lo eran) tan acuciantes, perdieran importancia; pero parece más probable que fuera consciente de haber servido mal, con sus agresiones de 1666 y 1672, los «auténticos intereses» de Francia, atrayendo sobre sí y sobre el Estado, con su soberbia, la desgracia.

Luis se sabía inocente de la acusación, muy común en la propaganda de la época (y todavía aceptada por no pocos historiadores), de aspirar a una «monarquía universal», proyectando ser elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Mazarino había realizado unas tentativas en 1657 cerca de la Liga del Rin para proponer el nombre de Luis, que a la sazón contaba diecinueve años, frente al de Leopoldo de Austria, pero dichas propuestas fueron rechazadas. La idea de que Luis se presentara a la elección imperial ciertamente surgió durante su reinado personal, propuesta por Brandemburgo en cierto momento de las negociaciones diplomáticas y por Baviera en otro; pero las discusiones que siguieron fueron vanas, ya que Luis era plenamente consciente de su carácter poco práctico. Para los contemporáneos, sin embargo, la «monarquía universal» tenía un significado más amplio y vago, lo que indicaba el temor de que Francia asumiera una influencia desmedida y poderosa en asuntos territoriales y comerciales, dado el tamaño de sus ejércitos y armadas y las ambiciones de Luis XIV. Tal temor constituyó, como hemos visto, un factor decisivo en las relaciones de este monarca con las potencias marítimas; aunque desde el punto de vista de Luis el incremento de poderío y riquezas en los Estados gobernados por Guillermo III y Leopoldo I resultaba tanto o más perjudicial para el equilibrio europeo.

En materia de política interna, Luis tenía la conciencia más



Sátira de las mujeres adineradas que protestaban por los edictos destinados a recortar gastos en tiempos de guerra. Grabado de Nicolas Guérard. Biblioteca Nacional, París.

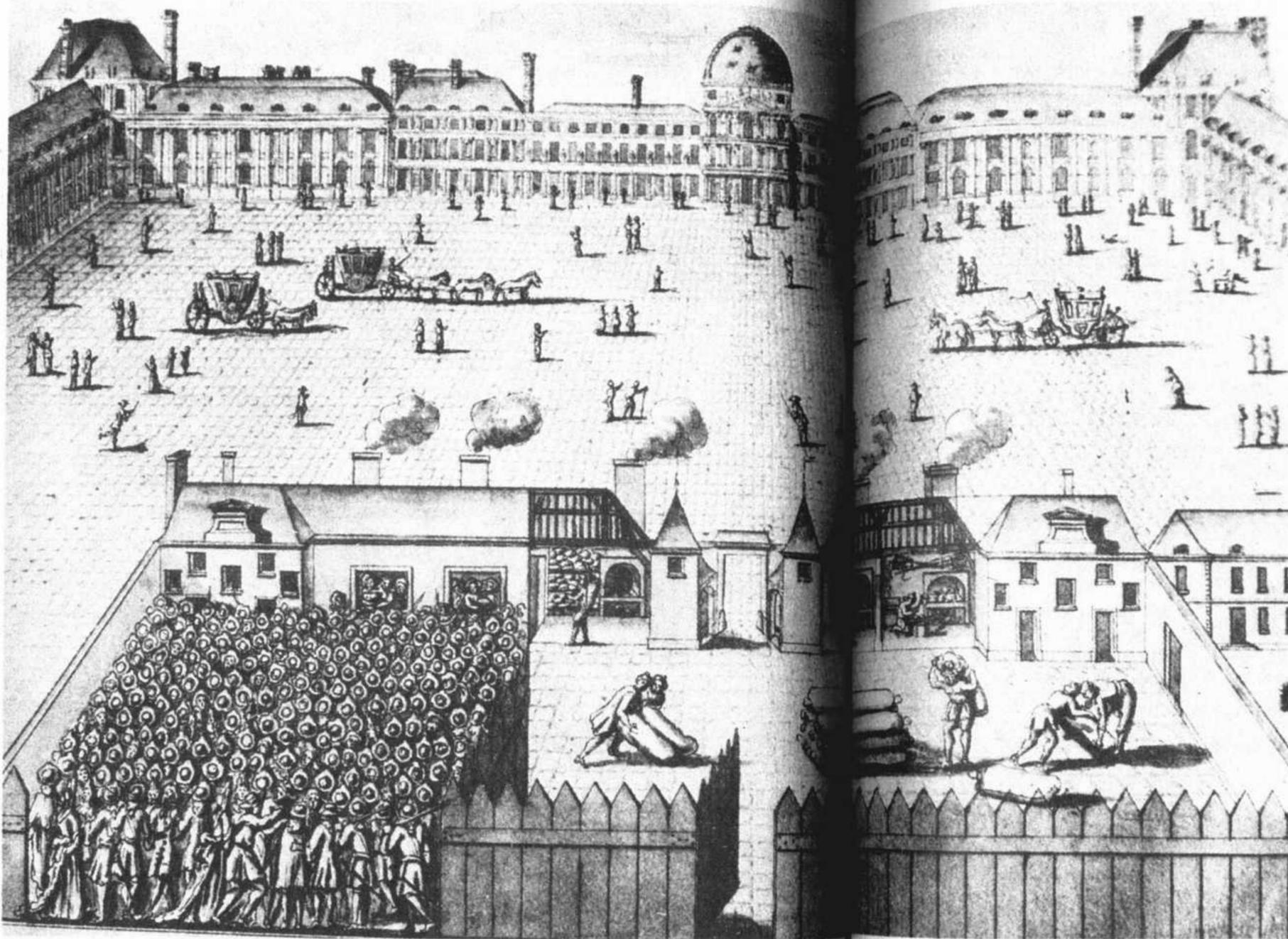
tranquila, toda vez que las cuestiones relacionadas con ella le habían resultado menos complejas. Luis siempre había creído, de forma un tanto mecanicista, que el hombre tendía a perseguir egoístamente sus propios intereses a menos que un gobernante justo y preocupado por la seguridad y bienestar de todos sus súbditos le frenara en sus propósitos. En su opinión, un gobernante paternalista, consciente de sus deberes como cabeza del Estado, podía cumplir perfectamente esos deberes precisamente por ser la «cabeza» y observar con imparcialidad las rivalidades y luchas inherentes a la política de Estado. Sabía que había sido sincero en sus esfuerzos por reconciliar a la nación; la Fronda había sido atajada sin ejercer venganza (Marsella, por ejemplo, pudo conservar sus privilegios pese a su alzamiento), y Luis, en sus instrucciones al delfín, recalcó a propósito de la Fronda que, a lo largo de los siglos, todo cuerpo colectivo dotado de poder había cometido errores y emprendido el camino equivocado para la solución de los problemas. Advirtió a su nieto Felipe V, cuando le prestó tropas francesas

Grabado de A. Le Roux, en el que se satiriza a los comerciantes de cereales que se enriquecían en época de malas cosechas. Biblioteca Nacional, París.



para quebrantar la resistencia de Barcelona, que en ningún caso matara a los rebeldes: el propósito del asedio era incluir a Cataluña en una España unificada, no enajenar a la provincia mostrándose absurdamente cruel.

Luis había expresado a menudo su afán de conseguir erradicar la nobleza en Francia, pero ignoramos si lo consideraba practicable, a la luz de su propia experiencia, pues había topado siempre con la oposición de los sectores adinerados. La propaganda inspirada por el gobierno, manifestada esencialmente por medio de improperios y caricaturas, pretendía ridiculizar y escarnecer a todo género de oportunistas, y se adoptaron una serie de medidas prácticas, como la de vender pan a bajo precio a las gentes necesitadas, a fin de aliviar la miseria. Ciertamente hubo menos revueltas y alzamientos durante su reinado que en la primera mitad del siglo XVII, aunque hubo algunos disturbios provocados por la presión de los impuestos o en protesta contra la autoridad central en las provincias que tenían por costumbre preocuparse sólo de sus propios intereses. La



Distribución gratuita de pan homeado en Versalles, durante el período de escasez de 1662, según un grabado anónimo. Biblioteca nacional, París.

Viollet

rebelión más grave, el alzamiento protestante en Cévennes en tiempos de la guerra de Sucesión española, desde 1702 a 1704, estuvo, sin embargo, motivada por razones políticas. Al acabar la guerra, cuando el intento de los aliados por conquistar Tolón había fracasado y no había motivos para seguir temiendo la colaboración de los hugonotes con los enemigos de Francia, la tolerancia hacia los protestantes volvió en la práctica, si no en teoría, tanto para los naturales de Cévennes como para los hugonotes en general.

El optimismo, fundado en lógicas deducciones, formaba, sin embargo, parte del clima de opinión en que se desenvolvía y trabajaba Luis, y es muy posible que tuviera efectivamente la esperanza de poder remediar la situación de las clases oprimidas. La esencial dependencia de la monarquía absoluta de las clases hacendadas (o,

a la inversa, el Estado dinástico gobernado como una propiedad privada), tan evidente para nosotros, no lo era tanto para un monarca que se creía por encima de intereses sectarios y que era servido por ministros de parecido talante. Cuando, en 1665, Bernini dijo de Luis que era *un roi d'aujourd'hui*, lo hizo basándose en su patrocinio de las artes, pero lo cierto es que Luis XIV, incluso en su vejez y con las fuerzas muy mermadas, se hallaba en cierto aspecto a la par con el espíritu racionalista reformista de un grupo de individuos en toda Europa que iban muy por delante de su tiempo. Esa elite se fue extendiendo, a partir de mediados del siglo XVIII, para abarcar a unas capas más amplias de la sociedad (aunque su ritmo de crecimiento no fue igual en toda Europa), de tal manera que «la reforma desde arriba» se había hecho innecesaria. Por este motivo,

es difícil que los europeos modernos puedan juzgar a los presuntos reformistas del siglo XVII con ecuanimidad o «no políticamente», sin el debido análisis histórico. Sin una reflexión histórica, no resulta sencillo interpretar palabras, que empleamos todavía, como «orden» y «deber», en el sentido que éstas poseían en el siglo XVII. El orden, en contraposición a la anarquía, constituía uno de los ideales de los siglos XVII y XVIII; el orden y el entendimiento se concebían como belleza tanto en la sociedad como en el arte; el cumplimiento del «deber» equivalía a «utilidad» y servía los «verdaderos intereses» del Estado. Tales eran las ideas compartidas por Luis. Sostenía que Dios obraba por medio de agentes humanos, y no era demasiado partidario de atribuir cosas a la Providencia, aunque Madame de Maintenon logró convencerle, a nivel personal, de que los males de la guerra y la serie de muertes acaecidas en su familia entre 1711 y 1712 eran un castigo enviado por Dios para enseñarle a ser humilde y salvar su alma. En su lecho de muerte, el rey dijo al duque de Orleans que debía mucho a esa mujer, «sobre todo en lo que se refiere a mi salvación».

Luis debía de poseer una salud extraordinariamente robusta, a juzgar por la escasez de enfermedades que aparecen en las abundantes notas médicas, las cuales recogían, además de las enfermedades, el más mínimo espasmo o dolor: el sarampión contagiado por la reina en 1683, el codo dislocado en 1684, la intervención de 1685 para extraerle unas muelas del maxilar superior y librarle de unos molestos abscesos (en la cual perdió, por accidente, parte del maxilar) y la intervención de 1686 por una fístula anal. En ocasiones tenía problemas de digestión (aunque las anécdotas tantas veces repetidas de que tenía los intestinos más largos de lo normal y una lombriz de inusitadas proporciones son del todo erróneas), pero las célebres purgas no tenían nada de siniestro, puesto que se trataba de unas infusiones de té, hierbas y ruibarbo. Su apetito, como hemos visto más arriba, era excelente (en especial para alimentos sazonados con hierbas, caza y platos aderezados con semillas de pistacho); pero por lo general comía de forma moderada: muchas verduras (en especial alcachofas y guisantes frescos) y fruta cultivada en Versalles. Hasta que cumplió los veinte años se negaba a beber otra cosa que no fueran zumos de fruta o agua; a partir de entonces tomaba algo de vino, generalmente mezclado con agua. Entre 1672 y 1696 Luis bebía champán por recomendación de su primer médico, D'Aquin, quien opinaba que el rey padecía del hígado; a partir de 1696, el sucesor de D'Aquin, Guy-Crescent Fagon, le recomendó que bebiera borgoña puesto que, en su opinión, Luis era linfático y anémico. Tal vez estuvieran ambos acerta-

Incluso después de cumplir setenta años, Luis XIV hacía gala de su buena salud. No mostraba signos de debilidad y seguía practicando sus deportes favoritos, entre los que se encontraba la caza. En la imagen, La caza del ciervo, una de las esculturas de Versalles.



Giraudon

dos en su diagnóstico; es posible que las sangrías, tan frecuentes en la práctica médica de la época, hubieran debilitado a Luis. En sus postreros años, al parecer, el rey rechazaba instintivamente ese remedio «curalotodo», y en general se mostraba contrario a todo tipo de «remedios».

Ciertamente Luis no mostraba síntoma alguno de debilidad, ni siquiera después de haber cumplido los setenta años. Era todavía viril, y cuando Madame de Maintenon preguntó a su confesor si estaba todavía obligada a someterse a más de una *bonne bouche* (eufemismo empleado para designar el coito) por noche, aquél le respondió afirmativamente. El rey «dormía como un niño». Seguía saliendo a cazar en su coche ligero y en cierta ocasión, cuando tenía setenta y cinco años, detuvo un tronco de caballos que se había desbocado. Disfrutó de los conciertos y fiestas en Marly durante la primera semana de agosto de 1715, participó en una cacería del ciervo y dispuso que los miembros de la corte le acompañaran a cazar en Fontainebleau a finales de aquel mes. Pero el 10 de agosto se sintió súbitamente muy enfermo y se trasladó a Versalles. Padecía constantes dolores, que al principio trató de olvidar trabajando con sus consejeros, ministros y funcionarios en sus habitaciones, pidiendo que le distrajeran con música y canciones, recibiendo visitas de familiares en otras habitaciones que no eran las suyas, hablando con D'Antin (hijo de la Montespan y su anterior marido), que era el nuevo *surintendant des bâtiments*, acerca de reparaciones y mejoras de edificios, e instando a todo el mundo a que conti-

nuaran como si nada pasara. Salió de caza, y dijo a sus hijos: «*Ne perdez pas le temps qui est très beau*» (no perdáis el tiempo, que es muy bueno).

Su elevada temperatura, su insaciable sed y lo alterado de sus facciones, sin embargo, denotaban, para quienes se hallaban junto a él, incluso antes de descubrirse la gangrena senil de su pierna izquierda, que había llegado su fin. Pronto se sintió tan débil que no podía abandonar el lecho, excepto por breves espacios de tiempo, y tuvo que ser trasladado en brazos a la capilla cuando, el 20 de agosto expresó su deseo de asistir a un servicio en memoria de su padre, y para la festividad de San Luis, el día 25. A partir del 24 se preparó para morir, cancelando la visita a Fontainebleau, ordenando que se hicieran los preparativos necesarios en Vincennes para su biznieto, el futuro Luis XV, pidiendo que quemaran sus papeles privados, recibiendo a ministros y despidiéndose de su familia y servidores.

Tenía confianza en el futuro. «Yo me marchó, Francia permanece», fueron las palabras que, según parece, pronunció en su lecho de muerte. Había una nueva generación de funcionarios, instruidos por él mismo, que se proponían continuar la labor de reforma basándose en las investigaciones realizadas en torno a 1690 y 1700, así como en notas sometidas al rey por distintas personalidades, entre las que se encontraban la crítica de la economía de Boisguilbert y las medidas propuestas por Vauban para combatir los males internos y fomentar la expansión en ultramar.

En su testamento de 1714, Luis había incluido a sus principales ministros (el canciller y ministro del Ejército Voysin, Desmaretz, a cargo de las Finanzas, Pontchartrain para la Marina y las Colonias y al hábil Torcy para Asuntos Exteriores), en el consejo de regencia, a la vez que a cuatro mariscales de Francia que eran expertos diplomáticos (Villeroi, que conocía bien Alemania y había negociado las condiciones para la paz de 1714; Tallard, que conocía muy a fondo Inglaterra; D'Huxelles, que había negociado en los Países Bajos, y D'Harcourt, experto en temas de España). Esos hombres tenían como misión servir de guía al regente y a los otros príncipes de sangre, el duque de Maine y el conde de Toulouse, así como al duque de Condé cuando hubiera cumplido los veinticuatro años. En ocasiones Luis había criticado al futuro regente, Felipe de Orleans, como al resto de los jóvenes distinguidos, por la vida inmoral que llevaba en París, entregado a los placeres (el conflicto entre generaciones se repite a lo largo de la historia), pero básicamente confiaba en que Felipe sabría hacer frente a sus responsabilidades, dado que en los tiempos de la guerra, cuando estuvo al



Luis XIV supo rodearse, a lo largo de su dilatado reinado, de valiosos colaboradores que fueron de gran ayuda para su gobierno. En la imagen, procesión de los grandes de Francia desfilando bajo la estatua ecuestre del monarca, según un grabado de la época.

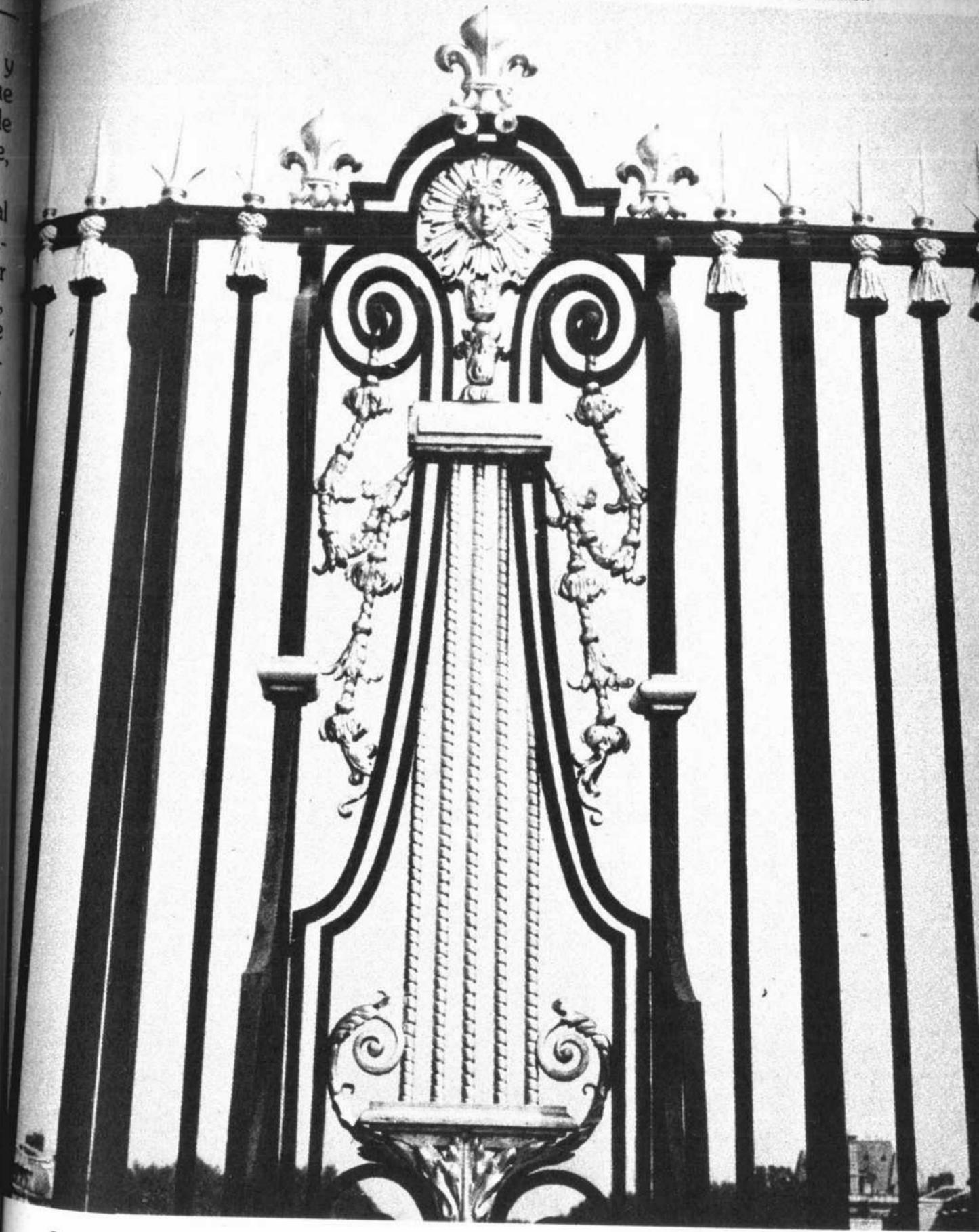
mando del ejército en España, había demostrado su buen juicio y valentía. En cualquier caso, Luis confiaba en la moderación que impondría el consejo de regencia, y en el hecho de ser el duque de Maine el responsable de la *Maison du Roi*, y por consiguiente, prácticamente del ejército.

Aunque estaba resignado a morir, lógicamente se emoció al despedirse de los suyos. Lloró al pedir perdón a Madame de Maintenon por no haberla hecho feliz, y cuando vio a su biznieto por última vez. La institutriz del niño, Madame de Ventadour (a quien, en virtud de un codicilo del testamento de abril de 1715,²¹ le fue encomendado expresamente el cuidado de Luis XV hasta que tuviera edad suficiente para que Villeroy, su preceptor, y Maine, encargado de vigilar su educación, se ocuparan de él), le depositó en brazos del viejo monarca para que recibiera sus consejos y su bendición, pero hubo de llevárselo cuando Luis XIV, profundamente conmovido, estalló en llanto. Con los demás fue más sencillo, interrumpiendo Luis sus despedidas a los palaciegos y sirvientes de su casa al notar que éstos, y él mismo, eran «presa de la emoción».

Luis se mostró menos conmovido al impartir sus últimas bendiciones a los príncipes y princesas de sangre. Hablaba en voz muy queda y apenas se le oía cuando se despidió de ellos de uno en uno, pero alzó la voz para exhortarles a todos a que a su muerte procuraran vivir en paz y unidos; a los ministros y demás funcionarios que recibió por separado les pidió que siguieran prestando leal servicio y sinceros consejos durante el nuevo reinado. La única excepción se produjo al despedirse de sus consejeros religiosos, cuando intentó justificarse, como hizo, al hablar del tema de la guerra y la paz. Les dio las gracias —entre ellos al cardenal Rohan y a su confesor, Père Le Tellier— por haber velado por su alma, pero alegó que habrían de responder ante Dios por los consejos que le habían dado «en estos últimos años»; él mismo, en materia de religión, había tenido siempre «*très bonnes intentions*».

Durante las últimas semanas de su vida, hablaba de su reinado en pretérito —«*Du temps que j'étais roi*»—, y demostró que había llegado al límite de sus fuerzas cuando en una ocasión, al despertarse y ver a madame de Maintenon deshecha en llanto junto a su lecho, dijo: «¿Acaso me creías inmortal?»

Luis no podía tener la certeza de que su testamento y sus disposiciones serían respetados,²² pero había intentado hacer las cosas de la mejor forma posible. La tarea de un gobernante escrupuloso nacido para ejercer el absolutismo no había sido fácil. Un ministro a las órdenes de un gobernante absoluto podía elegir entre aceptar o no el cargo, lo mismo que los políticos y hombres de



Luis XIV fue siempre consciente de las dificultades que conlleva la práctica de un gobierno escrupuloso y las afrontó con energía y decisión. Con idéntica energía encaró la muerte, satisfecho de su reinado, en el palacio que había construido como símbolo de su grandeza.

Estado en las oligarquías de la época; hasta Guillermo III había optado por ejercer el derecho que creía asistirle con respecto a la corona de Inglaterra. A Luis, como a otros gobernantes hereditarios de la época, no le cupo elección, salvo la de abdicar. La reina Cristina de Suecia abdicó en 1654, y Jaime II demostró que había tomado esa decisión cuando huyó de Inglaterra en 1688. Luis jamás contempló la posibilidad de abdicar, ni amenazó con hacerlo, como Guillermo III, amenaza que a su juicio era incompatible con la gloria y el deber. Mientras vivió, sabía que el oficio de rey entrañaba duras cargas al mismo tiempo que placeres. Cuando llegó la hora de abandonar esta vida, el 1 de septiembre de 1715, estaba preparado para ello. «Todos dicen que morir es difícil... A mí me resulta facilísimo.»

Notas

1. Conocida también como las Provincias Unidas y, a veces, los Estados Generales porque las siete provincias federadas enviaban representantes a una dieta o parlamento.
2. Ana y Mazarino fueron nombrados para el consejo de regencia, junto con tres administradores adiestrados por Richelieu; pero además figuraban dos príncipes de sangre: Gastón, hermano de Luis XIII, y su primo Enrique II de Borbón, príncipe de Condé. La reina y el cardenal temían que Gastón y Condé derribaran a Mazarino, de modo que acabaron con los procesos de descentralización emprendidos durante el reinado de Luis XIII.
3. La palabra *Fronde* (honda) era inicialmente peyorativa —como en el caso de los *whigs* y los *tories*—, pero los *frondeurs* no tardaron en lucir hondas bordadas en sus fajas.
4. Nobleza adquirida originariamente por servicios militares. (N. del E.)
5. Nobleza adquirida por la posesión de ciertos cargos o funciones. (N. del E.)
6. Sesión parlamentaria presidida por el rey, durante la cual el soberano ordenaba el registro inmediato de un edicto ante el que el Parlamento manifestaba su oposición. (N. del E.)
7. El discurso de Luis no contenía la famosa, pero apócrifa, frase de *L'Etat c'est moi*. Lo que dijo fue: «Todos saben cuántos problemas han causado a mi Estado vuestras asambleas y lo peligroso de sus resultados. Ahora me entero de que os proponéis continuarlas bajo pretexto de discutir unos edictos que fueron proclamados y leídos aquí, en mi presencia, hace poco tiempo. He venido hoy para prohibiros expresamente que hagáis semejante cosa. Lo prohíbo rotundamente, y os prohíbo a vos, *Monsieur le Premier Président*, que lo permitáis o toleréis, por más presiones que ejerzan sobre los *Messieurs des Enquêtes*.»
8. Aunque no existen pruebas contundentes de que fuera la reina quien fomentó esa aventura, lo cierto es que, cuando hubo terminado, Ana siguió manifestando estima por Madame de Beauvais, y fue desde un balcón de su casa de París desde donde la reina y Mazarino observaron el desfile de bodas de Luis y María Teresa.

9. Evitando pisar tierras de Flandes se confiaba en poder preservar la paz con España.

10. Los otros fueron: Ana Isabel (18.11.1662 a 3.12.1662), Mariana (16.11.1664 a 26.12.1664), María Teresa (21.1.1667 a 1.3.1672), Felipe, duque de Anjou (5.8.1668 a 10.7.1671), Luis Francisco (14.6.1672 a 4.11.1672).

11. Se hizo cargo únicamente de los dos primeros: una niña, nacida en 1669, que murió joven, y Luis Augusto, nacido en 1670 y que recibió el título de duque de Maine al ser legitimado. Los hijos menores fueron criados por Madame Louvois.

12. Madame de Maintenon solía abrigarse bien (lo que la hacía parecer «sólida») para protegerse contra la costumbre del rey de abrir las ventanas de par en par. Cuando en ocasiones el rey se refería a ella como *la Sainte Françoise* lo hacía burlándose de su fervor religioso.

13. Su hijo Felipe, duque de Anjou, subió al trono de España en 1700 con el nombre de Felipe V.

14. Fouquet, fallecido en 1680, no era el «hombre de la máscara de hierro» prisionero en Pignerol, cuya identidad todavía no ha sido descubierta.

15. Fue necesaria una revisión del primer tratado de octubre de 1698 al morir su principal beneficiario, José Fernando de Baviera, en febrero de 1699; el segundo fue firmado en marzo de 1700.

16. Luis había ampliado a todos los territorios franceses el derecho de la corona —concedido por el papa— a obtener rentas de algunos obispados entre la muerte de un titular y el nombramiento del siguiente.

17. Doctrina religiosa debida a Jeanne-Marie de Guyon (1648-1717), pensadora francesa representante del quietismo, el movimiento religioso que minimizaba la responsabilidad humana en la búsqueda de la unión con Dios. El guyonismo defendía el «amor puro». (N. del E.)

18. Doctrina sobre el libre albedrío y la gracia, del jesuita español Luis de Molina. (N. del E.)

19. Las *lettres de cachet* fueron, sin duda, utilizadas por Luis XIV por motivos políticos, como, por ejemplo, para encarcelar a Madame de Guyon durante ocho años en castigo a su «entusiasmo religioso» y su peligroso ejemplo.

20. «No sirva yo de ejemplo para vos en lo referente a la guerra con vuestros

vecinos, tranquilizad a vuestro pueblo lo más que podáis; a mí me ha reportado muchas desgracias no haber podido, por razones de Estado, hacerlo así.» (N. del E.)

21. En virtud de un segundo codicilo de 23/8 de 1715, Fleury pasó a ser el preceptor de Luis XV.

22. El testamento fue vulnerado por el duque de Orleans, quien el 2 de septiembre pasó a ser único regente. En 1718, el duque de Maine y el conde de Toulouse fueron desposeídos de todos los honores y cargos, perdiendo el derecho a seguir siendo «príncipes de sangre».

Cronología

- 1615 Matrimonio de Luis XIII y Ana de Austria.
- 1638 5 de septiembre: nace Luis, delfín de Francia.
- 1640 6 de septiembre: nace Felipe de Orleans, hermano de Luis.
- 1643 21 de abril: ceremonia de bautismo de Luis.
14 de mayo: muerte de Luis XIII. El delfín se convierte en rey con el nombre de Luis XIV. La regente es Ana de Austria. Mazarino pasa a ocupar el cargo de primer ministro.
- 1648 Estalla la guerra civil (la Fronda), que se prolongará hasta 1652.
Tratado de Westfalia: Alsacia pasa a Francia.
- 1651 7 de septiembre: Luis es declarado legalmente mayor de edad
- 1652 Tras la derrota de la Fronda, Luis XIV regresa a París.
- 1654 Participa en diversas campañas en las fronteras del norte y el este de Francia.
- 1658 Viaja por el sur y suroeste de Francia (hasta 1660). Se enamora de María Mancini.
- 1659 Tratado de los Pirineos, que establece la paz entre Francia y España. Hegemonía francesa en Europa.
- 1660 9 de junio: matrimonio de Luis y María Teresa.
Restablecimiento de la monarquía en Inglaterra con Carlos II Estuardo.
- 1661 9 de marzo: muerte de Mazarino. A partir de esta fecha, Luis gobierna sin un primer ministro. Creciente burocratización del gobierno, compuesto por un gabinete y un consejo de ministros.
Matrimonio de Felipe de Orleans con Enriqueta de Inglaterra.
Arresto de Fouquet. Colbert es nombrado ministro de Hacienda.
Julio: Luisa de La Vallière se convierte en amante de Luis XIV.
1 de noviembre: nacimiento de Luis, el gran delfín de Francia. María Teresa daría a luz otros cinco hijos entre 1662 y 1672 (dos varones y tres hembras), muertos todos ellos en la infancia o la adolescencia.
- 1662 18 de noviembre: nacimiento del primer hijo ilegítimo de Luis XIV; entre 1663 y 1678 nacerían otros diez hijos ilegítimos, y todos los que sobrevivieron a la infancia y primeros años de la adolescencia fueron legitimados.

- 1663 Se adopta la divisa *Nec Pluribus*.
A partir de este año, y hasta 1671, se fundan o reorganizan Academias: la de Inscripciones y Medallas, la de Pintura y Escultura, la de Ciencias, la de Roma, la de Música, la de Danza y la de Arquitectura.
- 1664 *Grandes Fêtes en Versailles (Plaisir de l'Île Enchantée)*.
- 1665 Se crea el *Conseil de Justice* para formular y redactar los códigos franceses (completados en 1685).
- 1666 *Fête de l'Amour et de Bacchus en Versailles*.
- 1667 Comienzan a redactarse las *Mémoires de Luis*.
Francisca Athénaïs de Montespan sustituye a Luisa de La Vallière como amante de Luis.
Comienza la reconstrucción y el diseño paisajístico de Versailles.
Muerte de Felipe IV de España y advenimiento de Carlos II.
Guerra de Devolución (hasta 1668).
Louvois, ministro de la Guerra.
- 1668 Conquista del Franco Condado. Inglaterra y Holanda contra Luis XIV. Tratado de Aquisgrán. Francia ha de devolver el Franco Condado.
«La Paz de la Iglesia» pone fin, provisionalmente, al problema del jansenismo.
Le Vau comienza la construcción del palacio de Versailles.
- 1670 Muerte de Enriqueta, esposa de Felipe de Orleans.
- 1671 Matrimonio de Felipe de Orleans con Isabel Carlota, princesa palatina.
- 1672 Guerra de Holanda (hasta 1678-79).
- 1673 Luis empieza a utilizar peluca. Coalición europea contra Francia. Muerte de Molière.
- 1674 Nueva conquista del Franco Condado. Se inicia la construcción de Los Inválidos.
- 1675 Madame Scarron se convierte en la marquesa de Maintenon.
- 1678 Paz de Nimega.
Amor de Luis XIV por Mlle. de Fontanges.
Vauban emprende la fortificación de las fronteras.

- 1680 La ciudad de París concede a Luis el título de *Le Grand*. Fundación de la Comédie Française.
- 1682 Nacimiento del primer nieto de Luis, el duque de Borgoña. En total, tres nietos legítimos nacieron con vida o sobrevivieron a la infancia en vida de Luis; los hijos legitimados le dieron nueve nietos: tres el duque de Maine; seis Francisca María, esposa de Felipe II de Orleans. Versailles se convierte en sede de la monarquía.
- 1683 Muerte de María Teresa, esposa de Luis.
Los turcos invaden Austria.
- 1684 Fecha probable del segundo matrimonio, morganático, de Luis con Madame de Maintenon.
- 1685 Revocación del Edicto de Nantes. Muerte de Carlos II de Inglaterra y advenimiento de Jacobo II.
- 1686 Liga de Augsburgo.
Luis XIV y Madame de Maintenon fundan la escuela de Saint Cyr.
- 1688 Estalla la guerra de los Nueve Años. Guillermo de Orange se convierte en rey de Inglaterra (Guillermo III).
- 1689 Penetración en la corte de las ideas religiosas de Madame Guyon y del quietismo.
- 1691 Muerte de Louvois. Gobierno personal de Luis XIV.
- 1694 Luis adquiere el Hôtel Vendôme para albergar las Academias y los archivos.
- 1698 Tratados de reparto: tentativas para resolver la cuestión de la sucesión española sin recurrir a la guerra (hasta 1700).
- 1699 Se rehabilita el *Conseil de Commerce* y se investigan métodos para fomentar el comercio; grandes esfuerzos para lograr la expansión en ultramar.
- 1700 9 de septiembre: Luis acepta el testamento de Carlos II.
24 de noviembre: su nieto, Felipe de Anjou, es proclamado rey de España.
- 1701 Muerte de Felipe, hermano de Luis. Resurgimiento de la cuestión jansenista.

- 1702 Guerra de Sucesión española (hasta 1713).
- 1707 Primeros biznietos que sobreviven a su nacimiento y a la infancia: Luis, duque de Bretaña, hijo del duque de Borgoña; y Luis, hijo de Felipe V de España; cada uno tuvo a su vez otro varón: Luis, duque de Anjou (nacido en 1710), y Fernando (nacido en 1713), respectivamente. Muerte de Vauban y de Madame de Montespan.
- 1710 Muerte de Madame de La Vallière.
- 1712 Se funda la *Académie Politique*, destinada a instruir al personal de la Secretaría de Estado y a diplomáticos. Muere el duque de Borgoña, nieto mayor de Luis, así como la esposa y el hijo mayor de éste, duque de Bretaña.
- 1713 Tratado de Utrecht. Bula *Unigenitus*, que condena el jansenismo y el galicanismo.
- 1714 Muerte del duque de Berri, nieto menor de Luis. Luis XIV nombra príncipes de sangre a sus dos hijos legitimados que todavía vivían, con derecho de sucesión en caso de extinguirse la línea de los varones de las familias Orleans y Condé. Tratado de Rastadt. Testamento de Luis XIV.
- 1715 Agosto: enfermedad de Luis y últimas disposiciones en cuanto a la educación de su heredero, el «pequeño Luis», de cinco años de edad, delfín desde 1712. 1 de septiembre: muerte de Luis XIV.

Testimonios

Voltaire

No separó jamás su propia gloria del progreso de Francia y nunca contempló el reino con la misma perspectiva con que un señor mira su tierra, de la que saca todo el beneficio posible para no preocuparse más que de los placeres de la vida. Todo rey que ama la gloria ama el bien común.

(*El siglo de Luis XIV*)

Jules Michelet

Luis XIV entierra una época. Al igual que su palacio de Versalles, él mira a poniente. Tras una breve etapa esperanzada (1661-1666), los cincuenta años que siguieron ofrecen el mismo efecto del gran parque de Versalles, dorado en octubre y en noviembre con el halo de tristeza que produce la caída de las hojas... La seguridad triunfal que muestra Bossuet no impide a aquel siglo sentir que ha dedicado sus esfuerzos a empresas ya caducas.

(*Historia de Francia*)

Saint-Simon

Nunca hombre alguno supo dar con más gracia, lo que aumenta el valor de sus favores. Nunca nadie distribuyó sus palabras, sus sonrisas e incluso sus guiños de manera más generosa... Nunca existió nadie cuya cortesía fuera tan espontánea... Pero, por encima de todo, era inigualable en su trato con las mujeres. Jamás pasó ante la más humilde de ellas, aunque fuera una camarera, sin quitarse el sombrero. Hasta en el más mínimo gesto —su forma de andar, de moverse, su fisonomía entera—, todo en él era medido, adecuado, noble, grande, majestuoso y, sobre todo, muy natural.

(*Memorias*)

François Guizot

Cuando se examina el gobierno de Luis XIV, cuando se trata de apreciar las causas de su pujanza e influencia en Europa, apenas si se habla más que de su brillo, de sus conquistas, de su magnificencia, de la gloria literaria de su tiempo. Se recurre a las causas exteriores, y a ellas se atribuye la preponderancia europea del gobierno francés.

Yo creo que esta preponderancia ha tenido bases más profundas, motivos más serios. No debe creerse que fue únicamente por victorias, por fiestas ni aun por las obras maestras del genio por lo que Luis XIV y su gobierno desempeñaron en esta época el papel que no se les puede discutir. [...]

He aquí el estado en que Luis XIV dejó a Francia y al poder: una sociedad en un

gran desarrollo de riqueza, de fuerza, de actividad intelectual de todo género; y al lado de esta sociedad en progreso, un gobierno esencialmente estacionario, sin medio alguno de renovarse y adaptarse al movimiento de su pueblo; destinado, tras medio siglo de esplendor, a la inmovilidad y la debilidad, y caído, ya en vida de su fundador, en una decadencia que casi parecía la disolución. Esta es la situación en que se encontró Francia al salir del siglo XVII y que imprimió a la época siguiente una dirección y un carácter tan diferentes.
(*Historia de la civilización en Europa*)

Philippe Erlanger

Luis XIV está tan identificado con su función que resulta casi imposible juzgarle como individuo. Su firmeza y su coraje, su orgullo y su pasión por el orden, su religión y su culto a la belleza sólo significan algo en función de las exigencias de gobierno. Goethe le llamó el «hombre soberano», el «monarca más auténtico» que nunca haya subido a un trono. Convencido de personificar a Francia, Luis quería un país dominador, glorioso, resplandeciente, feliz en cuanto nación, aunque no se preocupó demasiado por el bienestar de los franceses. «Absorbiendo a sus súbditos como el Estado le había absorbido a él», fue un precursor de los jefes totalitarios. Y tal vez habría caído en el abismo que se abre ante los dictadores modernos si su *droit divin* no le hubiera permitido despreciar esa clase de prestigio que el autor de un golpe de Estado debe mantener a cualquier precio. Pero no por ello dejó de ser un revolucionario auténtico, pues no sólo cambió por completo su reino, sino que su espíritu universal, su invencible deseo de unidad le condujeron muchas veces a olvidar el realismo de sus antepasados y a cambiar su tradición por sueños grandiosos.

Petrificado en su majestad impasible y secreta, Luis XIV es incapaz de conmover, pero siempre suscitará admiración porque verdaderamente merece el último homenaje de su enemigo Saint-Simon: «Esto es lo que se llama vivir y reinar.»
(*Louis XIV*)

Bibliografía

- ANDRÉ, L.: *Luis XIV y Europa*. México, UTEHA, 1957.
COS, R. M.: *El Rey Sol*. Barcelona, Timun Mas, 1981.
ERLANGER, Ph.: *Luis XIV*. Madrid, Espasa Calpe, 1968.
GRIMBERG, C.: *El siglo de Luis XIV*. Barcelona, Daimon, 1981.
LUIS XIV: *Memorias sobre el arte de gobernar*. Madrid, Espasa Calpe.
MÉTHIVIER, H.: *Luis XIV*. Barcelona, Salvat, 1956.
MITFORD, N.: *El Rey Sol. Luis XIV en Versalles*. Barcelona, Noguer, 1966.
MONGREDIEU, G.: *Luis XIV*. Barcelona, Grijalbo, 1970.
PANICUCCI, A.: *El Rey Sol*. Madrid, Prensa Española, 1970.
ROUVROY, L.: *La corte de Luis XIV*. Madrid, Espasa Calpe, 1945.
VOLTAIRE: *El siglo de Luis XIV*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
(2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Victor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
(2.ª serie.)



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



LUIS XIV

Monarca absoluto, convencido de ser representante directo de Dios en la tierra, adornado por rasgos mitológicos casi tan fabulosos como los de los dioses griegos, Luis XIV despertó, como hombre y como rey, los sentimientos más extremados: amor y odio, admiración y temor, acatamiento y rebeldía. El mito y la leyenda han rodeado durante siglos su figura hasta deformarla, pero una cosa es indudable: bajo su reinado, Francia se convirtió en el país más poderoso y brillante de Europa.

Ragnhild Hatton, profesora de Historia Internacional de la Universidad de Londres, consigue en esta biografía despojar a la figura de Luis XIV de todo lo que es mito o reelaboración posterior, y nos presenta al rey y al amante, al padre y al tirano, al mecenas y al guerrero tal y como permiten verle los documentos más fidedignos con que actualmente cuenta la historiografía.

LUIS XIV Ragnhild Hatton

LUIS XIV

RAGNHILD HATTON



**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**

